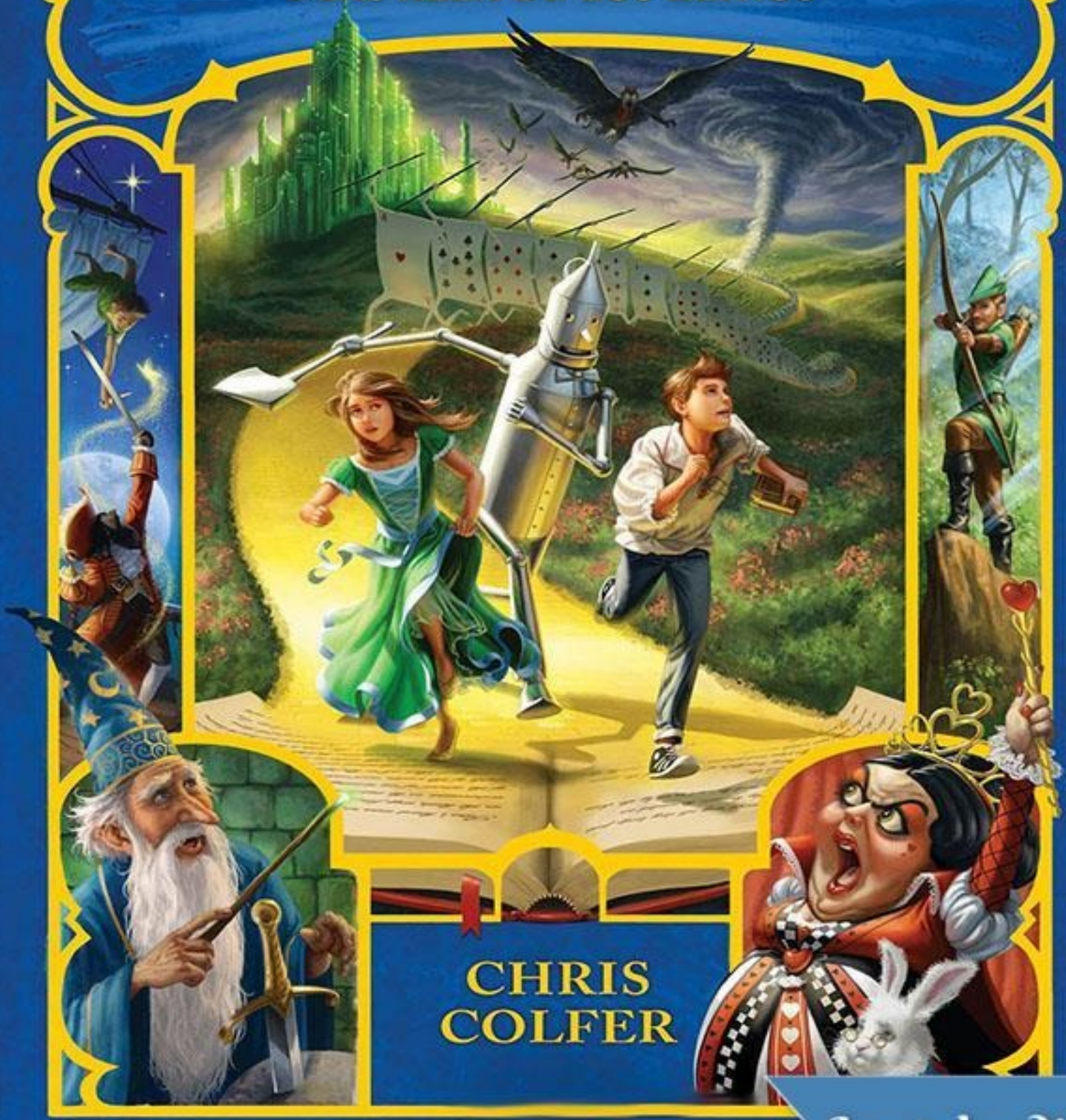
La Tierra de las Historias

Más allá de los reinos



CHRIS COLFER

Lectulandia

Los cuentos de hadas son solo el comienzo…

El Hombre Enmascarado anda suelto en la Tierra de las Historias, y depende de Alex y Conner Bailey detenerlo… excepto que Alex ha sido expulsada del Consejo de Hadas, y nadie cree que estén en peligro. Con la ayuda de Ricitos de Oro, Jack, Caperucita Roja, Mamá Gansa y su ganso, Lester, los gemelos Bailey descubren el plan secreto del Hombre Enmascarado: posee una poderosa poción mágica que convierte cada libro que toca en un portal, ¡y está reclutando un ejército con los villanos más grandes de la literatura! Así comienza una carrera a través de la mágica Tierra de Oz, el fantástico mundo del País de Nunca Jamás, la locura del País de las Maravillas y más allá.

¿Podrán Alex y Conner alcanzar al Hombre Enmascarado, o van a estar un paso atrás hasta que sea demasiado tarde?

Chris Colfer

Más allá de los reinos

La Tierra de las Historias - 04

ePub r1.0
Titivillus 03.05.2020

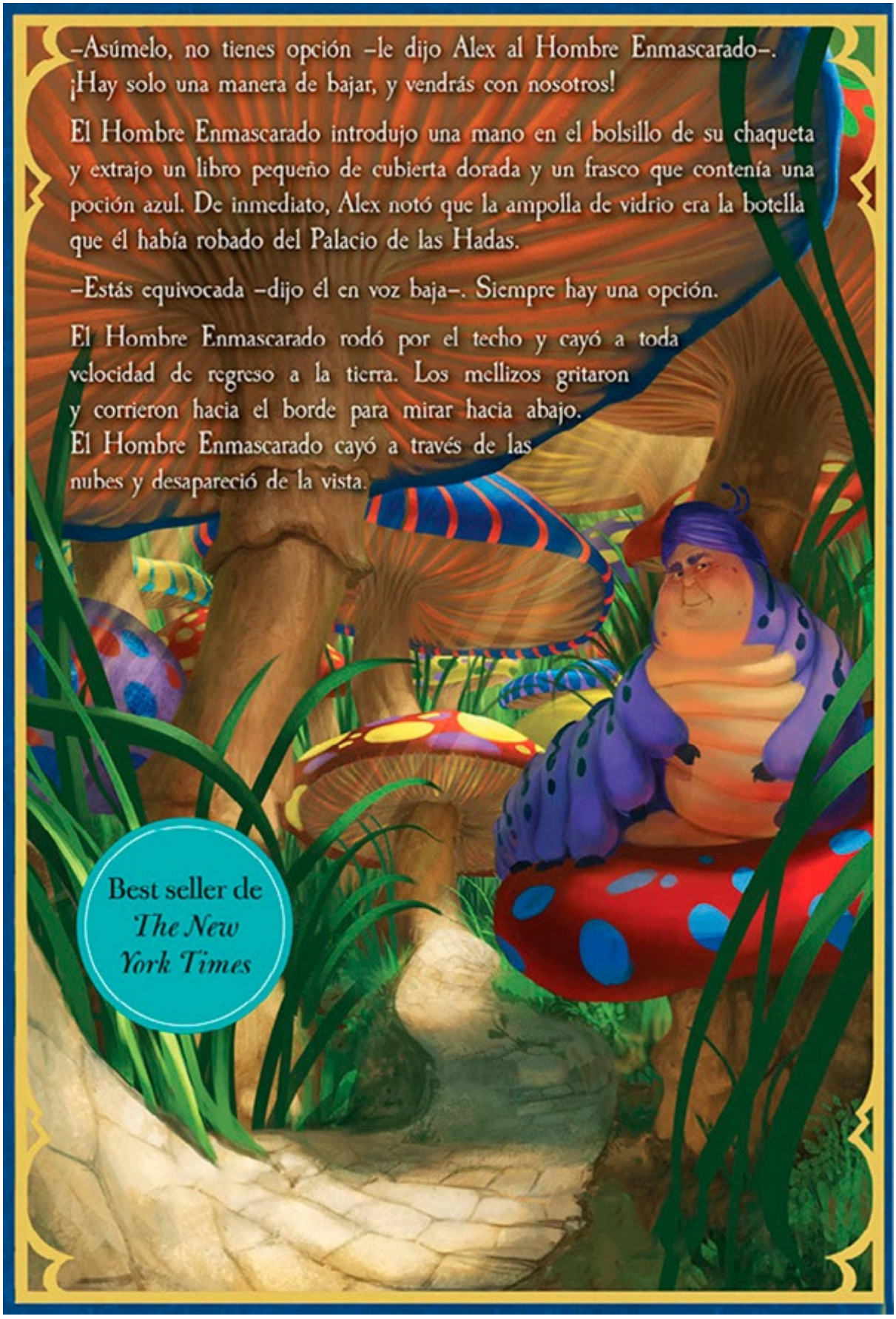
Título original: *Beyond the Kingdoms*
Chris Colfer, 2015
Traducción: Daniela Taboada
Diseño Portadilla VII Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Edición Conmemorativa
7.º Aniversario
PROYECTO SCRIPTORIUM
"Más libros, más libres"

A mis padres, por quererme y apoyarme siempre. No hay libro en el mundo acerca de la paternidad que pudiera haberlos preparado para mi excentricidad.
Lamento haber marcado la mesa de café con mis espadas ninja.
Sí, fui yo.


–Asúmelo, no tienes opción –le dijo Alex al Hombre Enmascarado–. ¡Hay solo una manera de bajar, y vendrás con nosotros!
El Hombre Enmascarado introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un libro pequeño de cubierta dorada y un frasco que contenía una poción azul. De inmediato, Alex notó que la ampolla de vidrio era la botella que él había robado del Palacio de las Hadas.
–Estás equivocada –dijo él en voz baja–. Siempre hay una opción.
El Hombre Enmascarado rodó por el techo y cayó a toda velocidad de regreso a la tierra. Los mellizos gritaron y corrieron hacia el borde para mirar hacia abajo. El Hombre Enmascarado cayó a través de las nubes y desapareció de la vista.
Best seller de The New York Times



Prólogo

El otro hijo

1845, Copenhague, Dinamarca

En el acogedor estudio de su hogar, Hans Christian Andersen estaba ocupado escribiendo en su escritorio.

«En lo alto de un árbol, más alto que todos los campanarios de estas tierras, un pajarito solitario despertó en su nido», leyó en voz alta mientras escribía la primera oración de su nueva historia. El rasgueo suave de su pluma se detuvo y el autor rascó su cabeza.

«Pero ¿por qué está dormido el pájaro?», se preguntó. «¿No despertaría al amanecer junto con las demás aves? Si no lo hace, quizás parecerá perezosa, y no digna de respeto. Quiero que les agrade a los lectores».

Hans abolló el trozo de pergamino y lo lanzó hacia la pila de borradores anteriores que estaba en el suelo. Tomó una pluma nueva, esperando que una más oscura y larga fuera a refrescar su narración.

«En lo alto de un árbol, más alto que todos los campanarios de estas tierras, un pajarito solitario construía su nido…», se detuvo de nuevo. «No, si está construyendo un nido, los lectores se preguntarán si está a punto de poner huevos y después creerán que la historia es acerca de una madre soltera. La iglesia me acusará de hacer alusión a algo profano… de nuevo».

Lo abolló y lo dejó a un lado junto a los otros intentos.

«En lo alto de un árbol más alto que todos los campanarios de estas tierras, un pajarito solitario buscaba gusanos en el suelo…». Hans cubrió sus ojos y gruñó. «¡No, no, no! ¿En qué estoy pensando? No puedo comenzar así

la historia. Si digo que el árbol es más alto que los campanarios de las iglesias, algún imbécil creerá que estoy comparando el árbol con Dios y armará un escándalo innecesario».

El autor suspiró y dejó su último esfuerzo a un lado. A veces, ser escritor en la sociedad del siglo XIX podía ser frustrante.

El reloj de pie cercano a su escritorio dio la hora e indicó que eran las seis en punto. Hans se puso de pie por primera vez después de un largo rato.

«Creo que es hora de dar un paseo», dijo.

Tomó su abrigo y su sombrero del perchero junto a la puerta principal y salió de su hogar. El resto de los transeúntes lo reconocían con facilidad mientras caminaba por la calle. Después de echarle un vistazo rápido a su nariz prominente y a su contextura delgada, era innegable que el famoso autor estaba entre ellos. Hans inclinaba el ala de su sombrero amablemente ante aquellos que lo miraban boquiabiertos y luego se apresuraba a alejarse antes de que lo molestaran.

Después de un rato, Hans llegó a Langelinie y tomó asiento en su banca favorita de aquel paseo marítimo. El agua del Oresund frente a él resplandecía en los remanentes de luz diurna. Respiró hondo el aire salobre y relajó su mente por primera vez en el día.

Aquel era el lugar favorito de Hans para relajarse. Cada vez que su cabeza estaba llena de demasiadas ideas y no podía concentrarse, o cuando estaba vacía de imaginación, un simple paseo por la costa siempre lo tranquilizaba. Si tenía suerte, encontraría en el paisaje y en el agua inspiración para llevar a casa. Y ocasionalmente, si tenía mucha suerte, la inspiración lo encontraría a él.

—Hola, señor Andersen —dijo una voz suave a sus espaldas.

Miró por encima del hombro y se alegró al ver a una vieja amiga. Ella lucía un vestido celeste que resplandecía como el cielo nocturno. Era muy cálida y agradable, y si bien era una extraña para todos en Dinamarca, no lo era para Hans.

—Mi querida Hada Madrina, qué alegría verte —respondió él con una gran sonrisa.

—Lo mismo digo —el Hada Madrina tomó asiento a su lado—. No estabas en casa, así que supuse que te encontraría aquí. ¿Estás teniendo dificultades para escribir esta tarde?

—Por desgracia, así es —respondió Hans—. Algunos días, las palabras fluyen de mí como el Nilo, pero otros días estoy seco como el Sahara. Me

temo que me encuentras en medio de una sequía, pero tengo fe en que lloverá de nuevo.

—No lo dudo —afirmó el Hada Madrina—. De hecho, he venido a felicitarte. Acabamos de oír la noticia de que publicarán tus cuentos en otros países. Las demás hadas y yo no podríamos estar más contentas. Has tenido mucho éxito en ayudarnos a difundir las historias de nuestro mundo. Estamos muy agradecidos.

—Yo soy quien lo está —afirmó Hans—. Cuando me encontraste en mi juventud, en aquella horrible escuela en Elsinor, estaba listo para abandonar la escritura para siempre. Las historias que me diste para crear como propias me inspiraron tanto como a los niños a quienes estaban dirigidas. Si no fuera por ustedes, nunca habría encontrado mi camino de regreso a la narrativa.

—Nos das demasiado crédito —replicó ella—. Supiste exactamente cómo adaptar nuestras historias a los tiempos actuales añadiéndoles elementos religiosos. De otro modo, las sociedades de hoy en día quizás no las hubieran aceptado. El Patito Feo, La Reina de las Nieves, La Sirenita y otras historias hubieran sido olvidadas, pero tú las inmortalizaste.

—Hablando de eso, ¿cómo está todo en el mundo de los cuentos de hadas? —preguntó Hans.

—Muy bien. Hemos ingresado en una Edad de Oro. Mi querida Cenicienta contrajo matrimonio con el príncipe Chance del Reino Encantador. La princesa Bella Durmiente por fin despertó de aquella terrible maldición del sueño. Blancanieves reemplazó a su malvada madrastra como reina del Reino del Norte. No ha habido motivos de celebración semejantes desde la extinción de los dragones.

—Pero, querida, te hice la misma pregunta hace casi una década y tu respuesta fue exactamente igual —dijo Hans—. Incluso cuando era niño oía las mismas historias. El mundo de los cuentos de hadas debe estar congelado en el tiempo.

—Ya quisiera que fuera así —replicó ella riendo—. Este mundo se mueve mucho más rápido que el nuestro, pero un día, estoy segura de que los mundos se moverán como uno. No sé cómo ni por qué, solo tengo fe en que así será.

Disfrutaron el paisaje tranquilizador y el sonido de la costa. Una pareja mayor paseaba sin prisa cerca del agua. Un perro pequeño perseguía gaviotas del doble de su tamaño. Un padre y sus hijos volaban una cometa en el campo cercano, mientras la madre acunaba a su hija recién nacida. Los niños reían mientras la brisa hacía que la cometa subiera más y más en el aire.

—¿Hans? —dijo el Hada Madrina—. ¿Recuerdas qué te hacía feliz cuando eras niño?

—Lugares como este paseo —respondió. No le llevó mucho tiempo recordarlo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Es un lugar de posibilidades ilimitadas —explicó él—. En cualquier momento, cualquier persona o cualquier cosa pueden aparecer. Un desfile podría marchar por el campo, una bandada de pájaros de una tierra tropical podría atravesar el cielo, o un rey de un país lejano podría navegar a través de las aguas en un barco inmenso. Supongo que cualquier niño es más feliz en donde sea que se estimule su imaginación.

—Interesante —comentó ella.

Hans sabía por la mirada en los ojos de su amiga que había algo que perturbaba su mente. Y si su pregunta era un indicio, se trataba de un niño.

—Discúlpame —dijo Hans—. Te conozco hace tanto tiempo que me avergüenza preguntarlo, pero ¿tienes hijos?

—Sí —respondió ella y sonrió al pensar en ellos—. Tengo dos. Ambos son la viva imagen de mi esposo fallecido. John es el mayor: es un niño muy feliz y aventurero. Hace amigos nuevos constantemente y encuentra lugares para explorar. En casa, a todos les agrada mucho.

De pronto, el Hada Madrina quedó en silencio.

—¿Y tu otro hijo? —preguntó Hans.

Como si hubiera destapado una gotera emocional repentinamente, toda la felicidad abandonó el rostro del Hada Madrina. Su sonrisa se desvaneció y miró sus manos.

—Se llama Lloyd. Es unos años menor que John y muy… diferente a él.

—Ya veo —respondió Hans. Era evidente que se trataba de un tema muy sensible.

—Discúlpame —dijo ella con un largo suspiro—. Ya no puedo ocultar la frustración. El trabajo de mi vida es darles a las personas las llaves de la felicidad, pero sin importar lo que haga, parece que no puedo hacer que mi hijo acceda a ella.

—¿Supongo que está pasando por un mal momento? —no era intención de Hans fisgonear, pero nunca había visto al Hada Madrina tan visiblemente desamparada.

—Así es… aunque no creo que sea una fase —respondió ella.

Una vez que comenzó a hablar del tema le resultó difícil detenerse, pero Hans estaba ansioso por escuchar al respecto. Colocó una mano consoladora

sobre el hombro de su amiga y las compuertas que contenían las emociones de la mujer se abrieron.

—Quizás es horrible que diga esto de mi propio hijo, pero cuando mi esposo murió, creo que algo en el interior de Lloyd se rompió —confesó el Hada Madrina—. Es como si su habilidad para ser feliz hubiera muerto junto a mi esposo… No lo he visto sonreír desde que era un bebé. Le gusta estar solo y odia socializar. Apenas habla, y cuando lo hace, nunca dice más que una o dos palabras. No puede ser más distinto a John. Simplemente parece tan infeliz que temo que dure para siempre.

Una sola lágrima rodó por la mejilla del Hada Madrina. Ella tomó un pañuelo del bolsillo de su vestido y secó sus ojos.

—Debe haber algo que disfrute —dijo Hans—. ¿Tiene algún interés?

El Hada Madrina tuvo que pensar al respecto.

—Leer —respondió ella asintiendo con la cabeza—. Lee constantemente, en especial literatura de este mundo. Es lo único que le interesa, pero no estoy completamente segura de que en realidad lo disfrute.

Hans reflexionó al respecto. Entretener niños siempre había sido su fuerte, pero no arreglarlos. Se imaginó a sí mismo en el lugar de Lloyd y pensó en algo que lo haría reaccionar.

—Quizás leer no es suficiente —dijo él, y una sonrisa iluminó su rostro —. Si lo que le interesan son los libros, quizás haya un modo de expandir aquella pasión.

—¿A qué te refieres?

—Cuando era un escritor emergente —explicó Hans—, el rey danés me otorgó una subvención para viajar por Europa. Recorrí toda Escandinavia, viajé por Italia, Suiza, Inglaterra y más. No puedo describir lo estimulante que fue ver con mis propios ojos todos los lugares acerca de los cuales solo había leído. Las palabras nunca les hicieron justicia a las maravillas que vi. La experiencia dejó una sonrisa en mi corazón.

El Hada Madrina no estaba segura de cuál era el punto de Hans.

—John también ama este mundo, pero Lloyd se niega a salir de su cuarto cada vez que lo invito a venir conmigo.

Hans alzó un dedo.

—Entonces, intenta invitarlo a un mundo que le interese —sugirió él—. ¿Por qué no lo llevas dentro de la historia de uno de sus libros? Quizás solo está levemente interesado en lo que lee, pero si de verdad viera los lugares acerca de los que pasa tanto tiempo leyendo, estoy seguro de que le devolverías la sonrisa.

El Hada Madrina miró el mar como si la respuesta a un misterio de toda la vida hubiera llegado.

—Pero ¿soy capaz de una magia semejante? —preguntó, casi en trance—. Puedo viajar entre reinos que ya existen, pero ¿cómo puedo crearlos? ¿Cómo puedo hacer que la palabra escrita cobre vida?

Hans miró el paseo de la costa para asegurarse de que solo el Hada Madrina pudiera oír lo que estaba a punto de decir.

—Quizás no tengas que crear nada. ¿Y si cada historia jamás contada solo fuera un reino que espera ser descubierto? Quizás no estás destinada solo a entregar llaves que lleven a la felicidad.

La idea era tan tentadora y tan emocionante, que el Hada Madrina por poco temía el potencial que tenía aquella posibilidad. ¿Y si pudiera viajar dentro de cualquier historia con la misma facilidad con la que se movía por el mundo de los cuentos de hadas y por el Otromundo? ¿Y si tenía el poder de convertir cualquier libro en un portal?

—Se está haciendo tarde —dijo Hans al mirar el cielo que oscurecía a su alrededor—. ¿Quieres beber una taza de té conmigo? Esta conversación me recuerda mucho a otro cuento en el que he estado trabajando, llamado Historia de una madre…

Miró al Hada Madrina, pero ella había desaparecido. Hans no pudo evitar reír ante la partida repentina de su amiga. Su idea debía haber sido buena si ella no podía esperar ni un instante para explorarla.



Las semanas siguientes fueron las más ocupadas en toda la vida del Hada Madrina. Se encerró en su recámara en el Palacio de las Hadas y trabajó sin parar. Como si estuviera inventando una receta nueva, buscaba que los ingredientes combinaran cuidadosamente para hacer que la idea de Hans se hiciera realidad. Leyó todos los libros de hechizos, pociones y encantamientos que poseía. Estudió la magia negra, la magia blanca y la historia de la magia.

Lentamente, comenzó a darle forma a su creación, un elemento a la vez, como si estuviera cosiendo un edredón de retazos de tela. Tenía un diario de su progreso y lo consultaba con frecuencia para no cometer dos veces el mismo error. Por fin, después de descubrir los ingredientes correctos, juntarlos y dejar que la mezcla descansara bajo la luz de la luna durante catorce días, su brebaje estaba completo. Vertió la poción dentro de una pequeña botella azul.

Al igual que con cualquier experimento, el Hada Madrina necesitaba un buen sujeto de prueba. Tomó Frankenstein, de Mary Shelley de la estantería y lo colocó en el suelo. Abrió la primera página del libro y vertió tres gotas de la poción sobre el papel, una a la vez.

En cuanto la tercera gota hizo contacto, la página brilló como un reflector gigante. Un resplandor incandescente de luz blanca brotó del libro y, dado que no había techo, se proyectó directo hacia el cielo nocturno. Podían verlo a kilómetros de distancia del palacio.

El Hada Madrina estaba tan ansiosa por comprobar si la poción había funcionado que perdió el sentido de la precaución. Apretó su varita en la mano e ingresó directo en el haz de luz. Ya no estaba de pie en su recámara del Palacio de las Hadas, sino en un mundo de palabras.

Adonde fuera que mirara, veía texto dando vueltas, rebotando y flotando a su alrededor. El Hada Madrina creyó reconocer algunos de los párrafos familiares del libro. Observó maravillada cómo las palabras se expandían en el espacio vasto que la rodeaba. Se transformaban y tomaban la forma de los objetos que describían, ganaban textura y, pronto, crearon un mundo alrededor de ella.

Ahora estaba de pie en un bosque oscuro de árboles altos y delgados. El libro Frankenstein y el haz de luz que emitía eran las únicas cosas que habían viajado con ella hasta aquel bosque peculiar. Se asomó a través de la luz y vio su habitación del otro lado: ¡el haz de luz era un portal! Solo deseaba que la hubiera llevado al lugar esperado.

El destello de un rayo que atravesó el cielo oscuro la sobresaltó. Podía distinguir la silueta de una inmensa estructura gótica con muchas torres en la cima de una colina cercana. Su corazón se aceleró al verla.

«Caramba», dijo sorprendida. «¡Es el castillo de Frankenstein! ¡La poción funcionó! ¡He viajado dentro del libro!».

Abandonó el mundo de Frankenstein y regresó a su recámara a través del haz de luz. Cerró el libro iluminado en el suelo con el pie; la luz desapareció y el objeto recobró su estado normal.

El Hada Madrina apenas podía contener su entusiasmo. Tomó la botella que contenía la poción y corrió por el pasillo hacia la habitación de Lloyd, segura de que la noticia de su último invento lo entusiasmaría. Llamó a la puerta con un golpeteo alegre.

—¿Lloyd, cariño? —dijo, e ingresó en la habitación de su hijo.

El cuarto era más oscuro que cualquiera de las otras habitaciones del Palacio de las Hadas, en especial de noche. El palacio era un lugar muy

abierto, pero Lloyd había colgado sábanas y mantas por su habitación a modo de paredes para tener privacidad, lo cual hacía que el lugar pareciera una tienda aislada.

El hijo del Hada Madrina tenía un estante con frascos llenos de pequeños roedores, reptiles e insectos. Sin embargo, parecían más bien prisioneros en lugar de mascotas a juzgar por el modo en el que luchaban desesperadamente para hallar una salida de sus contenedores. Su madre tomó un frasco y se entristeció al ver que una polilla había muerto: la misma polilla que su hijo había prometido liberar pocos días atrás.

Lloyd estaba sentado en su cama leyendo El hombre de la máscara de hierro a la luz de una vela. Era un niño pequeño y delgado, con rostro regordete y cabello oscuro. Nunca alzó la vista de su lectura, ni siquiera cuando su madre tomó asiento al pie de la cama.

—Te he preparado algo muy especial, cariño —dijo el Hada Madrina—. He trabajado mucho en ello y creo que te alegrará bastante.

Lloyd continuó leyendo y se comportaba como si su madre fuera invisible. Ella le quitó el libro de las manos para obligarlo a prestarle atención.

—¿Qué harías si te dijera que hay un modo de viajar dentro de tus historias favoritas? —lo provocó el Hada Madrina y le mostró la botella que contenía la mezcla—. Esta es una poción muy poderosa que acabo de crear. Con unas pocas gotas, ¡podemos transformar cualquiera de tus libros en un portal! ¿No sería maravilloso? ¿No te encantaría ver en persona todos tus lugares y personajes favoritos?

Lloyd permaneció en silencio mientras procesaba la información.

Por un breve instante, el Hada Madrina pudo ver cómo la curiosidad tomaba forma en los ojos de su hijo mientras miraba la botella. Su corazón se alegró al pensar que una sonrisa podría aparecer en el rostro de Lloyd en cualquier instante. Pero para su consternación, el niño solo suspiró.

—Viajar puede ser muy agotador, madre —respondió él, y tomó de nuevo su libro—. Prefiero quedarme aquí y leer.

La esperanza de su madre se había elevado tanto solo para caer en picada al suelo. Si aquello no podía causarle una reacción a Lloyd, ella temía que nada lo haría.

—Como quieras, entonces —dijo ella, y se puso de pie para salir de su cuarto—. Pero, por favor, hazme saber si cambias de opinión.

Demasiado afligida para dormir, el Hada Madrina caminó por los pasillos del Palacio de las Hadas hasta que llegó al Salón de los Sueños. Empujó las

puertas dobles para abrirlas, ingresó al espacio infinito y observó miles de orbes flotar. Cada una representaba el sueño de alguien y ella esperaba poder hacer realidad el sueño de alguien antes de ir a la cama.

Una idea intrigante se le ocurrió mientras miraba a su alrededor: había pasado demasiado tiempo adivinando cómo hacer feliz a su hijo. ¿Y si su mayor sueño estaba flotando en el Salón de los Sueños? Si ella le echaba un vistazo, quizás podría descubrir cómo ayudarlo.

El Hada Madrina alzó su varita y la agitó en un movimiento circular rápido. Todos los orbes en el Salón de los Sueños se paralizaron de inmediato. Solo una gran esfera en la distancia continuó moviéndose. Flotó hacia ella y aterrizó en sus manos. Miró dentro, ansiosa por saber cómo lucía el sueño de su hijo.

En el interior, todo estaba nublado, como si estuviera lleno de vapor o humo. Cuando la neblina se disipó, el Hada Madrina emitió un grito al ver lo que contenía. Había destrucción por todas partes. Los castillos y los palacios se derrumbaban y las aldeas ardían en llamas. El suelo estaba cubierto por esqueletos de cualquier criatura imaginable. Era como si estuviera viendo el fin del mundo.

En medio de todo el caos, sobre una pila de escombros, estaba Lloyd sentado en un trono. Llevaba puesta una gran corona dorada en la cabeza. Una sonrisa escalofriante se extendía por su rostro mientras observaba el exterminio a su alrededor. A lo lejos, el Hada Madrina vio algo que le erizó la piel y los escalofríos recorrieron su columna. Era una tumba cavada recientemente, y el nombre de ella estaba tallado en la lápida.

El Hada Madrina sintió náuseas. Ahora estaba claro por qué nunca podría hacer feliz a su hijo: el mayor sueño de Lloyd era su peor pesadilla. Frankenstein no era el único responsable por haber creado a un monstruo…



Capítulo uno

El caldero de las brujas

Las criaturas del Bosque de los Enanos sabían que esa noche debían evitar el Arroyo del Muerto si apreciaban sus vidas. En la medianoche de cada luna llena, las brujas de los bosques y los reinos cercanos se reunían allí. Los encuentros eran estrictamente exclusivos para brujas, y ellas disfrutaban castigar de formas espantosas a aquellos que las molestaban para que sirvieran de ejemplo.

El Arroyo del Muerto estaba envuelto en un halo de misterio, lo cual lo convertía en el lugar ideal para la reunión de las brujas. Cada cierto tiempo, sin ninguna advertencia o explicación, el arroyo redireccionaba su curso y fluía colina arriba hacia el bosque. Y cada vez que el cambio ocurría, aparecían ataúdes de origen desconocido flotando en el agua.

Nunca se identificaba a los cadáveres dentro de los féretros, ni se sabía quién o qué los había enviado: aunque tampoco había tiempo para investigar el asunto. Cuando encontraban los cuerpos, las brujas los desmembraban como arpías y se llevaban en frascos lo que necesitaban para reponer los suministros de sus pociones.

Las reuniones de medianoche tenían lugar en El caldero de las brujas, una antigua taberna hecha completamente de ramitas y abono que yacía en medio del arroyo, como una represa de castor. El humo brotaba de la única chimenea de la taberna; llenaba el aire de un hedor repugnante y les indicaba a las brujas que viajaban hacia el arroyo que la reunión estaba por comenzar.

Generalmente, las reuniones eran tranquilas y había pocos asistentes. Sin embargo, debido a una crisis reciente que había tomado a los reinos por sorpresa, se esperaba que la convocatoria de esa noche fuera mucho mayor de lo habitual.

Algunas brujas viajaban hacia el arroyo a pie o en mula. Bandadas de brujas volaban en sus escobas hacia la señal humeante de la taberna. Unas pocas navegaban por el arroyo en bote o en balsas improvisadas. Algunas, incluso reptaban por el agua como serpientes.

A las doce y media de la noche, la taberna estaba más llena que nunca antes. Unas cien brujas estaban sentadas alrededor de un caldero enorme en el centro de la taberna mientras quienes habían llegado tarde permanecían de pie en la parte trasera.

La magia negra era famosa por dejar una marca en aquellos que la utilizaban, y la apariencia de cada mujer había sido afectada de modos distintos. Algunas brujas tenían verrugas, narices agrandadas, piel putrefacta u ojos que colgaban fuera de sus cuencas. Otras habían sido transformadas y ya ni siquiera lucían humanas, sino que parecían de otras especies: tenían pezuñas y cuernos, colas y plumas; algunas incluso morros y picos.

Una bruja rechoncha de baja estatura con piel hecha de piedra se acercó al caldero. Lanzó un puñado de rocas dentro y el líquido resplandeció e iluminó la habitación con una luz verde amenazante: la reunión había comenzado.

—Bienvenidas, hermanas —dijo la bruja de piedra, con voz ronca—. Soy Gargolia, la Dama Pétrea del Bosque de los Enanos. Asumo que todas hemos venido esta noche para tratar el mismo asunto, así que no perdamos tiempo.

Las brujas miraron alrededor de la taberna e intercambiaron gestos con la cabeza. Si bien era un grupo diverso, la paranoia las unía.

Serpentina, una bruja con piel verdosa llena de escamas y una larga lengua bífida tomó la palabra.

—Estamossss aquí para hablar de losss niñossss desaparecidossss —siseó —. Asssí que permítanme ssser la primera en decir que sssea quien sssea la bruja que esssstá llevándoselosss necesita detenerse de inmediato, ¡antesss de que haga que nosss maten a todassss!

La mayoría de las presentes en la taberna estaban escandalizadas por su declaración. Carbónica, una bruja hecha de cenizas y hollín, golpeó el lateral de su asiento tan fuerte que parte de su puño se desmoronó.

—¡Cómo te atreves a culparnos! —le gritó a Serpentina. Las chispas brotaban de su boca mientras hablaba. A medida que se enfadaba, un resplandor similar a la lava llenaba las grietas de su piel—. ¡Siempre somos las primeras a quienes acusan cada vez que hay una crisis! ¡Espero un mejor comportamiento de alguien de nuestra raza!

Arboris, una bruja cuyo cabello estaba hecho de ramas y su cuerpo, cubierto de corteza, se puso de pie junto a Serpentina.

—Doce niños del Reino del Rincón y doce del Reino Encantador han desaparecido sin dejar rastro —dijo Arboris—. Solo una bruja tendría el sigilo y la valentía suficiente para cometer un crimen semejante, ¡y es probable que ella esté entre nosotras en esta taberna!

Tarantulena, una bruja de gran tamaño que tenía colmillos, cuatro brazos peludos y cuatro piernas peludas, descendió del techo con una telaraña creada desde su abdomen.

—Si las dos están tan seguras de que una bruja secuestró a los niños, ¡quizás fue una de ustedes la responsable! —gruñó, señalándolas con sus cuatro manos.

La taberna se tornaba cada vez más ruidosa mientras cada bruja expresaba su opinión acerca del asunto. Gargolia lanzó otro puñado de rocas en el caldero y un destello verde enceguecedor hizo callar a todas.

—¡Silencio! —gritó—. No importa quién es la bruja responsable: ¡los reinos nos culparán a todas cuando la atrapen! He oído rumores que dicen que están organizando una cacería de brujas por las aldeas. ¡Debemos prepararnos!

Una bruja vestida con prendas rojas dio un paso al frente.

—¿Podría sugerir algo? —preguntó con calma. Bajó su capucha y algunas brujas dieron un grito ahogado. Era una mujer de mediana edad que lucía completamente normal… y era bonita.

—¡Hagetta! —dijo Gargolia con una mirada odiosa—. Después de tanto tiempo, por fin nos has honrado con tu presencia.

—¡Ella no pertenece a essste lugar! —siseó Serpentina.

—Es una vergüenza para todas las brujas verdaderas —añadió Carbónica.

Reprender a Hagetta era lo único en lo que todas las brujas estaban de acuerdo, pero ella había ido a la taberna esperando causar un alboroto.

—No soy menos bruja que ustedes por practicar magia blanca —replicó —. Y les garantizo que a nadie fuera de esta taberna le importará qué clase de brujería practico si desaparecen más niños. Turbas iracundas recorrerán los bosques hasta encontrar a la última bruja. Nos juntarán a todas y nos quemarán en la hoguera. Así que, a diferencia del resto de ustedes, he venido a ofrecer una solución que con suerte evitará que tenga lugar una cacería.

Las brujas balbucearon y farfullaron insultos dirigidos a ella. Gargolia lanzó otro puñado de piedras dentro del caldero para tranquilizarlas.

—Ninguna quiere una cacería de brujas, así que, si Hagetta cree que puede salvarnos de una, permítanle hablar —dijo Gargolia—. Pero hazlo rápido: ya no me quedan piedras.

Hagetta miró alrededor de la taberna e hizo contacto visual con la mayor cantidad de brujas posible. Sabía que sería un público desafiante, pero no partiría hasta que las hubiera convencido.

—Propongo que dejemos de echar culpas y nos esforcemos en encontrar al responsable —anunció—. El mundo siempre nos ha culpado a todas por los errores cometidos individualmente por una sola bruja. Ninguna de ustedes habría venido aquí esta noche si fuera la responsable, así que trabajemos juntas y entreguemos a quien sí lo es. Probaremos nuestra inocencia si decidimos ayudar a los reinos a resolver el misterio de los niños desaparecidos.

—¡No podemos entregar a una de las nuestras! ¡Esto es una hermandad! —gritó Carbónica.

—Ya no lo ssserá sssi morimosss todasss —replicó Serpentina.

—¡Lo último que los humanos quieren es ayuda de las brujas! —añadió Arboris.

Una bruja que estaba en la parte trasera de la taberna y que tenía un estómago grande y una nariz similar a una zanahoria rompió en llanto y toda la taberna volteó hacia ella.

—Lo siento —dijo la bruja sensible—. Es solo que me identifico con lo que Hagetta dice. No soy una santa, pero toda la vida me han culpado por crímenes de los que soy inocente.

Limpió su nariz con la capa de la bruja que estaba a su lado.

—¡NO EXISTEN LAS BRUJAS INOCENTES! —gritó una voz grave que nadie esperaba oír.

De pronto, las puertas principales de la taberna se abrieron e hicieron que todas las brujas se sobresaltaran. Un hombre que llevaba puesto un saco sobre el rostro ingresó a la taberna como si fuera de su propiedad. Una docena de soldados con uniforme rojo y blanco lo siguieron. Todas las brujas se pusieron de pie, escandalizadas por la intromisión.

—Discúlpennos por la interrupción, damas: si es que el término aplica —dijo el Hombre Enmascarado con una risa engreída—. He estado escuchando su discusión toda la noche y me temo que ya no puedo permanecer en silencio.

—¡Cómo te atreves a molestarnos! —gritó Gargolia—. Nadie nos interrumpe y vive para contarlo…

Él alzó una mano para hacerla callar.

—Antes de que nos conviertas en ratones para que tus gatos se den un festín, por favor permíteme presentarme —dijo él—. Me llaman el Hombre

Enmascarado… por motivos evidentes. Los hombres a mis espaldas son lo que queda de la Grande Armée que casi conquista el mundo hace cinco meses. ¿Quizás han oído hablar de nosotros?

A pesar de que ninguna de ellas había estado directamente involucrada en la guerra reciente, las brujas conocían muy bien el caos que la Grande Armée había causado.

—Este hombre es un chiste —dijo Hagetta, sabiendo que debía intervenir de algún modo antes de que la curiosidad de las brujas fuera en aumento—. Llenará sus cabezas con historias de grandeza acerca de cómo lideró un ejército y crio un dragón, pero al final, un hada anciana y moribunda lo hizo correr por su vida.

El Hombre Enmascarado la fulminó con la mirada.

—Entonces, al menos has oído hablar de mí —replicó él. Miró a Hagetta de arriba abajo: había algo muy familiar acerca de la bruja. Estaba seguro de que sus caminos se habían cruzado mucho tiempo atrás, pero no quería desperdiciar ni un minuto en recordarlo. Había ido a la taberna con un objetivo, y las brujas no le darían demasiado tiempo.

»No he venido aquí a impresionarlas; he venido a crear una alianza y ofrecerles una advertencia —dijo él.

—No necesitamos alianzas con los de tu clase —replicó Gargolia.

El Hombre Enmascarado continuó hablando a pesar del rechazo de la bruja.

—Tienen derecho a estar preocupadas —prosiguió él—. En todas partes creen que una bruja es la responsable de la desaparición de los niños, y las aldeas que perdieron a sus infantes no están tomando la situación con calma. He vivido oculto durante meses e incluso yo he oído hablar de la represalia venidera. No están planeando una cacería de brujas: ¡están planeando un exterminio!

La noticia impactó a las brujas. ¿El Hombre Enmascarado estaba intentando enfurecerlas o la situación era aun peor de lo que temían?

—Por esa razón necesitamos hallar a la bruja responsable mientras aún podamos hacerlo —dijo Hagetta.

El Hombre Enmascarado movió la cabeza de un lado a otro.

—Me temo que no hay nada que puedan hacer para evitarlo —replicó él —. Aunque probaran que cada bruja es inocente, esta masacre sucederá. Ellos no quieren justicia por los niños desaparecidos: quieren justicia por cada crimen que las de su clase han cometido contra los suyos. ¡Están usando a los niños desaparecidos como excusa para cobrarse siglos enteros de venganza!

Las brujas dejaron de hablar. La relación entre ellas y la humanidad nunca había sido sencilla, y la desaparición de los niños quizás había enfurecido al reino del hombre de un modo irreversible.

—Intentas comenzar guerras adonde sea que vayas —replicó Hagetta, intentando con desesperación restarle importancia a la información que él presentaba—. ¡No podemos escuchar a este hombre! ¡No estará satisfecho hasta que el mundo entero arda!

El Hombre Enmascarado sonrió.

—Habrá batallas y luchas, pero estás dándote demasiado crédito si piensas que habrá una guerra —se burló él—. Las brujas no tendrán ni una oportunidad de sobrevivir cuando las ataquen: ¡las superan excesivamente en número! Pronto, tu clase estará tan extinta como los dragones.

La bruja sensible en la parte trasera rompió en llanto de nuevo. Se inclinó hacia adelante y vomitó en el suelo.

—Lo siento —chilló—. Me abrumo con facilidad.

El coronel Rembert, que estaba de pie entre los soldados de la Grande Armée, la miró con una ceja en alto. Algo en esa bruja le causaba desconfianza.

—¡Creo que la Asamblea del Felices por Siempre Jamás está detrás de los secuestros! —declaró el Hombre Enmascarado—. ¡Las hadas siempre han querido librarse de ustedes, e inspirar un exterminio masivo de brujas se encargaría de ello! ¡No me sorprendería que la mismísima nueva Hada Madrina haya secuestrado a los niños!

—El Hada Madrina nunca secuestraría a dos docenas de niños —dijo una de las cabezas de una bruja que poseía dos y que estaba en la parte trasera de la taberna.

Rataria, una bruja parecida a un roedor, que tenía cabello grueso y espeso y dientes delanteros enormes se puso de pie sobre su asiento para llamar la atención de la taberna.

—¡Aunque las hadas no sean las responsables, estoy segura de que alentarán el exterminio! —dijo ella.

—¡Quieren vivir en un mundo sin brujería! —añadió Arboris.

—¡Quieren que la magia sssea sssolo para ellasss! —siseó Serpentina.

Las brujas se convencieron con facilidad de que los niños desaparecidos habían formado parte de una conspiración creada contra ellas y, pronto, toda la taberna rugió de odio hacia las hadas. El Hombre Enmascarado tenía a las brujas exactamente donde las quería.

—¡Es hora de que las brujas se defiendan! —afirmó él.

Las mujeres vitorearon, pero Gargolia movió la cabeza de lado a lado, funcionando como la voz de la razón.

—Eso sería un suicidio —replicó ella—. Acabas de decir que nos superan en número, en especial si las hadas están involucradas.

El Hombre Enmascarado frotó sus manos entre sí.

—No si haces los amigos correctos —dijo él con malicia—. Con mi ayuda, ¡podemos crear otro ejército!

Las brujas se rieron de él a carcajadas. La idea parecía ridícula.

Hagetta tomó la palabra rápidamente.

—¿Un ejército? ¿Un ejército de qué? —rio ella—. Además, ya tuviste uno y falló estrepitosamente. ¿Quién confiaría en ti para ocuparte de otro?

El Hombre Enmascarado giró su cabeza hacia ella de modo abrupto. Era evidente que Hagetta había mencionado un tema sensible.

—¡NUNCA HE FALLADO! —gritó él—. ¡He pasado toda mi vida planeando un modo de erradicar a las hadas! ¡Hasta ahora he tenido éxito en cada paso de mi plan! La Grande Armée, el dragón y el ataque al Palacio de las Hadas nunca tuvieron como objetivo derrotarlas, ¡sino debilitarlas! ¡Cuando ellas creyeron que la pelea había terminado, me infiltré en el palacio y robé una poción que he estado buscando desde el comienzo! Y ahora que la poción me pertenece, ¡la verdadera guerra puede comenzar!

Las gotas de sudor atravesaban el saco que cubría la cabeza del Hombre Enmascarado. Respiró hondo algunas veces para tranquilizarse.

—Pero antes de que pueda comenzar con la siguiente fase de mi plan, necesito su ayuda —prosiguió—. Había algo más en el Palacio de las Hadas que quería robar junto con la poción: una suerte de colección. Pero la fallecida Hada Madrina debe haberse librado de ella. Necesito que me ayuden a encontrar dónde la escondió. Cuando la halle y la combine con la poción, seré capaz de reclutar un nuevo ejército.

Gargolia se cruzó de brazos.

—Pero ¿qué clase de ejército? —preguntó—. Si la Grande Armée y un dragón no fueron suficientes para destruir a las hadas, ¿qué lo será?

—¡Un ejército que está más allá de la imaginación más vivaz! —respondió el Hombre Enmascarado con gestos teatrales—. ¡Un ejército que hará que la Grande Armée parezca una banda de niños! He estado soñándolo y planeándolo desde que era pequeño y, con su ayuda, puedo traerlo aquí. ¡Podemos liderar juntos este ejército, y este mundo será nuestro!

Las brujas no estaban seguras de si el Hombre Enmascarado estaba loco o si había una ventaja en lo que decía.

La bruja sensible no pudo contenerse después de oír el discurso del hombre.

—Lo siento. Es tan agradable ver a un hombre tan apasionado acerca de algo —lloró, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

El coronel Rembert miró a la bruja con sospecha. Mientras ella lloraba, su nariz similar a una zanahoria comenzó a desteñirse por las lágrimas: ¡era un disfraz!

—¡Señor, creo que estamos en compañía de algo más que brujas! —le gritó Rembert al Hombre Enmascarado. Tomó con rapidez su pistola del bolsillo interior de su chaleco y le apuntó a la bruja.

De pronto, la bruja sensible saltó en el aire, dio una voltereta hacia Rembert mientras desenfundaba una espada larga del interior de su capa y cortó la punta de la pistola al aterrizar frente a Rembert.

La bruja gimió y tocó su propio estómago.

—Las volteretas son más difíciles cuando estás embarazada —dijo.

El Hombre Enmascarado miró a la impostora: no era una bruja en absoluto.

—¡RICITOS DE ORO! —gritó él.

—Ricitos de Oro, ¿qué estás haciendo en la taberna? —preguntó Hagetta.

—Hola, Hagetta —dijo ella—. Te seguimos hasta aquí. Sabíamos que el Hombre Enmascarado no podría resistirse a una audiencia con las brujas.

—¿Sabían? —preguntó Hagetta.

El Hombre Enmascarado golpeó a Rembert con el dorso de la mano.

—¡Idiota! ¡Nos has llevado directo a una trampa! —gritó—. ¡Atrápenla!

Los soldados de la Grande Armée corrieron hacia Ricitos de Oro con las armas en alto.

—¡AHORA! —gritó ella.

Cuatro siluetas que estaban en la parte trasera se quitaron los disfraces. Jack, Caperucita Roja, Rani y el tercer cerdito habían estado entre las brujas todo el tiempo.

La bruja de dos cabezas corrió hacia el Hombre Enmascarado y se separó en dos personas distintas al acercarse: Alex y Conner Bailey. Los mellizos rodearon al Hombre Enmascarado. Alex le apuntó con su varita de cristal y Conner alzó su espada.

—No eres el único que usa máscara, amigo —espetó Conner.

Alex no dijo nada. Estaba apretando la varita tan fuerte que temía que fuera a romperse en su mano. Después de meses y meses de búsqueda

agonizante, por fin lo habían encontrado. Desenmascararía al Hombre Enmascarado y expondría su verdadera identidad frente al mundo.

—Se acabó —le dijo Alex—. ¡Y esta vez, nadie escapará!

Alex agitó la varita hacia cada ventana y cada puerta, y unos barrotes de metal aparecieron sobre ellas. Los mellizos, sus amigos, las brujas, los soldados y el Hombre Enmascarado estaban atrapados dentro de la taberna.

—¡Es el Hada Madrina! —gritó Rataria, y el caos estalló en la taberna. Las brujas corrían como si el lugar estuviera en llamas. Sin salida, el desorden solo aumentó. Era difícil para los mellizos seguirles el rastro a los soldados y al Hombre Enmascarado mientras todas las mujeres en pánico corrían a su alrededor.

Era increíblemente abrumador, y Alex sintió que su corazón latía más y más rápido. No podía perder al Hombre Enmascarado de nuevo… No después de estar tan cerca.

—¡BASTA! —gritó Alex. Sus ojos comenzaron a brillar y su cabello empezó a flotar por encima de su cabeza. Sin que alzara la varita, unas enredaderas brotaron del suelo, envolvieron a cada bruja y a cada soldado de la Grande Armée y los arrojó al suelo.

Conner miró a su alrededor, nervioso.

—¡Alex, regresa! —susurró—. ¡Recuerda que debes mantener la concentración para poder controlar tus poderes!

Alex movió la cabeza de lado a lado y salió del frenesí que sus sentimientos habían generado. Su cabello descendió y sus ojos dejaron de brillar. Había tenido dificultades para controlar sus poderes los últimos meses, pero no le interesaba si había invocado a las enredaderas de modo consciente o inconsciente: capturar al Hombre Enmascarado era lo único que le importaba.

—Eres una niña poderosa, pero enfurecerás a las brujas si las tratas así —dijo el Hombre Enmascarado, mirando alrededor de la taberna en busca de algún escape viable.

—Correré el riesgo —replicó Alex.

—De acuerdo… ¡Yo también lo haré!

El Hombre Enmascarado saltó hacia el caldero y lo empujó. El líquido que contenía se desparramó por el suelo y se apagó, lo que sumió la taberna en completa oscuridad. Alex agitó su varita y unas antorchas aparecieron en los muros y devolvieron la iluminación… pero el Hombre Enmascarado había desaparecido.

—¡Alex! ¡Mira! —gritó Conner y señaló el hogar a leña—. ¡Está subiendo por la chimenea! ¡Se dirige al techo!

Ella miró dentro de la chimenea justo a tiempo para ver desaparecer los pies del Hombre Enmascarado por el agujero. Alex corrió hacia el hogar y trepó detrás de él.

Las brujas luchaban contra las enredaderas que las sujetaban. Serpentina, Tarantulena, Rataria y Carbónica se liberaron y centraron su atención en Conner y los demás.

—¡No nos faltarán el respeto en nuestra propia taberna! —gritó Rataria. Extendió la mano y una escoba voló hacia ella. Subió a bordo y voló en círculos alrededor de Conner, arañándolo y golpeándolo mientras lo hacía.

—¡AY! —exclamó Conner—. ¡Ya basta, mujer rata!

Conner tomó el palo de la escoba y ambos volaron por la taberna, rebotando contra los muros y el techo como una pelota de tenis de mesa.

Serpentina se arrastró por los muros como una lagartija y atacó a Ricitos de Oro. La futura madre blandió su espada y le cortó el brazo izquierdo a la bruja. Ricitos de Oro miró el brazo desmembrado en el suelo y rompió en llanto.

—¡Lo siento tanto! —sollozó, pero las lágrimas desaparecieron de pronto —. Espera un segundo, ¡no, no es cierto! ¡Malditas hormonas!

Fue bueno que recobrara la cordura, porque el brazo de Serpentina creció de nuevo casi instantáneamente. Su lengua salió de la boca y giró alrededor de Ricitos de Oro como un látigo rojo y baboso. Se enrolló alrededor del pie de la muchacha y la arrojó al suelo.

Jack atravesó la taberna corriendo para ayudar a su esposa, pero Arboris se interpuso en su camino. Cientos de insectos brotaron desde abajo de la piel similar a la corteza de la bruja y lo atacaron, mordiendo y picando todo su cuerpo. Jack cayó al suelo y rodó, intentando quitárselos de encima frenéticamente.

Tarantulena tenía la vista clavada en Rani. Lo persiguió por la taberna, disparando estallidos de telarañas hacia él mientras corrían.

—¡Odio las arañas! ¡Odio las arañas! —gritaba Rani mientras se alejaba de ella a los saltos—. ¡No puedo creer que accedí a hacer esto esta noche! ¡Tengo un reino que gobernar!

En vez de acudir a la ayuda de sus amigos, Roja tomó asiento con el tercer cerdito y colocó una carpeta gruesa entre ellos.

—Dado que todos están ocupados, creo que deberíamos aprovechar este momento para planear los últimos detalles de la boda —dijo ella con alegría y

hojeó la carpeta.

—Por supuesto, Su anterior y futura Alteza —respondió el tercer cerdito.

—¡Cariño! ¡No creo que este sea un buen momento para planear nuestra boda! —dijo Rani, a duras penas esquivando la telaraña que su perseguidora le lanzó.

—Pero ¡solo faltan días para la boda, Charlie! —replicó Roja—. ¡Hemos pasado tanto tiempo ayudando a los mellizos a rastrear al Hombre Enmascarado que apenas he tenido tiempo para planear algo! Ahora, veamos, ah sí, tengo que elegir la tela adecuada para los manteles…

Extrajo tres muestras de tela roja que estaban guardadas en la carpeta con cuidado.

—¿Qué opinas, corazón? ¿Deberíamos elegir el rojo rubí, el rojo rubor o el rojo sangre? —preguntó ella y alzó las muestras para mostrárselas a Rani.

Una telaraña errática salió disparada hacia Roja, le quitó una muestra de la mano y la pegó en la pared.

—Ah, ¡qué buena sugerencia! —dijo ella—. ¡Rojo rubí entonces!

—Sí, señora —respondió el tercer cerdito y tomó nota de la decisión en un pequeño anotador.

Conner ya no podía sujetarse a la escoba. La soltó, y él y Rataria salieron disparados en direcciones opuestas. Rataria chocó contra Serpentina justo cuando esta última estaba a punto de saltar sobre Ricitos de Oro y ambas brujas cayeron al suelo.

Conner aterrizó sobre Carbónica. La bruja le rugió y todo su cuerpo resplandeció a causa de la lava que se acumulaba en su interior. Abrió la boca y un chorro feroz brotó de ella como un dragón. Conner se ocultó detrás del caldero volcado y a duras penas esquivó el infierno.

—¡Me vendría bien algo de ayuda por aquí! ¡Las cosas están acalorándose! —les gritó Conner a sus amigos.

Hagetta se arrodilló y colocó una mano abierta sobre el suelo. Cerró los ojos y se concentró. Un temblor brotó directamente de debajo de ella y viajó hacia Carbónica. Un géiser de agua salió disparado del suelo debajo de la bruja y la aplastó contra la pared del lado opuesto de la taberna. Hagetta redireccionó el temblor y otro géiser surgió debajo de Arboris y también la lanzó hacia el lado opuesto de la taberna.

Ricitos de Oro se acercó corriendo a Jack y lo ayudó a quitarse de encima los insectos. De pronto, se dobló al medio, dolorida.

—Ricitos, ¿estás bien? —preguntó Jack.

—El bebé está pateando —respondió—. Creo que quiere unirse a la pelea. Sea niño o niña, sin dudas patea fuerte.

—Al igual que su madre —dijo Jack con una sonrisa.

Del otro lado de la taberna, Roja estaba perdiendo la paciencia con Rani.

—¿Qué deberíamos usar como centro de mesa? —preguntó Roja—. ¿Velas o flores?

No hubo respuesta. Rani todavía huía de Tarantulena saltando frenéticamente. Jadeaba y perdía velocidad.

Cada disparo de telarañas que la bruja le lanzaba estaba más cerca de golpearlo que el anterior.

—Charlie, ¿por qué siento que soy la única a la que le importa esta boda? —preguntó ella—. Lo menos que puedes hacer es darme una respuesta.

Roja miró por encima del hombro y vio que Rani estaba pegado a una pared, retorcido en una telaraña pegajosa de Tarantulena. La bruja arácnida caminaba hacia él con los colmillos expuestos. Rani se tornó de un verde pálido.

—¡No tendré buen sabor! —gritó Rani.

—Buen intento, pero ¡las ranas son mis favoritas! —gruñó Tarantulena.

Justo cuando la bruja estaba a punto de hundir sus colmillos en él, Roja la golpeó en la cabeza con una silla. La bruja cayó al suelo y no se movió.

—¡Bien hecho, cariño! —vitoreó Rani.

Roja arrastró la silla cerca de él y tomó asiento.

—Charlie, dado que por fin te tengo quieto un momento, creo que ahora es una buena oportunidad para hablar acerca de la lista de invitados.

Rani suspiró. Ahora no podía evitar hablar de los planes para la boda.

Mientras tanto, el Hombre Enmascarado se arrastró a través de la abertura de la chimenea y salió al techo. Corrió por el borde buscando la manera de bajar. Alex estaba justo detrás de él, pero cuando intentó atravesar la abertura superior de la chimenea, sus brazos quedaron atascados a los laterales de su cuerpo de modo tal que no podía alcanzar su varita.

El Hombre Enmascarado se apoyó sobre sus brazos y sus rodillas y comenzó a descender hacia el suelo con cuidado.

—¡NO ESCAPARÁS ESTA VEZ! —gritó Alex. Al igual que antes, sus ojos resplandecieron y su cabello flotó encima de su cabeza. De pronto, toda la taberna comenzó a balancearse. Se movía de un lado al otro y después partió del arroyo por completo y se alzó en el aire como un globo gigante.

—¡Alex! ¡Espero que estés haciendo esto a propósito! —dijo Conner. Cuando no hubo respuesta, el chico subió por la chimenea en busca de su

hermana.

La taberna flotaba más y más alto en el aire, volando sobre los árboles del Bosque de los Enanos y atravesando las nubes. La chimenea alrededor de Alex se desmoronó ladrillo a ladrillo y ella quedó libre. Era imposible que el Hombre Enmascarado pudiera huir. Esa era por fin la oportunidad de Alex de preguntarle acerca de lo que la había obsesionado durante meses.

—¡Solo dime por qué! —exclamó ella—. ¿Por qué nos mentiste? ¿Por qué fingiste estar muerto?

—La vida sería tan aburrida si tuviéramos todas las respuestas —dijo el Hombre Enmascarado, mirando cómo el suelo debajo de ellos desaparecía de la vista.

—¿Cómo pudiste hacerle esto a tu propia familia? —preguntó ella con desesperación—. ¡Te amábamos!

El Hombre Enmascarado rio.

—Estás aprendiéndolo del modo difícil, al igual que tuve que hacerlo yo —replicó él—. No existe el amor. Las familias solo son extraños que comparten sangre. Afirman amarte incondicionalmente, pero, a fin de cuentas, siempre serán quienes más te traicionan. Mi madre me enseñó esa lección, y ahora tú la aprendes de mí.

Alex movió la cabeza de lado a lado.

—Estás enfermo —dijo ella—. No sé cómo terminaste así, pero ¡Conner y yo podemos ayudarte! —ella extendió una mano abierta, y el Hombre Enmascarado solo la fulminó con la mirada.

Conner atravesó a gatas la chimenea rota y se ubicó con cautela junto a su hermana.

—Alex, ¿estás llevándonos a la luna? —preguntó.

Ahora estaban a miles de kilómetros en el aire, por encima de las nubes.

—Asúmelo, no tienes opción —le dijo Alex al Hombre Enmascarado—. ¡Hay solo una manera de bajar, y vendrás con nosotros!

El Hombre Enmascarado introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un libro pequeño de cubierta dorada y un frasco que contenía una poción azul. De inmediato, Alex notó que la ampolla de vidrio era la botella que él había robado del Palacio de las Hadas.

—Estás equivocada —dijo él en voz baja—. Siempre hay una opción.

El Hombre Enmascarado rodó por el techo y cayó a toda velocidad de regreso a la tierra. Los mellizos gritaron y corrieron hacia el borde del techo para mirar hacia abajo. El Hombre Enmascarado cayó a través de las nubes y desapareció de la vista.

—¡No puedo creerlo! —dijo Conner—. ¡Se suicidó!

Alex movió la cabeza de un lado a otro sin poder creerlo.

—¡No! —exclamó ella—. ¡No se suponía que terminara así! ¡Se suponía que lo ayudaríamos!

Miles de sentimientos daban vueltas en su interior como un tornado emocional. Estaba tan abrumada que apenas podía enfocarse en algo. Su cabello dejó de flotar y sus ojos regresaron a la normalidad.

De pronto, la taberna comenzó a caer a través del cielo. Los mellizos y todos los que estaban dentro de ella empezaron a gritar. Conner se aferró a la chimenea rota con una mano y sujetó con la otra a su hermana para evitar salir disparados de allí.

Partes de la taberna se desprendieron mientras caía. Un gran trozo de techo salió volando y los mellizos vieron a sus amigos dentro de la taberna, sujetándose a lo que podían.

—¡Me gustaría casarme sin perder una extremidad, por favor! —chilló Roja.

—¡Alex! ¡Haz algo! —le gritó Conner.

A Alex le resultó difícil sujetar su varita mientras caían. Cuando lo logró, la alzó sobre su cabeza y la agitó como si fuera un látigo justo antes de que llegaran al suelo. La taberna rebotó hacia arriba como si estuviera conectada a una cuerda elástica invisible y luego colapsó sobre el Arroyo del Muerto y se derrumbó en una gran pila de escombros.

—¿Están todos vivos? —preguntó Conner mientras él y Alex se quitaban los restos de encima.

Sus amigos, los soldados y las brujas gimieron: todos estaban cubiertos de trozos de lo que había sido la taberna. Ricitos de Oro se incorporó y vomitó de nuevo.

—¿Se debe al bebé o a la caída? —preguntó Jack.

—No estoy segura —respondió ella.

Gargolia rugió; todavía luchaba contra las enredaderas que la sujetaban.

—¡Han destruido nuestra taberna! —gritó—. ¡Pagarán por esto!

—Envíanos la cuenta —replicó Conner y ayudó a su hermana y a sus amigos a ponerse de pie.

—¿Qué sucedió con el Hombre Enmascarado? —preguntó Rani.

Conner miró a Alex, pero ella no podía decirlo. Sus amigos habían renunciado a meses de sus vidas para ayudarla a buscar al Hombre Enmascarado, solo para regresar a casa sin nada. La culpa era insoportable y Alex sentía que su vida estaba tan destruida como la taberna.

—Se ha ido —les dijo Conner a los otros—. Pero de verdad.

En menos de una hora, *Sir* Lampton y una tropa pequeña de soldados del Reino Encantador se unieron a ellos en la taberna destrozada. Habían estado preparados en el bosque cercano en caso de que los mellizos los necesitaran. Rodearon a los miembros restantes del Grande Armée y a las brujas y los amarraron a todos.

Alex tomó asiento en una roca junto al arroyo para procesar los eventos de la noche. Conner se acercó a ella y colocó una mano sobre su hombro.

—Si algo bueno resultó de esta noche es que al menos sabemos que ninguna de estas brujas es responsable de los niños desaparecidos.

Aunque ella nunca lo admitiría, los niños desaparecidos eran lo último en lo que pensaba.

—Nunca esperé que él prefiriera quitarse la vida en lugar de enfrentarnos —dijo ella—. Nunca habría hecho flotar la taberna de haber creído que él saltaría.

—Pero ¿hiciste que la taberna flotara o solo sucedió? —preguntó Conner —. En el último tiempo, muchas cosas simplemente han sucedido.

Alex puso los ojos en blanco y se alejó de él, pero Conner la siguió.

—Desde que viste el rostro del Hombre Enmascarado, has tenido dificultades para controlar tus poderes —dijo su hermano—. Solo es algo con lo que deberías tener cuidado…

—¿Por qué aún lo llamas el Hombre Enmascarado? —gritó Alex—. ¡Es nuestro padre, Conner! ¡Sé lo que vi! ¿Por qué no me crees?

—No habría pasado los últimos cinco meses ayudándote a buscarlo si no creyera que viste algo —replicó él—. Es solo que no puedo aceptar completamente que sea nuestro padre hasta que yo mismo vea su rostro.

—Bueno, pues está muerto —Alex suspiró—, así que ninguno de los dos tiene que preocuparse de nuevo por él nunca más. Solo desearía haber llegado a tiempo para ayudarlo… para convertirlo de nuevo en el hombre que conocimos.

—Ahora puedes enfocarte solo en estar mejor —asintió él.

Él no estaba ni por asomo tan angustiado como su hermana, porque en realidad nunca había creído que el Hombre Enmascarado fuera su padre. Sin importar cuántas veces Alex hubiera contado la historia, él sabía que su papá nunca podría hacer lo que el Hombre Enmascarado le había hecho al mundo de los cuentos de hadas. Sin embargo, Conner nunca reunía valor para decirle a su hermana cómo se sentía realmente.

—¿Qué debemos hacer con la Grande Armée y las brujas? —les preguntó *Sir* Lampton a los mellizos.

—Lleva a los soldados de la Grande Armée a la Prisión de Pinocho —indicó Alex—. Pero liberen a las brujas: quiero dejar en claro que no tengo nada en contra de ellas.

—Sí, Hada Madrina.

Un soldado del Reino Encantador salió del bosque y se acercó corriendo a *Sir* Lampton.

—Señor, hemos registrado el bosque, pero no hay rastros del Hombre Enmascarado —informó—. Buscamos en el área donde estábamos seguros de que había caído, pero no hallamos ni su cuerpo ni un rastro de él.

Alex y Conner intercambiaron una mirada atónita.

—¿Qué? —dijo Alex—. ¿Podría estar vivo?

—¿Cómo podría haber sobrevivido a la caída? —preguntó Conner.

Los ojos de Alex recorrieron a gran velocidad el arroyo y se posaron sobre el coronel Rembert. Se acercó a él hecha una furia. Sus ojos comenzaron a brillar y su cabello flotó por encima de su cabeza. Una vez más, la furia de Alex había tomado el control.

—¿Alex? ¿Qué estás haciendo? —preguntó Conner y corrió detrás de ella.

Antes de que pudiera detenerla, los árboles alrededor del arroyo cobraron vida repentinamente. Sujetaron a cada persona presente, excepto Alex, con sus ramas y las amarraron fuerte en sus troncos. Conner, sus amigos, las brujas y los soldados de la Grande Armée y del Reino Encantador eran prisioneros del subconsciente de Alex.

El árbol que sujetaba al coronel Rembert se desprendió del suelo y lo alzó en el aire frente a ella.

—¿Cómo sobrevivió a la caída? ¡Tú debes saberlo! —gritó.

—Le aseguro, *mademoiselle*, que no lo sé —respondió él.

El árbol aferró el cuerpo del hombre con más fuerza, pero él no fue el único. Todos los árboles cercanos al arroyo apretaron a sus cautivos con mayor violencia.

—¡Alex! ¡Tranquilízate! ¡Estás lastimándonos! —suplicó Conner.

Su hermana estaba prácticamente en trance: él nunca la había visto tan furiosa. Nada existía alrededor de ella salvo el coronel Rembert y las respuestas que necesitaba que él le diera.

—¿Qué hace la poción que robó del Palacio de las Hadas? —preguntó Alex—. ¿Y qué más necesita para reclutar al ejército del que hablaba?

—¡Nunca nos lo dijo! —respondió Rembert—. ¡Era muy reservado!

Las ramas rodearon la garganta del coronel Rembert y lo ahorcaron.

—Entonces ¡debes saber hacia dónde se ha dirigido! —exclamó Alex—. ¡Dímelo!

Rembert estaba asfixiándose y apenas podía hablar.

—No… sé… —tosió—. ¡Lo juro!

—¡ALEX, YA BASTA! —gritó Conner.

La chica recobró la compostura y los árboles regresaron a la normalidad y soltaron a los cautivos. Alex miró a su alrededor, desconcertada ante lo que había causado: era como si se hubiera convertido en una persona completamente distinta.

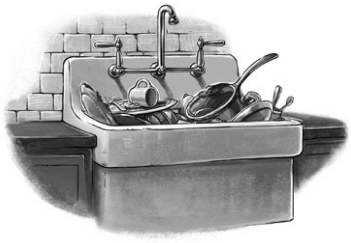
Su hermano y sus amigos la miraban atónitos. Ninguno de ellos, incluida Alex, sabía que ella era capaz de algo semejante.

—¡Lo siento tanto! —dijo y las lágrimas aparecieron en sus ojos—. ¡No sé qué me sucedió!

Cubrió su rostro y corrió hacia el bosque. Su hermano ni siquiera intentó seguirla: era evidente que quería estar sola.

—Me temo que nuestra búsqueda del Hombre Enmascarado no ha terminado aún —dijo Rani, disipando la tensión.

Conner asintió, pero continuar con la búsqueda del Hombre Enmascarado no era lo que ninguno de ellos temía: todos tenían miedo de su hermana.



Capítulo dos

¿Acepta la llamada?

Emmerich Himmelsbach estaba de pie frente al fregadero de la cocina quitándole las manchas de stroganoff a una pila de platos. Era la noche número ciento cuarenta y seis sucesiva que lavaba platos (no es que estuviera llevando la cuenta), y si su madre hablaba en serio cuando lo castigó, a Emmerich le quedaban alrededor de dos mil noches más por delante.

Hasta donde *Fraulein* Himmelsbach sabía, cinco meses atrás Emmerich había huido con un delincuente estadounidense para tener unos pocos días de diversión infantil. Cuando regresó, lo reprendieron, lo sermonearon, le quitaron todos los privilegios y le asignaron la tarea de lavaplatos hasta que tuviera la edad suficiente para irse de casa. Pero Emmerich pensaba que era un pequeño precio a pagar a cambio de haberse embarcado en lo que él consideraba la mayor aventura de su vida. Y el verdadero castigo era tener que mantener en total secreto la verdad de su excursión.

Emmerich pasaba cada momento de cada día pensando en las personas maravillosas que conoció y en los lugares increíbles que vio en el mundo de los cuentos de hadas. Deseaba con desesperación poder hablar con alguien acerca de sus aventuras, pero la única persona con la que podría rememorarlas vivía del otro lado del globo.

Ya había lavado la mitad de los platos del fregadero cuando el teléfono de la cocina comenzó a sonar. Emmerich no respondió al principio, ya que esperaba que su madre atendiera desde la habitación contigua. Después del séptimo timbre, el chicho secó sus manos y alzó el teléfono.

—¿Hallo? —dijo.

—¿Emmerich Himmelsbach? —preguntó una mujer estadounidense.

—¿Ja? —respondió el joven alemán; le generaba curiosidad saber cómo esa extraña sabía su nombre.

—Tiene una llamada a cobro revertido de parte de la señorita Bree Campbell de Estados Unidos —anunció la operadora—. ¿Acepta la llamada?

Emmerich no comprendió totalmente lo que ella quería decir, pero si Bree estaba intentando contactarlo, supuso que lo mejor era aceptar.

—Supongo que sí —respondió él. Oyó un clic y luego una voz frenética, estresada pero familiar apareció en el teléfono.

—¿Emmerich? ¿Eres tú? —susurró Bree.

—¡Bree! Yo… eh… ¡estaba pensando en ti justo ahora! —dijo Emmerich. Estaba tan entusiasmado por hablar con ella que apenas podía recordar en qué idioma hablar.

—Yo también he estado pensando en ti —murmuró ella.

—¿Por qué estás susurrando? ¿Estás bien?

—Estoy bien, pero no tengo mucho tiempo para hablar —respondió Bree —. Aquí todavía es la mañana. Estoy escondida en el armario del conserje en la escuela. Este fue el único lugar en donde pude encontrar privacidad. ¿Dónde estás? ¿Estás en un lugar seguro?

Emmerich miró a su alrededor en la cocina y se encogió de hombros.

—Sí, estoy a salvo.

—Bien —dijo Bree—. ¡He estado muriendo por hablar contigo! Mis padres me castigaron hasta que vaya a la universidad por fugarme del viaje escolar. Recién ahora los convencí para que me devolvieran mi teléfono móvil. Por cierto, gracias por aceptar el gasto de esta llamada: mis padres la habrían visto en nuestra cuenta telefónica si no lo hubieras hecho.

—Yo también he estado en problemas desde que regresamos —comentó Emmerich—. ¡Mi madre me ha obligado a lavar los platos todas las noches desde que volvimos! ¿Qué tan mal te fue?

Bree suspiró.

—Me tocaron platos, pasar la aspiradora, limpiar el patio y cualquier otra tarea agonizante que se les ocurra a mis padres —respondió ella—. Pero escúchame, ¡de veras tengo que hablar contigo acerca de algo! He estado pensando mucho en nuestro viaje al mundo de los cuentos de hadas…

—¡Yo tampoco dejo de pensar en ello! —afirmó Emmerich—. No pasa un solo día sin que desee que pudiéramos regresar de algún modo a ese lugar.

—¡Siento lo mismo! —dijo Bree—. He extrañado tanto el mundo de los cuentos de hadas que comencé a elaborar un plan para regresar a Neuschwanstein y volver a viajar a través del portal.

—Desearía que fuera posible —replicó Emmerich—. Pero para activarlo, necesitaríamos a alguien de sangre mágica para que toque la flauta de pan… y no tenemos ninguna de esas dos cosas.

—Pensaba exactamente lo mismo —prosiguió Bree—. Así que comencé a pensar en otras maneras que quizás activarían el portal… Lo que me hizo pensar en el portal mismo, en cómo funcionaba y en todo lo que aprendimos acerca de él… Y ya sé que leo demasiadas novelas de misterio, pero ¡creo que he descubierto un gran agujero en la historia que nos contaron!

—¿Encontraste un agujero para ir al mundo de los cuentos de hadas? —preguntó Emmerich confundido.

—No, no es un agujero de verdad: es un agujero en la explicación que nos dieron. He estado pensando mucho acerca del portal a través del cual viajamos al mundo de los cuentos de hadas, y algo no cuadra.

—¿Qué cosa? —preguntó Emmerich.

—La Grande Armée estuvo atrapada en el mismo portal durante más de doscientos años —explicó Bree—. Así que esta es mi duda: si la Grande Armée estuvo atrapada durante tanto tiempo, ¿cómo logramos nosotros cruzar el portal tan rápido? ¿No deberíamos haber quedado atrapados en él durante la misma cantidad de tiempo que el general Marquis y sus hombres?

Emmerich cerró un ojo y frunció la frente mientras reflexionaba al respecto.

—Pero Conner y Mamá Gansa también utilizaron el portal y nunca quedaron atascados en él.

—¡Exacto! —dijo ella, olvidándose de susurrar—. Entonces ¿qué diferencia a Mamá Gansa y a Conner de la Grande Armée?

Emmerich respondió al azar.

—¿No son franceses?

—No —replicó Bree—. ¡Pudieron cruzar el portal sin problemas porque tenían magia en la sangre! ¡Lo que significa que tú y yo también debemos poseerla! ¡Es la única explicación posible!

Emmerich abrió la boca de par en par. No entendía cómo aquello podía ser cierto, pero quería creer que lo era con cada fibra de su ser.

—Allí es donde mi teoría se torna un poco complicada —prosiguió Bree —. Si recuerdo correctamente, Mamá Gansa le transfirió un poco de su sangre a Wilhelm Grimm para que él pudiera tocar la flauta de pan y así atrapar a la Grande Armée dentro del portal…

—¿Debería estar tomando notas? —preguntó Emmerich.

Bree continuó mientras él buscaba papel y un bolígrafo.

—Tú y yo tenemos linaje alemán —explicó ella—. ¡Lo que significa que quizás somos descendientes de Wilhelm Grimm!

Emmerich dio un grito ahogado.

—Ach mein Gott —exclamó él, y sus mejillas rosadas empalidecieron—. ¡Eso significaría que tú y yo somos parientes lejanos!

Bree sonreía de oreja a oreja: había esperado un largo tiempo para compartir su descubrimiento con otra persona.

—¡Quizás nosotros mismos seamos capaces de abrir un portal hacia el mundo de los cuentos de hadas!

Emmerich encendió el triturador de basura para poder chillar sin que su madre lo oyera.

—Pero ¿cómo podemos comprobarlo?

—Tendremos que rastrear nuestros árboles familiares —respondió ella—. Para mí será difícil, dado que mi castigo prohíbe casi todas las actividades bajo el sol y no puedo explicarles a mis padres por qué estoy repentinamente interesada en nuestros antepasados… Pero ¡tenemos que intentarlo!

Una campana sonó del lado telefónico de Bree.

—Debo irme —dijo ella—. Ya estoy llegando tarde a mi próxima clase. Te llamaré de nuevo después de investigar un poco acerca de mi familia. Tú también intenta averiguar lo que puedas acerca de la tuya.

—¡Lo haré! ¡Viel Glück! ¡Significa buena suerte en alemán!

—Lo sé —dijo ella—. ¡Viel Glück para ti también!

Bree colgó el teléfono y suspiró, aliviada. Sentía que se había quitado una tonelada de ladrillos de los hombros ahora que por fin había hablado con Emmerich, pero la adrenalina reemplazó el peso. Bree y Emmerich estaban a punto de hacer el mayor descubrimiento de sus jóvenes vidas.

Bree se levantó de la cubeta sobre la que había estado sentada y salió del pequeño armario del conserje. Cuando abrió la puerta, la abordaron cuatro chicas con las que tenía la desgracia de compartir curso.

—El armario es un lugar extraño para hacer una llamada, ¿no lo crees? —preguntó Mindy alzando una ceja con prejuicio.

Mindy, Cindy, Lindy y Wendy, las cuatro chicas del club de lectura llamado las Abrazalibros, estaban en fila en el pasillo esperando a que Bree saliera. Intentó abrirse paso entre ellas, pero el grupo le bloqueó el camino para evitar que saliera del armario.

—Me han estado siguiendo durante meses —dijo Bree, poniendo los ojos en blanco y agonizando—. Tienen que detenerse… ¡Están empezando a asustarme!

—¿Con quién hablabas, Bree? —preguntó Cindy. Su voz siempre vibraba levemente debido a su boca llena de frenillos metálicos.

—Eso no es asunto suyo —replicó ella, e intentó abrirse paso de nuevo.

—De hecho, lo es —dijo Lindy, cerniéndose sobre ella como si fuera una farola—. La directora Peters nos ha nombrado monitores de pasillo este semestre: todo lo que sucede fuera de clase durante el horario escolar es asunto nuestro.

Wendy, que siempre había sido conocida por no emitir sonido alguno, se cruzó de brazos y asintió.

Bree cerró los ojos fuerte, intentando no ponerlos en blanco otra vez.

—No sé cómo se hacen tiempo para monitorear los pasillos entre el club de lectura y el acoso constante hacia mí —dijo Bree.

—Ya no dirigimos el club de lectura —replicó Mindy. Empujó hacia atrás sus coletas características, como si el grupo hubiera sido ascendido a algo mucho más importante.

—Decidimos tomarnos un descanso de los libros y enfocar nuestra energía en otra pasión —prosiguió Cindy—. Así que creamos un club completamente nuevo.

—¡El club Conspiracionista! —Lindy estaba feliz de compartirlo—. ¡Ahora nuestro pasatiempo de rastrear eventos sospechosos puede ser una actividad extracurricular!

Bree emitió un suspiro largo y tortuoso. No importaba cómo se llamaran a sí mismas: siempre serían las Abrazalibros para ella.

—Por milésima vez, Alex y Conner se transfirieron a una escuela en Vermont —dijo ella—. Ni los alienígenas los abdujeron, ni Pie Grande los secuestró, ni una planta come hombres los devoró, ni ninguna de esas obsesiones que tienen.

Mindy miró con rapidez a las otras.

—¿Una planta come hombres? Mmm… Nunca pensamos en eso…

—¡Lo que estoy intentando decirles es que están totalmente bien! ¡Ustedes cuatro necesitan conseguirse una vida! —dijo Bree.

—¿Cómo es posible que todas las personas con quienes hablamos nos dicen lo mismo? —preguntó Cindy—. La señora Peters, el supervisor del distrito escolar, la policía, nuestros padres… ¡Todos dicen que necesitamos encontrar algo mejor en lo que invertir el tiempo! ¿Cómo es posible que seamos las únicas que notan que algo extraño está sucediendo?

Si no hubieran estado enloqueciéndola desde hacía meses, Bree se habría sentido mal por mentirles. Estaban tan obsesionadas con los mellizos Bailey

que ocultarles información era como esconderles juguetes masticables a un grupo de cachorros a los que les comenzaban a crecer los colmillos.

—Bueno, esto ha sido divertido, pero llego tarde a clase —dijo Bree y por fin se abrió paso entre ellas.

—No puedes ir a tu salón sin un pase —replicó Lindy y las cuatro compartieron una sonrisa maliciosa.

—Entonces escribe uno y dámelo —respondió Bree, pero sabía por la expresión santurrona de las cuatro que no sería tan sencillo conseguirlo.

—Bree, Bree, Bree —dijo Mindy mientras movía la cabeza de un lado a otro—. Te conocemos desde el kínder. Eres como una hermana para nosotras.

—No quiero ser su hermana.

—Así que te propondremos un trato —prosiguió Mindy—. Te haremos un favor y no le diremos a la señora Peters que te encontramos hablando con tu teléfono celular en el armario si tú simplemente nos dices dónde están Alex y Conner. Fácil y sencillo.

—Pero no pueden probar que estaba hablando por teléfono —replicó Bree —. No tienen evidencia.

Mindy inclinó la cabeza hacia las otras tres: ninguna de ellas había pensado en eso.

—Tengo una contraoferta que hacerles —dijo Bree—. Si me escriben un pase que justifique por qué llegué tarde a clase les diré dónde están realmente Alex y Conner.

Las Abrazalibros estaban atónitas ante su disposición.

—¿De verdad? —preguntó Mindy.

—¡Claro que sí! —exclamó Cindy.

—¡Sí, enseguida lo haremos! —dijo Lindy.

Wendy asintió con tanta rapidez que por poco se lastimó un músculo.

Las cuatro extrajeron sus anotadores y le escribieron un pase a Bree. Mindy fue la más rápida en terminarlo y se lo entregó. Bree revisó el pase y después se encogió de hombros.

—Genial, gracias, chicas —dijo y volteó para marcharse.

—¡Espera! ¡Tienes que decirnos dónde están! —exclamó Mindy.

Las Abrazalibros se movían tanto por el entusiasmo que parecían a punto de mojar sus pantalones.

—Ah, no se lo diré hoy —explicó Bree—. Eso no era parte de nuestro acuerdo, pero lo haré en algún momento. Si formarán parte de un club conspiracionista, deberían prestar más atención a los detalles.

Bree avanzó por el pasillo hacia la clase. Las Abrazalibros parecían una jauría de jabalíes salvajes a punto de atacarla.

—No se preocupen, chicas —dijo Mindy para tranquilizar a sus amigas—. Esto no ha terminado. Aunque sea lo último que hagamos, descubriremos lo que les sucedió realmente a los hermanos Bailey.



Capítulo tres

La destitución del Hada Madrina

—¡Han pasado dos semanas desde que hablamos por última vez! —gritó Charlotte desde el espejo mágico—. ¿Sabes lo que es ser padre y no tener noticias de tus hijos? ¡Un día espero que tengan hijos que desaparezcan durante semanas y meses para que tu hermana y tú sepan lo que me hacen vivir constantemente!

—No, mamá, no lo sé —respondió Conner. Estaba sentado en la habitación de su hermana en el Palacio de las Hadas deseando encontrarse en cualquier otro lugar del mundo—. Lamento que no te hayamos mantenido informada.

—¡Ya NO toleraré esto! —dijo ella—. Si no tengo noticias suyas al menos dos veces por semana, ¡yo misma iré al mundo de los cuentos de hadas y los traeré a casa!

—Mamá, no puedes venir al mundo de los cuentos de hadas sin magia… —replicó Conner y de pronto se dio cuenta de que no debería haber dicho nada.

Charlotte alzó ambas cejas y le lanzó a su hijo la mirada más fulminante que él jamás había visto en su rostro.

—¿No crees que pueda ir al mundo de los cuentos de hadas, Conner? —preguntó ella y giró la cabeza—. No me importa cuán grande sea la frontera entre las dimensiones: nada me mantendrá alejada de mis hijos. Con o sin magia, ¡atravesaré este mismísimo espejo y los arrastraré a ambos de regreso a casa de ser necesario!

Era evidente que no había nada que Conner pudiera decir para mejorar un poco la situación. Los mellizos eran culpables de descuidar a su madre, y

ahora Conner recibía una reprimenda por ello.

—Mamá, tienes todo el derecho a estar enfadada, pero por favor, relájate…

—¡Conner Jonathan Bailey, no me digas que me relaje! —replicó ella. Él sabía que estaba en graves problemas cada vez que su madre utilizaba su nombre completo—. ¿Cómo se supone que me relaje cuando mis hijos de catorce años están luchando contra ejércitos y dragones en otro mundo?

—De hecho, la abuela fue quien luchó contra el dragón —aclaró Conner.

—Ese dragón parecerá un conejito comparado conmigo si tengo que ir allá —le advirtió Charlotte—. ¿Y dónde está tu hermana? ¿Por qué no está hablando conmigo?

Los mellizos habían acordado que lo mejor era simplificar lo más posible sus últimas aventuras cuando hablaban con su madre. Si Charlotte estaba así de furiosa con ellos por no contactarla regularmente, Conner no podía imaginar cómo podría reaccionar si descubría que el hombre que buscaban podía ser potencialmente su esposo fallecido.

—Alex está en una reunión con el Consejo de las Hadas —dijo Conner—. No está intentando enfurecerte. Solo tiene mucho con lo que lidiar ahora que la abuela se ha ido.

Era difícil mantener la verdad oculta de su madre, en especial mientras observaba cómo había afectado a Alex. Parte de él deseaba que hallara un modo de ingresar al mundo de los cuentos de hadas y que volviera a poner a Alex en sintonía.

—No me interesa cuán importantes o poderosos se hayan vuelto ustedes dos. ¡Soy su madre y merezco algo de respeto! —dijo Charlotte—. ¡Si los presidentes y los reyes logran llamar a sus madres, mis hijos también pueden hacerlo!

Alguien llamó a la puerta. Rani y Jack asomaron la cabeza dentro de la habitación. Conner supuso que debían haber estado escuchando a escondidas porque ambos lucían más preocupados de lo habitual.

—No hay problema, chicos, pueden pasar —dijo Conner—. Mi mamá solo está regañándome por no llamarla con más frecuencia —intentó quitarle importancia al asunto, pero la expresión de sus amigos no cambió.

—Deberías venir al gran salón —comentó Rani.

—Las cosas están bastante tensas entre tu hermana y el consejo —informó Jack.

Conner suspiró: parecía que nunca había un momento de tranquilidad, en especial cerca del palacio.

—Mamá, lo siento, pero debo ir a apagar un incendio —dijo él—. Prometo que hablaré contigo al menos dos veces por semana. Arrastraré a Alex frente al espejo la próxima vez de ser necesario.

Charlotte se cruzó de brazos.

—¡Una última cosa antes de irte! —Conner se preparó para el último comentario de su madre: estaba seguro que ese realmente le dolería—. Los quiero muchísimo a los dos. Por favor, cuídense —dijo Charlotte en voz baja.

Le rompió el corazón a Conner. Se preguntó si su madre había planeado todo el tiempo terminar su conversación de ese modo. Charlotte era una experta en hacerlo sentir culpable.

—Nosotros también te queremos mucho, mamá —respondió—. Y no te preocupes: tenemos muchas personas que nos cuidan. Por favor, mándale nuestros saludos a Bob.

La imagen de Charlotte desapareció del espejo. Conner siguió a Rani y a Jack fuera de la habitación y juntos bajaron las escaleras que llevaban al gran salón del Palacio de las Hadas. Conner había creído que las cosas entre él y su madre habían sido tensas, pero la tensión en el salón era tan alta que resultaba difícil respirar.

El Consejo de las Hadas estaba de pie detrás de sus respectivos podios mientras Alex caminaba de un lado a otro frente a ellos. La sala entera se sentía incómoda y Conner notaba que su hermana estaba furiosa.

Alex había cambiado su apariencia los últimos meses: había dejado de usar todo lo que le recordaba a su abuela fallecida. Reemplazó su atuendo azul que resplandecía como un cielo estrellado por un vestido verde más sencillo de cuyas costuras brotaban flores. Su cabello estaba más largo que nunca antes y una cinta delgada a duras penas lograba mantenerlo lejos de su rostro. Ya prácticamente no utilizaba su varita: incluso eso le recordaba demasiado a su abuela.

Conner, Rani y Jack hallaron a Roja y a Ricitos de Oro de pie en la parte trasera del salón. Ambas estaban muy calladas y miraban el suelo.

—¿Qué está sucediendo? —les preguntó Conner en un susurro.

—El consejo le está pidiendo a Alex que abandone la búsqueda del Hombre Enmascarado —murmuró Ricitos de Oro—. Y ella no está tomándolo bien.

Esa parte era evidente. Alex apenas podía mirar a los ojos a cualquiera de los miembros del Consejo de las Hadas.

—No comprendo por qué ninguno de ustedes me está escuchando —replicó Alex.

—Estamos escuchándote —dijo Emerelda—. Pero no estamos de acuerdo contigo.

—¿Con qué parte no están de acuerdo? —Alex alzó la voz—. ¡El Hombre Enmascarado aún está suelto! ¡Es peligroso y necesitamos encontrarlo! ¡Fin de la discusión!

—El Hombre Enmascarado es un criminal, pero no lo vemos como una amenaza ahora que el resto de la Grande Armée ha sido capturada —explicó Amarello—. Hemos apoyado tu búsqueda durante cinco meses. Es una desgracia que aún no haya sido capturado, pero es hora de centrar nuestra atención en asuntos más apremiantes.

—Aún hay doce niños del Reino Encantador y doce del Reino del Rincón desaparecidos —les recordó Cielene a los presentes.

—Y apuesto a que el Hombre Enmascarado está detrás de las desapariciones —insistió Alex—. Él mismo ha dicho que está llevando a cabo un gran plan que estuvo organizando durante más de una década. No me sorprendería que hubiera secuestrado a los niños para llamar la atención de las brujas. ¡Él necesitaba su ayuda para reclutar a otro ejército, así que arregló el comienzo de una cacería de brujas para asustarlas y convencerlas de que ellas necesitaban su protección!

Sin importar cuán lógico era para ella, el Consejo de las Hadas se negaba a creer que ambas cosas estuvieran conectadas. Alex hizo su mayor esfuerzo para mantener a raya su frustración, pero podía sentirla hirviendo en su interior como un volcán.

—Sí, nos lo dijiste —afirmó Tangerina—. El Hombre Enmascarado planea reclutar un ejército «más allá de la imaginación más vivaz» utilizando la poción que robó de la habitación de tu abuela.

—Comprendemos por qué esto te preocupa —dijo Emerelda—. Sin embargo, suena como la fantasía de un hombre delirante y no como un plan bien pensado.

Alex negó con la cabeza. Era más testaruda que todos ellos juntos.

—Yo soy el Hada Madrina y llegué a serlo siguiendo mi corazón —dijo —. Y mi corazón me dice que el Hombre Enmascarado trama algo. No cambiaré de opinión hasta que lo atrapen.

Los miembros del Consejo de las Hadas intercambiaron miradas. Eso era lo que temían.

Emerelda cerró los ojos y respiró hondo.

—Esto no es un pedido, Alex —replicó el hada verde—. O finalizas la búsqueda del Hombre Enmascarado o nos veremos obligados a tomar

acciones en tu contra.

De inmediato, la tensión se duplicó en el salón. Alex miró hacia atrás a Conner y a sus amigos, pero ellos estaban tan atónitos como ella.

—¿Disculpa? —preguntó Alex y cruzó los brazos—. ¿A qué te refieres con tomar acciones en mi contra?

—Como miembros de la Asamblea del Felices por Siempre Jamás es nuestro trabajo protegerla —dijo Amarello—. Y si nuestra líder está tomando decisiones con las que ninguno de nosotros acuerda, o que podrían resultar dañinas para los reinos de cualquier modo, no podemos apartarnos y permitir que suceda.

—Permítanme que les recuerde que, de no haber sido por mi hermano o por mí, ¡todos ustedes estarían muertos! —respondió Alex alzando los brazos en el aire—. Yo no soy el enemigo: ¡el enemigo está suelto, y ustedes están perdiendo el tiempo!

—Les pediste a Jack y a Ricitos de Oro que formaran un equipo de búsqueda para rastrear al Hombre Enmascarado y a sus hombres —replicó Rosette—. Apártate de la tarea para que este consejo pueda enfocarse en algo productivo.

—¡Eso fue antes de que descubriera quién era realmente el Hombre Enmascarado! —exclamó Alex. Había tenido esperanzas de que su desacuerdo no llevara a esa situación.

—Alex, escucha lo que dices —añadió Cielene—. Tu juicio está nublado porque crees que ese hombre es tu padre.

—¡Sé que lo es! ¡Vi su rostro con mis propios ojos! Después de todas las veces que mi juicio y mi intuición han salvado a este mundo, ¿por qué están discutiendo conmigo sobre esto?

—Tu padre murió hace cuatro años en el Otromundo —dijo Amarello—. El Hombre Enmascarado estuvo en la Prisión de Pinocho durante más de una década. No puede ser el mismo hombre… Es imposible.

—Dijiste que habías visto a tu padre apenas dos días después de la muerte de tu abuela —añadió Emerelda—. A veces, cuando estamos abrumados, vemos lo que queremos ver en lugar de lo que está realmente ahí.

Alex estaba atónita ante la sugerencia de Emerelda. Podía sentir que la sangre hervía en sus venas: no sabía cuánto tiempo más le quedaba hasta perder el control de su ira.

—¿Crees que quería ver a mi padre debajo de aquella máscara? —preguntó Alex—. ¿Crees que he querido permanecer despierta cada noche preguntándome cómo es posible que mi padre se convirtiera en un asesino y

ladrón? ¿O por qué les mintió a sus hijos acerca de su muerte? Sé que los hechos son incongruentes, sé que no tiene sentido, pero cuatro años atrás, si me hubieran dicho que existía el mundo de los cuentos de hadas, tampoco lo habría creído.

Unos miembros del Consejo de las Hadas pusieron los ojos en blanco y otros suspiraron, exasperados. Alex no podía creer cuánto le estaban dificultando la situación.

—Si todos creen que lo que digo es imposible, entonces podríamos estar enfrentándonos con magia negra realmente oscura; quizás con magia con la que nunca antes hemos lidiado. Creo con todo mi corazón que si ignoramos esto nos arrepentiremos —dijo ella.

Conner cerró los ojos y respiró hondo. Resultaba difícil ver a su hermana tener que prácticamente rogar para que la respetaran. Sin embargo, si él estuviera en el lugar del consejo, no le creería.

Emerelda debió haber percibido la incomodidad de Conner porque de pronto redireccionó la atención de la sala hacia él.

—Conner, ¿qué opinas? ¿Crees que tu hermana vio lo que cree que vio?

El estómago del chico se retorció ante la situación incómoda en la que lo pusieron. Su hermana volteó y lo miró con sus enormes ojos suplicantes: si alguien podía convencer al consejo de que Alex no estaba siendo irracional, ese era él. Él había estado a su lado desde antes de haber nacido.

—No… no… no lo sé —balbuceó Conner. Se acercó a su hermana para intentar crear un mundo privado en medio de una habitación atestada—. Alex, en cuestión de pocos días ese tal Rook te rompió el corazón, luchamos contra un ejército, perdimos a la abuela y te convertiste en la líder del mundo de los cuentos de hadas. ¿Tal vez Emerelda tiene razón? ¿Quizás realmente no viste lo que crees que viste?

Alex sintió que le quitaron el aliento. No tenía ni un solo aliado entre ellos, ni siquiera en su propio hermano. Él había demostrado que lo que el Hombre Enmascarado le había dicho en el techo de El caldero de las brujas era cierto: la familia fue quien la traicionó más que nadie.

Algunas lágrimas rodaron por el rostro de Alex sin que ella lo notara. Aun así, no estaba lista para rendirse.

—No me importa cuán delirante creen que soy —replicó ella—. Encontraré al Hombre Enmascarado y les demostraré que están equivocados, con o sin su ayuda.

Cada uno de los miembros del consejo asintió hacia Emerelda. El momento que todos temían finalmente había llegado.

—Entonces, me temo que no tenemos otra opción —dijo Emerelda—. Alex, el consejo siente que estás enceguecida por tus emociones y que no eres apta para liderar la Asamblea del Felices por Siempre Jamás. Por primera vez en la historia, declaro tu destitución como hada madrina.

—¿QUÉ? —gritó Conner. No podía creer lo que oía—. ¿Cómo es posible que eso esté permitido?

—Como tus nuevos superiores, te ordenamos que detengas de inmediato tu búsqueda del Hombre Enmascarado —dijo Amarello—. Creemos que proseguir con tu misión hará más mal que bien, así que cualquier cosa que hagas de ahora en adelante en contra de los deseos del consejo será considerado un crimen.

—¡No pueden hacer esto! —gritó Jack.

—¡Ella no hizo nada malo! —dijo Ricitos de Oro.

—Esperábamos evitar esto, pero ustedes mismos la oyeron —replicó Emerelda.

Todos voltearon hacia Alex. La sangre había abandonado el rostro de la chica y estaba perturbadoramente tranquila. Era como si estuviera teniendo una pesadilla. Las personas que una vez había considerado sus amigos y colegas estaban tratándola como a un criminal.

Alex ya no podía reprimir sus sentimientos. Sintió que su frustración, su ira y su nerviosismo comenzaban a brotar desde lo profundo de su ser. Mientras la emoción se disparaba por su cuerpo, se volvió insensible y perdió completamente la consciencia ante la furia.

—Ay, no —les susurró Conner a sus amigos—. Esto no será bueno.

Los ojos de Alex comenzaron a brillar y su cabello flotó por encima de su cabeza. Gritó, rio y levitó en el aire. El Consejo de las Hadas estaba aterrorizado: nunca antes la habían visto así.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Amarello, ansioso.

—Solo está un poco abrumada, ¡eso es todo! —respondió Conner. Se interpuso entre Alex y el consejo, intentando desesperadamente distender la situación—. Solo denle un minuto y todo estará bien…

Alex inclinó la cabeza hacia atrás y extendió las manos hacia el cielo. Una serie de rayos cayeron de las nubes y golpearon los podios del consejo hasta que cada uno explotó. Los miembros del consejo se lanzaron al suelo en busca de refugio.

Todos los presentes del salón intercambiaron miradas de pánico: ninguno sabía qué hacer.

—¡Deténganla! —gritó Emerelda.

El Consejo de las Hadas se alzó en el aire y rodeó a Alex desde distintos ángulos. Ella movió las manos alrededor de su cuerpo y un muro de llamas la rodeó y bloqueó el acercamiento de las otras hadas. El fuego se disparó en el aire con la energía de un cohete. El estallido fue tan fuerte que Conner salió volando hacia el lado opuesto de la sala. Las llamas se desvanecieron, y Alex desapareció.

El gran salón estaba tan silencioso que por poco era posible oír los latidos de todos los presentes repiqueteando al unísono. Emerelda corrió hacia Conner. A él le resultaba difícil ponerse de pie, pero ella no le ofreció ayuda alguna.

—¿Hace cuánto tiempo sucede esto? —preguntó. Sus ojos estaban abiertos de par en par y sus fosas nasales aleteaban.

—Hace algunos meses, de forma discontinua —respondió él—. Pero ¡nunca antes ha hecho algo como esto!

—¿Por qué no nos informaste al respecto? —replicó Emerelda. Utilizó el mismo tono que la madre de Conner había usado en la habitación de Alex.

—Ah, vamos —dijo Roja, intentando alivianar el ambiente—. ¡Es solo una adolescente! ¡Yo solía tener berrinches como esos todo el tiempo! Aunque debo admitir que nunca desaparecí en una llamarada ardiente.

—¡Eso no fue un berrinche! —afirmó Emerelda.

—Entonces ¿qué le está pasando? —preguntó Conner.

—Supongo que perseguir al Hombre Enmascarado consumió tanto a tu hermana que ha perdido contacto consigo misma —explicó Emerelda—. ¡No tiene control sobre sus poderes!

—¡Dime algo que no sepa! —replicó Conner—. Entonces ¿cómo la ayudamos?

Emerelda lo ignoró y volteó hacia los miembros del Consejo de las Hadas.

—Quiero que todos contacten de inmediato a los reyes y las reinas de la Asamblea del Felices por Siempre Jamás —ordenó—. Díganles que cesen cualquier contacto con Alex en este instante. Debemos centrar todo nuestro esfuerzo en encontrarla y capturarla, por cualquier medio necesario.

Conner sintió una sacudida. En una sola reunión, su hermana había pasado de ser el Hada Madrina a la persona más buscada en el mundo de los cuentos de hadas.

—Espera, espera, espera —dijo, interponiéndose entre los miembros del consejo—. ¡Estamos hablando de Alex! Tuvo un colapso nervioso, ¿qué tiene de malo?

Conner no era el único ansioso por saber. El Consejo de las Hadas, Jack, Rani, Ricitos de Oro y Roja se agruparon alrededor de Emerelda.

—Todos sabemos que Alex es una persona muy poderosa, quizás el hada más poderosa que jamás hayamos conocido —dijo Emerelda—. Su magia se alimenta de su corazón, y lo que sea que haya ocurrido en la habitación del Hada Madrina entre ella y el Hombre Enmascarado hace cinco meses la ha quebrado emocionalmente. Si no la detenemos, si ella no logra controlar sus emociones, podría perder el control de sí misma para siempre.

—De acuerdo —dijo Conner. La mirada seria en los ojos de Emerelda lo asustaba—. Entonces ¿qué puedo hacer por ella?

—Primero, encuéntrala antes de que sea demasiado tarde —respondió ella —. He visto suceder esto una sola vez antes. Un corazón roto fue lo único necesario para convertir a una de las hadas más talentosas que jamás he visto en una criatura desagradable y peligrosa. La situación era muy distinta, pero todas las señales están allí.

—¿Quién era? —preguntó Conner, y tragó con dificultad.

Emerelda hizo una pausa, vacilando en decirle.

—La Hechicera —respondió finalmente.



Capítulo cuatro

Un ganso en fuga

Alex abrió los ojos. Para su asombro, estaba de pie sobre una nube en medio de una tormenta feroz. La lluvia soplaba en todas direcciones y le calaba los huesos. Rodeó su cuerpo con sus brazos y tembló en el viento helado. Los relámpagos centelleaban en las nubes que estaban debajo de sus pies. El trueno fue ensordecedor, como decenas de cañones que se disparaban a su alrededor.

No tenía idea de dónde estaba o cómo había llegado allí. Su memoria era, como mínimo, inconstante. Lo último que Alex recordaba era que estaba de pie en el gran salón del Palacio de las Hadas. Estaba discutiendo con el consejo acerca del Hombre Enmascarado… Cuanto más progresaba la discusión, más se enfurecía Alex… Emerelda le preguntó a Conner acerca de la confiabilidad de Alex y allí era donde su memoria se desvanecía por completo… Solo recordaba destellos rápidos de lo que había ocurrido, pero no le llevó demasiado tiempo atar cabos.

«¡Oh, no!», dijo Alex con un grito ahogado. «¿Qué he hecho?».

Fue como recordar una pesadilla. El Consejo de las Hadas la había destronado como Hada Madrina. ¡La furia de Alex tomó el control de su cuerpo y ella se vengó atacándolos!

Cuanto más lúcida estaba, más comenzaba a amainar y a disiparse la tormenta que la rodeaba. Alex miró a su alrededor para determinar su paradero, pero lo único que veía eran espesas nubes grises que se extendían por kilómetros y kilómetros.

Alex eligió una dirección y caminó a través de las nubes que eran como arenas movedizas esponjosas. A lo lejos, a duras penas podía distinguir la

silueta de una estructura inmensa con muchas torres. Cuando entrecerró los ojos vio una gran puerta de madera. Alex reconoció el lugar de inmediato.

«¡Es el castillo del gigante!».

El estómago de la chica dio un vuelco. El castillo le recordó instantáneamente a aquella vez en la que ella y sus amigos apenas lograron escapar y evitar que el gato gigante que vivía dentro los despedazara con sus garras y los comiera. A pesar de que su primer instinto fue correr en la dirección opuesta, Alex supuso que el castillo sería el mejor lugar al que ir, dadas las circunstancias. Dudaba de que el Consejo de las Hadas la buscara allí. Quizás por esa razón se había dirigido al cielo sin saberlo, después de todo.

Continuó caminando hacia el castillo y, después de un rato, sus pies hallaron un sendero sólido que serpenteaba hacia la enorme puerta principal del castillo. Alex por poco ingresó por debajo de la puerta, como lo había hecho antes con sus amigos, pero por suerte ya había aprendido algunos trucos desde ese entonces. Movió la mano sobre la puerta y esta comenzó a abrirse.

Cuando la puerta se había abierto lo suficiente, Alex ingresó y esta se cerró a sus espaldas. El castillo era exactamente como lo recordaba. Las baldosas de piedra en el suelo tenían el tamaño de piscinas. Cada peldaño de la escalera inmensa tenía la altura de un edificio. Probablemente, el Palacio de las Hadas entero podría caber dentro del vestíbulo.

Sin embargo, una cosa era muy distinta. La última vez que había estado en el castillo, el suelo había estado cubierto de cientos de esqueletos de pájaros (víctimas del apetito del gato del gigante), pero ahora estaba completamente limpio. De hecho, todo el castillo tenía una sensación de estar muy «habitado».

Alex tragó, nerviosa: ahora algo más que el gato gigante vivía en el castillo.

Ingresó en la habitación a la derecha del vestíbulo y encontró la sala de estar del castillo. Cada mueble tenía el tamaño de una casa. Una pila de árboles talados ardía en la chimenea como si fueran leña. Un sillón enorme había sido colocado cerca del fuego. Alex estaba frente al respaldo, pero sabía que alguien o algo estaba sentado en el sillón.

—¿Squaaa?

Alex dio un salto. Un ganso muy familiar estaba posado sobre la cima del respaldo del sillón. El ave era inmensa, pero aun así parecía enana en comparación con el castillo del gigante.

—¿Lester? —preguntó Alex—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El ganso erizó las plumas con entusiasmo.

—¡Squaaa!

—¿Qué sucede, muchacho? —dijo una voz áspera desde el sillón. Alex suspiró aliviada: estaba entre amigos.

—¿Mamá Gansa? ¿Eres tú? —preguntó.

—¿Alex? —respondió Mamá Gansa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Lester, sé un encanto y ayuda a nuestra niña a subir aquí —ordenó Mamá Gansa.

Lester planeó hacia el suelo y Alex montó en su espalda. La llevó volando hacia el asiento, que era como un balcón con vista a la chimenea. Mamá Gansa estaba sentada en una mecedora, con su gran canasta de viaje a un lado, y bebía sorbitos de un gran termo que sin dudas estaba lleno de su bebida espumante favorita.

—¡JSSSSSSSSS!

Alex gritó. El gato gigante estaba sentado sobre el apoyabrazos del asiento. La fulminó con la mirada y arqueó la espalda mientras bufaba. Era evidente que recordaba a Alex de su primer encuentro. Alzó una pata y extendió las garras, listo para atacar.

—Tranquilo, George Clooney —le dijo Mamá Gansa al felino—. Ella es una amiga: ¡no te hará daño! ¡No me obligues a rociarte con agua otra vez!

El gato gigante guardó las zarpas y se encorvó, lanzándole a Alex una mirada desagradable. Le sorprendió ver cuán obediente era el animal.

—¿Ahora el gato es tuyo? —preguntó la chica.

—Nunca planeé que fuera así, pero alguien debe enseñarle a esa bolsa de gluten gigante algunos modales —respondió Mamá Gansa—. Por poco comió a Lester la primera vez que vinimos aquí. Pero lo puse a una dieta estricta de pescado y cereales.

El gato le echó un vistazo a Lester con hambre en los ojos. Claramente, todavía estaba tentado.

—¿Y lo nombraste George Clooney? —preguntó Alex riendo.

—Sí, en honor a uno de mis novios favoritos del Otromundo —dijo Mamá Gansa.

—¿Fue tu novio? —exclamó ella alzando una ceja. De todas las historias que había escuchado a lo largo de los años, ¿cómo había logrado Mamá Gansa mantener esa en secreto?

—Ah, siempre olvido que vienes del Otromundo —Mamá Gansa rio—. Una chica mayor puede soñar, ¿cierto? —chasqueó los dedos y otra mecedora apareció junto a la suya—. ¡Siéntate, niña! Me alegra verte.

Alex lo hizo; también estaba feliz ante el reencuentro. Durante los últimos meses, había visto cada vez menos a Mamá Gansa. Por algún motivo, evitaba ir al Palacio de las Hadas lo máximo posible esos días, y a los mellizos les preocupaba que llegara un día en el que ella desapareciera para siempre.

—No te hemos visto en meses —dijo Alex—. ¿Te estabas ocultando aquí?

—Así es —respondió Mamá Gansa con un suspiro intenso—. Lamento haber estado desaparecida en acción, Alex; los extraño muchísimo a ti y a tu hermano, pero es difícil estar en el palacio ahora que tu abuela se ha ido.

Alex sabía exactamente cómo se sentía Mamá Gansa, así que no podía culparla.

—Créeme, lo sé. De todos los lugares posibles, ¿por qué has venido aquí?

—Me encanta este sitio —explicó Mamá Gansa—. Tiene techos altos para que Lester pueda volar, es muy tranquilo, tiene una vista maravillosa cuando el día está despejado, y el gigante fallecido y yo tenemos gustos similares en espumantes —señaló la mesa auxiliar en la esquina de la habitación, donde una docena de botellas más altas que Alex estaban llenas de la bebida favorita de Mamá Gansa—. ¡Es un suministro de por vida para mí!

—Realmente extrañamos verte allí… ¿Regresarás algún día?

—No lo sé —respondió Mamá Gansa tras vacilar—. No lo he decidido. Cada noche, tengo esperanzas de que despertaré al día siguiente con el deseo de reincorporarme a la humanidad, pero hasta ahora no he tenido suerte. Supongo que solo necesito más tiempo.

Mamá Gansa bebió un largo sorbo de espumante. Alex notó que un libro pequeño de cubierta de cuero descansaba sobre el regazo de su amiga.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Alex.

—Ah, ¿esto? Es solo mi viejo diario. Vaya, sí que he tenido algunas aventuras en mi juventud. Solía escribirlo todo: siempre tuve esperanzas de que un día, cuando fuera anciana o cuando por fin me encerraran para siempre, habría alguien que lo apreciaría.

—¿Me permites? —preguntó Alex, extendiendo la mano hacia el diario.

Mamá Gansa sonrió y se lo entregó. La chica hojeó las páginas antiguas. Había cientos y cientos de entradas con fechas de cientos de años en el Otromundo y en el mundo de los cuentos de hadas. Había imágenes, flores, hojas y cartas dobladas entre las páginas.

—Sin dudas has vivido —dijo, impresionada por el diario.

—Lo hice —respondió Mamá Gansa—. Lo hice…

Su elección de palabras preocupó a Alex.

—¿Lo hiciste? ¿Por qué estás hablando como si hubiera terminado? No estás lista para rendirte todavía, ¿cierto?

Mamá Gansa suspiró y su mirada vagó hacia la chimenea. Parecía triste, al menos más triste de lo que Alex jamás la había visto.

—Envejecer no es para débiles, claro que no —dijo Mamá Gansa—. Cuando era joven, quería vivir para siempre. No existía puente que no quisiera cruzar o piedra que no quisiera voltear. Después, llegué a una cierta edad y todo comenzó a desaparecer. Mis amigos empezaron a morir uno por uno hasta que no quedó ninguno. El mundo siempre cambia, pero un día despiertas y te das cuenta de que está cambiando sin ti… y es imposible seguirle el ritmo y alcanzarlo. Tus aventuras terminan, y te encuentras sola sin nada más que los recuerdos. Después solo esperas… y esperas… y esperas, hasta que llega tu turno de conocer a tu creador, o de «regresar a la magia», como tu abuela siempre decía. Y cuando ese día llega, ruegas que, al llegar allí, alguien conocido esté esperándote.

Oírla decir algo semejante le rompió el corazón a Alex.

—Pero, Mamá Gansa, eso no puede ser verdad. Tienes más vida en tu meñique de lo que la mayoría de las personas tienen en todo el cuerpo. Las aventuras no terminaron, solo serán diferentes.

—Gracias, cariño —dijo Mamá Gansa con una sonrisa—. De verdad espero que ese sea el caso. Ahora es tu turno: ¿qué te trae a Gigantopia?

Alex cerró los ojos y los apretó fuerte, obligándose a no llorar.

—El Consejo de las Hadas me ha destituido como Hada Madrina. He arruinado todo.

Mamá Gansa se atragantó con un sorbo de espumante.

—¿Qué? —tosió—. ¿Pueden hacer eso?

—Aparentemente, sí.

—¿Por qué rayos lo harían? —exclamó Mamá Gansa—. ¡Eres una de las hadas más brillantes que este mundo ha conocido!

—Creen que mi búsqueda del Hombre Enmascarado ha ido demasiado lejos y piensan que me he convertido en alguien destructivo —explicó Alex.

—Ah, lo dudo. Ellos siempre han creído que hacer nada es mejor que hacer algo que tal vez sea perjudicial o que los haga lucir mal. Pero así es la política.

—No, es verdad —admitió Alex—. Últimamente, cada vez que estoy abrumada, pierdo el control de mí misma y de mis poderes por completo. ¡Ataqué al consejo con rayos cuando tomaron la decisión! Fue como si alguien hubiera poseído mi cuerpo y yo solo mirara desde adentro.

—Guau —dijo Mamá Gansa—. Lamento habérmelo perdido.

—Quizás tuvieron razón en destituirme —prosiguió Alex, repentinamente llena de baja autoestima—. Quizás sea lo mejor que yo no sea el Hada Madrina. Ahora pueden enfocarse en hallar a los doce niños desaparecidos del Reino del Rincón y a los doce del Reino Encantador.

—Recuerdo una época cuando algunos jóvenes desaparecieron: la llamamos Woodstock, pero esa es otra historia. Sin embargo, no irás a renunciar a la búsqueda del Hombre Enmascarado, ¿cierto?

Alex movió la cabeza de lado a lado.

—No puedo detenerme. Nadie me cree, pero sé que es mi papá. Sin importar cuántas veces intente convencerme el Consejo de las Hadas de que solo estaba alucinando, yo sé lo que vi. Él tenía los ojos de mi papá, su nariz, su boca… ¿quién otro podría haber sido? No seré capaz de funcionar normalmente hasta que aparezca.

Mamá Gansa miró a Alex con ojos grandes y compasivos. Había tanto que deseaba poder decirle, pero le había hecho una promesa a la fallecida Hada Madrina poco antes de su muerte, una promesa que tenía intenciones de cumplir.

—Te creo, cielo —dijo Mamá Gansa mientras tomaba la mano de Alex.

Ella alzó la vista y la miró con ojos grandes y brillantes.

—¿De verdad?

—He visto cosas bastante increíbles a lo largo de mi vida. No siempre tenían sentido y no siempre eran lo que las personas querían oír, pero eso no significa que no sucedieron. Si dices que viste a tu padre, entonces viste a tu padre: fin de la discusión.

Alex estaba tan agradecida de tener a alguien de su lado que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero ¿qué hago ahora? Soy la persona más buscada en todos los reinos. El consejo está persiguiéndome en este mismo instante.

Mamá Gansa puso los ojos en blanco y le restó importancia a la situación.

—Si me hubieran dado cinco centavos cada vez que el consejo hizo un alboroto por mí, podría pagar todas las deudas de juego que tengo en ambos mundos. Si fuera tú, lo consideraría una bendición. Ya no eres el Hada Madrina y no estás asociada al Consejo de las Hadas: ¡genial! Eso significa

que puedes comenzar a jugar bajo tus propias reglas. Deja que las personas te teman por ahora; ese miedo solo se convertirá en admiración cuando encuentres al Hombre Enmascarado y pruebes que has tenido razón todo este tiempo. ¿Y qué tendrá para decir el consejo cuando eso ocurra? Nunca serán capaces de refrenarte de nuevo.

Mamá Gansa bebió otro sorbo de espumante y asintió, satisfecha con su consejo.

—¿Y sabes qué? —añadió—. Te ayudaré.

—¿Lo harás? —preguntó Alex.

Una sonrisa traviesa apareció en el rostro de Mamá Gansa.

—Siempre me he preguntado cómo sería ver que alguien les demostrara a esos arrogantes sabelotodo coloridos que están equivocados. Cuenta conmigo.

Por primera vez en un tiempo muy largo, Alex sonrió.

—Y jugaremos bajo nuestras propias reglas. Me agrada cómo suena.



Capítulo cinco

Pociones y predicciones

Una pequeña carreta viajaba a través del bosque en medio de la noche. Una mula jalaba de ella y transportaba a tres mujeres: una morena, una pelirroja y una rubia. Las tres eran de mediana edad, pero estaban tan cansadas por el viaje que parecían mucho más viejas.

La morena nunca había conducido una carreta y le resultaba difícil mantener el control de las riendas. La pelirroja miraba sin cesar un mapa y el camino delante de ellas, y la rubia sostenía un farol para iluminar el bosque. Observaban los árboles con nerviosismo: no temían lo que quizás podrían ver, sino que temían quién podría verlas.

Ninguna había estado tan lejos de casa antes, y esperaban que nadie en su hogar jamás supiera hacia dónde se dirigían.

—¿Están seguras de que estamos yendo en la dirección correcta? —protestó la rubia.

—¡Estoy siguiendo el mapa lo mejor que puedo! —replicó la pelirroja.

—¡Silencio las dos! —susurró la morena—. ¡Miren! ¡Es el Bosque de los Enanos!

Después de viajar toda la noche, habían llegado a la frontera entre el Reino del Rincón y el Bosque de los Enanos. Estaban seguras porque los árboles delante de ellas eran más espesos y espeluznantes que cualquier otro bosque que jamás hubieran visto. El mero hecho de verlo, hizo que unos escalofríos recorrieran sus columnas.

—¿Estamos seguras de que queremos ingresar allí? —preguntó la rubia, comenzando a arrepentirse.

—La casa de la bruja apenas está un poco más adentro del bosque —respondió la morena—. Llegaremos enseguida.

La carreta cruzó un pequeño puente y avanzó a través del bosque perturbador. Después de aproximadamente un kilómetro y medio, las mujeres encontraron una casa a la orilla de un río. Tenía un techo de paja alto y un molino de agua que giraba lentamente mientras el río fluía a través de él. Era exactamente como lo habían descrito.

Las mujeres se ayudaron mutuamente a bajar de la carreta y amarraron la mula a un árbol. Entrelazaron sus brazos y se acercaron con cautela a la puerta principal de la casa. Las tres intercambiaron golpecitos con el codo, pero todas temían llamar a la puerta.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó una voz a sus espaldas.

Las tres gritaron y voltearon. Otra mujer estaba de pie detrás de ellas. Era hermosa, con cabello oscuro y labios rojos intensos. Vestía un largo atuendo negro con dobladillo dorado y botas de tacón alto hechas de piel de serpiente. Hubiera lucido como cualquier otra mujer, si no fuera por los cuernos largos de carnero que sobresalían de su cabeza y se retorcían a los costados de su rostro. Las tres mujeres supusieron que ella era la bruja que buscaban.

—¿E… e… eres Morina? ¿La bruja de belleza? —preguntó la rubia mientras le temblaba la mandíbula.

—Depende —respondió la bruja con una mirada feroz—. ¿Qué están haciendo aquí?

—No queremos hacerte daño —dijo la pelirroja, utilizando a sus amigas como escudo—. Alguien que conocemos en común nos recomendó tus… servicios.

La expresión fulminante de Morina se transformó en una sonrisa.

—Oh, ¡son clientes! Bienvenidas, damas. Discúlpenme por haber sido grosera: una nunca puede ser demasiado cuidadosa cuando se aproxima una cacería de brujas. Por favor, pasen.

Morina señaló la puerta y esta se abrió de par en par. Colocó los brazos alrededor de las mujeres y las acompañó dentro de su hogar.

La habitación principal de la casa era una tienda elegante. Tenía suelo de mármol, un candelabro colgante de cristal y columnas que sostenían el techo. Todo era blanco, incluso un gran escritorio y una silla que estaban en el centro de la habitación. Los estantes que delineaban las paredes contenían botellitas de vidrio llenas de líquidos coloridos. Las mujeres se sentían como niñas en una dulcería.

—Ahora, damas, ¿qué las trae a mi morada en el bosque? —preguntó Morina.

—Oímos que has inventado una poción que revierte los signos del envejecimiento —respondió la morena.

—Los rumores son ciertos —afirmó Morina—. Solo que no es una única poción. Mis estantes están llenos de brebajes que garantizan rejuvenecer, revitalizar o refrescar, dependiendo de sus necesidades específicas.

Las mujeres miraron alrededor de la sala como si hubieran muerto y llegado al paraíso. ¿Realmente las pociones que las rodeaban podían restaurar su juventud? Parecía demasiado bueno para ser cierto.

—¿Estas son las pociones que le vendías a la Reina Malvada? —preguntó la rubia—. Oímos que eras una de las esteticistas que le otorgaba tratamientos de belleza.

—Así es —dijo Morina—. Durante años, ella fue mi clienta exclusiva y una querida amiga. Es una pena lo que le ocurrió, pero les aseguro que su destino no afecta la calidad de mis productos.

—¿Cómo sabemos si tus pociones funcionan? —preguntó la pelirroja.

La sonrisa de Morina se expandió: esa era siempre su pregunta favorita cuando hacía una venta. La bruja caminó hacia la esquina de la habitación y jaló de una borla. Las cortinas de la pared se abrieron y revelaron un espejo de gran tamaño con marco dorado.

—¿Alguna sabe qué es esto? —preguntó Morina.

—Un espejo —respondió la rubia.

—Sí, pero no es un espejo común y corriente. Cuando alguien se pone de pie frente a él, ve el reflejo de quién es en su interior. Fue un regalo de la Reina Malvada, quien, como saben, tenía una fascinación por los espejos mágicos. Lo llaman un Espejo de la Verdad.

Morina se ubicó frente al espejo y las mujeres dieron un grito ahogado. Su reflejo se transformó en una joven horrorosa con verrugas, una joroba y los pies torcidos hacia adentro. Los cuernos de carnero eran el único parecido que compartían la bruja y el reflejo.

—Pero es imposible que esa seas tú —dijo la morena.

—Lo era —afirmó Morina—. Mi abuelo era un trol, así que naturalmente, con sangre de bruja y trol en mis venas, estaba destinada a la fealdad. Hombres que no podían amarme debido a mi apariencia rompían mi corazón constantemente. Pero en lugar de ahogarme en la autocompasión, decidí hacer algo al respecto. Pasé años de mi juventud mezclando y combinando pociones, creando brebajes que alteraron mi apariencia poco a poco hasta que estuve satisfecha. Y dado que mi propia transformación fue tan exitosa, decidí compartir mis creaciones con otros… a cambio de un precio.

Morina volteó hacia ellas y el reflejo horroroso desapareció. La bruja tomó a cada mujer de la mano con suavidad y las llevó frente al espejo. Las tres cubrieron sus ojos, temiendo lo que el espejo podría mostrarles.

—Vamos —las alentó Morina—. Echen un vistazo. Les prometo que no tienen nada que temer.

Las mujeres alzaron la vista hacia el Espejo de la Verdad y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tres muchachas jóvenes, bellas y vivaces les devolvían la mirada: reflejos que no habían visto en décadas.

—¿Por qué ser víctimas de las crueldades de la naturaleza cuando pueden detenerlo? —preguntó Morina—. Permitan que las mujeres en su interior renazcan para que el mundo pueda ver quiénes son realmente. Con la ayuda de mis pociones, pueden reunirse otra vez con la belleza y la confianza que el tiempo les ha robado.

No era necesario que la bruja dijera algo más: las mujeres ya estaban convencidas.

—Ahora, por turnos, díganme lo que cada una está buscando específicamente —indicó Morina.

Una a una, cada mujer dio un paso al frente y le confesó sus más profundas y oscuras inseguridades a la bruja. Afortunadamente para ellas, Morina tenía un producto para todo. Después de que determinara qué necesitaban, las botellas volaron de los estantes y se introdujeron en tres bolsas blancas que aparecieron sobre el escritorio. Cuando Morina terminó de diagnosticar las necesidades de las mujeres, cada bolsa estaba llena de cientos de pociones.

—¿Cuánto nos costará esto? —preguntó la morena.

—Es un monto distinto para cada cliente —respondió Morina—. Cobro la mitad de sus fortunas individuales para que puedan usar mis pociones.

Las mujeres intercambiaron miradas. Les habían dicho que era costoso, pero ninguna pensó que el precio sería tan alto. Por suerte, estaban preparadas para pagar lo que fuera necesario. Miraron de nuevo el Espejo de la Verdad en busca de inspiración y colocaron una bolsa pesada llena de monedas sobre el escritorio de Morina.

—¡Excelente! Ahora, déjenme que les advierta algo. Las pociones han sido encantadas para revertir su efecto si un cliente miente acerca de sus finanzas.

Las mujeres se volvieron paranoicas y le entregaron todo el dinero que traían consigo. Una sonrisa satisfecha se extendió en el rostro de Morina y guardó sus ganancias en la gaveta grande del escritorio.

—Gracias, damas —dijo—. Ha sido un placer hacer negocios con ustedes.

Morina acompañó a las mujeres fuera de su hogar y las despidió con la mano mientras ellas se alejaban en su carreta. Cuando volteó para regresar a su casa, notó algo extraño. La puerta principal se mecía levemente, como si alguien hubiera ingresado corriendo cuando ella no estaba mirando.

Morina embistió su casa con los cuernos para abrir, y cerró la puerta de un golpe detrás de ella. No había rastros visibles de un intruso, pero sabía que no estaba sola.

—¡Aparece! —ordenó.

Cuando no hubo ningún movimiento, Morina giró su dedo en un círculo rápido. Un torbellino agresivo apareció y recorrió su tienda. Encontró a un hombre agazapado detrás del escritorio y lo atrapó dentro del torbellino. El remolino hizo girar al hombre tan rápido que este no podía emitir sonido.

La bruja suspiró y después chasqueó los dedos cuando notó de quién se trataba. El torbellino desapareció y soltó al Hombre Enmascarado a los pies de la bruja.

—Lloyd —dijo Morina. Quizás era la única persona en el mundo de los cuentos de hadas que podía reconocer al hijo de la fallecida Hada Madrina bajo su disfraz. Había pasado tanto tiempo odiando cada fibra del hombre a lo largo de los años, que reconoció de inmediato los ojos azul pálido bajo la máscara. Tenían una historia compartida, una que no había terminado bien.

—Hola, Morina —respondió el Hombre Enmascarado. Estaba tan mareado que por poco vomitó, y le resultaba difícil ponerse de pie.

—Eres un hombre patético. Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que reptaras de regreso en mi vida. ¿Qué estás haciendo aquí?

El Hombre Enmascarado vaciló antes de hablar, ya que sabía que la respuesta la enfurecería.

—Vine a pedir tu ayuda.

—¿MI AYUDA? —gritó Morina, escandalizada por su audacia—. ¿Crees que puedes escabullirte en mi hogar y pedirme un favor después de lo que hiciste?

—Comprendo por qué estarías furiosa —admitió el Hombre Enmascarado.

—La furia es nada en comparación con los sentimientos que tengo hacia ti —replicó ella—. ¡Me mentiste! ¡Me robaste!

—Por favor, permíteme que te explique…

—¡No hay nada que explicar! ¡Teníamos un trato! ¡Te abastecí de cientos de pociones de amor! A cambio, me prometiste una fortuna digna de un rey,

pero ¡no cumpliste con tu parte del acuerdo!

—Sé que no cumplí tan rápido como prometí, pero eso no significa que no pueda suceder —prosiguió él—. Por favor, ¡escúchame! ¡Si me ayudas ahora, juro que seré capaz de darte un reino a cambio!

—¡Eres la escoria de esta tierra, y no escucharé ni una palabra más de tu boca! ¡Vete de mi casa antes de que lance tu cuerpo al río en pedazos!

Morina señaló la puerta y esta se abrió de par en par. El Hombre Enmascarado introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta, extrajo la pequeña botella que contenía la poción azul y la sostuvo en alto, como si fuera una medalla.

—¿Qué es eso? —preguntó Morina.

—Es una poción que mi madre creó cuando yo era un niño —explicó el Hombre Enmascarado—. Este frasquito es lo que he estado buscando toda mi vida. Bien podría ser la poción más poderosa del mundo. Con unas pocas gotas, conviertes cualquier libro en un portal que lleva al mundo que posee.

Morina gruñó y puso los ojos en blanco: no podía creer que el Hombre Enmascarado aún estuviera diciéndole más mentiras.

—Sé que parece imposible —dijo el Hombre Enmascarado—. Observa.

Extrajo un pequeño libro dorado del bolsillo de su chaqueta y lo colocó sobre el escritorio de la bruja. Morina leyó el título: El primer perro de un niño. El Hombre Enmascarado lo abrió en la primera página y vertió cuidadosamente tres gotas de la poción sobre la hoja.

Como si el libro se hubiera convertido repentinamente en un reflector, las páginas resplandecieron y un haz de luz brillante salió disparado hacia el techo.

—Mira dentro —dijo el Hombre Enmascarado con entusiasmo—. Por favor.

A regañadientes, Morina se inclinó dentro del haz de luz. Su cabeza ya no estaba en su tienda. Adonde fuera que mirara, veía palabras girando a su alrededor. Intentó leerlas, pero se movían demasiado rápido. Las palabras se dispersaban y se transformaban aleatoriamente en los objetos que describían, cobrando color y textura. Pronto, Morina vio que estaba en un prado agradable cubierto de flores silvestres. A lo lejos, un niño granjero jugaba felizmente con un cachorro a traer una rama.

—Cielo santo —Morina dio un grito ahogado y salió del haz de luz. Él estaba diciendo la verdad.

—Maravilloso, ¿cierto?

Morina tomó asiento en la silla detrás del escritorio: él tenía su atención.

—Tienes cinco minutos. Explícame. ¿Qué planeas hacer con esta poción? ¿Y por qué necesitas mi asistencia?

El Hombre Enmascarado colocó la poción y el libro nuevamente en el bolsillo y tomó asiento en el escritorio de la bruja.

—Para resumir una larga historia, desde que soy un niño mi misión en la vida ha sido derrocar a mi madre y a las hadas —explicó—. Y esta poción me ayudará a lograrlo.

—Es una meta peculiar para un niño —señaló Morina.

—Era una situación peculiar —dijo él—. Mi madre siempre prefirió a mi hermano mayor, John. Yo sabía que él estaba destinado a ocupar el lugar de mi madre, y a él lo conocían como su heredero de la magia. Así que comencé a fantasear con un mundo donde yo era el líder. Eran solo sueños infantiles, pero de algún modo mi madre los descubrió. Temiendo que un día yo fuera a llevarlos a cabo, ella cometió el acto más cruel que una madre puede cometer con su propio hijo.

—¿Te envió a la cama sin cenar? —preguntó Morina riendo.

—Drenó toda la magia de mi cuerpo, lo que me convirtió en humano —respondió el Hombre Enmascarado, y su voz se quebró al recordarlo—. Me castigaron por crímenes que nunca había cometido. Era mi derecho de nacimiento participar de la magia, y ella me lo arrebató. Así que juré que un día la destruiría a ella y todo lo que había creado.

»Sabía que el único modo en el que podría derrotarla era ganando poder, no en un sentido mágico, sino en un sentido militar; necesitaba un ejército. Pero un ejército típico de hombres armados nunca funcionaría. Necesitaba uno que fuera más poderoso que cualquier fuerza que este mundo jamás hubiera visto. Si utilizaba la poción que mi madre había creado, podría reclutar un ejército de villanos literarios. Podría controlar y liberar lo que el mundo solo había visto en sus pesadillas. Podría ser imparable.

Cuanto más rebuscado se hacía su plan, menos interés tenía Morina.

—Entonces ¿por qué me pediste pociones de amor? —preguntó la bruja.

—Cuando desarrollé este plan, me habían desterrado del Reino de las Hadas —explicó el Hombre Enmascarado—. Sabía que sería imposible escabullirme en la habitación de mi madre sin una distracción colosal que mantuviera ocupadas a las hadas: necesitaba un huevo de dragón. Busqué uno durante años, e investigué todo lo que pude acerca de las bestias. Eso me llevó a la Reina de las Nieves, quien había guardado uno de la Era de los Dragones. Cuando ella me rechazó, supe que necesitaría mejores recursos para obtener uno.

»Utilicé las pociones de amor que me diste en la pequeña Bo Peep. Mi plan era seducirla y casarme con ella, y luego persuadirla para que desafíe el trono de Caperucita Roja. Cuando la pequeña Bo Peep fuera electa como reina, yo sería rey. Podría darte lo que prometí y liderar una cruzada para hallar un huevo de dragón.

—¿Por qué terminaste en cambio en la Prisión de Pinocho? —preguntó Morina.

—Porque me volví impaciente y paranoico —respondió él—. Manipular a la pequeña Bo fue mucho más difícil de lo que esperaba. Así que, en un momento de debilidad, me escabullí en el Palacio de las Hadas e intenté robar la poción por cuenta propia. Me atraparon, y mi madre me sentenció a una vida en prisión. Ella me dio el saco que llevo sobre mi cabeza para que nadie supiera jamás que yo era su hijo.

»Diez largos años después, un ejército del Otromundo liderado por un hombre, el general Marquis, invadió la prisión. Compartíamos el mismo objetivo: destruir a las hadas. Así que fue sencillo convencer al general de que lo que necesitaban para lograrlo era un dragón. Yo sabía que su ejército y un dragón nunca serían suficientes para destruir a las hadas, pero estaba seguro de que los distraería el tiempo necesario para que yo pudiera obtener la poción.

—Tu meta es tan desquiciada como tú —dijo ella—. ¿Qué te hace pensar que esos personajes literarios te escucharán?

—Soy bastante persuasivo —alardeó el Hombre Enmascarado—. La Grande Armée fue prueba de ello.

—Aún no me has dicho cómo encajo yo en todo esto.

—Ah, sí, estoy llegando a eso. Cuando obtuve la poción, descubrí que todos mis viejos libros habían sido relocalizados. Necesito tu ayuda para hallarlos. Cuando los encontremos, ¡podré comenzar a reclutar el ejército que mencioné!

—¿Y cómo se supone que encuentre esos libros?

—¿Todavía tienes aquella bola de cristal? —preguntó el Hombre Enmascarado—. Si recuerdo bien, solías ser muy buena dando predicciones.

—Adivinar el futuro es un pasatiempo que abandoné hace mucho. Ahora hago pociones. Es mucho más lucrativo.

—Lo comprendo y lo respeto. Pero, Morina, si me ayudas a encontrar estos libros, prometo que te daré cualquier reino que desees cuando haya conquistado el mundo.

Su oferta encendió una chispa de entusiasmo dentro de la bruja, y estaba casi avergonzada de reconocerlo. No era la primera vez que le ofrecían un reino.

—La Reina Malvada iba a declararme su sucesora cuando el cazador matara a Blancanieves —dijo Morina—. Obviamente, el resultado no estuvo a mi favor. Así que no estoy ansiosa por hacerme ilusiones de nuevo.

El Hombre Enmascarado se apoyó sobre sus manos y sus rodillas.

—Entonces, por favor, mira en tu bola de cristal para estar segura. Permite que ella te convenza de que mi plan funcionará si me ayudas.

Por mucho que lo detestara, Morina sabía que no haría daño llevarle la corriente. En el peor de los casos, el Hombre Enmascarado continuaría siendo una piedra en su zapato. Pero la propuesta de tener su propio reino era algo que no podía desaprovechar.

La bruja se puso de pie y se dirigió hacia una puerta en la parte trasera de su tienda. Una docena de candados y cerraduras mantenían la puerta cerrada. Ella pasó la mano sobre los candados y, uno por uno, se abrieron. La puerta se destrabó y el Hombre Enmascarado vio una escalera que llevaba a un sótano oscuro. Se puso de pie para seguirla.

—Absolutamente nadie tiene autorización para ingresar a mi sótano, excepto yo, ¿entendido? —dijo tras alzar una mano.

El Hombre Enmascarado sabía que no podría negociar al respecto y asintió. Morina bajó las escaleras y la puerta se cerró detrás de ella. El Hombre Enmascarado caminó por la tienda mientras esperaba, inspeccionando y robando los productos que Morina tenía en venta. Unos minutos después, la puerta se abrió, y ella apareció con una bola de cristal.

Colocó el objeto sobre su escritorio y tomó asiento. Quitó de un soplido la capa de polvo que cubría la esfera.

—Esto puede tardar un momento —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

La bruja miró la bola de cristal, profundamente concentrada. En el interior de la esfera aparecieron nubes blancas que comenzaron a girar. Atisbos del futuro empezaron a revelarse ante ella.

—Interesante —comentó con los ojos bien abiertos.

—¿Qué ves? —preguntó el Hombre Enmascarado, desesperado por saber.

—Veo criaturas aladas, hombres despiadados y soldados que llevan símbolos —dijo ella—. Parece que tu locura valdrá la pena. Reclutarás un ejército literario, derrocarás a las hadas y conquistarás el mundo.

El Hombre Enmascarado dio un salto y lloró de emoción. El trabajo de su vida no sería un desperdicio. A pesar de los esfuerzos que su madre había

hecho por detenerlo, él obtendría el poder que había deseado con desesperación desde la infancia.

Morina entrecerró los ojos cuando la bola de cristal comenzó a mostrarle algo más, algo que ella nunca había visto antes.

—¿Qué ves ahora? —preguntó el Hombre Enmascarado. La expresión de la bruja lo ponía nervioso.

—No estoy completamente segura —dijo ella—. Veo construcciones que se extienden hacia el cielo… Máquinas con capacidades extremas… Mil millones de personas, todas de razas diferentes…

—Sé lo que es —respondió él frunciendo el ceño—. Estás viendo el Otromundo.

Morina estaba tan fascinada por lo que veía que a duras penas lo escuchó. Las imágenes de la Gran Muralla China, la Torre Eiffel, el Nilo y Nueva York pasaban delante de sus ojos. Había oído referencias y rumores acerca del Otromundo antes, pero hasta ese momento nunca había podido imaginar cuán magnífico era.

—Impresionante —comentó Morina—. Este mundo funciona completamente sin magia.

—Son solo humanos y máquinas —dijo el Hombre Enmascarado—. Mi madre y mi hermano lo amaban con pasión, pero a mí nunca me interesó.

Al parecer, Morina estaba fascinada por el Otromundo.

—Entonces, es posible que a alguien capaz de manipular la magia le fuera muy bien allí… —dijo ella en voz baja—. Podría ser como un dios.

—Posiblemente, supongo —concordó el Hombre Enmascarado—. Pero es un lugar miserable: está destinado a autodestruirse, en mi opinión.

Las imágenes en la bola de cristal cambiaron y distrajeron a Morina de su nueva obsesión.

—¿Estás al tanto de que tienes familia en el Otromundo? —preguntó ella.

El Hombre Enmascarado se cruzó de brazos y emitió un suspiro largo y preocupado.

—No me lo recuerdes. Es donde mi hermano fallecido vivía y de donde provienen sus hijos.

—Tu familia podría suponer una amenaza para ti en el futuro cercano —indicó Morina.

—Puedo lidiar con mis sobrinos —respondió el Hombre Enmascarado—. Son jóvenes e ingenuos: mi sobrina incluso está convencida de que soy su padre fallecido. Serán los primeros en morir cuando esté en el poder.

La bruja estaba siendo ambigua a propósito. Alex y Conner no eran la familia a la que ella se refería. Aparentemente, el Hombre Enmascarado tenía familiares de los que no estabaal tanto, y saberlo podría serle muy útil a la bruja.

—Ahora que has visto que estoy destinado a formar el ejército, ¿puedes localizar mis libros? —preguntó el Hombre Enmascarado.

Morina miró con más atención la bola de cristal y la ubicación se tornó más y más clara.

—Veo una biblioteca en un castillo. Hace unos años, tu madre regaló tus libros en agradecimiento por haber ayudado a sus nietos. Este castillo está lleno de ornamentos. Parece que los sirvientes están preparando todo para una celebración en este instante. Una boda, aparentemente.

—Debe ser la boda de Caperucita Roja y el Rey Charlie —dijo el Hombre Enmascarado—. ¡Mis libros están en su castillo!

Morina alzó la vista de la esfera de cristal por primera vez.

—¿El Rey Charlie dijiste? ¿El príncipe Encantador perdido?

—Sí. Ahora es rey —respondió el Hombre Enmascarado—. Fue electo como tal por el pueblo de la República de la pequeña Bo Peep después de su muerte.

Las mejillas de Morina se sonrojaron.

—Vaya, mira nada más… —dijo, con la mandíbula apretada.

El Hombre Enmascarado no podía decidir si estaba enojada, triste o ambas cosas por la noticia. En lugar de cuestionar su reacción, organizó su plan para recuperar los libros.

—No debería ser difícil robar los libros mientras la boda tiene lugar —dijo él—. El reino entero asistirá.

Morina tenía la vista perdida en la distancia mientras hacía sus propios planes.

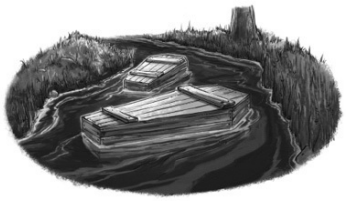
—La boda no será suficiente —replicó la bruja—. Necesitarás otro tipo de dragón para asegurarte de que la atención del reino esté completamente ocupada. Y sé exactamente lo que necesitas…

Morina le sonrió. Si el Hombre Enmascarado fuera más sabio, habría cuestionado su cooperación repentina, pero lo único que ocupaba la mente del hombre era conseguir esos libros y formar su ejército.

—Gracias, Morina. Te juro que, cuando esté en el poder, podrás tener cualquier reino que desees.

Por primera vez en su vida, a Morina le alegraba que el Hombre Enmascarado hubiera pasado por allí. Mientras miraba su bola de cristal había

visto mucho más que el futuro de Lloyd. Morina había descubierto un mundo de oportunidades para ella misma y, si jugaba bien sus cartas, podría obtener mucho más que un reino de esa alianza.



Capítulo seis

Las hadas malas

Conner y sus amigos regresaron al Arroyo del Muerto mucho antes de lo que a cualquiera de ellos les hubiera gustado. Él y Jack hurgaron en las pilas de escombros de El caldero de las brujas destruido mientras que Roja y Ricitos de Oro inspeccionaban el bosque cercano. Avena y su potrillo, Avenita (que casi tenía el tamaño de su madre ahora) ayudaron a Conner y a Jack quitando del medio los trozos grandes de la taberna destrozada a patadas.

—Solo veo ramas —dijo Jack—. ¿Qué estamos buscando?

—Lo que sea —respondió Conner, desesperado—. Cualquier cosa que pueda llevarnos al Hombre Enmascarado. Alex no dejará de buscarlo porque el Consejo de las Hadas se lo prohíba: ahora estará incluso más decidida a probar su valor. Tenemos que encontrarlo antes que ella. Tengo miedo de lo que podría hacer Alex cuando lo encuentre.

Conner intentaba convencerse de que había hecho todo lo posible para ayudar a su hermana, pero sabía que no era cierto. Si hubiera sido honesto con ella desde el principio acerca de su obsesión con el Hombre Enmascarado, quizás no estarían en aquel aprieto.

Ahora, además de estar abrumada, Alex se encontraba completamente sola y era probable que pensara que el mundo entero estaba en su contra (incluso su hermano). Conner solo quería encontrarla para poder ayudarla a reconstruir todo lo que se había perdido, pero, incluso si la encontraban, Conner no sabría por dónde empezar.

—Es una lástima —dijo Roja, moviendo la cabeza de lado a lado mientras inspeccionaba el terreno—. Las personas con las que cuentas y en las que confías siempre son las que más te decepcionan.

—Estoy de acuerdo —asintió Ricitos de Oro—. No puedo creer lo que el Consejo de las Hadas le hizo a Alex, en especial después de todo lo que ella

ha hecho por los reinos. A quién le importa si el Hombre Enmascarado es o no su padre; uno creería que ellos ya habrían aprendido a confiar en el instinto de Alex.

Roja la miró, incómoda.

—¿El Consejo de las Hadas? Estaba hablando de los proveedores de comida para la boda. Nos han cancelado esta mañana. ¿Sabes cuán difícil será hallar a alguien que cocine para quinientas personas con solo dos días de aviso?

Ricitos de Oro pensaba que Roja era más insoportable que nunca cuando hablaba acerca de su boda. Lo último que Roja necesitaba era continuar abusando de su privilegio de quejarse.

—Me alegra que Jack y yo hayamos tenido una boda pequeña —dijo Ricitos de Oro—. Sin peleas ni alboroto, algo simple y rápido.

Roja puso los ojos en blanco.

—Supongo que fue sencillo enviar las invitaciones dado que tu lista de invitados y la lista de los criminales más buscados eran la misma. Por desgracia, cuando eres tan respetado como Charlie y yo, no tienes más opción que organizar un festejo extravagante, pero elegante. Nuestros pueblos dependen de una boda espectacular: les enseña cómo soñar.

Ricitos de Oro respiró hondo, reprimiendo la tentación de lanzarle algo a Roja.

—Si todavía tienes planes de boda que llevar a cabo, ¿por qué estás aquí? —preguntó Ricitos de Oro.

—No me agrada planear nada sin Charlie, y hoy él está ocupado con asuntos reales ridículos. Aparentemente, los ciudadanos están muy ansiosos por saber cómo nombrará al reino ahora que está en el trono.

—¿Lo llamará en honor a él, como hicieron tú y la pequeña Bo? —preguntó Ricitos de Oro.

—No —Roja estaba decepcionada de informarlo—. Está decidido a darle al reino un nombre que pueda conservar más allá de su reinado. Creo que ha decidido llamarlo el Reino del Centro. En mi opinión, es un poco aburrido, pero supongo que el reino ahorrará una fortuna al no tener que reimprimir mapas constantemente.

De pronto, Roja detuvo el paso y llevó un dedo hacia sus labios. Ricitos de Oro estaba muy familiarizada con aquella pose: Roja la adoptaba cada vez que estaba a punto de pedir un favor.

—Por poco lo olvido. Hay algo que he querido preguntarte, Ricitos.

—Ay, no.

—Dado que Alex probablemente aún permanezca oculta en el momento de la boda, ¿serás mi dama de honor, por favor? —preguntó Roja entusiasmada—. ¡Oh, por favor, acepta! No se me ocurre nadie más con quien haya vivido tantas cosas. Somos como hermanas: la clase de hermanas que por poco se han asesinado mutuamente en algún momento.

Ricitos la miró inexpresiva unos segundos y después rompió en llanto. A Roja se le humedecieron los ojos al verla y la rodeó con los brazos.

—¡No sabía que estarías tan conmovida! —dijo Roja.

—No lo estoy —replicó Ricitos de Oro, y secó sus lágrimas en la manga de Roja—. Suena horrible, pero no se me ocurre una razón para negarme. Y todo parece mucho peor cuando estás embarazada.

Roja dejó de abrazarla con rapidez y se reunió con Jack y Conner.

—¡Lo siento, Roja! Fui grosera. Por supuesto que seré tu dama de honor —se disculpó Ricitos de Oro—. No puedo filtrar ni una palabra que digo a causa de las hormonas.

La búsqueda de pistas que llevaran al Hombre Enmascarado continuó durante algunas horas más, hasta que la frustración de Conner se apoderó de él. Gruñó fuerte y comenzó a patear los escombros que lo rodeaban.

—¡Esto es inútil! —gritó él—. ¡No hay nada aquí! Tenemos que buscar en otra parte.

—Este es el único lugar donde hemos visto al Hombre Enmascarado en cinco meses —dijo Jack—. ¿Dónde más podemos buscar?

Conner no tenía una respuesta. Caminó junto al arroyo y tomó asiento en una roca mientras pensaba al respecto. Miró hacia el cielo en busca de claridad, pero en cambio, encontró una distracción. Lo que veía era muy extraño, y frotó sus ojos para asegurarse de que no estuviera alucinando.

—¿Chicos? —les dijo Conner a los demás—. ¿Qué es eso?

Un libro volaba por el aire… y parecía dirigirse hacia él. Cuando el libro voló más cerca, Conner vio tres objetos diminutos revoloteando a su alrededor: uno púrpura, uno verde y uno naranja. Cada uno tenía un par de alas coloridas.

—¿Son insectos? No traje repelente —comentó Roja.

—No, ¡son hadas! —exclamó Ricitos de oro.

—¡CUIDADO! —gritó una de las hadas—. ¡Ya no podemos sujetarlo más!

El libro se deslizó de sus manos diminutas y golpeó a Conner directo en el rostro. Perdió temporalmente la vista del ojo izquierdo, pero cuando su visión

regresó, vio a tres hadas aterrizar sobre una roca a su lado. Sudaban profusamente y estaban sin aliento.

—¡Lo siento mucho, Conner! —se disculpó una de ellas—. ¡Hemos cargado el libro todo el camino desde el Reino de las Hadas!

De inmediato, Conner la reconoció… aunque no la había visto en años.

—¿Trix? ¿Eres tú?

El hada tenía cabello oscuro y alas azules y llevaba puesto un vestido hecho de hojas violetas. Le sonrió al chico y pestañeó mirándolo con sus ojos grandes, más que feliz de que él recordara su nombre.

—¡Hola, Conner! —dijo Trix—. ¡Hemos estado buscándote por todas partes! Ellas son mis amigas, Merkle y Noodle.

Señaló a las otras hadas y estas movieron la mano a modo de saludo. Noodle era regordeta para su tamaño, y su estómago sobresalía en su vestido anaranjado. Merkle era delgada como un lápiz y miraba nerviosa a su alrededor mientras frotaba sus manos una contra otra enérgicamente.

—¡No deberíamos haber hecho esto! —soltó Merkle—. ¡Nos meteremos en tantos problemas!

—Merkle, tranquilízate antes de que tus manos se prendan fuego —replicó Noodle—. ¡Nadie sabe que estamos aquí!

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Conner.

Trix voló hasta la altura del rostro del chico para poder mirarlo a los ojos.

—¡Sabemos acerca de tu hermana!

—Trix, el mundo entero sabe acerca de ella —dijo Conner—. De un día para otro, pasó de ser el Hada Madrina a la persona más buscada con vida. Es bastante relevante.

—No, ¡me refiero a que estábamos allí anoche en la reunión del Consejo de las Hadas! —replicó Trix—. ¡Lo vimos todo!

—Estábamos sentadas en el alféizar de la ventana; nunca nos ve nadie allí —dijo Noodle guiñando un ojo—. Nunca nos hemos perdido una reunión del Consejo de las Hadas: nos da algo de lo que hablar con las otras. ¡Sabemos todo acerca del Hombre Enmascarado y creemos que Alex tiene razón al preocuparse por él!

—¡No deberíamos haber estado allí! —exclamó Merkle y cubrió su rostro, avergonzada.

—¡Y la mayoría de las hadas con las que hemos hablado están del lado de Alex! —prosiguió Trix—. ¡Creemos que el consejo ha exagerado!

A Conner le alegraba que su hermana tuviera el apoyo de alguien.

—Te lo agradezco, Trix, pero es muy complicado…

—¡El consejo nos desterrará del Reino de las Hadas si descubren lo que hemos robado! —exclamó Merkle de pronto—. ¡Somos hadas malas! ¡Hadas MUY malas!

La pobrecita parecía que estaba a punto de tener un paro cardíaco.

—¡Está bien, calma! —dijo Conner—. ¿Qué robaron?

Trix y Noodle intercambiaron miradas traviesas.

—¿Recuerdas la vez que tu hermana y tú me salvaron del destierro? —preguntó Trix—. Bueno, han pasado tres años, pero siempre he planeado devolverles el favor. Así que quería ayudar a tu hermana a probar su punto, y Noodle y Merkle accedieron a ayudarme.

—¡El mayor arrepentimiento de mi vida! —continuó lamentándose Merkle.

—En la reunión del consejo, tu hermana mencionó que el Hombre Enmascarado robó una poción del Hada Madrina fallecida: una que él decía que era muy poderosa —explicó Trix—. El Consejo de las Hadas no está preocupado al respecto, pero si Alex está preocupada, entonces ¡nosotras también!

—Así que husmeamos un poco por el Palacio de las Hadas en nombre de Alex y ¡descubrimos que tenía razón! —dijo Noodle—. ¡La anterior Hada Madrina inventó una poción que era muy poderosa! ¡Y creemos que esa es la que el Hombre Enmascarado robó!

Dadas las fuentes, Conner no quería ilusionarse, pero lo que le contaban era muy intrigante.

—¿Cómo lo saben?

—¡Solo muéstrale el libro de una vez por todas! ¡No puedo tolerar la ansiedad! —gritó Merkle, y sus ojos por poco salieron de sus cuencas.

Trix y Noodle sujetaron una esquina cada una del libro que habían trasladado y lo soltaron en el regazo de Conner. Él lo abrió y hojeó las páginas. Estaba lleno de entradas, bocetos y diagramas: era un diario de experimentos. Al principio, Conner asumió que la caligrafía cuidadosa y femenina pertenecía a un científico, pero lucía muy familiar. Era la misma caligrafía que Conner había visto en tarjetas de cumpleaños y en cartas.

—¡Es de mi abuela! —dijo Conner—. Nunca antes lo había visto.

—Lo encontramos escondido en la que había sido su habitación del palacio —explicó Trix—. Anotó los ingredientes de todos los hechizos y pociones que creó dentro del libro.

—¡Y nosotras lo robamos! —Merkle dio un grito ahogado. Nunca antes había estado tan avergonzada.

—Sí, ¡lo robamos! —dijo Noodle con una sonrisa. Estaba feliz por la travesura.

—¡Y creemos que la última entrada es la poción que el Hombre Enmascarado robó! —prosiguió Trix—. Es muy poderosa… mucho más poderosa que cualquiera de las otras pociones que creó.

Jack, Ricitos de Oro y Roja se acercaron a Conner y a las hadas, ansiosos por oírlo ellos mismos. Incluso Avena y Avenita estaban interesados en lo que las hadas habían descubierto.

—Creo que vale la pena echarle un vistazo —dijo Jack.

—¡Estoy de acuerdo! ¡Escucha a los insectos, Conner! —añadió Roja.

Las hadas revoloteaban con tanto entusiasmo, que zumbaban como abejas.

—¡Solo lee las últimas páginas! La parte que habla de la Poción Portal —indicó Trix.

Conner se dirigió a la última entrada del libro de su abuela y leyó acerca de la creación.

> La Poción Portal
>
> ¡Éxito! Después de semanas de intentos fallidos, ¡por fin he descubierto los ingredientes correctos para la poción que esperaba crear para mi hijo! Solo con unas pocas gotas, la poción convierte cualquier obra escrita en un portal que lleva al mundo que describe. Aun con mi habilidad para crear portales que llevan y traen al Otromundo, nunca creí que fuera posible crear una sustancia que me permitiera viajar a cualquier mundo que quisiera.
>
> ¡Mi hijo podrá conocer los lugares y los personajes con los que ha soñado toda la infancia! ¡Y lo mejor de todo es que veré cómo su felicidad incrementa mientras sucede!
>
> Los ingredientes son mucho más sencillos de lo que imaginaba, pero son difíciles de obtener. Su propósito es más metafísico que práctico, así que un poco de imaginación fue necesaria para obtener la mezcla correcta.
>
> El primer requisito es una rama del árbol más viejo del bosque. Para que las páginas cobraran vida, supuse que la poción necesitaría lo mismo que le dio vida al papel en primer lugar. Y ¿qué contiene más vida que un árbol antiguo?

El segundo ingrediente es una pluma del mejor faisán en el cielo. Esto garantizará que la poción no tenga límites, como un ave en vuelo. Te asegurará poder viajar a tierras lejanas, más allá de tu imaginación.

El tercer componente es un candado y una llave derretidos que pertenecieron a un verdadero amor. Al igual que esa persona abrió tu corazón a una vida amorosa, esto abrirá la puerta que lleva a dimensiones literarias que tu corazón desea experimentar.

El cuarto ingrediente es dos semanas de luz de luna. Como la luna causa olas en el océano, su luz revolverá la poción y le dará vida.

Lo último, pero lo más importante, es darle a la poción una chispa de magia para activar todos los ingredientes. Otórgale un haz de alegría que provenga directo del corazón.

La poción no funciona en autobiografías ni en libros de historia, solo funciona en obras que han sido imaginadas. Ahora, debo hacer una advertencia acerca de los peligros que conlleva ingresar a un mundo ficticio:

1. El tiempo solo existe mientras la historia continúe. Asegúrate de salir del libro antes de que la historia termine, o podrías desaparecer cuando esta concluya.
2. Cada mundo está hecho solo de lo que el autor describe. No esperes que los personajes tengan conocimiento alguno de nuestro mundo o del Otromundo.
3. Cuidado con los villanos de las historias. A diferencia de las personas de nuestro mundo o del Otromundo, la mayoría de los villanos están creados para ser desalmados y carecen de toda moral, así que no esperes piedad alguna en caso de cruzarte con uno de ellos.
4. El libro en el que elijas entrar será tu entrada y tu salida. Asegúrate de que nada le ocurra: es tu única forma de salir de él.

El Hada Madrina había hecho un dibujo de un frasco pequeño al final de la entrada. Lucía exactamente igual a la botella que Alex había visto que el

Hombre Enmascarado robaba, y exactamente igual a la botella que Conner había visto en la mano del hombre sobre el techo de El caldero de las brujas.

—Cielo santo —dijo Conner. La cabeza le daba tantas vueltas que sentía que el suelo se movía—. ¡Así es cómo sobrevivió a la caída cuando Alex hizo flotar la taberna! ¡Activó aquel librito con la poción, y debe haber ingresado en él antes de caer al suelo!

La situación comenzaba a aclararse más, pero a la vez resultaba más confusa. ¿Era posible que Alex hubiera tenido razón todo el tiempo?

—Tu abuela dijo que había hecho la poción para su hijo… tu padre —comentó Ricitos de Oro—. Cuando el Hombre Enmascarado la robó, le dijo a Alex que estaba llevándose algo que le debían.

Conner asintió.

—Prácticamente odio decirlo… pero la historia de Alex comienza a tener sentido —confesó él, aunque aún no estaba listo para creer lo imposible.

—El Hombre Enmascarado les dijo a las brujas que necesitaba su ayuda para hallar algo y, cuando lo hiciera, podría reclutar un ejército más allá de la imaginación más vivaz —recordó Jack—. Dijo que era una suerte de colección y se suponía que tenía la poción, pero la anterior Hada Madrina se había librado de ella.

—Debe haber estado hablando acerca de una colección de libros —dijo Conner—. Tenemos que encontrar a Alex y ponerla al tanto. Quizás sepa de qué libros estaba hablando.

Todos intercambiaron miradas, más decididos que nunca a encontrar a Alex. Sin embargo, Roja no correspondió el entusiasmo. Se había separado de la conversación y estaba mirando peculiarmente el arroyo.

—Roja, ¿qué sucede? —preguntó Jack.

—Nada, estoy bien —dijo Roja, aunque nunca alzó la vista—. Pero juro que acabo de ver que la corriente del arroyo cambió de dirección…

Roja emitió un chillido agudo. Cubrió su boca con una mano y, con la otra, señaló el arroyo. Dos ataúdes de madera flotaban de modo espeluznante desde la otra parte del Bosque de los Enanos. Roja y los otros los miraron en completo silencio hasta que los ataúdes se dirigieron gradualmente hacia la orilla cercana.

—¿Qué están haciendo en el arroyo? —preguntó Trix. Ella y sus amigas hadas nunca habían visto una imagen tan macabra.

—No por nada lo llaman el Arroyo del Muerto —comentó Jack.

—No crees que haya cuerpos dentro, ¿verdad? —pio Roja.

—Solo hay un modo de averiguarlo —respondió Ricitos de Oro, y desenfundó su espada.

Sin vacilar en absoluto, Ricitos se acercó a los ataúdes y cortó las trabas. Los abrió, y luego tuvo que cubrir su boca debido al olor.

—Sí, hay cuerpos dentro, es verdad —dijo—. ¡Vengan a echar un vistazo! Nunca antes he visto cadáveres como estos.

—No, ¡gracias! —respondió Roja con rapidez—. ¡Confiaré en tu palabra!

Conner y Jack se aproximaron a echar un vistazo con sus propios ojos. Cada ataúd contenía el cuerpo de una persona anciana. Eran tan pálidos y estaban tan arrugados que parecían pasas blancas. También estaban tan marchitos que no era posible identificar su género. Era como si hubieran drenado por completo la vida de los cuerpos.

Las hadas revoloteaban por encima de los hombros de Jack, demasiado asustadas para mirar, pero demasiado curiosas para no hacerlo.

—¡Ay, no! —gritó Merkle—. ¡Esto es un mal presagio! ¡Es un augurio, se los aseguro!

Era tan macabro, que Conner pensó que el hada paranoica quizás tenía razón.

—Sí —dijo—. Pero ¿un augurio de qué?



Capítulo siete

Respuestas en el ático

En cuanto Bree terminó su tarea de Biología, la señora Campbell la envió por las escaleras angostas plegadizas a ordenar el ático.

No necesitaba necesariamente que lo ordenaran, pero la cantidad de veces que Bree podía limpiar la cocina o podar el césped eran limitadas. Y dado que todavía estaba castigada, su mamá se veía obligada a ser creativa con las tareas que le asignaba, por lo cual la casa de la familia Campbell nunca había lucido mejor.

El ático estaba oscuro y polvoriento. No había mucho que Bree pudiera hacer más que una limpieza superficial. Así que supuso que solo movería unas cajas de un extremo al otro del ático hasta que su mamá la llamara para cenar.

Al principio, intentó organizar todo lo almacenado por estación, pero se detuvo cuando no pudo decidir a qué estación pertenecía la caja de las prendas de bebé. Después, comenzó a organizar los objetos por color, hasta que encontró la caja de las luces navideñas y rápidamente perdió interés en la cantidad de trabajo que eso le requeriría. Los temas de su organización cambiaron reiteradas veces, hasta que terminó acomodando cajas en forma de construcciones famosas.

Últimamente, tantas preguntas y teorías habían atormentado a Bree que de hecho disfrutaba la actividad mecánica en la que no tenía que pensar. Nunca esperó hallar algo allí que hiciera que aquellas preguntas fueran más intimidantes.

Apiló varias cajas en una hilera demasiado alta y se cayeron, y todo su contenido se desparramó en el suelo. Uno de los objetos era un pequeño cofre

que Bree nunca antes había visto. Sabía que era antiguo debido al diseño floral gastado y pintado sobre la madera.

Quitó con un soplido la capa de polvo que cubría el cofre y descubrió el nombre Anneliese tallado sobre la tapa.

«¿Anneliese?», preguntó Bree mientras lo observaba. «Ah, ¡debe haber pertenecido a la abuela!».

Ella era la abuela alemana de Bree, y dado que la chica había estado cuestionando mucho su linaje en el último tiempo, se preguntó si podía hallar alguna clase de información entre las pertenencias de su abuela.

Abrió el cofre, y un aroma intenso a perfume invadió el ático. El cofre estaba lleno de cartas, fotografías y recortes de periódicos que su abuela había guardado a lo largo de los años. Uno de los recortes llamó la atención de Bree. Estaba amarillento por el transcurso del tiempo y era muy rígido al tacto. Anunciaba el compromiso de Anneliese con Stephen Campbell, el abuelo de Bree.

Directamente debajo del recorte había una carta dirigida a su abuela, y el corazón de Bree se detuvo cuando leyó el remitente.

Cornelia Grimm

Mystic Lane 1729

Willow Grove, CT

«¿Grimm?», dijo Bree y abrió la carta lo más rápido posible. Eso era exactamente lo que buscaba.

Una fotografía en blanco y negro cayó del interior del sobre. Eran dos mujeres jóvenes que estaban posando frente a los escalones de una casa muy grande. La de la derecha era la abuela de Bree, así que supuso que la mujer de la izquierda era Cornelia.

Cornelia parecía unos años más joven que la abuela de Bree. Tenía el cabello rubio largo hasta la cintura y la misma sonrisa que Anneliese. Bree supuso que debían ser parientes. Desdobló la carta con cuidado y la leyó.

Querida prima Anneliese:

Hace poco encontré esta fotografía tuya y mía cuando estaba limpiando mi escritorio. Quiero que la conserves. La tomaron el día en que viniste a vivir con nosotros en la casa. ¿Puedes creer que eso

fue hace casi cinco años? Parece que fue apenas ayer que te recogimos en el puerto.

¡Esperamos que la vida de casada esté tratándote bien! Mis ojos se llenan de lágrimas cada vez que recuerdo tu hermosa boda. Stephen es un hombre maravilloso. ¿Hay algún hijo en los planes futuros? ¡Realmente esperamos que sí!

La casa no es lo mismo sin ti, pero nos la arreglamos. Las hermanas y yo continuamos con el trabajo familiar y tenemos muchas cosas maravillosas que contarte la próxima vez que nos reunamos.

Sabemos que esto no es lo que querías que ocurriera cuando te mudaste a Estados Unidos, pero estamos muy felices de que hayas emprendido una vida tan maravillosa.

Te extrañamos y pensamos con frecuencia en ti.

Con amor,

Cornelia y las hermanas

Bree bajó la carta y miró el suelo, algo perpleja. Grimm no era un apellido común, así que, si Cornelia era la prima de su abuela, entonces ¡era más que posible que su teoría que indicaba que tenía algún parentesco con Wilhelm Grimm fuera verdad! ¡La carta prácticamente lo comprobaba!

Buscó en el cofre más correspondencia entre su abuela y Cornelia, pero ambas debían haber perdido contacto con el paso de los años, porque no halló nada. Aunque eso no le importaba: aquel pequeño trozo de información hizo que Bree sintiera que habían encendido miles de fuegos artificiales en su interior.

Bree extrajo su teléfono móvil del bolsillo, ansiosa por llamar a Emmerich. No le importaba cuán tarde fuera en Baviera: tenía que compartir esa información con alguien más antes de que estallara.

—Bree, la cena está casi lista —dijo la señora Campbell mientras subía al ático—. Bueno, sin dudas todo luce diferente aquí dentro.

—Tuve algunas dificultades para organizarlo —explicó Bree—. Puedo terminar después de la cena.

—No, cielo, no es necesario —respondió la señora Campbell—. Tu papá y yo recién estábamos hablando y hemos decidido que eres libre. Ya no estás castigada.

—¿De verdad? —preguntó Bree. Estaba muy sorprendida ante el fascinante giro que había tomado la tarde—. ¿Por qué?

—Porque hoy tu hermanita le cortó la coleta a una compañera en el colegio —respondió la señora Campbell—. Has hecho tan buen trabajo con todas las tareas domésticas que no tenemos manera de castigarla a ella. Y además, creemos que has aprendido la lección.

—Definitivamente lo he hecho —aseguró, asintiendo con entusiasmo.

La señora Campbell intentó detenerse antes de decir lo que diría a continuación, pero la pregunta la atormentaba tanto en su interior que no tuvo otra opción.

—¿Por qué tuviste que hacer algo tan estúpido, Bree? Sabes que las amo a las dos por igual, pero tú eres mi hija inteligente. ¿En qué estabas pensando al huir por Europa?

—Te lo dije, mamá —respondió Bree—. Solo quería divertirme un poco. Y si te sirve de consuelo, hace poco leí un estudio que dice que un *jet lag* grave altera el juicio de una persona. Así que quizás se debió a eso.

—Bueno, fuera lo que fuera, no lo hagas de nuevo nunca más —ordenó la señora Campbell. Vio el cofre y la carta que Bree sostenía—. ¿Qué encontraste allí?

—Algunas de las cartas viejas de la abuela Anneliese. Esta es de alguien llamado Cornelia Grimm. ¿El nombre te resulta familiar?

La señora Campbell pensó al respecto.

—Oh, creo que ella era una de las mujeres del antiguo aquelarre de tu abuela —rio su madre.

Bree estaba segura de que había oído mal.

—¿Aquelarre? —preguntó mientras tragaba con dificultad—. ¿Acabas de decir aquelarre, como un grupo de brujas?

—Al menos así es como tu papá y sus hermanos bromeaban al respecto —dijo la señora Campbell.

—Espera: ¿estás diciéndome que la abuela era una bruja? —preguntó Bree.

A la señora Campbell comenzaba a preocuparle la seriedad con la que su hija estaba tomándolo.

—Cariño, las brujas no existen —dijo ella—. Cuando tu abuela vino a este país, se mudó a una casa grande en alguna parte de Connecticut con un grupo de parientes lejanos. Al parecer, solían hacer algunas cosas excéntricas juntas: probablemente eran solo costumbres europeas. Tu abuela era muy reservada respecto a su vida antes de conocer a tu abuelo.

Oír eso, hizo que Bree quedara boquiabierta.

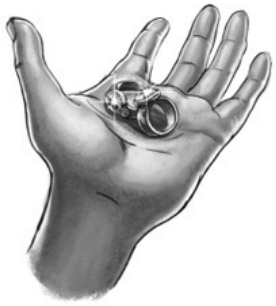
—Bueno, quizás deberíamos ir allí y averiguarlo —dijo Bree—. No importa cuán lejano sea nuestro parentesco: si tenemos familia que vive allí sería agradable conocerla.

La señora Campbell miró a su hija como si estuviera enfermándose.

—Cariño, nadie irá a Connecticut. Aquellas mujeres probablemente ya ni siquiera estén vivas. Has estado castigada durante demasiado tiempo. Quiero que hagas la mayor cantidad posible de planes con amigos durante las siguientes dos semanas, ¿sí? Creo que será bueno para ti.

La señora Campbell regresó al piso inferior, inconsciente del estado en el que dejaba a su hija. Bree tenía tantos pensamientos a la vez que había olvidado cómo moverse. Permaneció sentada en silencio mientras su cuerpo alcanzaba a su mente acelerada.

Sin dudas tenía planes que hacer, pero ninguno estaba relacionado con sus amigos. Bree debía hallar el modo de llegar a Connecticut…



Capítulo ocho

La única objeción

El día de la boda de Roja y Rani por fin había llegado, y el recientemente bautizado Reino del Centro estaba rebosante de festejos. A pesar de las complicaciones constantes, Roja logró terminar con todas las planificaciones que su día perfecto requería. Y gracias a una gran cantidad de autocontrol por parte de Ricitos de Oro, Roja había sobrevivido para su boda.

Lo que antes era la Casa del Progreso había sido transformada en un altar hermoso. Había quinientas sillas ubicadas frente al púlpito que estaba sobre una gran plataforma. Habían construido tarimas para una sinfonía de doscientos músicos. También habían armado cuidadosamente un colosal órgano de tubos que se extendía hacia el techo alto. Había largos floreros que contenían claveles rosados, rojos y blancos desperdigados por todo el lugar. Los pilares blancos y las telas de seda rosada decoraban las paredes.

Ricitos de Oro había pasado toda la mañana ayudando a los sirvientes del castillo a armar todo, y estaba muy orgullosa del trabajo que habían hecho. Sin embargo, cuando Roja llegó para hacer la revisión final, Ricitos descubrió que su tarea verdadera como dama de honor no era solo ayudar a la novia, sino proteger a todos de la novia.

Roja ingresó a la Casa del Progreso hecha una furia, vestida con nada más que una bata de baño rosada y pantuflas peludas. Tenía ruleros en el cabello y no llevaba maquillaje. Sus ojos eran mucho más grandes de lo habitual y tenía el ceño fruncido permanentemente: nunca antes había parecido tan ansiosa.

—¡Esto está MAL! ¡Todo está MAL! —gritó Roja—. Las sillas están demasiado cerca unas de otras: ¡los vestidos de las damas quedarán atascados!

El púlpito está demasiado lejos: ¡voy a casarme, no a hacer una peregrinación! Diles a los músicos que tienen prohibido tocar la comida, ¡los proveedores solo tuvieron tiempo de preparar suficiente para los invitados! Las columnas y las telas necesitan combinar, ¡este lugar parece la caja torácica de un gigante!

Roja ni siquiera miró las cosas el tiempo suficiente para verlas realmente. Agitó los brazos mientras caminaba, gritando y señalando todo lo que podía.

—Roja, está exactamente como lo planeaste —dijo Ricitos de Oro—. Tienes que tranquilizarte.

—Por favor, dime que no llevarás puesto eso en la boda —exclamó Roja, centrando su atención en Ricitos de Oro.

—No, me pondré algo mucho más desagradable que tú seleccionaste para mí. ¿Recuerdas? ¿El vestido rosado con las mangas infladas?

Roja no escuchaba ni una palabra de las que Ricitos de Oro decía. Comenzó a caminar de un lado a otro y a balbucear en voz baja.

—¿Dormiste anoche? —preguntó Ricitos de Oro.

—¿Dormir? ¿Cómo se supone que duerma cuando hay tanto por hacer? —preguntó Roja—. Espera, ¿dijiste que me veo inflada? ¡OH CIELOS, LUZCO INFLADA! ¡Se cancela la boda! ¡Todos regresen a casa!

Ricitos de Oro quitó las flores del jarrón más cercano y vertió el agua que contenía sobre la cabeza de Roja para calmarla. La futura novia gritó.

—Escúchame con mucha atención —dijo Ricitos, y se inclinó de modo amenazante cerca de ella—. Todo en este lugar está exactamente como tú querías que esté. Solo estás teniendo los nervios pre boda. No hay nada que necesites arreglar o acomodar. Lo que necesitas es regresar al castillo, comenzar a prepararte y disfrutar del día, porque si oigo una sola queja más de tu parte, ¡esta boda se convertirá en tu funeral! ¿Está claro?

Roja frunció el ceño, le tembló la mandíbula y asintió lentamente.

—Sí —volteó para mirar al resto de la sala—. Discúlpenme todos. ¡Bien hecho! Como recompensa por su esfuerzo, me gustaría invitarlos a la recepción que habrá en el castillo después de la ceremonia… ¡solo no coman nada!

Sin embargo, Roja no era la única que sentía nervios pre boda. Rani, Conner y Jack estaban vestidos con trajes elegantes y se hacían compañía en la biblioteca del castillo mientras esperaban el comienzo de la ceremonia. Rani estaba quieto de pie junto a la ventana. Contemplaba el reino y observaba cómo los ciudadanos colmaban las calles. Estaban rebosantes de entusiasmo y expectativa, deseosos de ver un atisbo de la boda real.

—Es curioso cómo cambian los tiempos —comentó Rani en voz baja—. Cuatro años atrás, vivía en un agujero, temiendo que si mostraba mi rostro el mundo me odiaría y me temería. Nunca creí que el amor fuera una opción para mí. Y ahora estoy aquí, como rey electo de un reino, a punto de casarme con la mujer más hermosa del mundo… Y técnicamente ella fue quien me propuso matrimonio.

—Si hay algo en lo que la vida es buena es en sorprenderte —dijo Jack—. Y a veces, lo hace de la mejor manera.

Conner estaba sentado en un sillón, mirando el suelo, ajeno a lo que sus amigos decían. Su mente aún estaba centrada en buscar a su hermana y al Hombre Enmascarado.

Alzó la vista con rapidez cuando la sala quedó en silencio.

—Lo siento, ¿qué decían? —preguntó Conner. Se suponía que era el padrino de bodas de Rani y, hasta ahora, estaba fallando.

—Era solo una observación, nada importante —dijo Rani. Tragó con dificultad y aflojó el cuello de la camisa—. ¿Por qué todos se replantean la decisión de contraer matrimonio el día de la boda? He estado en paz con la idea durante meses, pero recién ahora siento que estoy por arrepentirme. Me siento helado a causa del miedo.

—Pero Rani —rio Conner—, eres un anfibio. ¡Tu piel siempre está helada!

Rani volteó hacia él y sonrió. Era una forma agradable de poner las cosas en perspectiva.

Alguien llamó a la puerta y el tercer cerdito asomó la cabeza en la biblioteca.

—Su Majestad, la anterior y futura reina está casi lista. La ceremonia comenzará a la brevedad.

—Llegó la hora. ¿Estás listo? —preguntó Jack, y le dio un golpecito en la espalda a Rani.

—Más listo que nunca —respondió él—. Caballeros, por favor, acompáñenme en mis últimos pasos como soltero.

Salieron de la biblioteca juntos, pero Conner permaneció en la puerta. Un mal presentimiento crecía en su estómago y volteó para mirar la biblioteca vacía. Sentía como si estuviera olvidando algo, pero no podía recordar qué era.

No quería hacer esperar a los demás, así que los alcanzó, pero la sensación permaneció junto a él. Quizás estaba sintiendo nervios propios.

Mientras tanto, en la habitación de Roja, la futura novia estaba tomándose un tiempo terriblemente largo para ponerse su vestido. Ricitos de Oro intentó mejorar las mangas de su atuendo de dama de honor mientras esperaba, pero lo que podía hacer era limitado.

—Apresúrate, Roja —ordenó Ricitos de Oro—. No querrás llegar tarde a tu propia boda.

—Uno no puede apresurar la perfección —replicó Roja desde el vestidor.

Como si Caperucita estuviera luchando contra un monstruo de tela gigante, Ricitos de Oro la oía cómo forcejeaba desde el interior mientras la criada de Roja luchaba por ponerle el vestido. Cuando la criada salió del vestidor, tenía el rostro tan enrojecido que parecía que había participado de una carrera.

—Vaya vestido —comentó. Tendría pesadillas al respecto durante el resto de su vida.

—Vamos, Roja —insistió Ricitos—. Muero por verlo.

El vestido de boda era tan inmenso que el frente emergió del vestidor unos instantes antes de que Roja lo siguiera detrás. Era una montaña blanca de volados y encaje, decorado con un borde rojo y cubierto con moños ridículos del mismo color. El velo era un embrollo y estallaba desde la parte superior de la cabeza de Roja como un volcán.

Ricitos de Oro quedó sin palabras, y no por un buen motivo. Claudino saltó de su cama y le ladró al vestido como si este fuera una bestia salvaje.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Roja con una sonrisa esperanzada.

—Pues, dijiste que querías que la boda fuera un espectáculo, ¿cierto? —respondió Ricitos de Oro.

Roja atravesó su habitación hacia el espejo y lo miró por sí misma. A juzgar por su reacción, el vestido no era en absoluto lo que había esperado.

—¡Parezco una tormenta de nieve! —Roja dio un grito ahogado—. No comprendo… ¡lucía tan bonito en el boceto de la Abuelita!

—¿No te lo probaste antes? —preguntó Ricitos de Oro.

—¡No tuve tiempo! —replicó Roja—. ¡Estuve demasiado ocupada ayudando a los mellizos a encontrar al Hombre Enmascarado!

—¿Quizás hay un modo de simplificarlo? —sugirió Ricitos de Oro.

La criada ululó.

—Está cosido de un modo tan ajustado que llevaría horas modificarlo. Estará mejor caminando hacia al altar desnuda.

Roja tuvo un inmenso ataque de pánico. Caminaba en círculos y abanicaba sus lágrimas con las manos para no arruinar su maquillaje. En lo

que a ella respectaba, la boda estaba arruinada.

—¿Tal vez pueda ayudar? —preguntó una voz familiar.

Todas voltearon a ver a Alex de pie detrás de ellas. Ninguna había notado que el hada había aparecido. Claudino corrió hacia ella para saltarle encima, su modo habitual de darle la bienvenida a alguien que le agradaba, pero Alex movió la mano y el lobo quedó paralizado en el aire. A pesar de estar flotando, el animal logró lamer el costado del rostro de la chica.

—¡Alex! —dijo Ricitos de Oro y la abrazó—. Nos tenías a todos muy preocupados. ¡Gracias al cielo estás bien!

—Bueno, he estado mejor —respondió ella.

—¡Disculpen! —Roja carraspeó, redirigiendo la atención de las otras dos —. Alex, me alegra verte, pero ¡estoy en medio de una crisis nupcial! ¡Me vendría bien la ayuda de un hada!

—Creo que necesitas más que eso —rio Ricitos de Oro.

—¿Puedes ayudarme o no? —gritó Roja.

Ver a Caperucita en aquel estado frenético hizo que Alex olvidara sus propios problemas, pero vaciló en ayudarla.

—No sé si debería —dijo Alex—. Vieron lo que le hice al Consejo de las Hadas. Mis poderes tienen vida propia: es imposible saber qué podría hacerte.

Roja nunca había lucido tan desesperada.

—No me importa si me conviertes en una bola gigante de fuego y rayos —replicó—. Incluso eso luciría mucho mejor que este vestido.

—Está bien —Alex se encogió de hombros—. Pero necesitaré tu ayuda, Roja. Puedo proveer la magia, pero necesitarás concentrarte. Piensa en cómo quieres exactamente que luzca tu vestido: en lo que quieres que Rani vea caminando hacia él por el pasillo.

Roja asintió y cerró los ojos. Alex extendió las manos hacia ella, y una luz comenzó a girar alrededor del vestido horripilante. Roja se concentró lo máximo que pudo y pensó en el vestido con el que siempre había soñado para contraer matrimonio.

—Oh, cielo santo —dijo Ricitos de Oro sin aliento y cubrió su boca.

—¡Nunca he visto algo tan hermoso en mi vida! —exclamó la criada.

La tela era tan suave y esponjosa que el vestido parecía una nube. Apropiadamente, una capa había reemplazado el velo y caía en una larga cola que fluía por la espalda de Roja hasta llegar al suelo. Todo el vestido resplandecía como una noche estrellada.

—Creo que necesita una cosa más —dijo Alex. Chasqueó los dedos y, en lugar del ramo de flores tradicional, una canasta de flores apareció en la mano

de la futura novia.

—Me veo hermosa —susurró Roja. Por primera vez en el día, sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría—. ¡Muchísimas gracias por venir, Alex! ¡Significa mucho para mí!

Al principio, Alex había planeado evitar la boda de Roja porque no quería crear una escena o causar más daños. Pero al ver lo feliz que estaba Caperucita el día de su boda hizo que Alex sintiera vergüenza de haber siquiera pensado en perdérsela.

—Desearía poder ver la ceremonia —dijo Alex—. Pero probablemente cause un gran escándalo si aparezco en el altar…

—Ah, eso no debería ser un problema —aseguró Roja—. El órgano no es real: es una pequeña habitación secreta. Hice que la construyeran solo en caso de que cualquiera de mis amigos estuviera a la fuga y no quisiera que lo vieran.

Alex y Ricitos de Oro intercambiaron una mirada. ¿Habían escuchado bien?

—¿Planeabas que uno de nosotros estuviera a la fuga? —preguntó Ricitos de Oro.

—¿Acaso eres nueva? —replicó Roja—. Uno de nosotros siempre está en problemas o huyendo de algo o de alguien. Es un hecho en nuestro grupo. Así que me preparé.

Alex y Ricitos de Oro la miraron, divertidas pero sorprendidas.

—Deberíamos irnos, Su anterior y futura Alteza —dijo la criada.

Claudino gimoteó: todavía estaba flotando en el aire. Alex movió la mano y el lobo aterrizó en el suelo.

—Lo siento, Claudino; te quedarás en el castillo hasta que aprendas la diferencia entre los niños y los juguetes para masticar —dijo Roja—. Es una larga historia, pero gracias al cielo llegamos a tiempo.

Roja miró su reflejo en el espejo por última vez y se dirigió hacia la puerta. La criada la ayudó a atravesarla, asegurándose de que el vestido no quedara atascado ni nada parecido.

Era difícil caminar en esa prenda, así que Ricitos de Oro apartó a Alex mientras permitían que Roja avanzara antes que ellas.

—¿Has hablado con tu hermano? —preguntó Ricitos de Oro.

—No quiero hablar con él —replicó Alex. Todavía estaba decepcionada porque él no la hubiera defendido en el Palacio de las Hadas.

—Bueno, lo que tiene para decir podría sorprenderte —dijo Ricitos de Oro—. Descubrimos cierta información acerca del Hombre Enmascarado.

—¿Qué descubrieron?

—La poción que robó del Palacio de las Hadas es algo que tu abuela inventó cuando tu padre era un niño. Convierte cualquier obra escrita en un portal hacia el mundo que describe. A juzgar por lo que les dijo a las brujas, creemos que utilizará la poción para reclutar un ejército proveniente de una colección de libros que solía pertenecerle a tu abuela.

—¿Qué? —exclamó Alex. Sabía que la poción debía ser poderosa, pero no tenía idea de que algo semejante fuera posible—. Entonces ¿qué clase de libros está buscando?

—Esperábamos que tú lo supieras —dijo ella—. ¿Se te ocurre alguno en este momento?

Alex pensó, esforzándose lo máximo posible, pero los únicos libros que recordaba que su abuela tenía eran libros de hechizos.

—No se me ocurre nada —dijo Alex—. Pero sin importar qué libros busca, no seremos capaces de detenerlo a menos que descubramos dónde está.

Ricitos de Oro asintió.

—Lo hallaremos mucho más rápido si trabajamos juntos de nuevo.

—Lo sé —dijo Alex—. Pero después de lo que le hice al Consejo de las Hadas, tengo miedo de estar cerca de ustedes, chicos. No podría soportarlo si alguna vez pierdo el control y lastimo a alguien.

Ricitos de Oro colocó las manos sobre los hombros de Alex y la miró directo a los ojos.

—Alex, los últimos seis meses he estado a la merced de hormonas despiadadas —dijo—. Un segundo estoy devastada, y al siguiente estoy insoportablemente feliz. O soy demasiado compasiva o rencorosa y vengativa, pero nunca tengo un punto medio. Ayer, Jack me dijo que estaba hermosa y le di un puñetazo.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Alex.

—Porque sé cómo es no tener el control de tus emociones —explicó Ricitos de Oro—. Y si yo puedo pasar este día sin matar a Roja, no dudo de que tú también puedas aprender a controlarte.

Alex apreciaba la fe de Ricitos de Oro.

—Lo intentaré.

—¡Iuju! —canturreó Roja desde el pasillo—. ¡Vamos! ¡Es hora del espectáculo!

Alex y Ricitos de Oro salieron de la habitación de Roja y siguieron a la novia feliz por el pasillo.

—¿Estás entusiasmada, Roja? —preguntó Alex.

—Honestamente —dijo ella—, nunca creí que estaría tan feliz. ¿Quién hubiera pensado que casarse con una rana me daría tanta felicidad?



Todos los invitados de la boda ya habían llegado y habían tomado asiento. Los músicos tocaban una canción agradable mientras esperaban (salvo por el organista, quien no podía comprender por qué el instrumento no funcionaba). Lo único que necesitaban era la novia, y la boda podría comenzar.

Rani estaba de pie en la plataforma y parecía bastante ansioso. Cada segundo que esperaba lo hacía estar más paranoico y creer que Roja quizás se había arrepentido. Temía que en cualquier momento, su criada ingresara corriendo y les dijera a todos que la novia había cancelado la boda.

Todas las familias reales habían asistido a apoyar a Rani y a Roja. Los hermanos de Rani, el Rey Chance, el Rey Chase y el Rey Chandler le hicieron señas de pulgares arriba para tranquilizar sus nervios. Sus cuñadas, Cenicienta, Blancanieves y la Bella Durmiente le lanzaron besos.

La Reina Rapunzel estaba sentada con su larga trenza apilada sobre el regazo, dado que esta había hecho tropezar a todos los invitados que estaban sentados cerca de ella. Las personas ubicadas detrás de la Emperatriz Elvina estaban molestas porque su corona gigante hecha de ramas de árbol bloqueaba la vista, pero tenían demasiado miedo como para pedirle que se la quitara.

La Abuelita de Roja y la viejita que administraba la Posada del Zapato estaban sentadas una a cada lado de la emperatriz, charlando sin parar.

—He oído que los duendes no son los mejores sastres —dijo la Abuelita —. Debería permitirme ir al Imperio de los Duendes para darles clases de costura. He hecho todas las prendas de Roja desde que era una niña. ¡Su vestido de bodas es el mejor que he hecho! Al menos, eso espero. Perdí mis gafas hace unos días.

El Consejo de las Hadas también asistió, y Conner evitaba lo máximo posible hacer contacto visual con ellos. Por desgracia, no pudo evitar a todos lo que hubiera querido.

—Las bodas son tan románticas. ¿No lo crees, Mantecoso?

El cuerpo entero de Conner se puso tenso al oír aquella voz. Alzó la vista y vio que Trollbella había elegido el asiento más cercano posible a él.

—Me recuerda a la vez en que por poco nos casamos —dijo Trollbella—. ¿Lo recuerdas, Mantecoso? ¡Fueron los mejores diez minutos de mi vida!

Era algo que Conner había intentado olvidar reiteradas veces.

—Algo recuerdo.

—Por supuesto que éramos muy jóvenes y tontos en ese entonces. No teníamos la madurez suficiente para el matrimonio —añadió Trollbella.

—Fue solo hace dos años —le recordó Conner.

—Parece que fue ayer, ¿cierto? Me alegra tanto que no lo lleváramos a cabo. Necesitábamos un tiempo separados antes de arriesgarnos. Necesitábamos vivir un poco y tener más experiencias amorosas. Afortunadamente, ya viví todo eso con Gator, que en paz descanse en el cielo Troblin. Estoy segura de que sientes lo mismo acerca de esa chica rubia.

—¿Te refieres a Bree? —preguntó Conner—. No estábamos saliendo. Ni siquiera he hablado con ella en meses.

A pesar de que no habían conversado desde hacía un tiempo, Conner mentiría si dijera que no pensaba con frecuencia en ella. De hecho, Bree era lo único en lo que en realidad le gustaba pensar esos días.

—Qué curioso cómo las llamas del amor disminuyen tan rápido —dijo Trollbella con un suspiro profundo—. Por suerte, he aprendido la diferencia entre una llama y un incendio. No lo sabía en ese entonces, pero Gator solo era una llama. Ya estoy cansada de las llamas, lo que necesito ahora es un incendio.

Alzó la vista hacia Conner y pestañeó con ojos grandes. A Conner se le revolvió el estómago: creía que ya habían superado toda aquella situación.

—Pues, espero que encuentres uno —dijo él y le dio una palmadita en el hombro—. Discúlpame.

Se alejó de ella lo más rápido posible y se unió a Rani en la plataforma.

Deseaba que Trollbella nunca hubiera mencionado a Bree. Si fuera honesto consigo mismo, tal vez admitiría cuánto la extrañaba, pero ignoraba el sentimiento cada vez que aparecía, temiendo que creciera si le prestaba atención alguna.

Conner se alegraba de que ella no estuviera cerca… o al menos eso se decía. Ya la había expuesto a una expedición peligrosa por Europa y a un ejército de doscientos años. Donde fuera que se encontrara, estaba mucho mejor sin él. El peligro parecía seguir a Conner y afectar a cualquiera asociado a él.

Sabiendo eso, Conner se preguntó si alguna vez podría casarse. ¿Sería egoísta exponer a alguien que quería a una vida alocada como la suya? ¿Habría alguien que intercambiara anillos con él voluntariamente sabiendo que era arriesgado?

De pronto, Conner se golpeó la frente con la palma de su mano.

—¡Los anillos! —dijo en voz baja—. ¡Eso es lo que olvidé!

—¿Qué sucede? —preguntó Jack.

—Dejé los anillos en la biblioteca.

—¿Quieres que vaya a buscarlos?

—No, sé exactamente dónde los dejé —dijo Conner—. Enseguida regreso. Soy el peor padrino de bodas del mundo.

Conner salió de la Casa del Progreso a toda prisa y corrió a toda velocidad hacia el castillo. Era difícil correr por el pueblo porque estaba lleno de personas agolpadas en las calles. La multitud comenzó a dar vítores mientras Roja andaba en un carruaje dorado.

«¡Maldición!», dijo Conner. «¡La boda comenzará!», corrió lo más rápido posible, decidido a regresar a tiempo con los anillos de los novios.

El carruaje dorado llegó a la Casa del Progreso y todos los aldeanos se reunieron junto a los escalones de la entrada. Roja y Ricitos de Oro salieron del carruaje y el pueblo vitoreó al ver el primer atisbo del vestido de bodas.

Oír a la multitud afuera ante la llegada de Roja fue la señal para el comienzo de la boda. El tercer cerdito oficiaría la ceremonia, así que tomó su posición detrás del púlpito. Jack se ubicó en los escalones de la plataforma justo más abajo que Rani; había ascendido a padrino de bodas hasta que Conner regresara.

—¿Dónde está Conner? —preguntó Rani.

—En el baño —dijo Jack—. Regresará enseguida.

Alex apareció mágicamente dentro de la pequeña habitación que estaba en el interior del órgano y nadie la vio. Estaba tan agradecida de que Roja hubiera tomado aquella precaución. Al echarle un vistazo a la habitación, notó que la boda estaba llena de personas que no quería ver: aunque no divisó a su hermano por ninguna parte.

Ricitos de Oro caminó hacia el altar y tomó su lugar frente a Jack. Roja apareció en la entrada luciendo despampanante, y los presentes se pusieron de pie. Caminó hacia el púlpito y cerraron las puertas detrás de ella. Avanzaba con tanta delicadeza que parecía flotar.

Rani sintió que el tiempo se detuvo cuando vio a Roja. Olvidó dónde estaba y cómo había llegado allí. En lo que a él respectaba, ella era lo único que existía. Nunca en su vida había contemplado una vista tan hermosa, y sus grandes ojos húmedos se humedecieron aun más.

Roja tuvo que recordarse a sí misma que debía respirar mientras caminaba. No podía creer que ese momento por fin había llegado. Sentía que la boda era absolutamente perfecta y que todo parecía estar bien en el mundo.

—Pueden tomar asiento —anunció el tercer cerdito cuando Roja llegó al púlpito. Dio un corto discurso de bienvenida que hizo reír algunas veces a los invitados. Roja y Rani estaban perdidos en la mirada del otro y no oyeron ni una palabra.

Jack se preocupó más a medida que la ceremonia continuaba. Conner todavía no aparecía por ninguna parte.

—¿Qué sucede? —preguntó Ricitos de Oro moviendo los labios sin emitir sonido.

—No tengo los anillos —respondió Jack del mismo modo.

—Y ahora, es el momento de las alianzas —le anunció el tercer cerdito a la multitud.

Ricitos de Oro volteó hacia el órgano y señaló su propio dedo.

—Anillos —susurró, esperando que Alex la oyera.

Para el alivio de Jack, dos anillos resplandecientes aparecieron por arte de magia en su mano. Le entregó uno a Rani y otro a Roja. Ambos eran ajenos a todo menos al otro, y no sospecharon en absoluto que algo andaba mal.

El rescate rápido no pasó desapercibido por completo. Emerelda observó los anillos de modo sospechoso… sabía que Alex debía haber estado cerca. Miró la habitación en busca del lugar donde podría estar escondiéndose.

—Sal de aquí —le susurró Ricitos de Oro al órgano.

Alex quería quedarse durante toda la ceremonia, pero sabía que lo mejor era salir de un modo pacífico mientras aún podía. Miró a sus amigos por última vez y se desvaneció en el aire en silencio.

—Con este anillo, te desposo —dijo Rani mientras deslizaba la joya en el dedo de Roja.

—Con este anillo, te desposo —repitió Roja, haciendo lo mismo.

—Rey Charlie Encantador, ¿aceptas a Caperucita Roja como tu esposa y reina hasta que la muerte los separe? —preguntó el tercer cerdito.

—Acepto —respondió Rani. Estaba tan conmovido que se le escapó un cro cro.

—¿Y tú, Caperucita Roja, aceptas a Charlie Encantador como tu esposo y rey hasta que la muerte los separe?

—Acepto —dijo Roja—. Y aun más allá.

Sus corazones rebosaban tanto de alegría que podrían haber inundado la Casa del Progreso. No había ni un solo ojo seco en la sala.

Todas las parejas que los observaban se abrazaron un poco más fuerte.

—Entonces, a menos que haya alguna objeción, los declaro…

¡BAM! Las puertas se abrieron de par en par con un destello enceguecedor. Una ráfaga de viento recorrió el lugar y lanzó al suelo todos los jarrones y los pilares. Los invitados gritaron y cubrieron sus cabezas. Una criatura con cuernos ingresó al lugar y caminó hacia el altar sin prisa. A medida que se acercaba a la plataforma, Rani y Roja se dieron cuenta de que no era un animal, sino una mujer.

—Disculpen la interrupción, pero yo me opongo —dijo Morina con una sonrisa amenazante.

La sala estalló en una ola de susurros. Nadie sabía quién o qué era la mujer.

—¡Cómo te atreves! —dijo Rani—. ¿Quién eres?

—¿No me reconoces, Charlie? —preguntó Morina frunciendo el ceño de modo burlón—. ¿Después de todo lo que hemos vivido juntos?

Aunque no tenía cuernos propios, Roja estaba a punto de embestir a la intrusa.

—Charlie, ¿conoces a esta mujer? —preguntó ella. Rani intentó recordar quién podría ser, pero no podía pensar en un momento en el que sus caminos se hubieran cruzado.

—Nunca la he visto en mi vida. ¡Identifícate, mujer!

Morina rio tan fuerte que la sala vibró a causa del eco.

—Pues, soy tu prometida —respondió—. Tu otra prometida.

La sala entera estalló en abucheos y silbidos. No podían creer que esa mujer se atreviera a irrumpir en la boda y proclamar una mentira tan desagradable.

Todos estaban enfurecidos, excepto Rani. Quedó tieso como una tabla y se tornó de un verde pálido. Después de todo, sabía quién era ella, pero nunca había creído que la vería de nuevo en su vida.

—Morina… —dijo él—. Has cambiado…

La bruja estaba encantada de ver cómo su transformación había afectado a Charlie.

—Ha pasado mucho tiempo. Sin embargo, luces exactamente igual que como te dejé.

Roja sujetó la mano de Rani, temiendo lo peor.

—Charlie, ¿de qué está hablando?

Rani temblaba como si hubiera visto un fantasma.

—Han pasado muchos años desde que la vi —explicó él—. Ella fue mi primer amor, pero yo temía lo que pensaría mi familia si descubrían que estaba cortejando a una bruja, así que terminé la relación. Ella estaba

convencida de que lo hice debido a su aspecto de aquel entonces, a pesar de que juro que no estuvo en absoluto relacionado con su apariencia. Me maldijo para lucir como una rana, para que tuviera vergüenza de mostrar mi propio rostro.

Roja sentía que estaba a punto de vomitar. Todos los reyes Encantador se pusieron de pie a la vez.

—¡Guardias! —gritó el Rey Chance—. ¡Atrapen a esa mujer! ¡Es una criminal!

—¡Ah, siéntense! —dijo Morina, y con un movimiento de su dedo obligó a cada uno de los Encantador a tomar asiento en contra de su voluntad—. No tienen pruebas de que yo fui la bruja que le hizo esto. Aunque suena a mí.

—¿Por qué estás aquí, Morina? ¿Qué quieres?

—¿No es obvio? —replicó ella—. He decidido que quiero recuperarte. Te he extrañado tanto estos años. ¿Por qué otra razón interrumpiría tu boda de un modo tan grosero?

—¡Sobre mi cadáver! —gritó Roja, y se interpuso entre Morina y Rani.

La bruja puso los ojos en blanco ante el gesto cariñoso.

—Eso es fácil de solucionar —dijo ella—. Tienes dos opciones, Charlie. Ven conmigo ahora y regresa a la vida que comenzamos hace tanto tiempo. O elige quedarte y observa cómo maldigo a tu novia con un destino mucho peor que el tuyo. Es tu decisión.

El Consejo de las Hadas se puso de pie de inmediato ante la amenaza.

—Si siquiera intentas maldecir a alguien, nosotros te escoltaremos personalmente hasta la Prisión de Pinocho —dijo Emerelda.

—Relájense, aún no he hecho nada ilegal. Depende completamente de ti, Charlie. Entonces ¿qué elegirás?

El salón esperó conteniendo el aliento, pero Rani no sabía qué hacer o qué decir.

La bruja tenía un efecto paralizante en él.

—De acuerdo —respondió mientras le temblaba la mandíbula—. Iré contigo.

La sala dio un grito ahogado. Morina rio y aplaudió.

—¿Qué? —gritó Roja—. Charlie, ¡no puedes estar hablando en serio! ¡No permitiré que te marches!

—Tengo que hacerlo, cariño —dijo él—. No permitiré que ella te lastime.

Roja colocó las manos sobre el rostro de su amado mientras las lágrimas rodaban por las mejillas de la novia.

—Déjala que me maldiga, no me importa —suplicó ella—. ¡No hay maldición en el mundo que pueda ser peor que vivir sin ti!

—Roja, es mucho más poderosa de lo que aparenta —respondió él—. Esta es la única manera en la que puedo protegerte.

—¡Es una cabra con labial! ¡Puedo encargarme de ella! —lloró Roja— ¡No permitiré que te aleje de mí!

—Lo siento mucho, mi amor —dijo él, llorando—. Tengo que irme… debo hacerlo…

Roja se aferró a él con todas sus fuerzas. Rani besó la frente de la chica, se liberó de sus brazos y caminó hacia donde Morina estaba en el pasillo. La bruja entrelazó el brazo con el de él, y juntos se dirigieron hacia la puerta.

Las lágrimas brotaban de los ojos de Roja como una fuente.

—¡Emerelda, haz algo! —suplicó Roja—. ¡No puedes permitir que haga esto!

—No ha hecho nada —replicó Emerelda—. Él se marcha por voluntad propia.

—¡ENTONCES QUE ALGUIEN HAGA ALGO! —gritó, histérica—. ¡POR FAVOR, SE LO SUPLICO! ¡QUE ALGUIEN LO DETENGA!

Todos los presentes intercambiaron miradas de desesperación, pero no había nada que hacer. Cuando nadie acudió al rescate, Roja corrió detrás de Rani, pero tropezó con su vestido y cayó al suelo.

—¡CHARLIE, ESPERA! ¡REGRESA! —rogó—. ¡POR FAVOR, REGRESA!

Roja se arrastró por el pasillo mientras gritaba su nombre, pero Rani nunca miró atrás. Él y Morina llegaron a la puerta y desaparecieron en una nube de humo negro.

Caperucita permaneció en el suelo, llorando desconsoladamente. Ricitos de Oro corrió hacia ella y se puso de rodillas a su lado. Cenicienta, Blancanieves, la Bella Durmiente y la Abuelita se unieron a Ricitos en el suelo, pero Roja era imposible de consolar.

Los hermanos Encantador estaban de pie junto a sus esposas.

—Lo encontraremos, Roja —afirmó Chase.

—No permitiremos que esa bruja nos quite a nuestro hermano de nuevo —prometió Chandler.

—Pero esta vez ella no se lo llevó… —lloró Roja—. Él me dejó… Me abandonó en nuestra boda…

Roja estaba tan destrozada, que comenzó a delirar.

—¿Estoy soñando, Ricitos? —preguntó—. Por favor, dime que esto es un sueño…

Ricitos de Oro no tenía palabras para consolarla. Roja apoyó la cabeza sobre el regazo de su amiga y lloró hasta quedarse dormida. Con nada más que decir y sin un modo de ayudar, el Consejo de las Hadas desapareció de a un miembro a la vez. Los demás invitados los siguieron y salieron de la Casa del Progreso.

—¿Qué le habrá sucedido a Mantecoso? —preguntó Trollbella mientras salía con los otros.

Jack le echó un vistazo a la habitación, pero aún no había rastros del chico.

—Buscaré a Conner —le dijo a Ricitos de Oro—. Algo debe haberle sucedido.

Salió de la Casa del Progreso lo más rápido posible. La multitud ansiosa que se encontraba fuera no estaba al tanto de lo que había ocurrido y daba vítores cada vez que alguien salía, esperando que su rey y su reina recién casados salieran en cualquier instante.

Jack se abrió paso entre los aldeanos y recorrió lo que asumía que había sido el camino que Conner había realizado para recuperar los anillos. Llegó hasta el castillo sin ver rastros de él. Sin embargo, en cuanto Jack ingresó a la biblioteca, descubrió que su instinto estaba en lo cierto.

Todos los muebles estaban caídos y los cuadros, torcidos. Las ventanas estaban destrozadas y la mayoría de los estantes estaban rotos. El suelo se encontraba cubierto de libros y de vidrio.

—¡Conner! —gritó Jack.

Oyó un gruñido y halló a Conner ovillado en una esquina. Tenía un ojo morado y el labio partido, y estaba sujetando su estómago. Jack lo ayudó suavemente a sentarse en el suelo.

—Conner, ¿qué diablos sucedió? —preguntó Jack—. ¿Quién te hizo esto?

Todavía estaba conmocionado y le resultaba difícil hablar.

—Estuvo aquí… —dijo.

—¿Quién? —preguntó Jack.

—El Hombre Enmascarado —respondió Conner—. Cuando regresé por los anillos… él estaba en la biblioteca… estaba robando libros… Intenté detenerlo… pero luchó conmigo…

Conner alzó el brazo y le mostró a Jack el saco que aferraba con fuerza en su puño. Había logrado quitarle la máscara al intruso.

—Vi su rostro… —dijo Conner—. Alex siempre tuvo razón… ¡Es nuestro padre!



Capítulo nueve

Una polilla de recuerdos

Alex estaba de pie junto a una ventana tan grande que un barco podría haber navegado a través de ella. Había elegido esa habitación del castillo del gigante debido a esa ventana y a la hermosa vista estrellada que tenía durante la noche. También, porque era la más alejada del cuarto de Mamá Gansa, y desde allí no la oía roncar.

Cada noche, contemplaba las estrellas y fingía que hablaba con su abuela. El castillo estaba sobre las nubes, así que la vista de la luna y las constelaciones que Alex tenía no estaba obstruida por nada. Donde fuera que estuviera su abuela, Alex la sentía mucho más cerca allí.

«Dijiste que las hadas no mueren y que siempre estarías con nosotros», habló Alex. «Así que si es así, por favor envíame una señal que muestre que estás aquí. Por favor, envíame algo que me haga saber que en realidad no estoy tan sola como me siento».

Era un pedido que le hacía a su abuela cada noche, y cada noche esperaba una respuesta. Después de un tiempo, sentía demasiado cansancio, se acostaba en la cama del gigante que tenía el tamaño de un estadio de fútbol e intentaba dormir. Sin embargo, esa noche Alex no sintió agotamiento, y cuanto más esperaba la respuesta, más furiosa se sentía.

«Todo el mundo cree que me he vuelto loca, abuela», le dijo al cielo. «Y no puedo culparlos: he perdido el control de mis poderes y estoy obsesionada con encontrar a un hombre que creo que es papá. Sería mucho más sencillo si yo misma creyera que estoy loca; entonces ¿por qué no puedo hacerlo? ¿Por qué estoy tan segura de lo que vi? Te lo suplico, por favor, envíame algo que me dé un poco de claridad… Odio sentirme así».

Afortunadamente para Alex, alguien estaba escuchándola esa noche. Justo cuando estaba a punto de rendirse y de ir a la cama, algo entre las estrellas llamó su atención. Era brillante y se hacía más y más grande cuanto más lo observaba.

Si hubiera estado en el Otromundo, Alex habría asumido que era un avión, pero no tenía idea de qué se aproximaba hacia ella. Pronto, vio que el objeto tenía alas, no como las de un pájaro o las de un hada, sino como las de un insecto. Era una polilla colosal, de tamaño proporcional a la escala del castillo del gigante, y estaba hecha puramente de luz blanca.

La polilla aterrizó en el alféizar junto a Alex. La chica no tenía motivos para confiar en el insecto, pero por alguna razón, sabía que no la lastimaría.

«¿De dónde vienes?», preguntó Alex.

La polilla miró hacia las estrellas.

«¿Mi abuela te envió?».

El insecto agitó sus antenas emplumadas y Alex tomó el gesto como un sí.

«¿Por qué lo hizo?».

La polilla bajó las alas y las allanó contra el alféizar. A pesar de que nunca dijo una palabra, Alex sabía exactamente lo que quería decir.

«¿Quieres que monte sobre tu lomo?», le preguntó.

El insecto permaneció quieto… así que lo interpretó como un sí. Alex no estaba segura de si siquiera era posible, pero cuando acarició el ala de la polilla, descubrió que era sólida como un insecto real a pesar de estar hecha de luz. Alex montó el animal y este salió volando hacia el cielo nocturno y dejó atrás el castillo del gigante.

La polilla planeó a través del aire fresco de la noche y atravesó las nubes. Alex podía ver todo el mundo de los cuentos de hadas cuando volaron por debajo de ellas.

«¿A dónde vamos?», preguntó la chica, pero el insecto nunca le dio una indicación.

Aunque todo estaba oscuro, a juzgar por el terreno que podía ver, Alex supuso que la polilla estaba descendiendo en alguna parte entre el Reino de las Hadas y el Reino Encantador. Aterrizaron en medio de un bosque. Había un lecho de río seco y algunos tocones de árboles, pero no había nada muy especial acerca de ese sector del bosque.

«¿Por qué me trajiste aquí?», preguntó Alex mientras descendía del lomo del insecto.

De pronto, la polilla se separó en doce orbes que después se dispersaron por el bosque. Algunas esferas volaron hacia los tocones y tomaron la forma

del resto faltante de los árboles. Otros orbes se convirtieron en agua y fluyeron por el lecho vacío del río. Era como si se hubieran transformado en hologramas para mostrar cómo había lucido el bosque alguna vez.

Las dos esferas restantes fueron las que más se alejaron dentro del bosque y se convirtieron en las siluetas de una mujer y de un niño. Ambos caminaron tomados de la mano hacia donde Alex estaba de pie. El niño le recordaba mucho a Conner cuando era pequeño, y la mujer parecía una versión más joven de su abuela.

«Cielo santo», dijo Alex mientras miraba el bosque. «Es un recuerdo. ¡Son la abuela y papá!».

Su papá y su abuela estaban en medio de una conversación mientras caminaban. Sus voces sonaban saturadas, como si fueran parte de una grabación antigua.

—¿Por qué me traes al bosque, madre? —preguntó el niño—. Sabes que odio el aire libre.

—Porque el aire puro es bueno para ti —respondió el Hada Madrina.

—No veo cómo eso es posible con tantos insectos —replicó el niño—. Quisiera que me permitieras quedarme en mi cuarto.

Era un niño muy rencoroso e infeliz: nada parecido a lo que Alex había imaginado. Los mellizos habían escuchado toda la vida cuán enérgico y aventurero era su papá en la infancia. Pero el niño que Alex observaba en ese instante no podía ser más distinto. ¿Estaba viendo el recuerdo de un mal momento?

—Quería mostrarte algo que encontré el otro día cuando salí a pasear —dijo el Hada Madrina. Colocó las manos sobre los hombros de su hijo y lo ubicó frente a un árbol—. ¿Ves ese gran agujero en el tronco? Contiene el nido de una ardilla.

—Fascinante —respondió el niño y puso los ojos en blanco—. ¿Ya podemos irnos a casa?

—Aún no: quiero que lo veas —insistió su madre—. La última vez que estuve aquí, una ardilla acababa de dar a luz a sus bebés. Uno de los recién nacidos tenía garras muy filosas y se arañaba a sí mismo y a sus hermanos, así que la mamá le cortó las garras con los dientes.

—¿Por qué haría algo tan barbárico? —preguntó él.

—Porque intentaba protegerlo a él y a los otros bebés del daño —dijo ella —. En el futuro, sería más difícil para la ardilla trepar árboles o defenderse, pero la madre hizo lo que sabía que debía hacer. Todas las madres deben

tomar decisiones difíciles respecto a sus hijos: es parte de la naturaleza. ¿Por qué no te asomas y ves cuánto han crecido?

El Hada Madrina le dio un empujoncito hacia el árbol. A regañadientes, el niño miró dentro.

—Está vacío, madre, no veo nada —dijo—. Quizás un búho atacó el nido y comió a todos los bebés durante la noche. Eso sí que es algo que desearía haber visto.

El niño volteó y vio que su madre le apuntaba con la varita. ¡PUM! Unas cuerdas brotaron de la punta de la varita y amarraron a su hijo a un árbol. Él gritó y luchó contra sus ataduras, pero estaba atrapado.

—Madre, ¿qué estás haciendo? —gritó el niño—. ¡Suéltame!

—Lo siento tanto, cariño —dijo el Hada Madrina con lágrimas en los ojos —. Esto es lo más difícil que haré jamás, pero no tengo otra opción.

—¿De qué estás hablando? —replicó el niño—. ¿Qué me estás haciendo?

—Sé con qué sueñas cuando duermes —respondió el Hada Madrina—. Sé que el deseo más profundo de tu corazón es crecer y dominar al mundo, pero no puedo permitir que utilices tu magia para lastimar o matar a alguien. Así que tengo que cortarte las garras. Tengo que matar tu magia.

—¡No, madre! —gritó el niño—. ¡No lo hagas! ¡Por favor!

El Hada Madrina apuntó nuevamente su varita hacia él y le disparó a su hijo un gran haz de luz brillante. Unos minutos después, una silueta resplandeciente con la forma y el tamaño exactos del chico cayó de él. El Hada Madrina agitó la varita y unas cadenas sujetaron la silueta. Ella la arrastró dentro del río y la sostuvo bajo el agua.

La silueta se retorcía y temblaba mientras el Hada Madrina la ahogaba, salpicando agua a todas partes. La tarea era más difícil de ejecutar de lo que el Hada Madrina había esperado, y cerró los ojos. Poco a poco, la silueta se desvaneció en el agua, hasta que desapareció por completo.

Tanto el Hada Madrina como su hijo lloraban, pero por motivos muy distintos. Alex también tenía un nudo en la garganta: era una de las cosas más tristes que jamás había atestiguado. No podía ser un recuerdo real… debía haber sido la pesadilla de alguien. Pero ¿por qué su abuela estaba mostrándosela?

—Un día me perdonarás —dijo el Hada Madrina y salió del río.

—¡Nunca te perdonaré! —gritó su hijo—. ¡Te odiaré hasta que mueras!

Él la miraba con tanto odio, que era evidente que le decía la verdad. Nunca la querría de nuevo.

—Eso es decisión tuya —dijo ella—. Pero, aunque así sea, yo nunca dejaré de quererte, Lloyd.

Alex sintió que le habían dado un puñetazo en el estómago.

«¿Lloyd?», dijo la chica.

—Nunca le habrías hecho esto a John… —lloró Lloyd—. Siempre lo quisiste más a él… Siempre…

Los árboles, el río, el Hada Madrina, su hijo y todo lo que los orbes proyectaban desaparecieron y dejaron a Alex sola en el bosque. Todo estaba tan quieto y silencioso que la chica podía oír sus propios latidos. El espíritu de su abuela le otorgó más claridad de la que ella podría haber pedido.

«Entonces sí era un recuerdo», dijo Alex. «¡Papá tenía un hermano!».



Capítulo diez

Reparando el daño

A la mañana siguiente, Alex aún estaba en el bosque al que la polilla la había llevado. Tomó asiento en un tocón de árbol y observó el lecho del río seco que estaba frente a ella. Los eventos que habían tenido lugar allí algunas décadas atrás se repetían constantemente en su cabeza. Estaba tan concentrada en ellos, que ni siquiera había notado que el sol había salido.

Durante meses se había torturado con teorías que validaran lo que había visto en el Palacio de las Hadas. Pasó horas de cada día intentando comprender cómo su maravilloso padre se había convertido en un monstruo semejante y había estado en dos lugares a la vez. Y aunque no le causó alegría alguna descubrir la verdad, aquella era la mejor respuesta que podría haber esperado: no era su padre, pero tampoco había alucinado.

Alex y Conner tenían un tío: un tío llamado Lloyd, para ser precisos. Y en base a lo poco que sabía acerca de él, Alex no podía culpar a su papá y a su abuela por haber mantenido su existencia en secreto.

Estaba muy ansiosa por contarle a su hermano lo que había descubierto. Ahora que había confirmado que su cordura estaba intacta, resultaba mucho más sencillo perdonar a Conner por no haberle creído. Quizás había esperado demasiado de él. Si los roles hubieran estado invertidos y Conner hubiera afirmado que él había visto a su padre fallecido volver de entre los muertos, ella probablemente lo hubiera tratado exactamente del mismo modo en que él la había tratado a ella.

Alex estaba entusiasmada por reencontrarse con sus amigos. Ricitos de Oro tenía razón: trabajaban mucho mejor juntos. Y ahora que ella tenía las

respuestas que había estado buscando, ya no estaba ni por asomo preocupada de que sus emociones se apoderaran de ella.

Un pisoteo fuerte provino de alguna parte detrás de ella en el bosque. Volteó y vio un unicornio regordete con un cuerno roto a lo lejos.

«¿Cornelius?», preguntó Alex. «¿Eres tú?».

Estaba segura de que era su viejo corcel: ¿cuántos unicornios inadaptados podía haber en el mundo? Cornelius relinchó entusiasmado cuando la vio, pero después, corrió en dirección opuesta a Alex.

«Vaya, qué extraño fue eso», dijo Alex.

Unos minutos después, Cornelius regresó a toda velocidad, galopando más rápido que cualquier caballo. El unicornio no estaba solo. Un joven muy apuesto con cabello fino montaba su lomo.

—¿Rook? ¿Qué estás haciendo con Cornelius?

Era la última persona con la que esperaba toparse en el bosque, pero Rook estaba encantado de haberla hallado.

—¡Alex! —dijo él—. ¡Cornelius y yo hemos estado buscándote por todas partes!

Ella sabía por qué el resto del mundo la buscaba, pero los motivos de Rook eran un misterio.

—¿Por qué?

—Es una larga historia, pero ¡hemos estado siguiendo al Hombre Enmascarado! —respondió él—. ¡Sabemos dónde ha estado escondiéndose!

—Pero ¡lo hemos estado buscando durante meses! ¿Cómo lo encontraron? —el corazón de Alex se aceleró: rogaba que Rook no estuviera equivocado.

—Cornelius y yo hemos estado rastreándolo —explicó Rook—. Supusimos que no haría daño sumar dos hombres a la búsqueda. No íbamos a molestarte a menos que halláramos algo que valiera la pena mencionar… ¡Pero hace pocos días lo vimos corriendo por el Bosque de los Enanos! ¡Lo seguimos y encontramos una cueva en la que ha estado viviendo!

—¡Rook, eso es maravilloso! —dijo Alex—. ¿Dónde está la cueva?

—Al noroeste, entre el Imperio de los Duendes y el Reino del Norte —respondió él. Extrajo un papel doblado que guardaba en su bota y se lo entregó—. Toma, este mapa contiene su paradero exacto.

Alex lo inspeccionó: Rook había marcado con un círculo el lugar preciso en las Montañas del Norte en donde estaba ubicada la cueva.

—Hay algo más que deberías saber —dijo Rook y su tono se tornó mucho más serio—. Fuimos a la cueva ayer para asegurarnos de que no se hubiera mudado. No tenía puesta su máscara, pero cargaba una gran bolsa llena de

libros. Tomó cada libro, uno por uno, lo abrió en el suelo, extrajo una botella azul y vertió un líquido extraño sobre ellos. El líquido hizo que los libros brillaran y después él desapareció dentro de ellos.

—¿Qué clase de libros utilizó? —preguntó Alex ansiosa. Él debía haber encontrado la colección que buscaba.

Rook cerró un ojo mientras recordaba.

—Eran títulos muy específicos… Nunca había oído hablar de ellos antes —dijo él—. El primero se llamaba 20.000 leguas de viaje submarino. Pasó algunas horas dentro de ese y después regresó empapado. Un tentáculo gigante salió del libro e intentó jalarlo de regreso a su interior, pero él logró cerrar la cubierta, y el tentáculo desapareció. El segundo se llamaba El libro de la selva y estuvo dentro solo unos minutos antes de salir de él con el cuerpo entero cubierto de arañazos.

Alex cubrió su boca. Nunca había esperado que el Hombre Enmascarado buscara literatura del Otromundo. Con razón le había resultado tan difícil localizar la colección.

—El tercer libro era acerca de un hechicero maravilloso de alguna clase —dijo Rook—. Provenía de un lugar con dos letras… creo que comenzaba con O.

—¿Te refieres a Oz? —preguntó Alex—. ¡¿Ingresó a El maravilloso mago de Oz?!

—¡Sí! ¡Ese mismo!

—¿Y cuánto tiempo estuvo dentro de ese?

—Hasta donde sé, creo que aún se encuentra dentro del libro —respondió Rook—. Viajó a su interior unas horas antes del amanecer. Se llevó la bolsa entera de libros con él. Cornelius y yo hemos estado buscándote toda la mañana: no queríamos hacer nada hasta encontrarte. ¡Es un milagro que lo hiciéramos!

Alex estaba tan fascinada que temblaba.

—Tengo que encontrar a mi hermano. ¡Muchísimas gracias, Rook!

Le dio al joven un gran abrazo y un beso en la mejilla; pero en cuanto lo hizo, se arrepintió. Se alejó de él y se sonrojó. Era un gesto insensible dada la historia compartida.

—Podrías haber muerto —dijo ella—. ¿Por qué te arriesgaste a seguirlo?

Rook sentía timidez de decirle, pero se obligó a hacerlo.

—Solo estoy intentando reparar el daño que hice al lastimarte. Nunca dejarás de importarme, Alex.

Ella se lo agradecía, pero eso no cambiaba cómo se sentía respecto a él. Durante la guerra con la Grande Armée, Rook puso en riesgo al mundo conscientemente para salvar a sus seres queridos. Ella comprendía que lo habían puesto en una situación terrible y que él hizo lo que había creído que era lo correcto, pero aun así todavía era difícil perdonarlo.

Desgraciadamente, el mundo de Alex estaba lleno de situaciones terribles y decisiones difíciles, y tenía que confiar en cualquiera que se acercara a ella de manera incondicional. Y al igual que su hermano había temido, ella no creía que alguna vez encontraría a alguien con quien estuviera lo suficientemente cómoda para compartir la carga que llevaba.

—Bueno, no pierdas más tiempo por mí —dijo Rook—. Ve a encontrar a tu hermano.

Alex abrazó a Cornelius y salió del bosque. Se dirigió al Reino del Centro, esperando que su hermano y sus amigos aún estuvieran allí.



Conner estaba recostado en la cama de una de las salas de huéspedes del castillo del Reino del Centro. Hagetta se encontraba sentada a su lado, incendiando las heridas del chico con las llamas de su fuego mágico curativo. Ricitos de Oro y Jack estaban de pie junto a la cama, muy intrigados con el proceso.

—Gracias por venir, Hagetta —dijo Conner—. Sin dudas, esto es mejor que esperar a que todo se cure de modo natural.

—Si tan solo pudiera curar también las heridas del corazón —comentó Hagetta—. ¿Cómo está Roja?

—No quiere comer ni salir de su habitación —respondió Ricitos de Oro con un suspiro.

—La buena noticia es que el reino sintió tanta pena por Roja que ha sido reelegida reina en la ausencia de Rani —dijo Jack.

—No puedo creer que la dejara en el altar —comentó Conner—. No suena al Rani que conocemos.

—Ha superado la maldición, pero no el hechizo que ella le lanzó —explicó Hagetta—. Odio decirlo, pero hizo lo correcto. Morina es una bruja muy poderosa y es infame por los rencores que guarda. Probablemente, le haya salvado la vida a Roja al marcharse con Morina.

Alzó una rama en llamas hacia el ojo morado de Conner, pero él alzó la mano para detenerla.

—Creo que quiero quedarme con ese magullón —dijo él—. Hace que luzca rudo.

Hagetta aplicó las llamas de todos modos y el magullón desapareció en cuestión de segundos. Inspeccionó las heridas una última vez y movió la cabeza de lado a lado.

—No comprendo qué clase de padre podría hacerle esto a su propio hijo.

—¿Estás seguro de que el Hombre Enmascarado es tu padre? —preguntó Jack.

—Me siento tan avergonzado —dijo Conner tras asentir—. Conozco a Alex más que nadie: ¡por supuesto que estaba diciendo la verdad! Ella misma no lo hubiera creído a menos que estuviera absolutamente segura de lo que vio. Debería haberla apoyado más. ¿Qué clase de hermano soy?

Un destello brillante apareció, y Alex se materializó en medio de la habitación. Todos se asustaron y Conner por poco cayó de la cama.

—No sé cuándo aprendiste a hacer eso, pero ¡desearía que no lo hubieras hecho! —gritó él—. Espera… ¡Alex! ¡Estás aquí! Gracias a Dios, ¡tenemos mucho que contarte!

Alex estaba tan contenta de haber hallado a Conner y a sus amigos juntos.

—¡Y yo tengo mucho que compartir con ustedes! ¿Dónde están Rani y Roja? ¿Fueron de luna de miel?

Todos intercambiaron miradas deprimidas y Alex supo que algo andaba terriblemente mal.

—Conner, estás herido —dijo, al notar los parches de llamas que cubrían el cuerpo de su hermano—. ¿Qué sucedió?

Ricitos de Oro fue quien le dio la mala noticia.

—Poco después de tu partida, una bruja llamada Morina irrumpió en la boda y amenazó con maldecir a Roja a menos que Rani se marchara con ella.

—¿Qué? Pero ¿por qué? ¿Quién es esa bruja?

—Es la bruja que maldijo a Rani y lo hizo adoptar la apariencia de una rana hace muchos años —explicó Hagetta—. Debe haberle enfurecido que él encontrara la felicidad a pesar de su aspecto, porque era algo que ella nunca pudo lograr.

—Pero el Consejo de las Hadas estaba presente. ¿Por qué ninguno de ellos la detuvo? —preguntó Alex.

—Los reyes Encantador lo intentaron, pero no estaba secuestrando a Rani —replicó Jack—. No había nada que nadie pudiera hacer. Él se marchó por voluntad propia para proteger a Roja.

Alex no podía creer que se había perdido todo aquello, pero estaba contenta de haber abandonado la boda cuando lo hizo. De haberse quedado, sin dudas habría perdido el control de sí misma y habría hecho algo de lo que se arrepentiría después.

—Conner, por favor, dime que te lastimaste intentando luchar contra ella —dijo Alex.

—Ah, espera, la historia se pone mejor —respondió él con sarcasmo—. Mientras todo esto sucedía, regresé al castillo porque había olvidado los anillos. Me topé con el Hombre Enmascarado; ah sí, ¿lo recuerdas? ¡Estaba robando libros de la biblioteca! Intenté detenerlo, pero me atacó. ¡Le arranqué la máscara justo antes de que se marchara y vi su rostro! Tenías razón, Alex: ¡es papá! ¡Lamento tanto no haberte creído nunca!

Alex miró de lado a lado con incomodidad.

—Emm… no, estaba equivocada.

—¡No, Alex, está bien! —afirmó Conner—. ¡Todos sabemos que no estás loca ni confundida! Ahora te creemos: ¡lo vi con mis propios ojos! ¡Papá está vivo y ha estado sembrando el caos en el mundo de los cuentos de hadas! Es mi culpa por no haberte creído desde el comienzo… ¿Por qué estás mirándome así?

Su hermana no parecía ni por asomo tan aliviada al oírlo decir eso como él había esperado. En cambio, Alex solo asintió mientras él hablaba y esperó impacientemente a que él dejara de disculparse.

—Primero que nada, gracias por tu confianza. Lo aprecio —dijo ella—. Pero estaba equivocada. El Hombre Enmascarado no es papá: ¡es el hermano de papá! ¡Acabo de enterarme!

—¿Quién te lo dijo? —Conner alzó una ceja.

—Bueno —respondió ella, sin saber cómo describir lo que había experimentado—. Em… fue una polilla.

Conner entrecerró los ojos y abrió la boca. Esperaba una respuesta mucho mejor que esa.

—¿Una polilla te lo contó?

—Sí… Pero no era un insecto común, era más bien un ángel.

—¿El ángel de una polilla?

—Bueno, provino de alguna parte entre las estrellas. Creo que la abuela la envió.

—¿La abuela te envió el ángel de una polilla desde el espacio exterior?

—¡Algo así! De todos modos, la polilla me llevó a un bosque y luego se convirtió en un grupo de orbes que recrearon un recuerdo… ¡Deja de mirarme

así, Conner! ¡El punto que estoy intentando señalar es que el Hombre Enmascarado no es nuestro papá!

Los demás miraban a los mellizos como si estuvieran en un partido de tenis. Era la conversación más absurda que jamás habían escuchado.

—Chicos —les dijo Conner—, retiro todo lo que dije antes. Creo que Alex ha perdido la cordura y que quizás yo sea el próximo en hacerlo.

—Espera un segundo —replicó Alex y se cruzó de brazos—. ¡Acabas de decir que deberías haberme creído desde el comienzo! ¿Por qué no me crees ahora?

—Porque suenas ridícula —respondió él.

Alex cerró los ojos y formó un puño con ambas manos.

—Conner, ¡a quién le importa cómo lo descubrí! ¡El Hombre Enmascarado es en realidad nuestro tío Lloyd! ¡La abuela tenía dos hijos!

—¡YA ERA HORA DE QUE LO DESCUBRIERAS! —gritó una voz que no pertenecía a ninguno de los presentes en la sala.

De pronto, Mamá Gansa apareció afuera de la ventana, volando sobre el lomo de Lester. El ganso abrió la ventana con el pico y ambos volaron dentro de la sala y aterrizaron con un ruido estrepitoso.

—Alex tiene razón, Conner —dijo Mamá Gansa mientras desmontaba a Lester—. ¡No tienen idea de cuánto tiempo he esperado para que unieran las piezas!

—¿Lo has sabido todo este tiempo? —preguntó Alex.

—El deseo de tu abuela antes de morir fue que no se lo contara —respondió ella—. Le juré que guardaría el secreto. ¡Esa es una de las razones por las que he estado llevando un perfil tan bajo! Sabía que si estaba cerca de ustedes mientras lo buscaban, el secreto se escaparía de mi boca en algún momento. Afortunadamente, ¡todos están al tanto ahora!

Los mellizos querían estrangularla por haberles ocultado información una vez más, pero sabían que Mamá Gansa apreciaba demasiado su amistad con su abuela para romper la promesa que le había hecho.

—¿Alguien más sabe acerca de nuestro tío? —preguntó Alex—. Es decir, el Consejo de las Hadas debe haber estado al tanto de que la abuela tenía dos hijos.

—Bueno, es complicado —dijo Mamá Gansa—. Cuando Lloyd era un adolescente huyó del Palacio de las Hadas y tu abuela le dijo al consejo que estaba muerto: incluso organizó un funeral falso al que el consejo asistió. No volvió a verlo hasta años después en la primera noche que él se escabulló en el palacio para robar la poción. El Hada Madrina recibió una carta anónima

que le advertía que él iría a buscar la poción, así que estaba esperándolo. Gracias al Salón de los Sueños, ella ya sabía lo que él planeaba hacer con la poción, así que lo sentenció a cadena perpetua en la Prisión de Pinocho. Ella le dio la máscara que él usa para que nadie supiera jamás que era su hijo.

La historia del Hombre Enmascarado se hacía más compleja con el paso del tiempo y aún había muchas cosas que ellos no sabían.

—Mamá Gansa, ¿sabes dónde se ha estado ocultando? —preguntó Jack.

—Yo no, pero Alex sí —respondió ella—. El exnoviecito de Alex la encontró en el bosque y le contó que había hallado la cueva en la que Lloyd ha estado ocultándose.

Todos voltearon la cabeza hacia Alex. No podían creer que les había llevado tanto tiempo a cualquiera de ellos sacar el tema a colación.

—Espera, ¿cómo sabes eso? —preguntó ella.

—He estado siguiéndote desde que la polilla apareció —dijo Mamá Gansa —. Sí, Conner, de veras hubo una polilla; y sí, lo más probable es que tu abuela la haya enviado desde donde sea que esté. Aunque hubiera preferido que enviara una carta: los insectos gigantes me dan escalofríos sin importar cuán angelicales sean.

—¿Podría alguna de ustedes decirnos de una vez dónde está? —gritó Conner.

Alex puso al tanto a los demás acerca del encuentro que tuvo con Rook y Cornelius en el bosque. Les contó todo lo que Rook le había dicho y lo que él había visto.

—¡Esos son los libros que estaba robando cuando lo encontré! —dijo Conner.

—La abuela le dio los libros a Rani en agradecimiento por habernos ayudado a sobrevivir durante nuestro primer viaje a este mundo —comentó Alex—. Debe haber sido la colección que nuestro tío les pidió a las brujas que lo ayudaran a encontrar. Él debe haberlos encontrado por sus propios medios y los robó cuando todo el castillo estaba en la boda.

—Entonces, el ejército que él planea reclutar no proviene de una sola historia —dijo Conner.

Dio un grito ahogado al recordar algo que él y su hermana habían visto muchos meses atrás. En aquel momento había parecido insignificante, pero ahora que conocía los planes de su tío, era un detalle aterrador e importante.

—Alex, ¿recuerdas cómo era su celda en la Prisión de Pinocho? —preguntó Conner—. ¡Las paredes estaban llenas de grabados extraños que

mostraban monstruos, piratas y soldados! Ahora piensa en los libros que tiene en su posesión. ¡Está planeando reclutar un ejército de villanos literarios!

Era un pensamiento perturbador para todos. Si el Hombre Enmascarado liberaba a un ejército como ese en el mundo, el daño que podría causar sería catastrófico. No habría una fuerza con el poder suficiente para detenerlo. Todos los ejércitos en el mundo de los cuentos de hadas aún estaban recuperándose de la guerra contra la Grande Armée.

—Entonces ¿cuál es el plan? —preguntó Jack—. ¿Cómo lo detenemos?

—Necesitamos ir a la cueva —afirmó Alex—. Esperaremos a que él ingrese a un libro, si es que ya no está dentro de uno, y lo destruiremos. Eso debería atraparlo en el interior de la obra para siempre, ¿verdad?

—Según las reglas escritas en el diario de pociones de tu abuela, debería funcionar —respondió Ricitos de Oro—. Ella dejó muy en claro que había que proteger el libro dado que esa es la única forma de entrar o salir de una historia.

—Genial —dijo Alex, suspirando aliviada. Librarse de su tío quizás sería más fácil de lo que esperaba—. Entonces, deberíamos apresurarnos.

Todos parecían convencidos, excepto Conner, que movió la cabeza de lado a lado.

—Alex, estás olvidando algo —dijo él.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Necesitamos que el Hombre Enmascarado limpie tu nombre —respondió Conner—. El único modo en el que seremos capaces de probarle al Consejo de las Hadas que has tenido razón todo el tiempo es que ellos lo vean con sus propios ojos. Tienen que admitir que estaban equivocados al dudar de ti y reincorporarte como Hada Madrina.

—Conner, ya no me importa ser el Hada Madrina…

—¡Pero a mí sí! —replicó él—. Naciste para liderar, proteger y ayudar a las personas de este mundo y no puedes hacerlo si pasas el resto de tu vida ocultándote. Tú y yo sabemos que si este mundo queda a cargo del consejo se desmoronará.

Alex estaba muy conmovida por las palabras de su hermano, pero no podía pedirles a todos que corrieran peligro por el bien de su reputación. Sin embargo, cuando Alex le echó un vistazo a la sala, vio que no dependía de ella. Todos asintieron mostrando su acuerdo con Conner.

—Tiene razón —dijo Ricitos de Oro—. Tenemos que capturar a su tío y traerlo de regreso… Incluso si eso significa que nosotros mismos debamos entrar a los libros.

—¿Nosotros entraremos a los libros? —exclamó Mamá Gansa y todos voltearon a la vez hacia ella—. Lo siento, no era una objeción. Sería algo muy aventurero, incluso para este grupo.

El apoyo de todos conmovió a Alex y por poco la hizo llorar. En menos de un día había pasado de sentirse la persona más solitaria del mundo, a la más afortunada.

—¿Supongo que todos están de acuerdo? —Conner colocó una mano en medio del grupo y todos se unieron, uno por uno. Incluso Lester lo hizo, y extendió la punta de su ala sobre las manos de los demás.

—¡A la cueva! —exclamó Jack.

—¡Y más allá de los reinos! —añadió Ricitos de Oro.

Se oyó un golpe suave en la puerta de la habitación. Cuando se abrió, todos estuvieron felices de ver a Roja de pie en la entrada. Tenía los ojos hinchados por el llanto y sostenía un pañuelo con firmeza en la mano.

—No pude evitar oírlos —dijo Roja sorbiéndose la nariz—. No estoy segura de a dónde planean ir, pero espero que me permitan acompañarlos. De veras me vendría bien una aventura.



Capítulo once

La cueva

Los mellizos y sus amigos partieron hacia la cueva minutos después de organizar el plan. Alex no confiaba lo suficiente en sus poderes para transportarlos a todos con magia, así que, en cambio, viajaron a caballo. Galoparon hacia el noroeste a toda velocidad ya que sabían que el tiempo apremiaba.

Jack y Ricitos de Oro montaban a Avena mientras que los mellizos viajaban sobre Avenita, que estaba más que entusiasmado por su primera travesía. El padre de Avenita, un gran semental llamado Hebilla Rebelde, había sido traído desde los establos del Reino del Centro para que Hagetta lo montara. Un minuto sobre el infame caballo inquieto fue suficiente para que la bruja le lanzara un hechizo tranquilizador.

Mamá Gansa y Roja viajaban sobre Lester y volaban en círculos por encima de los demás para mantener el mismo paso. Mamá Gansa se autoproclamó guía, y ocasionalmente gritaba indicaciones para los demás. También utilizó el viaje como una oportunidad para asumir el rol de psicóloga e intentar hacer que Roja se sintiera «mejor» con historias sobre sus propios desamores.

—Me han dejado y he dejado a otros en el altar muchas veces —le dijo Mamá Gansa—. El día en el que me casaría con el Rey Enrique VIII fue el día en el que él conoció a Ana Bolena. De más está decir que regresé sola a casa… Pero vaya, ¡de la que me salvé!

—¿Sucedió hace poco? —le preguntó Roja.

Las montañas al noroeste no estaban muy lejos del Reino del Centro y esperaban llegar a la cueva para la medianoche. Viajar a caballo realmente hizo que Alex extrañara los días junto a Cornelius, pero estaba feliz de que él hubiera encontrado un compañero en Rook.

Para pasar el tiempo, Conner le contó a Alex todo lo que había aprendido del libro de su abuela acerca de la Poción Portal.

—Los ingredientes de la poción eran bastante sencillos —explicó Conner —. Solo necesitas una rama del árbol más antiguo del bosque, una pluma del mejor faisán y un candado y una llave derretidos de alguien que amas. Después, dejas reposar todo bajo la luz de la luna durante dos semanas, añades una pizca de magia para activar todo y, presto: ¡la poción está lista!

—¿Eso es lo único que hace falta? —preguntó Alex—. Uno creería que los ingredientes para una sustancia tan poderosa serían más complejos. Parece un juego de niños de kínder en comparación con el Hechizo de los Deseos.

—Los ingredientes son más simbólicos que específicos —explicó Conner —. La abuela tuvo que ser muy creativa cuando creó la poción.

—Esa es la belleza de la magia; realmente no tiene ciencia alguna —comentó Alex.

Después de la puesta de sol, Mamá Gansa hechizó a un enjambre de luciérnagas para que iluminaran el terreno mientras el grupo viajaba. Como lo predijeron, llegaron a la cueva justo antes de la medianoche. Alex estaba agradecida de que el mapa de Rook hubiera sido tan detallado: la cueva se camuflaba tan bien en la ladera de las montañas que nunca la hubieran encontrado por sí solos.

Lester aterrizó mientras los demás desmontaban sus caballos.

—Avena —dijo Ricitos de Oro—, si algo o alguien que no sea nosotros sale de la cueva, quiero que tú, Avenita y Hebilla Rebelde corran hacia el bosque más cercano y se oculten allí, ¿entendido?

La yegua color crema asintió con vigor. Todos permanecieron en la entrada de la cueva un instante antes de ingresar.

—Bueno, tal como les dije a Lewis y Clark, América del Norte no se explorará sola —comentó Mamá Gansa frotándose las manos—. Avancemos.

Guio a los demás hacia el interior de la cueva mientras llevaba a un Lester temeroso con ella. La cueva estaba completamente a oscuras.

—Está tan oscuro y espeluznante aquí dentro —dijo Roja.

—¿Qué esperabas? ¿Un candelabro? —replicó Conner.

—De hecho, no sería una mala idea —dijo Mamá Gansa. Silbó, y las luciérnagas volaron dentro y se apilaron unas sobre otras en el techo de la cueva formando un gran candelabro—. Buena idea, señor C.

Ahora que tenían un poco de luz, podían ver que la cueva era muy alta pero no demasiado ancha. Algunos de los libros robados del castillo estaban

desparramados sobre el suelo. El grupo caminó por la cueva e inspeccionó los libros, leyendo los títulos que encontraban.

—Tom Sawyer —dijo Jack.

—Grandes esperanzas —leyó Ricitos de Oro.

—¡Hamlet! —dijo Roja entusiasmada—. ¡Ooohhh! ¿Podemos visitar el interior de Hamlet? ¡Es mi obra favorita de Shakesmier!

—Creo que tu semana ya ha sido lo suficientemente trágica —le recordó Mamá Gansa.

Conner tomó un libro viejo que tenía la cubierta amarilla. En cuanto lo abrió, un haz de luz brillante y potente como un reflector salió disparado del interior. El chico se asustó y soltó el libro, lo que hizo que algunas hojas sueltas cayeran de él.

Conner tragó con dificultad.

—Encontré El maravilloso mago de Oz.

—Ten cuidado —dijo Alex—. ¡Cada página puede contar!

Los mellizos recogieron las hojas sueltas y las colocaron en sus bolsillos con cuidado. Alex abrió cautelosamente el libro con la punta de su zapato y volteó la primera página. Al igual que antes, el haz de luz resplandeciente brotó directo del libro hacia el techo de la cueva. Era cien veces más luminoso que las luciérnagas.

—Apuesto a que nuestro tío aún está ahí dentro —dijo Alex.

—Solo hay un modo de averiguarlo —afirmó Ricitos de Oro—. Echémosle un vistazo.

—Uno de nosotros debería quedarse a vigilar el libro —sugirió Jack—. Si algo le sucede mientras estamos dentro, quedaremos atrapados.

—Yo me quedaré —Hagetta se ofreció—. Lo protegeré con mi vida. Ustedes vayan, y por favor tengan cuidado.

Se reunieron alrededor del libro y lo miraron como paracaidistas que esperan saltar de un avión.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo Conner. Ingresó al haz de luz y desapareció de la cueva.

Conner vio que estaba en un espacio brillante e infinito. No había absolutamente nada que ver, excepto palabras que flotaban, giraban y saltaban a su alrededor por todas partes.

—Guau —dijo—. Nunca he visto esto antes.

Alex apareció junto a Conner. La siguieron Ricitos de Oro, Roja, Jack y por último Mamá Gansa, que jaló de Lester para que ingresara al libro detrás de ella. Ninguno podía creer el mundo de palabras al que habían entrado.

Como si su presencia hubiera activado algo, las palabras de pronto cobraron vida y salieron disparadas en todas direcciones. Se dispersaron al azar y comenzaron a adoptar formas, estirándose y multiplicándose para delinear a la perfección lo que fuera que describían.

Los mellizos y sus amigos observaron asombrados cómo un mundo se creaba a su alrededor. Una casita desolada con solo cuatro paredes y un granero diminuto apareció a lo lejos. La pradera se extendía hasta perderse en el horizonte en cualquier dirección que miraran. Todo, desde la tierra al cielo, era sombrío y gris.

—Alex, creo que ya no estamos en Kansas —le susurró Conner a su hermana—. Y con eso quiero decir que estamos, de hecho, en Kansas.



Capítulo doce

El ciclón

A pesar de la experiencia previa que tenían viajando entre dimensiones, Alex y Conner estaban absolutamente asombrados. En cuestión de segundos, las vastas praderas de Kansas habían cobrado vida a su alrededor y estaban tan boquiabiertos como sus amigos deslumbrados. Incluso a Lester se le cayó la mandíbula al ver todo.

—¡Funcionó! —dijo Alex—. No es que estuviera esperando que no lo hiciera… Pero ¡aún no puedo creer que realmente funcionó!

—Es maravilloso —concordó Ricitos de Oro.

Lo único que viajó con ellos desde la cueva fue el libro de El maravilloso mago de Oz. Este yacía abierto en el suelo y emitía un haz de luz brillante, exactamente igual que lo había hecho en la cueva. Conner asomó la cabeza a través del haz de luz y vio a Hagetta de pie en la cueva.

—¿Y? —preguntó Hagetta.

—¡Funcionó! —respondió Conner y le hizo una señal de pulgares arriba —. Deséanos suerte.

Conner regresó a la historia y cerró el libro. El haz de luz desapareció, pero apareció otra vez en cuanto él abrió el objeto. Lo cerró de nuevo y lo guardó a salvo en la parte trasera de su cinturón.

Roja miró la pradera como si nunca antes hubiera visto algo tan sombrío.

—Entonces ¿este es el Otromundo? —preguntó.

—Es la interpretación de L. Frank Baum —respondió Alex—. Pero técnicamente, sí.

—Vaya, es simplemente encantador —dijo Roja, aunque su rostro decía lo contrario—. Me recuerda a mi reino… si lo hubieran drenado de toda felicidad y color.

La ausencia de color era bastante deprimente, e hizo que de inmediato todo el grupo estuviera en un humor sombrío. De hecho, ellos eran lo único colorido en ese mundo.

Oyeron ladridos y la risa de una niña que provenía del interior de la casa. Era agradable saber que existía algo de alegría en aquel lugar. La puerta de la casa se abrió y un anciano con barba blanca salió al jardín delantero. Alzó la vista al cielo, incómodo.

—El cielo está terriblemente gris hoy, Em —exclamó el hombre hacia la casa—. Más gris de lo habitual.

La frágil esposa del granjero salió de la casa y comenzó a barrer el porche.

—Ah, Henry, basta —respondió ella—. El cielo no luce distinto que ayer ni que anteayer.

Una niña apareció detrás de la puerta con tela metálica. Era adorable y llevaba el cabello sujeto en dos coletas y un vestido delicado. Sujetaba a su perrito desaliñado en los brazos y acariciaba su pelaje con cariño.

—No, tengo un mal presentimiento acerca de esto —insistió Henry—. Podríamos estar lidiando con un ciclón.

—Preocuparás a Dorothy si continúas hablando así. Ahora, vuelve adentro —ordenó Em.

La niña aferró a su perro un poco más fuerte y alzó la vista hacia el cielo con la misma preocupación que su tío: era demasiado tarde.

—¿Quiénes son esas personas tristes? —les preguntó Roja a los mellizos —. ¿Y qué es un ciclón? ¿Está hablando de una criatura de un solo ojo?

Alex y Conner no respondieron. No era la primera vez que habían visto a sus personajes literarios favoritos de la infancia cobrar vida; sin embargo, era una vista fascinante.

Dorothy los vio y gritó de alegría.

—¡Tía Em! ¡Tío Henry! —dijo ella—. ¡Miren allí! ¡Son otras personas!

Debía haber pasado mucho tiempo desde que la niña había visto otra alma además de su tía y su tío. Estaba más entusiasmada de ver a los mellizos y a sus amigos que ellos de ver a la niña. Dorothy corrió a través del campo para saludarlos. Henry y Em estaban tan sorprendidos por los visitantes que no se movieron.

—¡Hola! —dijo Dorothy—. ¿Qué los trae a nuestra granja?

—Hola, Dorothy —respondió Conner.

La niña dio un grito ahogado.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Alex le lanzó una mirada asesina a Conner y él entró en pánico.

—Porque… Porque… —se esforzó en pensar en algo.

Una sonrisa inmensa apareció en el rostro de la niña…

—Ya sé —dijo—. Eres un adivino, ¿cierto? Lo supe desde el instante en que los vi… ¡Son un circo itinerante!

Con nada mejor para decir, todos simplemente asintieron.

—Así es —concordó Conner y de inmediato asumió la identidad de un personaje extravagante—. Soy el Maestro Connermondo: psíquico extraordinario. Los hombres, las mujeres y el ave detrás de mí son parte del Circo Itinerante Bailey, de renombre en todo el mundo.

Dorothy dio saltitos de entusiasmo. Toto les ladró; incluso él parecía necesitar un poco de entretenimiento. Aquello era lo más fascinante que jamás les había ocurrido.

—Permíteme presentar a mis amigos —dijo Conner con gestos exagerados—. Él es Jack, el fortachón del circo; Ricitos, la malabarista de espadas; Roja, la tiesa equilibrista de la cuerda floja. Y, directo de la jungla salvaje de Madagascar, te presento a Lestersaurus… Y a su domadora: *Madam* Gansa. Y última pero no menos importante, mi hermana, Alexandra, la mujer barbuda.

—¿Qué? —preguntó Alex.

—Pero no tiene barba —señaló Dorothy.

—Se rasuró esta mañana —explicó Conner.

Alex puso los ojos en blanco: nunca nada era fácil cuando viajaba con su hermano.

—Estábamos de camino a Kansas City y nos topamos con tu humilde morada —dijo Conner.

—Eso es decirlo de un modo amable —añadió Roja.

—¡Me alegra tanto que lo hicieran! —exclamó Dorothy—. Nunca sucede nada interesante aquí.

Sus palabras le causaron gracia a los mellizos y ambos intercambiaron una mirada: ellos sabían más acerca de ella que ella de sí misma.

—¿Vendrían a cenar, por favor? —preguntó Dorothy y luego volteó hacia sus tíos—. ¿Pueden venir con nosotros, tía Em? ¡Oh, por favor, di que sí!

La tía Em y el tío Henry intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

—Supongo que sí —dijo el tío Henry.

—Espero que les guste el maíz —añadió tía Em.

Conner miró a los demás con rapidez, pero ninguno se opuso.

—La cena parece una buena idea —dijo Mamá Gansa—. Tengo un poco de hambre, y si Lester no come cada cuatro horas se vuelve muy gruñón. No me mires así, Lester; no lo diría si no fuera cierto.

Dorothy acompañó a los visitantes hasta su hogar. La casa era muy pequeña: constaba de una única habitación. Tenía una cocina, un armario, dos camas, una mesa y cuatro sillas, lo que obligó a todos, excepto a Conner, a comer sobre la cama y en el suelo. Fiel a su palabra, la tía Em sirvió maíz… y eso fue todo.

—Por favor, ¡cuéntenme acerca de todos los lugares que han visitado! —pidió Dorothy durante la cena.

—Pues, tengo buenos recuerdos de Baton Rouge y Jefferson City —dijo Mamá Gansa—. Pero si quieres ganar unos billetes, Texas es donde está el dinero.

Los demás la miraron con extrañeza. ¿Cómo sabía ella eso?

—¿Qué? —replicó Mamá Gansa—. ¿Creen que este es el primer circo al que he pertenecido?

El tío Henry y la tía Em nunca alzaron la vista de su maíz, pero Dorothy era toda ojos y oídos. Vivir en la granja de Kansas debía haber sido una vida muy aburrida, pero las aventuras que le esperaban sin dudas compensarían por una vida de aburrimiento.

—Sin duda ustedes viajan mucho —comentó el tío Henry.

—Hablando de viajar —dijo Jack—, ¿alguno ha visto a un hombre extraño por la zona?

—Responde al nombre de Lloyd o el Hombre Enmascarado —añadió Ricitos de Oro—. Es un amigo nuestro del circo. Estamos buscándolo.

—No lo hemos visto —respondió la tía Em—. Ustedes son los únicos visitantes que hemos tenido desde… bueno, desde que tengo memoria.

Aquello era decepcionante y también confuso para los mellizos. Si no había rastro de su tío en esa historia, ¿acaso él había viajado dentro de otro libro?

—Debe estar en otra parte —dijo Conner. Era una expresión cargada de sentido, pero afortunadamente solo su hermana y sus amigos lo entendieron.

—Desearía estar en otra parte —comentó Dorothy con un suspiro—. A veces sueño con unirme a un circo solo para poder ver el mundo, pero no creo que Toto y yo salgamos alguna vez de Kansas.

Una fuerte ráfaga de viento provino del exterior, seguida a la brevedad de un silbido agudo. Los ruidos eran alarmantes y Dorothy, Henry y Em

quedaron paralizados. La casa diminuta comenzó a moverse mientras el viento se hacía más y más fuerte afuera.

—¡Es un ciclón! —gritó Henry y se puso de pie de la mesa—. ¡Liberaré a los animales!

Salió disparado lejos de la mesa y corrió fuera de la casa en pánico. Sin saber qué otra cosa hacer, Mamá Gansa, Lester, Roja, Ricitos de Oro y Jack lo siguieron con rapidez.

—¿Qué están haciendo, chicos? —gritó Conner.

—¡Necesitamos permanecer dentro de la casa! —exclamó Alex—. ¡Tienen un refugio contra tormentas en el sótano!

Era demasiado tarde: sus amigos ya estaban afuera, y no oyeron ni una palabra de lo que Conner y Alex dijeron por encima del viento fuerte. Em se agazapó en el centro de la habitación y enrolló la alfombra: debajo de ella había una puerta cuadrada construida en el suelo.

—¡Rápido, Dorothy! ¡Sígueme al sótano! —ordenó Em.

Abrió la puerta de un jalón e ingresó en el refugio contra tormentas que estaba debajo de la casa. Toto estaba asustado y saltó del regazo de Dorothy y se ocultó bajo la cama de la niña.

—¡Toto! —dijo ella—. ¡Ven aquí, chico!

Mientras Dorothy intentaba recuperar a su perro, Alex y Conner corrieron afuera para buscar a sus amigos. El cielo estaba tan gris que parecía prácticamente negro. El viento volaba desde todas direcciones y era tan fuerte que resultaba casi imposible permanecer de pie.

Los mellizos encontraron a sus amigos en el granero, ayudando a Henry a liberar a los animales de granja. Las vacas y los caballos salieron al galope del granero y se dirigieron a la pradera, lejos de la tormenta inminente.

—¡Chicos! ¡Tenemos que regresar a la casa! —exclamó Conner—. ¡Confíen en nosotros! ¡Esto se pondrá feo!

—¡El refugio contra tormentas es la única oportunidad garantizada que tenemos de sobrevivir a esto! —añadió Alex.

Los demás supusieron que los mellizos sabían lo que hacían, dado que conocían la historia, así que los siguieron; salieron del granero y regresaron hacia la casa pero de pronto, se detuvieron. Gritaron y señalaron el cielo. Girando hacia abajo desde las nubes negras había un tornado colosal.

El tornado tocó tierra y se dirigió directo hacia la pequeña casa. Los mellizos y sus amigos tuvieron que sujetarse de las manos para permanecer de pie.

—¡No tenemos tiempo para llegar al sótano! —exclamó Conner.

—¡CONNER! ¡MIRA ALLÁ! —gritó Alex y señaló un campo cercano.

Corriendo lo más rápido que era humanamente posible en contra del viento estaba el tío de Alex y Conner. Su bolso de libros robados colgaba de su hombro y él corría a toda velocidad hacia la casa. Incluso más impactante fue que él no había reemplazado la máscara que Conner le había arrebatado en la biblioteca, así que por medio segundo los mellizos creyeron que veían a su padre.

Lloyd subió al porche y les hizo a los mellizos un saludo militar. Había estado en Kansas todo el tiempo, esperando que se desatara la tormenta.

El tornado estaba a pocos metros de la casa y Lloyd corrió al interior. El viento arrancó la casa desde los cimientos y esta voló por el aire. Como un monstruo gigante y nebuloso, el ciclón se tragó la casa, que desapareció en el torbellino.

—¡Dorothy! —gritó Henry y corrió hacia el ciclón.

—¡Henry! ¡Espera! ¡Quédate con nosotros! —le gritó Jack al granjero.

—¡No, Jack! —dijo Alex—. ¡Déjalo! ¡Estará bien!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jack.

—¡Porque he leído el libro!

El viento era ensordecedor y, cuanto más se acercaba el tornado, más fuerte se hacía el sonido. Al principio, Conner pensó que todos debían viajar a través de El maravilloso mago de Oz y regresar a la cueva, pero si lo hubieran intentado, habrían perdido el libro a causa del viento poderoso.

—¡Todos regresen al granero! —gritó Conner. Ahora esa era la única opción que tenían de sobrevivir.

El grupo aterrorizado avanzó a jalones y empujones hasta que todos llegaron al interior del granero. Una vez dentro, cerraron las puertas y se aferraron a cualquier cosa que pudieron sujetar con los brazos. Conner tomó un poste con un brazo y el libro con el otro.

El tornado golpeó el granero y arrancó el techo. La construcción comenzó a moverse y a crujir. Se mecía de un lado al otro, inclinándose cada vez más.

—¡Houston, tenemos un despegue! —gritó Mamá Gansa.

El granero giró por los aires, alzándose más alto a cada segundo. Sus pies flotaban en el aire. Era imposible distinguir dónde era arriba o abajo. El tornado era tan poderoso que la gravedad no funcionaba.

El viento arrancó las puertas del granero de sus bisagras. Roja perdió su amarre y salió volando fuera del granero.

—¡ROJA! —gritaron los mellizos al unísono.

—¡Lester! ¡Ve a buscarla! —ordenó Mamá Gansa.

El ganso soltó la puerta del establo a la que había estado sujetándose con el pico y voló hacia la tormenta. El viento lo hizo girar en círculos alrededor del tornado. Cada tanto, veía una gran bola de tela roja pasar frente a él: era Caperucita. Lester extendió las alas para que el viento lo hiciera volar más rápido y logró atrapar con la boca un trozo del vestido de Roja.

—¡LESTER, AYÚDAME! —gritó Roja—. ¡NO ME DEJES MORIR EN UN LUGAR TAN FEO!

El granero volaba directo hacia ellos. Lester jaló de Roja para acercarla a su cuerpo y la envolvió con sus alas, convirtiéndose en una gran esfera de plumas. Atravesó la pared del granero y regresó con los demás.

—¡Gran trabajo, Lester! —gritó Mamá Gansa.

—¡Creí que el hecho de que me dejaran en el altar sería la peor parte de mi semana! —gritó Roja.

El granero volaba fuera de control por los aires mientras la tormenta continuaba. Cada tanto, los mellizos divisaban la casita que subía y bajaba en el centro del tornado, pero no había ningún modo de alcanzarla.

El ciclón alcanzó una velocidad incluso mayor y arrojó el granero hacia una dirección y la casa, hacia la opuesta. El mundo giraba tan rápido fuera del granero que nadie podía distinguir hacia dónde se dirigían. Por primera vez, pudieron ver colores brillantes en alguna parte a lo lejos, pero no podían distinguir si era el suelo o el cielo.

El granero continuó girando y girando… cayendo más y más rápido… pero no tenían idea de sobre qué estaban cayendo…



Capítulo trece

El Leñador de Hojalata

—¿Están todos vivos? —preguntó Conner. Una sucesión de gruñidos, gemidos y graznidos respondió su duda. Era un milagro que todos hubieran sobrevivido.

Después de lo que pareció una caída eterna, el granero se había detenido abruptamente cuando cayó al suelo. Lo que quedaba de él estalló a causa del impacto, y los mellizos y sus amigos lucharon por apartar los escombros apilados sobre ellos.

—Fue mucho más hostil de lo que esperaba —comentó Alex.

—Un segundo… ¿esperabas esto? —preguntó Ricitos de Oro.

Todos le lanzaron una mirada asesina y ella sonrió con culpa. Alex había olvidado por completo que sus amigos no estaban tan familiarizados con El maravilloso mago de Oz como ella y su hermano. No sabían que un ciclón era parte de la historia.

—Sí, lo siento —dijo Alex—. En el libro, un gran tornado levanta la casa de Dorothy y la envía a la Tierra de Oz. Probablemente debería haberlos puesto al tanto.

—Pero si el tornado los envió a ellos a Oz, ¿a dónde nos trajo a nosotros? —preguntó Conner.

Se ayudaron entre todos a ponerse de pie y salieron del granero destruido. Al principio, tuvieron que proteger sus ojos: todo era mucho más brillante que en Kansas. El cielo era de un azul vívido y estaban rodeados de un bosque de árboles verdes. Incluso la tierra era más radiante que antes.

—Guau —dijo Conner—. ¿Alguien aumentó el contraste de la imagen?

—¿Dónde estamos? —preguntó Jack.

Alex no tuvo que pensarlo dos veces.

—Chicos, ¡estamos en OZ! —afirmó entusiasmada—. No terminamos en la tierra de los Munchkins como Dorothy, pero el ciclón sin duda también nos trajo aquí.

De pronto, un gemido suave invadió el bosque.

—¿Alguien más oye eso? —preguntó Roja.

Miraron entre los árboles, pero no encontraron la fuente del ruido.

—¿De dónde viene? —dijo Mamá Gansa—. Lester, ¿es tu estómago?

El ganso movió la cabeza de lado a lado. El sonido continuó y parecía tornarse más perturbador con el paso del tiempo. Conner dio un grito ahogado y abrió los ojos de par en par: sabía de dónde provenía el ruido.

—¡Ay, no! —exclamó—. ¡El sonido viene de abajo del granero! Aterrizamos sobre alguien… ¡al igual que Dorothy! Rápido, ¡tenemos que ayudarlo!

Conner y los otros hurgaron rápidamente entre los escombros del granero. Supusieron que estaban acercándose a quien sea que fuera, porque el gemido se hacía más y más fuerte.

—Por favor, no mueras, ¡la ayuda está en camino! —gritó Conner en medio del destrozo—. Glinda, ¿eres tú? Ay Dios, ¡si matamos a Glinda nunca me lo perdonaré!

Para alivio de Conner, no hallaron a la querida Bruja Buena del Sur, sino que rescataron a un hombre. Era inusualmente alto y muy delgado. Tenía una nariz larga y puntiaguda y llevaba una gorra picuda. Cuando le quitaron los escombros de encima, descubrieron que todo, desde sus prendas a su piel, estaba hecho de metal.

—¡Oh, cielo santo! ¡Es el Leñador de Hojalata! —exclamó Alex.

—¿Es amigo de ustedes? —preguntó Roja.

—No, es uno de los personajes principales de la historia —susurró Conner —. ¡Es importante!

El Leñador de Hojalata era tan pesado, que todos tuvieron que ayudar para ponerlo de pie. Estaba rígido como una estatua y paralizado en cierta posición, con el hacha en alto. Tenía ojos muy grandes que se movían a toda velocidad entre los rostros de los extraños que lo ayudaban. Continuó gimiendo, pero tenía la boca completamente cerrada.

—¿Qué le sucede? —preguntó Ricitos de Oro—. ¿Está petrificado?

—¡No, está oxidado! —dijo Alex—. Necesita aceite.

—¿Creen que haya un taller de cuerpos cerca? —preguntó Mamá Gansa.

—No, debería tener una lata de aceite por alguna parte —respondió Alex.

Miró entre los árboles y vio una cabaña diminuta un poco más adentro del bosque. Corrió hacia ella, entró y regresó junto a sus amigos unos instantes después con una lata de aceite. Aceitó de inmediato las articulaciones de su mandíbula prominente y él abrió la boca.

—¡AAAAAAHHHHH! —los gemidos del Leñador de Hojalata se convirtieron en gritos ahora que había abierto la boca y no se detenía.

Todos cubrieron sus oídos y miraron a los mellizos para que hicieran algo al respecto.

—¿Hay algún modo de apagarlo? —preguntó Roja.

—¡Amigo, cálmate! —dijo Conner—. ¡¿Por qué estás gritando?!

—¡PORQUE UN GRANERO QUE ACABA DE CAER DEL CIELO ATERRIZÓ SOBRE MÍ! —gritó el Leñador de Hojalata—. ¡DUDO DE QUE TE LO HUBIERAS TOMADO MEJOR DE HABERTE SUCEDIDO A TI!

Ricitos de Oro cerró de un golpe la boca del Leñador de Hojalata hasta que él se tranquilizó.

—¿Ahora dejarás de gritar? —preguntó ella, pero él no se movió—. ¿Y? Responde moviendo la cabeza.

—No puede asentir a menos que tenga aceite —explicó Alex. Aceitó las articulaciones alrededor del cuello del Leñador de Hojalata y él asintió. Ricitos de Oro le abrió la boca de nuevo.

—Así está mucho mejor —dijo el Leñador de Hojalata. Estaba tan aliviado que olvidó por qué había estado gritando—. ¿Serías tan amable de aceitar el resto de mi cuerpo? ¿Por favor?

Alex aceitó las articulaciones que estaban del cuello para abajo. Lentamente, el cuerpo del Leñador de Hojalata comenzó a relajarse. Sus hombros cayeron y soltó el hacha a su lado.

—Gracias —respondió con un largo suspiro—. ¡He estado alzando esa cosa durante un año!

—¿Has estado atascado en esa posición durante un año? —preguntó Jack.

—Fue de lo más incómodo —dijo el Leñador de Hojalata—. Siempre tengo una lata de aceite cerca en caso de que comience a oxidarme. La única vez que salí de mi cabaña, una tormenta enorme me tomó por sorpresa. He estado aquí desde entonces.

—Suena terrible —se compadeció Mamá Gansa—. Conozco el sentimiento. Una vez estuve enterrada viva durante dos semanas… Vaya, ¡qué feliz estuve cuando me libré de ese embrollo! Ahí aprendí a preguntar antes de participar en rituales religiosos, sin importar cuán apuestos sean los isleños.

El Leñador de Hojalata los miró a todos, nervioso.

—¿Quiénes son? ¿De dónde vienen?

Conner empujó a su hermana hacia el frente.

—Alex, te permitiré ocuparte de esta dado que parece que yo siempre digo algo mal.

Alex miró los ojos curiosos del Leñador de Hojalata. Si se basaba en la experiencia con el granero, la verdad sería demasiado impactante para que él la comprendiera. Necesitaba pensar en una historia que él pudiera creer, pero que no lo asustara en caso de necesitar su ayuda.

—Se supone que no debemos decirle a nadie —dijo Alex—. Pero estamos en una misión secreta para el Mago. Estábamos viajando por aire cuando nuestro granero perdió su globo aerostático, algo que el Mago armó para nosotros, y caímos en este bosque. Por suerte, tú amortiguaste nuestra caída.

El Leñador de Hojalata quedó cautivado de inmediato. Se le cayó la mandíbula y colocó ambas manos sobre su cabeza.

—¿Conocen al Mago? —preguntó, atónito.

—¡Trabajamos para él! —respondió Alex—. Hay un criminal despiadado suelto y el Mago nos ha pedido personalmente que lo rastreemos. ¡El delincuente ha venido a Oz con la intención de reclutar un ejército! El Mago quiere que lo detengamos antes de que cualquier inocente salga herido.

—Vaya, ¡eso es terrible! —dijo el Leñador de Hojalata—. Pero ¿qué clase de ejército querría reclutar?

—Esperaba que tú pudieras decírnoslo —respondió ella—. No somos de por aquí. ¿Por casualidad conoces a alguien o algo que quizás ayudaría a este criminal a derrocar al Mago?

El Leñador de Hojalata rascó su cabeza mientras reflexionaba al respecto.

—Están los guardias de Ciudad Esmeralda, pero ellos nunca traicionarían al Mago —dijo—. ¡Espera! ¡Ya sé! ¡Probablemente unirá fuerzas con la Bruja Malvada del Oeste! ¡Todos saben que ella ha querido librarse del Mago desde que él llegó a Oz!

Los mellizos y sus amigos tragaron con dificultad al unísono. No tenían que estar familiarizados con la historia para saber que la Bruja Malvada del Oeste era una de las villanas más aterradoras en la historia de la literatura. Naturalmente, el tío de los mellizos había viajado a Oz para aliarse a ella.

—Bueno, no es tan malo, ¿cierto? —comentó Conner, intentando alivianar la situación desesperadamente—. Solo es una bruja y algunos monos voladores.

—Los monos voladores no son lo único que ella controla —dijo el Leñador de Hojalata—. Tiene cuarenta grandes lobos feroces, una bandada de cuervos aterradores, enjambres de abejas asesinas y un ejército de winkies.

—Sí, suena a algo que a Lloyd le gustaría —asintió Mamá Gansa.

—Espera, ¿qué es un winkie? Suena a comida, como una salchicha —preguntó Roja.

—Una salchicha es cómo nuestros padres nos diferenciaban a Alex y a mí cuando éramos bebés —dijo Conner y rio a carcajadas ante su propia broma… aunque ninguno se le unió—. Lo siento, no es el momento.

—Los winkies son las personas que viven en la parte oeste de Oz —explicó el Leñador de Hojalata—. La Malvada Bruja del Oeste los esclavizó cuando conquistó el País de los Winkies y ahora gobierna la tierra sin piedad desde su castillo.

La noticia les molestó a todos, salvo a Alex: a ella le encantaba oírla.

—Alex, ¿por qué sonríes? —preguntó Conner—. Es una noticia terrible para nosotros. No podemos competir contra eso.

—No, ¡es una gran noticia para nosotros! —replicó ella—. No importa a quién o qué busque nuestro tío mientras sepamos a dónde se dirige. Podemos detenerlo antes de que llegue con la bruja. Y si aterrizó en la tierra de los Munchkins con Dorothy y nosotros estamos en el bosque con el Leñador de Hojalata, eso significa que tenemos al menos un día o dosde ventaja.

—¡Tienes razón! —dijo Conner con alegría—. Nos esconderemos cerca del castillo de la bruja, ¡y lo atraparemos antes de que entre!

—Pero ¿quién nos llevará allí? —preguntó Ricitos de Oro—. Ninguno de nosotros conoce lo suficiente esta tierra para que la recorramos solos.

Todos voltearon a la vez hacia el Leñador de Hojalata, pensando exactamente lo mismo. En cuanto comprendió sus intenciones, el Leñador alzó los brazos a la defensiva.

—¡No me miren a mí! —dijo—. ¡No iré a ninguna parte cerca de ese lugar!

—Ah, ¡vamos! —insistió Roja—. Si este hombre llega a la Bruja Malvada antes de que lo atrapemos, ¡miles de inocentes podrían morir! ¡Ten algo de corazón!

Alex se inclinó hacia Roja para susurrarle en el oído.

—Eso no funcionará, Roja. Parte de la historia es que el Leñador de Hojalata no tiene corazón…

—¿A qué te refieres con que no tiene corazón? —preguntó Roja en voz alta—. ¡Eso es completamente ridículo! ¡Todo tiene un corazón!

El Leñador de Hojalata se puso paranoico con rapidez.

—¿Cómo sabían que no tengo corazón?

—¡Porque el Mago nos lo dijo! —respondió Conner, reaccionando rápido —. ¡El gran y poderoso Mago lo sabe todo! Nos dijo que si nos cruzábamos con un hombre hecho de hojalata le ofreciéramos un corazón a cambio de su ayuda.

—Entonces ¿si los acompaño al País de los Winkies el Mago me dará un corazón? —preguntó.

—Sin dudas te dará…

—Discúlpenme un momento —interrumpió Alex. Antes de que su mellizo pudiera decir algo más, ella lo apartó a un lado—. Conner, ¿qué estás haciendo? ¡No tenemos un corazón para darle a este hombre!

—¡Haremos uno en papel maché de ser necesario! —replicó Conner—. Incluso el Mago le dio uno falso al final de la historia, y ¡él estaba perfectamente contento!

—Buen punto —susurró ella—. Prosigue.

Conner regresó con el Leñador de Hojalata y le ofreció un apretón de manos.

—Un corazón a cambio de tu guía hacia el castillo de la Bruja Malvada. ¿Tenemos un trato, señor Hojalata?

El Leñador de Hojalata estaba ante un gran dilema. ¿Podía enfrentar su mayor miedo a cambio de su mayor anhelo? Era indudable que no conseguiría un corazón esperando en el bosque.

—Trato hecho —afirmó y estrechó la mano de Conner.

—Fantástico —dijo Mamá Gansa—. ¿Cómo llegamos allí?

—Tomaremos el camino de ladrillos amarillos, claro —respondió como si fuera un hecho.

Un grito ahogado brotó de Alex y ella sujetó la mano de su hermano.

—¿Queda lejos? —preguntó Jack.

—Está apenas del otro lado del bosque —explicó el Leñador de Hojalata —. Lo seguiremos hasta Ciudad Esmeralda y después viajaremos por el País de los Winkies hacia el castillo de la bruja. Síganme todos… Y alguien traiga mi lata de aceite.

Él guio el camino y Mamá Gansa, Roja, Jack, Ricitos de Oro y Lester lo siguieron de cerca. Alex hizo que Conner caminara unos pasos más atrás y permitió que los demás tuvieran ventaja.

—¿Oíste eso, Conner? —dijo Alex. Le brillaban los ojos y tenía una sonrisa inmensa—. ¡Nos está llevando al camino de ladrillos amarillos! ¡El

camino de ladrillos amarillos! ¡Mi niña interna de seis años está enloqueciendo!

Conner también sonrió.

—Allí está —dijo él con un suspiro feliz.

—¿Dónde? ¿Ya lo ves?

—No estoy hablando del camino de ladrillos amarillos, me refiero a ti —rio Conner—. Es bueno verte entusiasmada por algo de nuevo. Lo he extrañado.



Capítulo catorce

Problemas en el camino de ladrillos amarillos

El Leñador de Hojalata guio a sus nuevos conocidos a través del bosque oziano y encontraron el magnífico camino de ladrillos amarillos serpenteando a través del corazón del bosque. Incluso contra todos los colores efervescentes de la Tierra de Oz, el camino vibrante y majestuoso se destacaba.

Alex comenzó a dar saltitos en cuanto sus pies tocaron los ladrillos; no pudo evitarlo.

—A donde fueres, haz lo que vieres —le dijo a su hermano antes de que él pudiera burlarse de ella.

Mientras viajaban por el sendero más famoso de la literatura, la tierra cambió drásticamente a su alrededor. El paisaje de Oz era incluso más diverso que el del mundo de los cuentos de hadas. Con cada giro, el camino de ladrillos amarillos viraba en un terreno diferente. Un minuto estaban en un bosque espeso, al siguiente en un campo abierto y amplio. Atravesaron arroyos y ríos, estanques y lagos, campos y aldeas, solo para terminar en otro bosque.

A Mamá Gansa le resultaba muy entretenido el continuo paisaje cambiante. Ni siquiera ella había estado en un lugar tan impredecible.

—¡Este lugar es genial! —dijo—. ¡Es más cambiante que tu humor, Lester!

—Squaaa —respondió el ave gigante, como si dijera cómo te atreves.

Jack y Ricitos observaban con cautela cada lugar por el que pasaban. Nunca habían estado en un territorio que conocieran tan poco. Querían estar preparados todo el tiempo, pero no tenían ni la menor idea de para qué debían prepararse.

Roja estaba más interesada en el Leñador de Hojalata que en el paisaje. Sin importar cuánto lo observara, no lograba descubrir cómo funcionaba. Casi que esperaba encontrar un interruptor que sobresaliera de su espalda.

—¿Siempre has sido un leñador? —preguntó.

—Ah, sí —respondió él—. Mi padre fue leñador, y su padre también.

—¿Estaban todos hechos de hojalata o tu familia es de una variedad de metales? —preguntó Roja, pero después se disculpó con rapidez—. Lo siento, espero no haber sido insensible. Nunca he conocido a alguien de tu… em… elemento.

—No, yo soy el único hecho de hojalata —respondió él—. Pero antes era un hombre real.

—Ah, ¡entonces es una maldición! —dijo Roja—. Estoy muy familiarizada con ellas. A mi prometido lo maldijeron para lucir como una rana… O al menos fue mi prometido alguna vez. No estoy segura de cómo considerarlo ahora.

—No fue una maldición, sino el resultado de un hechizo —explicó el Leñador de Hojalata—. Me enamoré de una hermosa chica Munchkin que aceptó casarse conmigo. Pero ella vivía con una anciana malvada que no quería vivir sola, entonces sobornó a la Bruja Malvada del Este para que me lastimara. Ella hechizó mi hacha e hizo que cayera de mi mano y cortara mis extremidades de a una a la vez; después de un tiempo lastimó mi cabeza y abrió mi cuerpo al medio. Un hojalatero local reconstruyó cada extremidad de a una hasta que terminé completamente hecho de lata.

Roja estaba muy perturbada por su historia espeluznante.

—¿Por qué rayos simplemente no conseguiste un hacha nueva? —preguntó ella. El Leñador de Hojalata permaneció en silencio por un momento.

—Nunca lo había pensado de ese modo —dijo él.

—Entonces ¿qué le ocurrió a la chica Munchkin con la que ibas a casarte? —preguntó Roja.

—No lo sé. El cuerpo que el hojalatero construyó para mí estaba vacío. Nunca tuve un corazón con el que extrañarla, así que me olvidé por completo de ella. Supongo que aún vive con la anciana mala.

—Créeme, estás mejor sin un corazón —dijo Roja—. Hablo por experiencia. No tener uno significa que nunca tendrás que preocuparte por tener el corazón roto. Y créeme, es horrible.

—Pero vivir sin corazón significa que no puedes sentir nada en absoluto —replicó el Leñador de Hojalata—. Quizás te evite el sufrimiento, la soledad,

la miseria, el anhelo o el miedo… Pero no disfrutas, no ríes, no te entusiasmas ni amas. Y quien no puede amar es solo un objeto.

Roja rascó su frente.

—Pero si no puedes anhelar nada, ¿cómo sabes que quieres un corazón? —preguntó ella—. Y si no temes, entonces ¿por qué estabas tan asustado cuando el granero aterrizó sobre ti?

El Leñador de Hojalata permaneció en silencio de nuevo. No tenía una respuesta, pero Roja lo estaba haciendo reflexionar.

—Discúlpenos, señor Hojalata —dijo Conner tras carraspear, y apartó a Roja a un lado, donde el Leñador no pudiera oírlos—. ¡Roja! ¿Qué estás haciendo? ¡Tienes que cerrar la boca!

—¿Por qué? Ese hombre evidentemente tiene un corazón, es solo que no se da cuenta —dijo ella.

—¡Obviamente! —replicó Conner—. Pero ¡se supone que no aprenderá esa lección hasta el final de la historia! ¡Si lo descubre ahora, perderemos a nuestro guía!

Roja se cruzó de brazos e intentó permanecer callada.

El camino de ladrillos amarillos llevó al grupo a través de algunos obstáculos, pero nada que no pudieran manejar. En cierto punto, el camino desapareció en una zanja profunda, pero el Leñador de Hojalata taló un árbol y lo usaron como puente.

También se detuvieron cuando no hallaron un puente que conectara el camino de ladrillos amarillos con el otro lado de un río salvaje. Lester funcionó como bote y transportó a uno por uno por el agua. Graznó fuerte cuando fue el turno del Leñador de Hojalata, dado que era difícil mantenerse a flote con el hombre pesado sobre el lomo.

Alex y Mamá Gansa no utilizaban magia a propósito. Según el conocimiento de los mellizos, las únicas personas en Oz capaces de hacer magia real eran las brujas, y no querían que el Leñador de Hojalata pensara que ellas estaban relacionadas a las Brujas Malvadas del Este o del Oeste.

En conclusión, su viaje fue bastante sencillo en comparación a su llegada a Oz. Jack y Ricitos de Oro comenzaron a relajarse poco a poco, pero la falta de dificultades solo preocupó a los mellizos: era demasiado fácil.

—Recuerdo que Oz era mucho más peligroso en el libro —le dijo Conner a su hermana.

—Yo también —concordó Alex—. Recuerdo que había toda clase de plantas y animales espeluznantes. Quizás no estamos topándonos con ellos.

Los mellizos asintieron, pero sabían que nunca tenían tanta suerte, y el próximo tramo del camino de ladrillos amarillos lo demostraría.

—¿Qué fue eso? —preguntó Ricitos de Oro y se detuvo en seco.

—¿Qué ves? —dijo Jack.

—Era una gran sombra —respondió ella—. Corrió a través de los árboles a mi derecha…

—Yo también acabo de ver algo —gritó Roja—. Allí, ¡en los árboles a mi izquierda!

El Leñador de Hojalata tomó su hacha con ambas manos, inspirando a Jack y a Ricitos de Oro a desenfundar sus propias armas. Alex y Mamá Gansa intercambiaron una mirada: utilizarían la magia de ser necesario.

Las sombras se movían con rapidez de árbol a árbol en el bosque que los rodeaba, pero nunca dos veces en el mismo lugar. Algo, o muchas cosas a juzgar por lo que veían, estaba cazándolos.

—¿Qué son? —preguntó Conner.

—Kalidahs —respondió el Leñador, y miró con nerviosismo hacia el bosque.

—¿Disculpa? —chilló Roja—. ¿Qué son los kalidahs?

Por desgracia, su pregunta no obtuvo respuesta porque una manada de ocho bestias monstruosas salió de entre los árboles y los rodeó. Tenían el cuerpo de un oso y la cabeza de un tigre. Cada uno medía tres metros y mostraron sus colmillos y sus garras feroces.

—¡Vaya híbrido! —gritó Mamá Gansa.

Los kalidahs les gruñeron a los viajeros temblorosos.

—Por casualidad no son herbívoros, ¿cierto? —preguntó Conner.

—¡De hecho lo son! —respondió el Leñador de Hojalata.

—¡Pues, qué alivio! —dijo Conner, atónito.

—Espera; los herbívoros comen carne, ¿no? —preguntó el Leñador.

—No, ¡esos son los carnívoros!

—Oh. Me equivoqué. Son definitivamente carnívoros.

Los kalidahs se lanzaron hacia ellos. Jack y el Leñador de Hojalata golpearon a dos con sus hachas. Ricitos de Oro le hizo un corte a uno con su espada y pateó a otro en el estómago. Mamá Gansa golpeó a uno en el hocico.

—¡Híbrido malo! —lo reprendió—. ¡Muy malo!

Sus defensas solo enfurecieron a los kalidahs, cuyas bocas salivaban. Alex golpeó con su puño el camino de ladrillos amarillos y las raíces de los árboles brotaron del suelo y sujetaron los pies de los monstruos.

—¡Corran! —gritó ella.

Los mellizos y sus amigos partieron por el camino de ladrillos amarillos lo más rápido posible. Las raíces retrasaron a los kalidahs solo unos segundos y las criaturas corrieron detrás de los viajeros con sus cuatro patas. Alex y Mamá Gansa permanecieron detrás del grupo mientras huían, hechizando el bosque a medida que avanzaban para proteger a sus amigos.

Alex agitó las manos y los árboles se inclinaron y atraparon a los kalidahs con sus ramas. Eran bestias demasiado fuertes para contenerlas durante mucho tiempo, por lo que las criaturas salvajes atravesaron las ramas como si hubieran sido palillos diminutos.

Mamá Gansa alzó las manos al aire como si estuviera alzando algo pesado y las dejó caer con vigor, lo que causó que una oleada fuerte recorriera el camino de ladrillos amarillos, como si fuera una alfombra, y los kalidahs cayeron al suelo.

—¡Bingo! —exclamó Mamá Gansa alzando un puño en el aire.

Sin embargo, eso no fue suficiente para ahuyentar a las bestias. Las criaturas evitaron el camino y corrieron a través de los árboles que crecían a los laterales del sendero de ladrillos amarillos y ganaban terreno. El Leñador de Hojalata, Jack y Ricitos de Oro hicieron cortes en las garras de las criaturas mientras estas intentaban atrapar al grupo.

El bosque comenzaba a desaparecer y el camino de ladrillos amarillos viraba en un prado con flores más adelante. El prado era amplio y abierto: no tendrían árboles que los protegieran de los kalidahs. Alex comenzó a entrar en pánico; eran demasiado poderosos y demasiados en número para que pudieran defenderse.

—Conner, cuando lleguemos al prado, asegúrate de que los demás sigan corriendo —dijo Alex—. ¡Llévalos lo más lejos posible de mí! ¡Me quedaré atrás!

—Pero ¡los kalidahs te matarán! —replicó él.

—No, no lo harán —afirmó Alex—. Me estoy abrumando.

Conner se asustó al oírlo, pero sabía que quizás sería su única oportunidad de salir con vida de Oz. Él y los otros corrieron hacia el prado, y Alex permaneció en el límite del bosque. Volteó para enfrentar a los kalidahs: estaban tan cerca de ella que podía ver el blanco de sus ojos y la punta de sus colmillos.

Alex cerró los ojos e intentó pensar en las ideas más abrumadoras posibles. Si podía alcanzar el punto crítico y perderse a sí misma del modo en el que lo había hecho en El caldero de las brujas y en el Palacio de las Hadas, sabía que podría ahuyentar a los kalidahs.

Por suerte, no fue necesario hacerlo. Las ocho bestias se detuvieron de forma abrupta al límite del bosque, apenas a unos centímetros de ella. Gimotearon y corrieron en dirección opuesta. Alex no podía creerlo: ni siquiera había hecho nada aún… ¿o sí?

Los otros también lo vieron y detuvieron la carrera en medio del prado.

—¿Qué sucedió? —gritó Conner.

—No tengo idea —dijo Alex riendo—. ¡Solo se detuvieron y se alejaron corriendo en la dirección opuesta!

Se unió a sus amigos en el prado y observaron juntos, completamente confundidos, cómo las criaturas se retiraban hacia el bosque.

—Debes haberles lanzado una gran mirada asesina —dijo Mamá Gansa —. ¡Bravo, chica!

Todos felicitaron a Alex con abrazos y palmadas en la espalda, pero ella no estaba segura de que lo mereciera. Estaba convencida de que debía haber sido otra cosa la que ahuyentó a las bestias.

El Leñador de Hojalata estaba atónito.

—Entonces ¿tú y la anciana son capaces de hacer magia?

—¿A quién le dices anciana, oxidadito? —replicó Mamá Gansa.

—Solo algunos trucos que el Mago nos enseñó —dijo Alex con una risa culposa.

Afortunadamente, al Leñador le resultaba muy interesante y no aterrador.

Escapar de los kalidahs debía haberlos afectado, porque todos parecían exhaustos. Jadeaban y jadeaban, pero ninguno podía recuperar el aliento. Lester se recostó en el suelo y comenzó a dormir de inmediato.

—¡Miren cuántas flores hermosas! —dijo Roja, admirando las flores escarlata que cubrían el prado—. Combinan a la perfección con mi vestido.

Roja tomó una y la colocó en su cabello. Reunió más flores para armar un ramo pequeño, y de pronto gritó.

—¿Qué ocurre, Roja? —preguntó Jack.

—¡Hay un esqueleto! —gritó ella—. ¡Justo ahí, debajo de las flores!

Todos fueron a inspeccionarlo, pero se detuvieron cuando sintieron un ruido crujiente bajo sus pies. El prado no solo estaba cubierto con flores: también estaba plagado de esqueletos. Era espeluznante, pero ninguno había recobrado el aliento lo suficiente para gritar. De hecho, cuanto más permanecían de pie en el prado, más agotados se sentían.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Ricitos de Oro sin aliento.

El Leñador de Hojalata no parecía ni por asomo tan cansado como el resto.

—Ay, no —dijo con ojos alarmantes—. Los kalidahs no se alejaban de nosotros, ¡sino de las flores! ¡Hemos entrado en un campo de amapolas mortíferas!

Los mellizos oyeron un golpe seco detrás de ellos, seguido rápidamente de otro. Uno por uno, sus amigos colapsaron en el suelo, desmayándose a causa de los vapores venenosos de las amapolas.

—Conner —jadeó Alex—. ¿Qué vamos a…? —antes de que pudiera terminar la frase, Alex cayó entre las flores.

Conner era el último de sus amigos en permanecer de pie. Luchó contra la anestesia la mayor cantidad de tiempo que pudo, pero las amapolas eran demasiado fuertes. El aroma lo hacía sentir más mareado y agotado de lo que jamás había estado en la vida. Prácticamente estaba demasiado cansado para respirar.

Al no tener pulmones en el pecho, el Leñador de Hojalata era el único que no resultaba afectado, y observó horrorizado cómo Conner perdía la consciencia lentamente.

—Busca… ayuda… —le susurró Conner.

El chico cayó al suelo. Sus ojos se cerraron y se sumió en un profundo sueño que quizás sería eterno…



Capítulo quince

El castillo de la bruja

Alex y Conner despertaron con el sonido de un llanto. Estaban tan atontados que no sabían si habían despertado o si aún soñaban.

—Están muertos… Están muertos y es todo culpa mía —lloraba alguien—. Debería haber sabido que no era buena idea llevarlos por aquel prado de amapolas. Ahora, nunca llegarán al castillo de la bruja y yo nunca tendré un corazón.

Los mellizos miraron a su alrededor. Estaban en un campo de césped junto a un arroyo. Sus amigos dormían profundamente en el suelo cerca de ellos. Mamá Gansa roncaba tan fuerte, que era un misterio cómo podían dormir los demás.

El Leñador de Hojalata estaba sentado sobre una roca junto al arroyo, llorando mares y mares de lágrimas sobre sus manos. Los mellizos se ayudaron mutuamente a ponerse de pie y caminaron hacia él.

—Señor Hojalata, ¿está bien? —preguntó Alex.

—No, no lo estoy —lloró el Leñador, pero nunca alzó la vista—. ¡Acabo de llevar a los socios del Mago directo a su perdición! ¡Inhalaron demasiado veneno de las amapolas mortíferas y ahora nunca despertarán! ¡Nunca tendré un corazón y nunca amaré, temeré, reiré o estaré triste de nuevo!

Alex y Conner compartieron una sonrisa.

—¡Señor Hojalata, puede secar sus lágrimas! —dijo Alex con alegría—. ¡Estamos despiertos!

—¿Eres tú, Alex? —preguntó el Leñador, pero seguía sin alzar la vista.

—Sí, soy yo —dijo ella—. Mi hermano y yo estamos despiertos y estoy segura de que los demás lo estarán pronto.

—¡Oh, eso es maravilloso! —exclamó él—. ¡Creí que los había perdido para siempre!

A pesar de las buenas noticias, el Leñador de Hojalata permaneció en la misma posición lastimera con las manos que cubrían sus ojos.

—Amigo, ¿estás bien? —preguntó Conner.

—Me temo que he llorado tanto que me oxidé —respondió el Leñador de Hojalata—. Sé amable y tráeme mi lata de aceite, ¿quieres?

Conner buscó la lata atada a las riendas de Lester y aceitó las articulaciones del Leñador de Hojalata. Estaba tan feliz de ver a los mellizos despiertos que le dio a cada uno un fuerte abrazo. Los demás también comenzaron a recobrar la conciencia.

Bostezaron, se estiraron y sintieron curiosidad cuando notaron que su entorno había cambiado.

—¿Qué nos sucedió? —preguntó Jack.

—Las amapolas mortíferas los durmieron —dijo el Leñador—. Los llevé lo más lejos que pude del prado: ¡temía que fuera demasiado tarde! ¡Pero todos están vivos y todo está bien!

El Leñador de Hojalata saltó de alegría y generó un clank fuerte cuando su cuerpo de metal golpeó el suelo.

—¿Nos llevaste a todos hasta aquí tú solo? —preguntó Ricitos de Oro.

—Oh, claro que no —dijo el Leñador—. Los ratones de campo me ayudaron.

De pronto, todos se paralizaron. Al principio no lo habían notado, pero el suelo estaba cubierto de miles de ratones diminutos que se mimetizaban con la tierra. Roja dio un grito ensordecedor y todos los animalitos se ocultaron en los árboles cercanos.

—¿Cómo convenciste a unos ratones de campo para que te ayudaran? —preguntó Jack.

—Al principio, cuando estaba arrastrando a los mellizos fuera del prado, me topé con la Reina de los Ratones —explicó el Leñador de Hojalata—. La estaba persiguiendo un lince y por poco la atrapa, pero por suerte yo intervine y decapité al lince antes de que se la comiera. Como agradecimiento, ella les ordenó a todos sus súbditos que me ayudaran a ponerlos a salvo y los trajeran aquí.

—Oh —dijeron los mellizos al unísono. Habían olvidado que los ratones de campo ayudaron a Dorothy y a sus amigos a escapar de las amapolas en la historia original. Aun así, era algo extraño de comprender.

—¿Permitiste que unos RATONES me tocaran mientras dormía? —gritó Roja—. ¿Acaso me parezco a CENICIENTA? ¡Es completamente desagradable! ¡Deberías haberme dejado en el prado!

Mamá Gansa se puso de pie y estiró sus extremidades. Sus articulaciones sonaron como petardos.

—¡Vaya siesta! ¿Cuánto tiempo dormimos?

—Dos días —respondió el Leñador de Hojalata.

—¡Oh, no! —gritó Conner.

—¡Es terrible! —dijo Alex y comenzó a entrar en pánico—. ¡Eso significa que hemos perdido la ventaja que teníamos sobre Lloyd! ¡Quizás ya llegó y está reclutando a la Bruja Malvada y su ejército!

—¡Entonces vayamos al País de los Winkies de inmediato! —sugirió Ricitos de Oro.

Sin perder ni un minuto más, el Leñador corrió hacia el camino de ladrillos amarillos y los demás lo siguieron a toda velocidad. Avanzaban lo más rápido que sus cuerpos les permitían y, con la carrera, se quitaron de encima la somnolencia restante causada por el sueño inducido por las amapolas.

—¡Miren! ¡Ciudad Esmeralda! —indicó el Leñador de Hojalata—. ¡El País de los Winkies está del otro lado! ¡Ya casi llegamos!

Un resplandor brillante y verdoso llenaba el cielo del horizonte por encima de la ciudad. Habían construido una muralla inmensa alrededor de la ciudad, cubierta de esmeraldas y joyas que resplandecían tanto bajo el sol que era prácticamente enceguecedor. Alex deseaba de todo corazón poder viajar a través de las puertas y ver la espectacular ciudad con sus propios ojos, pero no tenían ni un segundo que perder.

Quizás en el futuro, ella y su hermano podrían regresar a Oz bajo circunstancias más agradables y ver la Ciudad Esmeralda. Pero cuanto más tardaban en llegar al País de los Winkies, menos probable parecía aquel regreso.

Dejaron atrás la capital oziana y viajaron unos kilómetros hacia el oeste. Los campos verdes a su alrededor se tornaron cada vez menos exuberantes, hasta que el césped se extinguió por completo. Lo único que podían ver a lo lejos eran colinas rocosas y ásperas. Supieron de inmediato cuando ingresaron al País de los Winkies porque el camino de ladrillos amarillos terminó abruptamente.

—¿Por qué el camino no atraviesa el País de los Winkies? —preguntó Ricitos de Oro.

—Porque nadie quiere ir allí —respondió el Leñador de Hojalata, como si fuera un hecho.

—Entonces ¿cómo hallaremos a la Bruja Malvada si no hay ningún camino? —preguntó Jack.

—Por lo general, la Bruja Malvada sabe que has entrado a su país en el instante en el que pisas suelo Winkie —explicó el Leñador—. Tiene un solo ojo, pero es tan poderoso como un telescopio y puede ver a muchos kilómetros de distancia desde su castillo. No tendremos que encontrarla: ella nos hallará.

Todos se detuvieron antes de continuar avanzando, y miraron con temor la tierra que se extendía adelante. Ninguno quería dar el primer paso.

—Por favor, dejen de pelearse por avanzar —dijo Mamá Gansa.

—Propongo que el Leñador de Hojalata vaya primero —sugirió Roja—. Después de todo, este es su mundo.

—No podemos perder a nuestro guía —replicó Jack.

—Entonces, yo iré primero —dijo Alex—. Pero nadie entrará al País de los Winkies desarmado.

Chasqueó los dedos, y cubetas de agua aparecieron en las manos de todos y en el pico de Lester. Sus amigos las miraron con curiosidad.

—¿Para qué son? —preguntó Ricitos de Oro.

—Alerta de spoiler —dijo Conner—: el agua derrite a la bruja.

Alex se acercó de puntillas al final del camino de ladrillos amarillos. Respiró hondo y dio un paso sobre la tierra del País de los Winkies. De pronto, todo el grupo dio un grito ahogado y se guareció… pero nada ocurrió. Pasaron unos instantes y aún no había rastro de la Bruja Malvada.

—Quizás la frontera se movió —dijo Roja—. Da otro paso.

Alex dio un segundo paso. De nuevo, todos se cubrieron, aunque fue innecesario. Caminó varios metros dentro del País de los Winkies, pero no hubo represalias.

—La bruja brilla por su ausencia. ¿Cuál es el plan B? —preguntó Mamá Gansa.

—He oído que puedes hallar el castillo de la bruja si sigues el sol mientras se pone por el oeste —dijo el Leñador de Hojalata.

—Bien, de acuerdo —respondió Mamá Gansa—. Ya oyeron al hombre: ¡vámonos!

Los mellizos y sus amigos ingresaron directo en territorio winkie juntos. Fueron los pasos más estresantes que cualquiera de ellos jamás había dado. Esperaban que los atacaran en cualquier instante uno de los lobos de la Bruja

Malvada, o unos cuervos, o abejas, o monos voladores, pero nunca sucedió nada de eso.

Viajaron por kilómetros y kilómetros hacia el oeste sin ver rastros de nada. El terreno seco e irregular estaba completamente desierto: ni siquiera vieron un solo winkie. Cuando el sol comenzó a descender, fue fácil predecir dónde sería su puesta y se dirigieron en esa dirección. Justo cuando el sol se ocultó en el horizonte, el castillo de la bruja apareció ante sus ojos.

—¡Allí está! —les dijo el Leñador de Hojalata a los demás.

El castillo no era la fortaleza oscura e intimidante que habían esperado, sino que era bastante agradable y tradicional. Tenía torres y banderas, y reposaba en la cima de un acantilado con vista al País del Oeste. Aún más sorprendente fue que no había nada que evitara que se acercaran al castillo.

Los mellizos y sus amigos recorrieron de a poco un sendero empinado que llevaba a la entrada del lugar. El puente levadizo ya estaba bajo; lo cruzaron con cautela e ingresaron al castillo sin problemas. El país entero estaba vacío.

—¡Esto no me agrada ni un poco! —dijo Conner—. ¡Sin dudas es una trampa! ¡En cualquier momento nos atacarán las horribles criaturas de la bruja!

Aunque su voz ansiosa resonó por los pasillos del castillo, no apareció ni un alma. Caminaron por el castillo vacío y encontraron un gran salón del trono. Tenía ventanas altas que ofrecían vistas impresionantes de la tierra sombría que rodeaba la fortaleza.

—No lo entiendo —dijo Conner mientras miraba la sala del trono—. ¿Dónde están todos?

—¿No es obvio? —replicó Alex con un suspiro—. Nuestro tío llegó antes que nosotros. Reclutó a la bruja y a su ejército. ¡Llegamos demasiado tarde!

Derrotada, Alex tomó asiento en el trono de la Bruja Malvada. De pronto, una criatura alada salió volando desde abajo del asiento en pánico. Estaba asustada y se movía tan rápido que ninguno podía distinguir qué era. Voló hacia la ventana, pero no notó que estaba cerrada y chocó contra el vidrio.

La criatura revoloteó hacia el suelo y comenzó a gimotear. El grupo se reunió a su alrededor y la observó con asombro. Era un mono pequeño, no más grande que un gato. Tenía mejillas rechonchas y rosadas, pelaje café, y vestía un chaleco diminuto. Un par de alas de murciélago crecían de su espalda.

—Es un mono volador bebé —dijo Roja, encantada—. ¡Hola, amiguito! Eres la cosita más adorable que he visto desde que llegamos a este lugar.

El bebé chilló y se lanzó hacia ellos, intentando defenderse de los recién llegados. Sin embargo, el mono estaba más asustado que nadie, y su esfuerzo solo lo hacía lucir más adorable.

—Tranquilo, pequeñito, no te haremos daño —dijo Conner.

Un plátano apareció por arte de magia en la mano de Alex y ella se lo entregó a la criatura. El mono estaba muy agradecido por la comida y engulló el alimento en pocos mordiscos. Alex se apoyó sobre sus rodillas y le sonrió.

—¿Puedes hablar? —preguntó ella.

—Sí —dijo el mono con voz aguda, como la de un niño.

—¿Cómo te llamas?

—Blubo —respondió.

—¿Qué sucedió, Blubo? —preguntó Alex—. ¿Por qué estás aquí solo?

Ella era tranquila y amistosa. Él sabía que no tenía motivos para temerle.

—Un hombre vino a ver a la bruja en el castillo —respondió Blubo—. Traía consigo una bolsa de libros y un par de zapatos plateados brillantes. Le dijo a la bruja que había matado a la Bruja Malvada del Este y que le había quitado los zapatos, y que si la bruja los quería, ella debería ayudarlo.

—Estás haciendo un gran trabajo, Blubo —dijo Alex—. ¿Recuerdas qué le pidió el hombre a la bruja?

—¿Puedo comer otro plátano primero? —preguntó el mono, haciendo ojitos.

—Por supuesto —respondió Alex.

Ella chasqueó los dedos, y un cuenco lleno de plátanos apareció. Blubo aprovechó al máximo la comida mientras terminaba la historia. Estaba mucho más animado ahora que tenía algo en el estómago.

—El hombre le dijo a la bruja que sabía que ella quería los zapatos de plata —relató el mono—. Dijo que si ella le permitía utilizar su ejército de winkies, lobos, cuervos, abejas y monos voladores, él le daría los zapatos. La Bruja Malvada aceptó y todos se marcharon… ¡Por cierto, estos plátanos son geniales!

—¿Sabes a dónde fueron? —preguntó Alex.

—El hombre tomó un libro de la bolsa y vertió un agua azul extraña sobre él —dijo el mono—. ¡El libro se iluminó por arte de magia! ¡Después, todos los winkies, los lobos, los cuervos, las abejas, los monos voladores y la Bruja Malvada siguieron al hombre dentro del libro!

Los mellizos miraron a sus amigos con preocupación. Eso era lo que temían.

—¿Por qué te quedaste aquí? —preguntó Conner.

—La Bruja Malvada utiliza un gorro dorado que controla a los monos voladores —explicó Blubo—. Pero yo soy joven y el gorro no tiene control sobre mí. Me quedé aquí, pero mi familia fue obligada a partir en contra de su voluntad. Espero que estén todos bien.

—¿Dejaron el libro por aquí? —preguntó Alex.

—El hombre hizo que la Bruja Malvada me ordenara que lo lanzara por el balcón del castillo cuando se hubieran marchado —dijo él—. El hombre le indicó que debía deshacerse del libro, porque otros lo buscarían.

—¿Por qué Lloyd está descartando los libros a los que viaja? —preguntó Jack—. Su abuela dijo que los libros eran la única manera de entrar y salir de cada historia.

—Nos vio en Kansas durante el ciclón —dijo Conner—. Sabe que estamos siguiéndolo en las historias. Debe tener otro modo de regresar a casa si está deshaciéndose de los libros.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Ricitos de Oro.

Todos permanecieron callados un instante mientras reflexionaban al respecto. ¿Qué otra cosa podría poseer el tío de los mellizos que le diera acceso al mundo de los cuentos de hadas?

—Ya sé —exclamó Roja—. Charlie posee un libro llamado Colección de cuentos de hadas en su biblioteca. Contiene todas nuestras historias… Aunque no me agradan demasiado las ilustraciones de mí. Apuesto a que utilizará la Poción Portal en él para regresar a nuestro mundo.

Aquello le otorgaba a su tío una ventaja aun mayor. Podía moverse con libertad entre los mundos en vez de seguir las reglas de la poción, como estaban obligados a hacer los mellizos y sus amigos.

Conner caminó hacia la ventana más cercana y buscó el balcón.

—Tenemos que hallar el libro —dijo—. ¡Eso podría llevarnos una eternidad!

—No, no lo hará —replicó Blubo—. Como dije, el gorro dorado no funciona conmigo, así que no obedecí las órdenes de la bruja. En cambio, oculté el libro.

—¿Dónde? —preguntó Alex—. ¿Podemos verlo?

El mono pensó al respecto.

—Si se lo entrego, ¿derrotarán a la Bruja Malvada y liberarán a mi familia de ella?

El mono los miró con ojos grandes y desesperados. Los mellizos no podían prometerle nada, pero necesitaban con desesperación el libro.

—Podemos prometer que lo intentaremos —dijo Alex—. Hay muchas personas que esperamos salvar si atrapamos a este hombre… Muchas familias como la tuya a las que ayudaremos.

Blubo pasó la mirada de uno a otro. Buscó en el interior de su chaleco y extrajo un libro pequeño de cubierta verde. Se lo entregó a Alex y ella leyó el título. Abrió los ojos de par en par.

—Peter Pan —les informó a los demás—. Se dirige al País de Nunca Jamás.

—¿Qué hay en el País de Nunca Jamás? —preguntó Ricitos de Oro.

—El Capitán Garfio y los piratas —respondió Conner apesadumbrado.

Los otros no tuvieron que hacerles preguntas a los mellizos para saber que aquello hacía que su situación fuera de mal en peor.

—Entonces, vayamos tras ellos —propuso Jack—. No resolveremos nada si permanecemos sentados en el castillo.

Se agruparon y organizaron la siguiente fase de su plan.

—Dado que no tenemos un modo alternativo de regresar a casa como nuestro tío, alguien debe quedarse en Oz para custodiar ambos libros mientras viajamos en ellos, El maravilloso mago de Oz y Peter Pan —dijo Conner.

—Yo me quedaré —respondió Ricitos de Oro.

—Entonces, yo también lo haré —añadió Jack.

—Jack, estaré perfectamente bien en el castillo —replicó ella—. Necesitarán que uno de los dos los acompañe.

—No dejaré a la madre de mi futuro hijo —insistió él—. Si nos necesitan, estaremos solo a un libro de distancia.

Estaba decidido. Conner extrajo el libro amarillo que guardaba en la parte trasera del cinturón y se lo entregó a Jack y a Ricitos de Oro para que lo cuidaran. Alex colocó el libro verde en el suelo en medio de la sala y lo abrió. Como esperaban, un haz de luz brillante salió disparado directo del interior y se proyectó en el techo alto del castillo.

—Tengo el presentimiento de que hay mucho más acerca de ustedes de lo que dijeron —comentó el Leñador. Había permanecido callado hasta ese momento, pero ver cómo el libro se iluminó por arte de magia lo obligó a romper su silencio.

—Quizás obviamos algunos detalles —dijo Conner, avergonzado.

—¿Aún pueden darme un corazón como lo prometieron? —preguntó esperanzado.

—Claro —aseguró Conner—. Pero tal vez nos llevará un poco más de tiempo del que creíamos.

—Si los ayudo en su cruzada, ¿podrían conseguirme más rápido un corazón?

Alex y Conner intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

—No haría daño —dijo Alex.

—Entonces, estoy a su servicio —afirmó el Leñador.

Los mellizos, Roja, Mamá Gansa, Lester y el Leñador de Hojalata formaron un círculo alrededor del haz de luz.

—¿Todos listos? —preguntó Alex. Cada uno de los miembros del grupo asintió con confianza.

—Aquí vamos de nuevo —dijo Conner—. Próxima parada: ¡el País de Nunca Jamás!



Capítulo dieciséis

Deshaciéndose de los Darling

Alex y Conner atravesaron el haz de luz y dejaron atrás el castillo de la bruja y la Tierra de Oz. Esperaron mientras las palabras de la nueva historia construían un mundo completamente nuevo alrededor de ellos. El Leñador de Hojalata, Roja, Mamá Gansa y Lester llegaron un instante después y contemplaron con asombro su nueva ubicación.

—Extraordinario —dijo el Leñador—. Nunca he visto un lugar como este.

—¡Es espectacular! —exclamó Roja y llevó una mano a su corazón—. ¡Miren cuántos edificios elegantes! ¡Las farolas! ¡Las calles asfaltadas! ¡No esperaba que el País de Nunca Jamás fuera tan sofisticado!

—Chicos, esto no es Nunca Jamás —les informó Conner—. Estamos en Londres.

Estaban de pie en una plaza pequeña rodeada de calles e hileras de casas de buen gusto. Era muy tarde y todas las farolas estaban encendidas. A los mellizos les entretenía mucho cuán encantador les parecía a sus amigos el vecindario inglés clásico. Al Leñador de Hojalata y a Roja no les importaba cómo se llamaba ese lugar: aún les parecía más maravilloso y exótico que cualquier otra cosa que hubieran visto.

—¡Hola, Londres! —dijo Mamá Gansa—. Vaya, sí que hemos vivido buenos momentos aquí, ¿verdad, Lester?

Lester asintió con los ojos abiertos de par en par. Recordaba las cosas de un modo muy distinto. Conner recogió la copia de Peter Pan y la guardó a salvo en la montura de Lester.

Una carreta a caballo pasó junto a ellos en la calle. El conductor llevaba puesto un sombrero de copa y tenía un bigote espeso. Roja y el Leñador de

Hojalata le hicieron una reverencia amistosa al conductor. Él los miró de un modo muy extraño, como si la mente estuviera engañándolo, y continuó avanzando por la calle sin prestarles atención.

—¿En qué año transcurre esta historia? —preguntó Mamá Gansa—. ¿Es antes o después del Gran Incendio de Londres? Pregunto por curiosidad, no tuve nada que ver con él.

—A principios del mil novecientos —respondió Alex.

—Mamá Gansa, ¿has estado antes en esta historia? —preguntó Roja.

—Londres es una ciudad del Otromundo y aquí es donde comienza la historia, al igual que Kansas —explicó Alex.

—Entonces temo preguntar cómo llegaremos a Nunca Jamás —dijo Roja, sintiendo miedo anticipadamente—. ¿Huracán? ¿Terremoto? ¿Sumidero?

—Claro que no —replicó Conner—. Eso sería ridículo. Volaremos hasta el País de Nunca Jamás.

—¿Volaremos en qué? —preguntó Mamá Gansa.

—Mamá Gansa, no puedo creer cuán poco familiares te resultan estas historias —dijo Conner—. Después de todo el tiempo que has pasado en el Otromundo, ¿cómo es posible que no sepas acerca de Peter Pan?

—Estaba demasiado ocupada divulgando historias con su abuela y con las otras hadas para leer cualquiera de esos libros —replicó la mujer—. Entonces ¿quién es ese tal Pan? ¿Es piloto?

—Ahora mismo, es nuestra única esperanza para encontrar y detener al tío Lloyd —indicó Alex—. Vengan conmigo, tenemos que buscarlo.

La chica avanzó con rapidez por la calle y los otros la siguieron. Con cuidado, inspeccionó cada casa frente a la que pasaban. Cada tanto, subía a una de las rejas y espiaba a través de una ventana para ver el interior de una vivienda.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el Leñador.

—La casa de los Darling —respondió Alex—. Peter visita la habitación de los niños de la familia al comienzo del libro. La reconoceré cuando la vea… ¡Silencio, todos!

Sin previo aviso, Alex empujó a su hermano y a Roja dentro del cantero y arrastró al Leñador de Hojalata, a Mamá Gansa y a Lester detrás de las columnas del porche que estaban inspeccionando.

Un hombre y una mujer salieron de la casa que estaba del otro lado de la calle. El hombre cerró sin demora la puerta de su hogar y acompañó a la mujer hacia la calle. Estaban vestidos de traje y de vestido, y se encontraban en medio de una conversación.

—Te lo aseguro, George, sé lo que vi —dijo la mujer.

—Mary, tu imaginación le ha jugado un truco a tu mente —rio George.

—No lo imaginé —insistió Mary—. Anoche, después de que les leí un cuento a los niños, cuando estaba sentada cosiendo mientras los niños se quedaban dormidos, lo vi: ¡había un niño fuera de la ventana del cuarto!

—Querida, lo único que hay fuera de la ventana del cuarto es aire —dijo George.

—Entonces, él estaba flotando —prosiguió Mary—. ¡Nana también lo vio! Ella cerró la ventana y él desapareció.

—Imagínate.

—No te burles de mí, George, no diría cosas semejantes si no fueran ciertas. De todos modos, el niño dejó su sombra. La guardé en la gaveta por seguridad. Supongo que regresará a buscarla.

—¿Su sombra? —George no podía creer las palabras que salían de la boca de su esposa—. Mary, he oído suficiente. Has estado encerrada con los niños durante demasiado tiempo y necesitas descansar. Ahora, disfrutemos del resto de nuestra noche sin tener más conversaciones absurdas, te lo ruego.

George y Mary doblaron en la esquina y desaparecieron por otra calle.

—La esposa suena como una loca —susurró Mamá Gansa.

—No, está diciendo la verdad —dijo Alex—. En cualquier instante, Peter Pan y un hada llamada Campanita aparecerán en las ventanas del cuarto de los niños. ¡Debo admitir que estoy entusiasmada por verlos!

Todos observaron las ventanas altas que estaban en la cima de la casa y esperaron la aparición del niño y el hada. Esperaron y esperaron, pero nada sucedía. Miraron las ventanas hasta que el cuello comenzó a dolerles. Los demás tomaron asiento en los escalones de la casa, pero Alex permaneció alerta: no se perdería nada.

—¡En cualquier instante! —aseguró Alex con alegría—. ¡Lo sujetaremos, nos desharemos de los Darling y viajaremos a Nunca Jamás!

Algunas largas horas después, aún no había rastros de Peter Pan ni de Campanita. Entonces, oyeron unas voces y el corazón de todos se detuvo: había llegado el momento. Retomaron sus posiciones rápidamente detrás de las columnas y en el cantero. Sin embargo, solo eran George y Mary que regresaban por la calle de camino a casa.

—Algo anda mal —comentó Alex—. ¡Se supone que aún no deben regresar! Peter Pan ya debería haber llevado a Wendy, Michael y John al País de Nunca Jamás.

Mientras el señor y la señora Darling subían los escalones de la entrada de su casa, Conner sintió una brisa suave. Miró hacia la calle y vio a un jovencito que se asomaba detrás de la chimenea de una casa vecina. Voló de una chimenea haciala otra, acercándose más al hogar de los Darling.

—¡Chicos! —susurró Conner—. ¡Miren! ¡Es Peter!

Todos voltearon en la dirección señalada por Conner y vieron con sus propios ojos al «niño que no crecía»: tenía cabello castaño desordenado, mejillas rosadas y prendas hechas de hojas verdes y cafés.

Peter permaneció detrás de la chimenea de la casa vecina a la de los Darling hasta que George y Mary ingresaron a su hogar. En cuanto cerraron la puerta, se acercó a toda velocidad a las ventanas del cuarto de los niños, y mientras lo hacía nunca proyectó una sombra debajo de él.

Alex le apuntó a la ventana y la cerró antes de que Peter llegara allí. Él jaló de la ventana, pero no lograba abrirla. Se preocupó mucho y miró dentro. Cuando vio que nada se movía, golpeó suavemente el vidrio.

—¿Campanita? —susurró Peter—. Campanita, ¿estás ahí dentro? ¿La mujer te atrapó junto a mi sombra?

Cuando no hubo respuesta, Peter dejó caer los hombros y descendió unos metros de altitud. Voló rápido hacia la noche, buscando en el cielo y en las calles que lo rodeaban.

—¡Sigámoslo! —indicó Alex—. ¡No podemos perderlo!

Persiguieron a Peter por las calles de abajo, corriendo tras él como si fuera un globo suelto. Cada vez resultaba más difícil seguirle el paso; cuanto más buscaba él, menos inclinado estaba a permanecer alineado a las calles. Sobrevoló varias calles a la vez, saltando de vecindario en vecindario.

—¡No lo encontraremos a este paso! —dijo Roja.

—Estoy de acuerdo, somos como ratas que persiguen a una paloma —se quejó Mamá Gansa—. ¡Lester, vuela tras él!

—¡Espera! —exclamó Conner—. Miren allí.

Señaló una pequeña plaza en medio del vecindario. Peter Pan estaba sentado en la parte superior de una estatua. Tenía el rostro hundido en sus brazos cruzados y parecía estar llorando. Los mellizos y sus amigos se escabulleron en el parque lo más rápida y silenciosamente posible, lo cual era muy difícil con las botas de metal pesadas del Leñador de Hojalata.

—¿Debería decirle algo? —preguntó Conner.

—No, déjame a mí —respondió Alex—. Sé exactamente qué decir.

Se acercó de puntillas a la estatua donde él estaba sentado. Peter estaba tan disgustado que no la oyó acercarse.

—Niño, ¿por qué lloras? —preguntó Alex, citando la historia que sabía de memoria.

Lo sorprendió, y Peter salió disparado en el aire abruptamente. Cuando vio que ella era solo una niña, posó mientras flotaba con sus manos en la cadera y bajó lentamente al suelo.

—¿Quién eres? —preguntó Peter.

—Me llamo Alex —respondió—, y ellos son mis amigos.

Hizo un gesto hacia ellos, y todos avanzaron hacia el parque.

—¡Piratas! —gritó Peter cuando los vio. Se puso frente a la chica y extrajo una daga pequeña—. ¡No te preocupes, Alex! ¡Yo te protegeré!

—No son piratas, son mis amigos —le aseguró Alex—. No lastimarán a nadie.

—Todos los adultos son piratas —dijo Peter y apuntó con la daga a Conner y a los demás.

—Pero yo solo soy un año o dos más grande que tú —replicó Conner.

—Yo solo soy un año o dos más grande que tú —repitió Peter con voz graciosa y una mueca fea.

—¿Estás burlándote de mí? —preguntó Conner.

—¿Estás burlándote de mí? —dijo Peter.

—Hombre, basta.

—Hombre, basta.

—Cielos, ¡qué inmaduro eres!

—Cielos, ¡qué inmaduro eres!

Conner estaba más que molesto, y gruñó fuerte.

—Sé que mantenerte joven es lo tuyo, pero ¡realmente necesitas madurar! —dijo él.

—Sé que mantenerte joven es lo tuyo… —Peter dejó de imitarlo y lo miró con curiosidad—. Espera, ¿cómo lo supiste?

Alex aprovechó la oportunidad para colocarse de nuevo entre Peter y los demás.

—Sabemos acerca de ti y del País de Nunca Jamás —dijo ella—. Estábamos esperándote en la casa de los Darling, pero llegaste súper tarde… Bueno, más tarde de lo que se suponía que debías llegar. ¿Por qué te retrasaste tanto?

Peter guardó su daga, pero continuó mirándolos con curiosidad.

—Estaba buscando a Campanita. Es mi amiga, y es un hada. Anoche, ella y yo estábamos escuchando a la señora Darling contarles un cuento de hadas a los niños. La señora Darling me vio fuera de la ventana, así que partí a toda

prisa: me fui tan rápido que mi sombra quedó atrás. En general, Campanita está a mi lado, pero ¡no la encuentro por ninguna parte! He buscado en toda la ciudad, pero ¡ha desaparecido!

—¿Tienes idea de a dónde puede haber ido Campanita? —preguntó Alex.

—¿Quizás regresó a Nunca Jamás? —sugirió Conner.

—No, a Campanita no le gusta volar sola —dijo Peter con tristeza—. Ahora estoy completamente solo, sin hada ni sombra.

—¿Por qué es tan importante la sombra? —preguntó Conner.

Peter lo miró como si él hubiera insultado a un miembro de la familia.

—¡La sombra es un amigo que nunca te abandona! —dijo.

—Pero la tuya lo hizo —señaló Conner.

—No fue su culpa —replicó Peter—. Tenía esperanzas de que los niños Darling despertaran y que su madre les leyera otro cuento antes de ir a dormir. A Sombra le encantan los cuentos de hadas.

Una sonrisa alegre apareció en el rostro de Roja.

—¿Qué cuento estaba leyendo? —preguntó ella y pasó los dedos a través de su propio cabello.

—Cenicienta —respondió Peter.

Roja dejó caer sus hombros.

—Oh… —dijo con un suspiro, decepcionada—. No te pierdes de mucho… Ella muere al final.

Peter quedó boquiabierto y se le humedecieron los ojos. Alex sujetó el brazo de Conner y apartó a su hermano de los demás.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó ella.

—¿Que este niño es un psicótico? —respondió él.

—No, me refiero a Campanita. No es coincidencia que haya desaparecido al mismo tiempo que nuestro tío ingresó en la historia.

—Ah, claro —respondió Conner—. Es obvio que Lloyd la secuestró. Probablemente utilizó su polvo de hada para viajar al País de Nunca Jamás y reclutar al Capitán Garfio.

—Eso no es lo único para lo que está usando a Campanita —añadió Alex —. Al igual que utilizó los zapatos de plata con la bruja mala, necesita alguna ventaja para negociar con Garfio; y ¿qué es lo que el capitán quiere más que nada?

—Quiere matar a Peter —respondió Conner haciendo su mayor esfuerzo por recordar la historia—. El tío Lloyd le entregará a Campanita al Capitán Garfio para que él pueda utilizarla de carnada para atraer a Peter.

—Exacto —dijo Alex.

Los mellizos regresaron rápido junto a sus amigos y al niño que desafiaba la edad.

—Peter, ¡sabemos dónde está Campanita! —dijo Conner.

—¿Dónde? —preguntó Peter. Estaba tan entusiasmado que voló un par de metros en el aire y flotó justó frente a los mellizos.

—Un hombre muy malo la ha secuestrado —explicó Alex—. La está usando para reclutar al Capitán Garfio y sus piratas para formar parte de un ejército especial que está formando. ¿Nos llevarías al País de Nunca Jamás? Con tu ayuda, quizás podamos detenerlo y salvar a Campanita, pero no lo sabremos hasta que no lleguemos allí.

—¡Por supuesto! —respondió Peter—. ¡Síganme!

Peter salió disparado hacia el cielo como un cohete y desapareció de vista. Había olvidado por completo llevar a los demás consigo.

—Ese niño tiene un grave caso de ADD —dijo Conner.

Esperaron unos instantes y sintieron alivio cuando Peter por fin regresó.

—Lo siento, ¡olvidé darles el polvo de hadas mágico! —exclamó. Introdujo la mano en una bolsita que llevaba en el cinturón y lanzó un puñado de polvo resplandeciente sobre cada uno de ellos—. ¡Pow! ¡Bam! ¡Kaboom! ¡Shazam! —dijo en forma juguetona, y los bañó en polvo hasta que no le quedó nada.

—Yo paso, gracias —dijo Mamá Gansa cuando llegó su turno—. La última vez que usé polvo de hadas fue en 1964, y desperté al día siguiente sobre el Puente de Brooklyn con un tatuaje de John Lennon en el tobillo. Si vamos a volar hasta el País de Nunca Jamás, montaré a Lester.

—Como quieras —dijo Peter—. Los demás, ¡piensen en algo encantador y maravilloso!

Aquello era más fácil decirlo que hacerlo. El grupo había tenido unos días agotadores y estresantes, y pensar en algo que fuera lo suficientemente alegre para llenar sus cuerpos de alegría era bastante difícil.

—Ah, vamos —dijo Peter—. ¿Ninguno puede pensar en algo feliz? ¡Deben ser el grupo más triste que jamás he conocido!

—Pero no puedo tener pensamientos felices —replicó el Leñador—. Necesitaría un corazón para hacerlo… ¡GUAAAU!

Solo con mencionar un corazón, el Leñador de Hojalata se elevó unos metros del suelo. Planeaba con las extremidades extendidas como un astronauta y giraba como una rueda. Era una sensación muy extraña y no estaba seguro de si le agradaba.

Los mellizos y Roja estaban muy impresionados con la levitación de su amigo. Sin embargo, manifestar un pensamiento de felicidad absoluta era como encontrar agua en el desierto. Peter se volvió ansioso: nunca antes había tenido tantos problemas para enseñarle a alguien a volar.

—Si no se les ocurren pensamientos felices, intenten pensar en un recuerdo feliz —aconsejó—. Espero que al menos tengan un recuerdo feliz.

Cerraron los ojos y hurgaron en la memoria, buscando aquel momento especial en su pasado en el que habían sido más felices que nunca.

—Estoy pensando en la vez que la señora Peters me dijo que era un buen escritor —dijo Conner.

—Yo estoy recordando aquella vez en que la abuela nos contó que teníamos magia en nuestra sangre —comentó Alex.

Los mellizos Bailey se alzaron lentamente en el aire y se tomaron de las manos para mantener el equilibrio. La sensación de ingravidez los hizo reír. Sentían que estaban nadando en una piscina y en una montaña rusa a la vez.

—¡Bien hecho! —dijo Peter—. Ahora es tu turno, princesa.

—Es reina, muchas gracias —replicó Roja.

Caperucita estaba teniendo más dificultades que todos, lo cual no era sorprendente después de la semana devastadora a la que había sobrevivido. Tenía miedo de que si se conectaba demasiado con sus sentimientos, en lugar de flotar, se hundiría en el suelo.

—Vamos, Roja —la alentó Conner—. ¡Puedes hacerlo!

—Olvida la boda —dijo Alex—. ¡Recuerda el momento en el que fuiste más feliz que nunca!

Roja cerró los ojos y los apretó.

—Estoy pensando en el día en que me volví soberana de mi propio reino —dijo ella. Abrió un ojo para ver si había funcionado, pero lamentablemente, aún estaba en el suelo.

Un recuerdo no funcionaría para ella. Todo en lo que pensaba solo le recordaba a Rani y cuánto lo extrañaba. Así que en lugar de buscar felicidad en el pasado, Roja miró hacia el futuro.

—¡Estoy pensando en el día en que recuperaré a Charlie y en que podré asesinar a Morina como la cabra que es! —declaró Roja.

La joven reina salió disparada hacia el cielo como un fuego artificial, gritando mientras avanzaba, y se alzó más alto que cualquiera de los otros. Sus amigos dieron vítores y la aplaudieron. Roja giró en el aire mientras luchaba por mantener las capas de su vestido hacia abajo. Después de un rato,

logró enderezarse y miró asustada hacia abajo a los demás: no podía creer cuán alto estaba.

—¡Y así partimos! —dijo Peter y voló hacia el cielo nocturno. Mamá Gansa montó a Lester y siguieron al niño.

Alex, Conner, Roja y el Leñador de Hojalata flotaban en el aire de arriba abajo como globos de un desfile. Flotar era la parte fácil, pero aprender a volar llevó algo de trabajo.

Al principio, intentaron nadar a través del aire, pero solo lograron cansarse. Después de un rato, descubrieron que si ponían presión en los pies, como si estuvieran empujando una tabla invisible, podían maniobrar en el aire. Después de unos minutos haciéndolo, le tomaron la mano y se elevaron detrás de Peter y Mamá Gansa.

Peter sin dudas tomó la ruta pintoresca hacia el País de Nunca Jamás. Volaron en círculos sobre la Torre de Londres, dieron volteretas a través del Tower Bridge, y a duras penas evitaron chocar contra un barco a vapor que pasaba debajo del puente. Sobrevolaron el río Támesis, que serpenteaba a través del corazón de la ciudad. Peter se acercó tanto al agua que salpicó a los mellizos que volaban detrás de él.

Zigzaguearon a través de las torres del Parlamento e hicieron espirales sobre el Big Ben. Peter pateó a modo de broma una de las manecillas del reloj gigante y retrasó una hora a Londres, lo que causó que las campanadas poderosas sonaran a través de la ciudad.

Debido a su tamaño y a su rigidez, el Leñador de Hojalata no volaba con la misma agilidad de los demás y no dejaba de toparse con cosas. Rebotó en el techo del Parlamento como un *pinball*.

—¡Lo siento! ¡Disculpe! ¡Fue culpa mía! —se disculpaba con las torres, las chimeneas y los mástiles contra los que se golpeaba.

Volaron por la calle Whitehall y por encima del parque de St. James, hacia el palacio de Buckingham.

—Ooohhh, ¿qué es eso? —gritó Roja cuando lo vio.

—Es el palacio de Buckingham —respondió Alex—. Allí reside la realeza.

Roja estaba fascinada.

—¡Qué lugar más elegante y de buen gusto! ¡Miren aquella hermosa estatua frente al palacio en medio de la calle! ¡Luce exactamente igual a la estatua que yo quería construir para celebrar mi boda con Charlie!

Roja abandonó a los demás y voló hacia la puerta. Se asomó entre los barrotes y observó el palacio placenteramente. Tuvo que aferrarse con fuerza

a los barrotes porque el polvo de hadas la hacía flotar de regreso al cielo.

Uno de los guardias del palacio que estaba en su ronda divisó a Roja y la observó, incrédulo. No todos los días veía una mujer flotando en la puerta.

—¡Iuju! —lo llamó Roja—. ¡Adoro tu sombrero! Por favor, dile al monarca actual que la Reina Roja del Reino del Centro lo saluda…

Conner voló hacia la reja y quitó las manos de Roja de los barrotes.

—Roja, vamos. ¡Te quedarás atrás!

El guardia del palacio se desmayó, y Roja y Conner se reunieron con los demás. Peter los llevó más y más alto en el cielo. Dejaron Londres atrás y volaron hacia las estrellas.

Durante unos minutos, los mellizos olvidaron todas sus preocupaciones. No sentían la angustia de rastrear a su tío, o la carga de detenerlo, o el miedo de lo que ocurriría si fracasaban. Lo único que los Bailey sentían era libertad y el frío aire nocturno en su rostro. Su espíritu se elevó tan alto como sus cuerpos. Compartieron una sonrisa, sabiendo que aquella era una experiencia que recordarían durante el resto de sus vidas.

Miraron hacia atrás y vieron no solo Londres, sino el mundo entero debajo de ellos. Habían salido de la atmósfera terrestre, pero el aire viajaba con ellos.

—Y, por cierto, ¿dónde queda el País de Nunca Jamás? —preguntó Mamá Gansa.

—¡La segunda estrella a la derecha y directo hacia el amanecer! —exclamó Peter.

En cuanto lo dijo, una estrella inusualmente brillante apareció adelante en el cielo. Cuanto más cerca de ella volaban, más podían distinguir una pequeña isla flotando en el espacio.

—¡Llegamos! —dijo Peter—. ¡Bienvenidos al País de Nunca Jamás!



Capítulo diecisiete

Aventuras con los Niños Perdidos

Peter Pan y sus compañeros voladores planearon por encima de una nube esponjosa mientras contemplaban los paisajes imponentes de la isla misteriosa que estaba debajo de ellos.

Había una prominente cadena montañosa en el centro del País de Nunca Jamás, y el resto de la isla constaba de colinas y playas. Estaba cubierta de bosques y junglas, y había cascadas, ríos, arroyos y bahías. El agua fluía a través de la isla, desembocaba en un océano que rodeaba Nunca Jamás y luego desaparecía en el cielo estrellado.

El País de Nunca Jamás era el paraíso de un niño, con aventuras y descubrimientos por doquier. Era todo lo que los mellizos habían imaginado, y mucho más.

—¿Ven aquella columna de humo en las colinas? —preguntó Peter y la señaló—. ¡Es el Campamento Indio! ¡Y por allí está la laguna de las sirenas! ¡Y justo allí, en el centro, es donde vivimos los Niños Perdidos y yo!

—¿Y el Capitán Garfio y los piratas? ¿Dónde están? —preguntó Alex.

—Están a bordo del Jolly Roger, en la Bahía de los Piratas, del otro lado del País de Nunca Jamás —respondió él—. Vengan conmigo, ¡se los mostraré!

—No, ¡espera! —dijo Conner—. ¡No podemos arriesgarnos a que los piratas nos vean! No pueden saber que estamos aquí hasta que hayamos organizado un plan para evitar que abandonen la isla.

—Entonces tendremos que espiarlos por tierra —replicó Peter, y parecía muy entusiasmado ante el desafío—. ¡Debemos reunirnos con los Niños Perdidos y viajar de inmediato hacia el barco! Si vamos a acercarnos a los piratas, ¡estaremos más seguros si somos más!

Se zambulló en una nube y voló hacia la isla. Los demás lo siguieron, excepto el Leñador de Hojalata, que rodeó la nube porque temía que atravesarla fuera a oxidarlo. Inspeccionaron la tierra con atención mientras descendían, esperando que su presencia pasara desapercibida.

Peter los guio hasta un área tropical en el corazón del País de Nunca Jamás. La región estaba cubierta de arena y plantas de gran tamaño con hojas enormes. Peter graznó como un ave para hacerles saber a los Niños Perdidos que había regresado a casa.

Justo cuando estaban a punto de aterrizar, Conner oyó un zumbido pasar junto a su rostro. No le prestó demasiada atención al principio, pero después el sonido continuó y aumentó: ahora se reproducía alrededor de ellos. Volteó hacia su hermana para ver si ella también lo oía, cuando vio algo muy pequeño y delgado volar entre ellos.

—Qué rayos… ¡CHICOS, TENGAN CUIDADO! —gritó Conner.

Era el sonido de flechas que les disparaban desde los árboles. Los mellizos y sus amigos hicieron su mejor esfuerzo por esquivarlas, pero las flechas eran tan delgadas que apenas las veían llegar. Golpearon al Leñador de Hojalata y rebotaron en todas direcciones.

—¡AY! —gritó Roja. Los mellizos miraron hacia atrás y vieron que una flecha sobresalía del trasero de la reina—. ¡ME DIERON!

Roja empalideció y parpadeó hasta que sus ojos se cerraron. Cayó el resto del camino hacia la isla y colapsó en el suelo arenoso. Peter, los mellizos, el Leñador de Hojalata, Mamá Gansa y Lester aterrizaron y corrieron a su lado.

—Roja, ¿estás bien? —preguntó Alex.

Mamá Gansa inspeccionó con atención la flecha que sobresalía de Roja y la quitó de un jalón. De inmediato, Roja recobró la consciencia y tomó asiento.

—¡DESPACIO! ¡Duele! —dijo.

—Cálmate: tu vestido es tan grueso que apenas tocó tu piel —replicó Mamá Gansa.

—Peter, ¿qué sucede? ¿Los indios nos atacan? —preguntó Conner nervioso.

Peter le echó un vistazo a la flecha endeble.

—Nop —respondió—. Las flechas indias te habrían matado.

Un grupo de seis niños salió de entre los árboles al ataque. Aullaban como animales y daban gritos de guerra mientras corrían. Alzaban arcos y flechas artesanales, espadas, martillos y mazos en el aire. Todos estaban muy sucios y

vestían prendas hechas de hojas, corteza, pieles de animales y lo que fuera que pudieran hallar en la isla.

Los niños se detuvieron cuando vieron a Peter de pie con los recién llegados.

—¡Peter! —dijeron al unísono.

—¡Hola, niños! ¡He regresado al País de Nunca Jamás!

Ellos dieron vítores y saltaron de alegría: parecían bastante fáciles de complacer.

—Niños Perdidos, permítanme presentarles a mis nuevos amigos —señaló Peter, pero no era bueno con los nombres—. Nuevos amigos, ellos son los Niños Perdidos: Tootles, Nibs, Slightly, Curly y los gemelos.

Los Niños Perdidos les dedicaron una mirada feroz a los recién llegados y gruñeron cuando Peter mencionó sus nombres. Cada uno intentó gruñir más fuerte que el anterior, pero no eran en absoluto intimidantes. Sin importar cuán fuerte gruñeran, aún eran niñitos.

Tootles era el mayor de los niños y usaba un par de lentes gruesos. Nibs era muy desaliñado, y era al que más dientes de leche le faltaban. Slightly era el más sofisticado del grupo y vestía una corbata hecha de enredaderas. Curly era el más regordete de los niños y sus prendas le quedaban muy ajustadas. Los gemelos eran idénticos, y los más jóvenes del grupo. Se movían en una sincronización tan perfecta que era como si compartieran el mismo cerebro.

—¡Miren, es el ave gigante a la que intentamos dispararle! —dijo Tootles y señaló a Lester.

—¡Atrapémosla antes de que se escape! —gritó Nibs.

—¡Lo cocinaremos y comeremos durante días! —añadió Curly.

—Han pasado siglos desde que tuvimos una buena comida —comentó Slightly.

—¡Al ataque! —exclamaron los gemelos.

Los Niños Perdidos se relamieron y corrieron hacia Lester como salvajes. El ganso se ocultó detrás de Mamá Gansa y Peter les bloqueó el paso a los niños para evitar el ataque.

—Niños, ¡dejen al ave en paz! —ordenó Peter—. Es amigo de Alex, ¡y cualquier amigo de Alex, es amigo mío!

Los Niños Perdidos dejaron caer los hombros y patearon la arena.

—Sí, Peter —dijeron a la vez. Su entusiasmo regresó rápido en cuanto vieron al Leñador de Hojalata.

—¡Miren a ese hombre! —indicó Tootles.

—¡Está hecho de metal! —añadió Slightly.

—¡Podríamos convertirlo en horno! —propuso Curly.

—¡Y en armas! —sugirió Nibs.

—¡Al ataque! —exclamaron los gemelos.

Los Niños Perdidos persiguieron al Leñador de Hojalata y lo derribaron. Dieron gritos de guerra y lo golpearon con sus armas.

—¡Oigan! ¡Basta! ¡Deténganse! —pidió el Leñador.

Los demás no podían creer lo que veían. Los Niños Perdidos eran los infantes con el peor comportamiento del universo. Era como si estuvieran interpretando personajes en un juego salvaje de simulación que nunca terminaba.

—Y por ese motivo nunca me reproduje —comentó Mamá Gansa.

—No creo que estos niños estén calificados para ayudarnos —les susurró Roja a Alex y Conner.

Los Bailey estaban comenzando a frustrarse: no podían permitirse perder más tiempo. Alex movió la mano, y un viento fuerte quitó a los Niños Perdidos de encima del Leñador de Hojalata. Los críos se pusieron de pie y se agruparon, asustados.

—¡Es una bruja! —gritaron los Niños Perdidos y la señalaron.

—Soy mucho más aterradora que una bruja —replicó Alex—. Y si cualquiera de ustedes, mocosos, intenta cazar, disparar o atacar a uno de mis amigos de nuevo, ¡los convertiré a todos en aves y yo misma los cazaré!

—Peter, ¿por qué trajiste a una bruja a Nunca Jamás? —preguntó Tootles.

—No puedo creer que Campanita te lo haya permitido —dijo Nibs.

—¡Me dará pesadillas! —confesó Curly.

—Esperen un segundo, ¿dónde está Campanita? —preguntó Slightly.

—¿Y Campanita? —repitieron los gemelos.

Los Niños Perdidos miraron en la isla a su alrededor en busca de su amiga hada, pero ella no estaba por ninguna parte.

—Campanita ha sido secuestrada —les dio la noticia Peter—. ¡Traje a Alex y a sus amigos al País de Nunca Jamás para que nos ayuden a recatar a Campanita del hombre que se la llevó!

—¿Secuestrada? —preguntó Curly, atónito.

—¡No, Campanita no! —exclamó Tootles, y rompió en llanto.

—¡Pagará por esto! —añadió Nibs con un grito de venganza.

—Pero ¿quién la secuestró? —indagó Slightly.

—Sí, ¿quién? —preguntaron los gemelos Perdidos.

Peter miró a Alex y Conner: quizás era mejor si uno de ellos dos les explicaba.

—Un hombre terrible que quiere reclutar al Capitán Garfio y a los demás piratas para formar parte de un ejército especial —respondió Alex—. ¡Debemos encontrarlo y detenerlo antes de que parta de Nunca Jamás con los piratas y con Campanita!

Los Niños Perdidos temblaron de ira: les enfurecía que alguien le hiciera eso a su amiga.

—¡Iremos hacia el Jolly Roger de inmediato! —propuso Nibs.

—¡Evitaremos que se marchen con Campanita! —dijo Tootles.

—¡No tendremos piedad con los piratas! —añadió Slightly.

—¡Al ataque! —exclamaron los gemelos Perdidos.

Cada Niño Perdido era más apasionado que el otro. No necesitaban demasiadas explicaciones para entusiasmarse por algo.

—Chicos, tranquilícense, no es tan sencillo —dijo Conner—. El hombre del que hablamos no está solo. Tiene lobos, cuervos, abejas, monos voladores y un ejército de winkies. No tendremos ni una sola oportunidad de vencerlo si subimos a bordo y comenzamos una batalla. Necesitamos ver el barco y pensar un plan para detenerlos.

Una vez más, los Niños Perdidos dejaron caer sus hombros y patearon la arena. Lo único que querían era atacar algo ese día, ¿acaso era mucho pedir?

—¡Ya lo oyeron, niños! —dijo Peter y se elevó en el aire—. ¡Llevemos a nuestros amigos hasta los piratas y veamos a qué nos enfrentamos!

Peter voló hacia los árboles y los Niños Perdidos corrieron detrás de él. Los mellizos Bailey miraron a los demás y se encogieron de hombros.

—Supongo que deberíamos seguirlos —dijo Alex.

—Esto saldrá terriblemente mal —comentó Roja.

—No hay mucho que podamos hacer al respecto —añadió Mamá Gansa —. Solo sigamos a los niños exploradores del Averno y esperemos lo mejor.

Intercambiaron miradas, cada una más aprehensiva que la anterior, pero Mamá Gansa tenía razón. Peter regresó rápidamente con información que había olvidado compartir.

—Una advertencia amigable: cuidado dónde pisan —dijo—. A los Niños Perdidos les agrada poner trampas.

Siguieron a Peter y a los Niños Perdidos con cuidado hasta el otro lado de la isla. Las junglas del País de Nunca Jamás estaban repletas de reptiles grotescos e insectos repulsivos: el sueño de un niñito. Roja por poco tuvo un ataque de pánico al verlos. Cerró los ojos y permitió que los mellizos la guiaran para poder fingir que estaba en otra parte.

Llegaron a la Bahía de los Piratas y se ocultaron detrás de una hilera de rocas en la playa. El Jolly Roger era un barco inmenso hecho de madera roja y negra y ocupaba la mayor parte de la bahía. Alex y Conner nunca habían tenido demasiada experiencia con barcos piratas, pero el del Capitán Garfio era, por lejos, el más impresionante que jamás habían visto.

Oían muchas voces y actividad proveniente del barco, pero el Jolly Roger era tan alto que no podían ver nada de lo que sucedía en la cubierta.

—¿Podemos acercarnos más? —preguntó Conner.

—No sin que los piratas nos vean —respondió Peter.

Un pequeño bote de remos descendió del barco. Solo llevaba un pasajero, y los mellizos no necesitaban acercarse más para reconocerlo.

—¡Mira, Conner! —indicó Alex—. ¡Es el tío Lloyd!

—¿Qué está haciendo? —preguntó su hermano.

Lloyd no parecía frustrado o decepcionado, como si los piratas lo estuvieran echando del barco. Al contrario, lucía bastante entusiasmado.

Su tío remó el bote hasta el centro de la bahía y se detuvo. Agitó un pañuelo blanco hacia el barco. Un pirata que observaba desde el puesto del vigía le devolvió el mismo gesto con otro pañuelo y luego les silbó a los piratas que estaban en la cubierta.

Alzaron las velas y estas llenaron el cielo y absorbieron la brisa del océano. El Jolly Roger avanzó en la bahía, y se dirigió directo hacia Lloyd y el bote. El tío de los mellizos extrajo el frasco con la poción azul del bolsillo en su solapa y vertió unas gotas sobre un libro rojo. Un haz de luz brillante brotó de él y se proyectó en el cielo.

—¡El libro y él quedarán aplastados si no se quita de en medio! —dijo Mamá Gansa—. Aunque es cierto que mi conocimiento náutico no es muy bueno; solo estuve un fin de semana a bordo del Mayflower junto con los colonos.

Los mellizos observaron expectantes: ¿qué estaría tramando su tío en ese momento? Para su asombro, ¡el Jolly Roger se alzó del agua y flotó en el aire!

—¿Cómo es posible? —preguntó Roja con un grito ahogado.

—¡Deben haber utilizado el polvo de hadas de Campanita en todo el barco! —respondió Peter.

El Jolly Roger sobrevoló el bote e ingresó al haz de luz. El barco entero, los piratas y todos los demás a bordo desaparecieron del País de Nunca Jamás e ingresaron en la historia del libro rojo. Lloyd dio vítores desde el bote de remos mientras observaba cómo se desvanecía el barco: otra fase de su plan estaba completa.

El tío de los mellizos envolvió la contracubierta del libro con una cadena pesada. Con un movimiento ágil, saltó dentro del haz de luz y soltó el libro en el océano. Lloyd desapareció, y el libro rojo se hundió en el fondo de la bahía.

Los mellizos y los demás espectadores salieron corriendo de detrás de las rocas y observaron la bahía con incredulidad.

—No puedo creer que lo haya logrado —dijo Alex—. No solo se marchó con el Capitán Garfio y Campanita, ¡sino que también se llevó el barco entero!

—¿Acaban de viajar dentro de un libro mágico? —les preguntó Peter a los mellizos.

—No empieces a hacer preguntas ahora, niño —dijo Mamá Gansa—. Te explotará la cabeza.

—Debemos conseguir ese libro —indicó Conner mirando el agua—. De acuerdo, ¡que alce la mano el que es buen nadador! Nibs, asumo que eres tú.

—La bahía es demasiado profunda para que un humano llegue al fondo —replicó Peter—. Pero sé qué puede hacerlo. Niños, ¡llevemos a nuestros amigos a la laguna!



Capítulo dieciocho

La laguna de las sirenas

Peter y los Niños Perdidos guiaron a los demás hacia otra parte del País de Nunca Jamás donde estaba ubicada la laguna de las sirenas. Ese era el lugar más sereno que habían visto en la isla hasta el momento.

El agua poco profunda estaba separada del océano por un arrecife de coral. Se encontraba bajo la sombra de unos sauces altos que crecían en la orilla. Había rocas desparramadas sobre el agua, lo que les permitió a Peter, los mellizos y los Niños Perdidos saltar de piedra en piedra hasta llegar al centro de la laguna.

Mamá Gansa, Lester y Roja esperaron en tierra, donde sabían que estaban a salvo. Conner se inclinó sobre la roca en la que estaba de pie y miró el agua, pero lo único que vio fueron peces pequeños que nadaban entre las piedras.

—¿Crees que estarán dispuestas a ayudarnos? —preguntó Alex.

—No estoy seguro; nunca antes les hemos pedido ayuda —dijo Peter—. Yo les agrado, pero en general intentan ahogar a los Niños Perdidos cada vez que ellos se acercan demasiado.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Conner, tragando con dificultad.

De pronto, una mano palmeada con uñas largas salió del agua y sujetó el pie de Conner. Más manos aparecieron por la laguna e intentaron sumergir a los mellizos y a los Niños Perdidos, pero se ayudaron mutuamente y alejaron las manos a patadas. Decenas de sirenas habían llegado, y no lucían en absoluto como los mellizos habían esperado.

A diferencia de las sirenas coloridas y angelicales del mundo de los cuentos de hadas, las sirenas de Nunca Jamás eran criaturas de aspecto

desagradable y siniestro. Su piel era resbalosa y tan pálida que prácticamente resplandecía. Tenían ojos rojos sesgados y orificios nasales delgados y chatos. En lugar de cabello, poseían aletas largas que se alzaban en línea recta como una cresta. Tenían muchos *piercings* y lucían pequeños huesos de peces a modo de joyería.

—¡Creí que las sirenas del País de Nunca Jamás eran hermosas! —le susurró Conner a su hermana.

—La belleza está en el ojo de quien observa —murmuró Alex.

—¿Qué están haciendo en nuestra parte de la isla? —siseó la sirena más cercana a Conner. Tenía un collar hecho de caracolas que las otras no, por lo que supuso que ella debía tener cierta autoridad entre las demás sirenas.

—No vamos a hacerles daño —dijo Conner—. ¡Hemos venido a su laguna a pedirles un favor!

La sirena parpadeó algunas veces y movió los orificios nasales. Intercambió una mirada confundida con las otras sirenas, pero ninguna comprendía a qué se refería el chico.

—¿Qué es un favor? —preguntó la sirena.

—Es algo que haces por alguien cuando necesita ayuda —explicó Alex.

Las sirenas se tomaron un instante para procesar la información, y luego aullaron de risa, exhibiendo sus pequeños dientes puntiagudos similares a los de un tiburón.

—No hacemos favores —respondió la sirena—. ¡En especial a los Niños Perdidos!

La laguna estalló en caos mientras los Niños Perdidos y las sirenas intercambiaban insultos. Los mellizos no podían permitir que la situación continuara: estaban perdiendo tiempo, y las sirenas eran su única esperanza.

—¡SILENCIO! —exclamó Alex—. Quiero que todos los Niños Perdido regresen a la orilla. ¡Mi hermano y yo hablaremos con las sirenas a solas!

Los niños se alejaron de las criaturas, intercambiando algunos insultos más y unos salpicones mientras partían.

—No llegaremos a nada con favores —les dijo Alex a las sirenas—. Entonces ¿por qué no negociamos un intercambio?

—Depende —respondió la sirena—. ¿Qué es un intercambio?

—Es cuando entregas algo a cambio de otra cosa —explicó Alex.

—No las culpamos por detestar a los Niños Perdidos —dijo Conner—. Nosotros acabamos de llegar y tampoco los soportamos. Pero si pudieran elegir lo que más les molesta que los Niños Perdidos hagan, ¿qué sería?

Las sirenas intercambiaron miradas y reflexionaron al respecto. Hablaban en gruñidos agudos y chasquidos; aparentemente, tenían su propio idioma.

—¡Se llevan todos nuestros peces! —siseó la criatura—. Tienen mucha comida para cazar en la tierra y en el cielo, pero nosotras estamos limitadas a los peces que viven en las aguas.

—Maravilloso —dijo Alex, y juntó las manos—. Entonces si convencemos a los Niños Perdidos de que dejen de pescar en sus aguas, ¿harán algo a cambio por nosotros?

—¿Qué quieren a cambio?

—Hay un libro envuelto en una cadena en el fondo de la Bahía de los Piratas —explicó Conner—. Necesitamos que nos lo traigan.

Una vez más, las sirenas intercambiaron gruñidos y chasquidos. Su idioma sonaba como una mezcla entre sonidos de delfines y murciélagos.

—Sí —accedió la sirena—. Estamos dispuestas a hacer ese intercambio.

—¡Genial! —dijo Alex—. Aguarda un momento.

Los mellizos saltaron por las rocas de regreso a la orilla y pusieron al tanto a los Niños Perdidos acerca del intercambio que habían negociado con las sirenas.

—¿Qué? ¡Nunca dejaremos de pescar! —replicó Peter—. ¡La pesca es una de las actividades favoritas de los Niños Perdidos!

—¿Quieres volver a ver a Campanita o no? —gritó Conner.

Peter y los Niños Perdidos suspiraron y asintieron. Los mellizos regresaron con las sirenas para darles la buena noticia.

—¡Está arreglado! —dijo Alex—. ¡Disfruten su pescado!

Las sirenas pasearon la mirada de los mellizos a los Niños Perdidos: no estaban seguras de si les agradaba aquel intercambio, pero no serían las primeras en incumplir su parte del trato.

—Nos encontraremos en la Bahía de los Piratas —les indicó la sirena a los Bailey. Les dijo algo en chasquidos a las demás, y todas se sumergieron en el agua.

Los mellizos y sus amigos regresaron a la Bahía de los Piratas lo más rápido posible. Las sirenas estaban esperándolos en el agua cuando llegaron. Alex y Conner les dijeron exactamente dónde habían visto que el libro se hundió y las sirenas fueron a buscarlo. Regresaron a la superficie unos minutos después, y les entregaron el libro a los Bailey.

—¡Muchísimas gracias! —dijo Alex—. Les prometemos que los Niños Perdidos cumplirán con su parte del trato… ¿cierto?

—Cierto —repitieron los Niños Perdidos sin entusiasmo.

Las sirenas los salpicaron una vez más y se alejaron nadando. Alex quitó la cadena del libro mojado y leyó el título en voz alta.

—Alicia en el País de las Maravillas. ¡Lloyd debe ir en busca de la Reina de Corazones y su ejército de naipes!

El Leñador de Hojalata confundió la información con buenas noticias.

—¿La Reina de Corazones? —preguntó con una sonrisa.

—No te entusiasmes: es gritona y horrible —replicó Conner y después emitió un largo suspiro—. Este viaje no deja de mejorar, ¿verdad?

—¿Viajarán dentro del libro mágico como lo hizo el Jolly Roger? —preguntó Peter.

Alex y Conner asintieron.

—No tenemos opción —dijo Alex—. Es la única manera en la que los detendremos… Si es que eso es siquiera posible a este ritmo.

—Entonces ¡iré con ustedes! —afirmó Peter—. ¡No descansaré hasta que Campanita regrese al País de Nunca Jamás conmigo y con los Niños Perdidos!

—Es muy valiente de tu parte, Peter, pero será muy peligroso —replicó Conner—. ¡Podrías tener heridas graves, o incluso morir!

Peter extrajo su daga y la alzó hacia el cielo.

—¡Morir será una gran aventura! —declaró.

Alex y Conner intercambiaron una mirada, pensando lo mismo: no se librarían de él. En vez de perder tiempo discutiendo, los mellizos comenzaron a organizar la siguiente fase de su propio plan.

—Uno de nosotros debe quedarse en Nunca Jamás a cuidar los libros —dijo Alex—. ¿Quién lo hará esta vez?

Los mellizos, el Leñador de Hojalata, Mamá Gansa y Lester voltearon hacia Roja. La reina abrió los ojos de par en par y todo su cuerpo se tensó: cada parte de su ser rechazaba la idea.

—Ni siquiera lo piensen —se negó Roja—. No me quedaré en esta isla.

—Roja, no es mi intención ser grosero, pero eres la menos útil del grupo —dijo Conner—. Necesitamos que te quedes aquí y te asegures de que nada les ocurra a los libros.

—Estos salvajes ya me han disparado —replicó ella y señaló a los Niños Perdidos—. ¿Qué creen que me harán cuando esté sola?

—Roja, te prometo que estarás más segura aquí que en el País de las Maravillas —afirmó Alex.

Roja no podía creer lo que oía. Era como si la hubieran persuadido a saltar de un acantilado. Los mellizos no le dieron más oportunidades de discutir.

Antes de que pudiera reaccionar, Conner le entregó la copia de Peter Pan, como si la decisión estuviera tomada.

—Niños, les ordeno que le hagan caso a la señorita Roja —indicó Peter —. Quiero que la protejan y la hagan sentir muy cómoda mientras no estamos. Trátenla como tratarían a su propia madre.

Los Niños Perdidos estaban muy entusiasmados con la idea. Roja parecía a punto de vomitar.

—¡Sí, señor! —dijo Tootles, y le hizo un saludo militar a Peter.

—¡Esperen un minuto! ¿Se supone que dormiré en la jungla? —preguntó Roja, pero ninguno de sus amigos la estaba escuchando.

—Claro que no, ¡te construiremos un hogar! —respondió Nibs.

—¡No me agrada cómo suena eso!

—Siempre he querido una madre —dijo Slightly.

—Pues, ¡sigue soñando!

—¿Podemos llamarla madre, señorita Roja? —preguntó Curly.

—¡Absolutamente no!

—¡Madre! —gritaron los gemelos Perdidos.

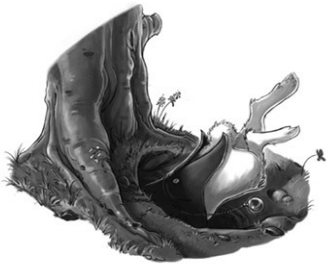
—¡Tenemos una madre! ¡Tenemos una madre! ¡Tenemos una madre! —corearon los Niños Perdidos.

Roja sentía que sus amigos acababan de lanzarla a una manada de lobos hambrientos. Intentó negarse, pero era demasiado tarde. Los mellizos, el Leñador de Hojalata, Mamá Gansa, Lester y Peter ya estaban reunidos alrededor del libro.

Alex abrió Alicia en el País de las Maravillas, y un haz de luz brotó hacia el cielo.

—Tendremos que llegar al palacio de la reina lo más rápido posible —dijo ella—. Si no alcanzamos a Lloyd en esta historia, quizás nunca lo detendremos.

Ingresaron al haz de luz y partieron del País de Nunca Jamás, deseando de corazón que el País de las Maravillas fuera su última parada.



Capítulo diecinueve

A través de la madriguera del conejo

Los mellizos y sus amigos viajaron a salvo dentro de Alicia en el País de las Maravillas y asimilaron el entorno recién formado. Una vez más, Conner tomó el libro y lo guardó en un lugar seguro, esta vez en la montura de Lester.

—Citando a mi amiga Amelia Earhart: «Vaya, ¡cuánto me alegra haber salido de esa isla!» —dijo Mamá Gansa—. No me sorprendería si Campanita se hubiera hecho secuestrar a propósito solo para alejarse de esos niños horribles.

—¿Esto es el País de las Maravillas? —preguntó el Leñador de Hojalata.

—No luce demasiado maravilloso, en mi opinión —dijo Peter y se cruzó de brazos—. De hecho, se parece a la campiña inglesa.

—Eso se debe a que estamos en la campiña inglesa —explicó Alex—. Créeme, te darás cuenta cuando lleguemos al País de las Maravillas.

La campiña era muy pintoresca. Colinas verdes ondulantes y árboles de toda clase los rodeaban, y un río calmo fluía junto a ellos. Se estaba muy a gusto al aire libre, y a juzgar por los distintos matices dorados de las hojas, los mellizos supusieron que era el comienzo del otoño.

Oyeron un ruido proveniente del río y notaron que no estaban solos. Una joven escoltaba a una niña fuera de los árboles y cruzaba un puente de piedra con ella. Parecían estar en medio de una discusión. Los mellizos y sus amigos se ocultaron detrás de los árboles y oyeron a escondidas.

—No debemos alejarnos de la orilla en un momento así —protestó la niña, era muy bonita y cargaba un gato pequeño en los brazos. Llevaba un listón en el cabello y un delantal de encaje sobre su vestido.

—Alicia, te llevaré a casa con madre para que ella pueda hacerte dormir la siesta —dijo la joven. Ella también era bonita: una versión mayor de su hermana.

—¡Eres la peor hermana del mundo! —replicó Alicia—. Si tú hubieras visto el barco pirata volador, ¡yo te habría creído! Dina también lo vio, ¡y la pobrecita se asustó bastante!

Besó la frente del gato y lo acunó con firmeza. En defensa de Alicia, el felino parecía completamente alterado.

—Entonces, me temo que ambas han enloquecido —replicó su hermana —. Ahora, vamos. Si mencionas el barco pirata una vez más, hablaré con padre.

La hermana llevó a Alicia de la mano y cruzaron el puente en dirección a su hogar.

—Sin dudas estamos en el lugar correcto —dijo Conner.

—Así es —concordó Alex—. Lo único que necesitamos ahora es que…

De pronto, algo blanco y esponjoso atravesó a toda velocidad la campiña a lo lejos y llamó su atención.

—¿Qué es eso? —preguntó el Leñador.

—Es nuestro boleto de entrada al País de las Maravillas —respondió Alex —. Rápido, ¡sigamos al conejo!

Los mellizos, el Leñador de Hojalata, Peter, Mamá Gansa y Lester corrieron por la campiña detrás del animal peludo. Este avanzó a los saltos por un sendero de tierra y luego se dirigió como un rayo hacia los árboles. Era difícil seguirlo mientras las hojas y el césped crecido les obstruían la vista, pero por suerte el Conejo Blanco hacía una pausa cada unos cien metros. Cuando lo hacía, extraía un reloj de bolsillo dorado de su chaleco y miraba la hora.

—¡Oh, cielos! ¡Estoy muy atrasado! —dijo el Conejo Blanco y se adentró más en la campiña a toda velocidad.

Persiguieron al Conejo Blanco por una colina alta y un pequeño valle. Todos dieron un grito ahogado y se detuvieron. El inmenso Jolly Roger yacía de lado en el valle. Afortunadamente, el barco parecía vacío, como si los piratas lo hubieran aparcado allí.

El Conejo Blanco saltó hacia un seto e ingresó en una madriguera amplia que estaba debajo de las raíces de los arbustos. Los mellizos y los demás llegaron al seto justo un instante antes de que el conejo desapareciera. Observaron la madriguera mientras recuperaban el aliento.

—Antes de ir allí abajo, es importante que todos sepan algunas características del País de las Maravillas —dijo Alex.

—Oh, recién ahora decide ponernos sobre aviso —replicó Mamá Gansa.

—El País de las Maravillas es un lugar donde reina el engaño y la confusión —explicó Alex—. Nada tiene sentido y nada es lo que parece. Debemos permanecer juntos todo el tiempo, así que ninguno se aleje nunca demasiado del grupo. No confíen en la palabra de nadie, sin importar cuán amigable parezca. El País de las Maravillas puede volverte loco si no tienes cuidado.

Todos respiraron hondo y reunieron coraje.

—A la cuenta de tres, saltaremos dentro —indicó Alex—. Uno… Dos… ¡Tres!

Ingresaron de un salto a la madriguera del conejo y cayeron por un largo túnel de tierra. Cayeron y cayeron, más y más rápido, pero no aparecía el final a la vista. Mientras descendían, comenzaron a ver armarios y estanterías colocados de maneras peculiares en las paredes del túnel. Supusieron que eso significaba que estaban acercándose, pero lamentablemente estaban equivocados.

—¿Estás segura de que es la madriguera correcta? —preguntó el Leñador de Hojalata—. ¡Esta parece infinita!

—Estoy completamente segura —respondió Alex.

—Entonces, aceleremos las cosas —dijo Mamá Gansa.

Formó un arma con una mano y disparó una bala invisible en el espacio sobre ellos. ¡BAM! Tuvo lugar una gran explosión que los empujó hacia abajo por el túnel a toda velocidad. El estallido hizo tambalear las paredes de tierra, y todos los armarios y las estanterías cayeron y se precipitaron detrás de ellos.

Los mellizos y sus amigos llegaron por fin al final del túnel y aterrizaron en un colchón suave de hojas y ramitas. Alzaron la vista y vieron una avalancha de muebles que se dirigía directo hacia ellos.

—*¡CUIDADO!* —gritó Conner.

Se pusieron de pie de inmediato y saltaron lejos de la pila de hojas. Los armarios y las estanterías del túnel cayeron al suelo y crearon una montaña de madera, vidrio y tazas rotas. La pila de escombros era tan alta que obstruía la madriguera.

—Espero que el plan no fuera regresar por allí —dijo Mamá Gansa.

Notaron que se encontraban en un largo y bajo pasillo. Una sucesión de puertas de todas las formas, colores y tamaños delineaba las paredes: no había

ni una sola manija igual a otra. Mamá Gansa, el Leñador de Hojalata y Peter intentaron abrirlas, pero todas estaban cerradas.

—Ninguna puerta se abre —dijo Peter.

—No hay problema —explicó Alex—. No utilizaremos ninguna.

Alex regresó al final del pasillo donde había una cortina colgada. Movió la tela a un lado y una puerta diminuta de aproximadamente treinta centímetros apareció. Espió a través de la cerradura microscópica y vio un hermoso jardín del otro lado: el País de las Maravillas.

—¡Esta es la puerta que necesitamos! —indicó Alex. Se puso de pie y miró el pasillo—. Ahora, debería haber una llave dorada en alguna parte.

Alex halló una mesa de vidrio en un costado, pero no había ninguna llave sobre ella como esperaba.

—Ay, no —dijo—. El tío Lloyd debe habérsela llevado cuando pasó por aquí. Tendremos que hallar otro modo de entrar. Retrocedan todos: hechizaré la puerta y…

¡CRASH! Sin previo aviso, el Leñador de Hojalata abrió la puertita de una patada.

—Disculpen —dijo—. Supuse que así sería más rápido.

—Buena idea —respondió Alex. Parecía a punto de besarlo.

—¿Cómo atravesaremos la puerta? —preguntó Mamá Gansa—. Lester nunca pasará a través de algo tan pequeño.

El ganso la fulminó con la mirada, como si dijera: Pero ¿TÚ sí?

—Debería haber una botella que nos encoja en alguna parte… ¡Allí está! —dijo Conner. Encontró sobre la mesa de vidrio una botella con una cinta atada. La cinta decía:

BÉBEME

—¡Hasta el fondo! —dijo Conner tras abrir la botella.

Justo cuando Conner estaba por beber un sorbo, Peter le quitó la botella de las manos. Esta cayó al suelo y se hizo añicos, y el líquido se desparramó por todas partes.

—¿Por qué hiciste eso? ¡La necesitábamos!

—Conner, ¡mira el suelo! —indicó Alex.

Los demás retrocedieron del derramamiento. El líquido pudrió el suelo e hizo que los azulejos blancos y negros se tornaran color café desagradable.

—¡Sabía que esa botella no era de este lugar! —dijo Peter—. ¡Es del barco de Garfio! ¡Era veneno! Deben haber intercambiado las botellas porque sabían que los seguiríamos.

Los mellizos suspiraron aliviados. Estaban tan contentos de que Peter hubiera insistido en acompañarlos.

—¿Cómo pasaremos por la puerta? —preguntó el Leñador.

—Nos encogeré —respondió Alex.

Había pasado un tiempo desde que sus poderes la habían traicionado, y esperaba que ese no fuera el momento en el que rompiera esa racha. Cerró los ojos y se concentró lo máximo que pudo. Alex señaló a cada uno: una luz giró alrededor de sus cuerpos y los encogió a todos hasta que midieron menos de treinta centímetros. Cuando los transformó sin problemas, ella misma se encogió.

—¡Buen trabajo! —dijo Conner, y abrazó a su hermana.

El grupo recién encogido atravesó la puerta destrozada con rapidez e ingresó en los jardines del País de Nunca Jamás. Tal como Alex había prometido, los demás se dieron cuenta de dónde estaban en el instante en el que sus ojos apreciaron el lugar.

Sentían que habían entrado a un cuadro. Era brillante y colorido, pero todo tenía proporciones extrañas, como si el mundo estuviera hecho de piezas de arte abstracto. Además, todo se movía levemente, como si una brisa lo meciera, aunque no había viento.

—¡Miren esas flores! —dijo Peter y señaló el jardín que estaba adelante.

Las flores eran tanto extrañas como perturbadoras. Cada una tenía la misma estatura que ellos. Las plantas poseían colores fascinantes y tenían hermosos pétalos mullidos. Sin embargo, cada flor también tenía un rostro. Voltearon hacia los recién llegados y los observaron mientras ellos avanzaban.

—Recuerden, adoran engañar a las personas en el País de las Maravillas —les susurró Alex—. No hablen con ningunade ellas.

—Hola —dijo una rosa.

—Bienvenidos al jardín —añadió un tulipán.

—¿No quisieran quedarse a oírnos cantar una canción? —preguntó una orquídea.

El grupo siguió el consejo de Alex al pie de la letra y continuó avanzando entre las flores sin hacer contacto visual. Mantuvieron los ojos fijos en el suelo hasta que salieron del jardín.

—Si no he visto eso antes en una pesadilla, sin dudas ahora lo haré —comentó Conner.

Alzaron la vista, y sus corazones latieron de entusiasmo. A lo lejos, al límite de un bosque de árboles muy altos, vieron al Conejo Blanco. Se había detenido para mirar su reloj.

—¡Oh, cielos, llegaré tarde! —dijo el conejo con frenesí—. ¡Debo apresurarme a llegar al castillo antes de que la reina parta!

Salió disparado hacia el bosque y ellos lo persiguieron. El conejo avanzó saltando por un sendero pavimentado, pero era muy difícil seguirlo ya que el camino tenía vida propia. Giraba de costado, hacía bucles de arriba abajo, serpenteaba por encima de los árboles y a veces terminaba sin motivo alguno, y el grupo tenía que dar la vuelta y buscar otro modo de avanzar.

Por desgracia, perdieron el rastro del Conejo Blanco y este desapareció de la vista. Tomaron el sendero en la última dirección en la que vieron al animal y llegaron a una bifurcación. El camino se dividía en dos direcciones distintas y había un gran tenedor de plata clavado en el suelo.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Conner.

—No lo sé —respondió Alex—. Tal vez tengamos que pedir indicaciones.

—Pero dijiste que no confiáramos en nadie aquí —replicó Peter.

—Lo sé, pero ahora no tenemos muchas opciones. Tomaremos el camino que va a la derecha y le pediremos indicaciones a la primera persona, planta o animal que veamos.

Siguieron el sendero de la derecha, salieron del bosque y notaron que estaban ingresando en un bosque de otro tipo.

Había setas por todas partes. Los tamaños variaban desde las setas normales hasta la magnitud de una casa. Había hongos con lunares, hongos a cuadros, hongos arcoíris y hongos con cualquier diseño y color imaginable.

—¡Este lugar es de locos! —exclamó Conner.

Un hedor inundó el aire mientras continuaban avanzando en el bosque de setas.

—Reconozco ese olor —comentó Mamá Gansa—. ¡Me recuerda a Marruecos!

Supusieron que alguien debía estar causándolo, así que siguieron el aroma y salieron del camino. Después de un rato, hallaron la fuente del olor y no podían creer lo que veían.

En medio del bosque de setas, encontraron a una oruga enorme holgazaneando sobre un hongo y fumando un narguile. El insecto gigante era azul con manchas oscuras y muy obeso, incluso para una oruga. Tenía las

antenas envueltas alrededor de la cabeza como un turbante. Los ojos de la oruga estaban vidriosos, como si estuviera a punto de quedarse dormido, y exhalaba anillos de humo en el aire.

—Disculpe, ¿señor Oruga? —dijo Alex acercándose a la seta—. Espero que no estemos molestándolo, pero ¿podría ser tan amable de indicarnos en qué dirección está el Castillo de Corazones?

—¿Quiénes son? —le preguntó la oruga al grupo con voz somnolienta.

—Me llamo Alex; él es mi hermano, Conner, y ellos son nuestros amigos: Mamá Gansa, Lester, el señor Hojalata y Peter.

—¿Qué son? —preguntó la oruga.

—Pues, todos somos diferentes —dijo ella—. Yo soy una chica, ellos dos son chicos, ella es una anciana, él es un ganso y él un hombre hecho de metal.

—Distintos, pero iguales —rio la oruga.

—¿Eh?

—Distintos, pero iguales —repitió, pero le resultó igual de gracioso la segunda vez—. O eso parece.

Alex volteó hacia los demás, pero ninguno tenía idea de a qué se refería la oruga.

—Me temo que no comprendo —dijo ella.

—Perdidos —afirmó la oruga.

—¿Fue una pregunta? —inquirió Alex.

—Es una pregunta para ti, pero un hecho para mí.

Alex estaba tan confundida que sacudió la cabeza. Los demás sentían que la cordura partía de sus cerebros solo por estar cerca de la oruga.

—Esto marcha genial —dijo Conner poniendo los ojos en blanco de modo exagerado—. Este gusano está claramente loco; encontremos a alguien que realmente pueda ayudarnos.

—Permitan que yo me ocupe de esto, niños —dijo Mamá Gansa—. No está loco: el narguile hace que tenga el cerebro somnoliento. Quizás lo comprenda si logro ponerme a su nivel.

Mamá Gansa se acercó a la oruga y tomó asiento junto a él en la seta esponjosa.

—¿Puedo? —preguntó y señaló el narguile.

La oruga se lo entregó y Mamá Gansa fumó. Después de unos minutos, los ojos de la mujer estaban vidriosos como los de él, y ella también hablaba completamente con sinsentidos.

—¿Quién eres? —le preguntó Mamá Gansa a la oruga.

—Lo que soy —dijo él.

—¿Dónde estás? —inquirió ella.

—Aquí contigo —respondió la oruga.

—¿Y si aquí fuera el Castillo de Corazones? —preguntó Mamá Gansa.

—Estaríamos allí —afirmó él.

—Pero ¿dónde? —preguntó ella.

—En el castillo —dijo él.

—Ah, entonces allí sería aquí —declaró ella y ambos asintieron.

—Aquí estaría a la izquierda —la oruga asintió.

—¿Yo estoy a la izquierda? —preguntó ella.

—Tú eres la que está bien, claro.

—Pero lo que está bien está mal.

—Y lo que está a la izquierda está bien.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Mamá Gansa—. Muchísimas gracias, señor Oruga.

Los demás los miraron completamente atónitos. Mamá Gansa bajó de un salto de la seta y caminó sin prisa hacia ellos.

—La oruga dice que regresemos a la bifurcación y tomemos la izquierda —afirmó ella.

—¿Dijo eso? —preguntó Alex.

—Todo está en las palabras clave —explicó Mamá Gansa—. Solía ser amiga de un sultán que también disfrutaba del narguile. Lester, necesitaré que me cargues el resto del camino: estoy terriblemente cansada.

Salieron del bosque de setas, regresaron a la bifurcación en el sendero, y viajaron hacia la izquierda en lugar de a la derecha. Siguieron el camino a través del País de las Maravillas hasta que encontraron un cartel de Castillo de Corazones, que señalaba una calle que subía por una colina muy empinada. Una estructura inmensa yacía sobre la cima de la colina. Las ventanas tenían forma de corazón y las banderas que ondeaban desde las torres también poseían corazones.

—¡Allí está! —dijo Alex—. ¡Es el castillo de la Reina de Corazones!

Subieron corriendo por la colina y llegaron a los jardines de la reina.

Había rosales por doquier. La mayoría de las rosas eran rojas, otras eran blancas y algunas parecían una mezcla de las dos. Después de inspeccionarlas un poco más, los mellizos notaron que todas las rosas rojas habían sido pintadas. Recién en aquel momento se dieron cuenta de que el jardín estaba plagado de latas de pintura y pinceles. Parecía como si el proyecto se hubiera interrumpido de forma abrupta… y los mellizos estaban bastantes seguros del por qué.

—Entremos al castillo —indicó Alex—. Quizás la Reina de Corazones y sus soldados naipe aún están allí.

Cruzaron el puente levadizo e ingresaron al Castillo de Corazones. Para el deleite del Leñador de Hojalata, había corazones en todas partes. Las alfombras estaban cubiertas de corazones, el empapelado era de corazones y toda la decoración, también. Incluso las puertas y los arcos de todo el castillo tenían forma de corazón.

—Cielos, es como si el Día de San Valentín hubiera vomitado aquí dentro —comentó Conner.

A pesar de la decoración, el castillo les resultó muy desalentador. Al igual que en la morada de la Bruja Malvada, no hallaron ni un alma.

—¡No hay nadie! —dijo Alex y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Otra vez llegamos demasiado tarde! ¡El tío Lloyd ya se ha llevado a todos! ¡Nunca lo alcanzaremos!

—Sí, lo haremos —replicó Conner—. Aunque tengamos que viajar dentro de cada libro que se ha escrito jamás, lo encontraremos y detendremos a su ejército. Mantengamos los ojos abiertos en busca de un libro: puede haberlo guardado en cualquier parte.

Todos buscaron en cada rincón del castillo, pero regresaron con las manos vacías. Recorrieron un largo pasillo y atravesaron unas inmensas puertas dobles con forma de corazón.

La habitación detrás de las puertas era colosal y cuadrada. Había un trono gigante en un extremo y una plataforma grande en el centro con un hacha en forma de corazón apoyada sobre ella. Sobre ellos, la sala estaba repleta de hileras e hileras de bancas. Tenía el tamaño suficiente para miles de personas.

—¿Qué es este lugar? ¿Un estadio? —comentó Conner.

—Es una corte —respondió Alex—. Aquí debe ser donde la reina decapita personas.

Alex se acercó al trono y pateó algo accidentalmente. Un objeto llano se deslizó por el suelo. La chica miró hacia abajo y vio que era un libro. Tenía una sobrecubierta azul y se titulaba Colección de cuentos de hadas.

—¡Lo encontré! —les informó Alex a los demás—. ¡Es la colección de la que Roja hablaba! Conner, ¡ya han regresado al mundo de los cuentos de hadas!

Los mellizos sintieron náuseas. Su tío había tenido éxito. Había formado el ejército de villanos literarios con el que había soñado desde que era un niño y ahora lo lideraba hacia el mundo de los cuentos de hadas para destruirlo.

—De acuerdo, tenemos que regresar lo antes posible —dijo Conner—. Recién deben haber entrado en el mundo de los cuentos de hadas: no pueden haber llegado muy lejos. Nos reagruparemos con Jack, Ricitos de Oro y Roja e iremos directamente con el Consejo de las Hadas. Les mostraremos a Peter y al Leñador de Hojalata… ¡Tendrán que creernos! Uniremos los ejércitos de los reinos y derrotaremos a nuestro tío.

Alex abrió Colección de cuentos de hadas, y un haz de luz brillante brotó de sus páginas.

—Ahorraremos tiempo si nos separamos —indicó Alex—. Mamá Gansa y yo iremos con el Consejo de las Hadas y les mostraremos al Leñador de Hojalata y a Peter. Conner, viaja de regreso al País de Nunca Jamás y a Oz y reúne a los demás. Después, vuelve a la cueva y comienza a advertirles a los reinos acerca de lo que vendrá.

Todos asintieron. Era la mejor estrategia que podían planear dado el tiempo y las circunstancias. Conner tomó su copia de Alicia en el País de las Maravillas de la montura de Lester.

—Alex, ten cuidado —dijo Conner, y abrazó a su hermana.

—Tú también —respondió ella.

Alex, Mamá Gansa y Lester viajaron rápidamente dentro del haz de luz y desaparecieron del Castillo de Corazones.

Conner abrió Alicia en el País de las Maravillas. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de poner un pie de regreso en el País de Nunca Jamás, una criatura alada revoloteó por la sala y robó el libro.

—¿Qué rayos fue eso? —preguntó Conner.

La criatura desapareció tan rápido como había aparecido. Conner miró por la sala, pero no vio nada. La criatura reapareció un instante después y robó la colección de cuentos justo cuando el Leñador de Hojalata y Peter estaban a punto de seguir a Alex y a Mamá Gansa dentro del libro.

Una risa siniestra resonó por la sala, pero no provenía de ninguno de ellos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Peter.

—No estamos solos —dijo Conner. Sentía que el corazón se le saldría del pecho. Estaba tan aterrorizado de decirlo como ellos de escucharlo.

Un ruido sordo resonó en la sala. Tal como la condensación que se evapora de una ventana, un escudo de invisibilidad desapareció y reveló a miles y miles de figuras que habían estado dentro de la corte todo el tiempo. Después de todo, Lloyd y su ejército de villanos aún no habían viajado al mundo de los cuentos de hadas: estaban allí.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Lloyd—. Parece que mis sobrinitos valientes han hecho un gran viaje en vano.

El tío de Conner apareció junto al trono. Estaba de pie con el Capitán Garfio, la Reina de Corazones y la Bruja Malvada del Oeste.

El Capitán Garfio era un hombre alto con cabello largo, oscuro y rizado. Vestía un gran sombrero negro y un abrigo pesado con hombros inmensos. Como su fama indicaba, le faltaba la mano derecha y había sido reemplazada por un garfio de metal afilado.

La Reina de Corazones era una mujer espantosa. Tenía una cabeza anormalmente grande y una boca amplia, y su rostro estaba enrojecido de un modo desagradable todo el tiempo. Llevaba una corona de oro y un atuendo grande y nada favorecedor con diseños de corazones irregulares. Su cetro y todas sus joyas también tenían forma de corazón.

La Bruja Malvada del Oeste era baja y enérgica. Tenía un gran ojo visible y otro cubierto con un parche. Llevaba su cabello delgado peinado en tres trenzas y usaba un gorro dorado y puntiagudo que le permitía controlar a los monos voladores. Sostenía un paraguas mágico y lo utilizaba como bastón al caminar.

Los asientos sobre ellos estaban llenos de subordinados infames que alentaban a sus respectivos comandantes.

Había miles de hombres y mujeres de armadura amarilla que conformaban el ejército winkie. Tenían la vista perdida en el espacio, como si la Bruja Malvada les hubiera lavado el cerebro. Los lobos, los cuervos, las abejas y los monos voladores de la bruja estaban de pie y revoloteaban entre ellos.

Había cientos de piratas. Todos eran hombres de aspecto monstruoso y desaliñado. El infame ayudante de Garfio, el señor Smee, estaba entre ellos. Era un hombre extraño, gordo y con principio de calvicie, con una barba gris y pantalones a rayas azules.

Los soldados naipes de la Reina de Corazones también estaban apostados a través de la corte. Medían dos metros y medio de alto y uno de ancho. Llevaban números y símbolos de corazones, tréboles, picas y diamantes. El Conejo Blanco se encontraba entre ellos, y estaba tan aterrorizado de las criaturas a su alrededor que se cubría los ojos con sus orejas.

Si todos los niños del Otromundo combinaran sus pesadillas, estarían de pie allí donde Conner se encontraba. La Bruja Malvada golpeó su paraguas contra el suelo, lo que generó el ruido sordo que habían oído antes, y un mono volador aterrizó junto a Lloyd. El mono le entregó las copias de Alicia en el País de las Maravillas y de Colección de cuentos de hadas.

—Has cometido un grave error —le dijo Conner a su tío—. En cuanto Alex se dé cuenta de que aún no has entrado al mundo de los cuentos de hadas, sabrá que algo anda mal. Regresará con las hadas.

Lloyd rio.

—Lamentablemente, Alex nunca regresará del lugar al que la envié —le quitó la sobrecubierta al libro y Conner vio que no coincidían. ¡Había enviado a Alex a otra historia!

—¿A dónde la enviaste? —gritó Conner.

—Eso ya no tiene importancia —dijo Lloyd—. Lo que importa ahora es a dónde enviaré al resto de ustedes.

—Yo digo ¡QUE LES CORTEN LA CABEZA! —gritó la Reina de Corazones.

—Se lo dije, Su Majestad, puede cortar todas las cabezas que quiera cuando conquistemos el mundo de los cuentos de hadas —replicó Lloyd—. Tengo algo aún mejor planeado para estos tres.

Lloyd le hizo un gesto con la cabeza a la Bruja Malvada y ella volvió a golpear su paraguas contra el suelo. Seis monos voladores descendieron y sujetaron a Conner, al Leñador de Hojalata y a Peter de los brazos. Se alzaron con ellos en el aire y todo el ejército de villanos rugió de placer.

El tío de Conner extrajo otro libro y el frasco que contenía la poción azul del bolsillo de su solapa. Colocó el libro en la plataforma que estaba en medio de la corte y vertió la poción sobre el objeto. Un haz de luz resplandeció del interior del libro y se proyectó al techo.

—¡Nunca te saldrás con la tuya! —dijo Conner.

—Pero ya lo he hecho —replicó Lloyd con una sonrisa amenazante—. ¡Láncenlos dentro!

—¡NOOOOOO! —gritó Conner.

Los monos voladores soltaron a Conner, al Leñador y a Peter en el haz de luz y estos desaparecieron del Castillo de Corazones. El ejército de villanos estalló en aplausos.

Lloyd apiló el libro en el que había ingresado engañada Alex sobre el libro en el que lanzó a Conner, y los colocó sobre la copia de sus sobrinos de Alicia en el País de las Maravillas. Le hizo otro gesto con la cabeza a la Bruja Malvada. Un géiser de fuego brotó de la punta de su paraguas y ella quemó los libros hasta que no quedó nada más que una pila de cenizas.

Aquella acción enfureció al Capitán Garfio, por lo que enganchó el cuello de la camisa de Lloyd con su garfio.

—¡Dijiste que yo sería quien mataría a Peter Pan! —gritó en el rostro de Lloyd—. ¡Ese fue nuestro trato!

—James, tranquilízate —replicó el tío Bailey—. Solo lo puse en un lugar del que no puede escapar por ahora. Cuando tus hombres y tú me hayan ayudado con éxito a conquistar mi hogar, traeré al niño para ti.

El Capitán Garfio lo soltó y Lloyd le dio una palmada en el hombro. Garfio no estaba convencido de que Lloyd fuera a cumplir con su palabra, pero solo el tiempo diría si estaba en lo cierto o no.

Lloyd se puso de pie sobre la plataforma para dirigirse al ejército entero.

—¡El momento ha llegado! —gritó—. Ahora que los niños se han ido, ¡no habrá nada que proteja a los reinos del mundo que es mi hogar! ¡Regresaremos al barco y levaremos anclas de inmediato! ¡Juntos, conquistaremos el mundo de los cuentos de hadas y destruiremos cualquier cosa que se interponga en nuestro camino!

Los villanos rugieron, aprobando su discurso. Lloyd miró con orgullo el ejército que había conformado. Toda su vida lo había llevado a ese momento. El niño cuyos poderes habían sido arrebatados ahora era el hombre más poderoso del universo. Había logrado lo imposible, y nada lo detendría.

—Pero primero —añadió Lloyd—, para asegurar la victoria, hay otra historia de la que me interesa reclutar soldados… Tenemos que hacer una última parada.



Capítulo veinte

La cafetería de los cuentos de hadas

Ya había salido de la escuela y, en lugar de pasar tiempo con sus amigos como su madre le había insistido, Bree estaba sentada sola en una mesa de una cafetería. Bebía un batido de vainilla de a sorbos, y observaba la carta escrita por Cornelia Grimm que había hallado en el ático. Esperaba que, al leerla una y otra vez, pudiera descubrir algo nuevo que respondiera una de las tantas preguntas que daban vueltas en su mente. Por desgracia, no había pistas ni mensajes subliminales que encontrar.

Bree tomó un descanso de sobreanalizar la carta y observó al personal de la cafetería a su alrededor. Esa tarde había dos meseras en el lugar, pero solo una parecía trabajar. Esperaba a los clientes al tiempo que hacía otras cosas, mientras que la otra permanecía sentada en el mostrador tomando notas de un grueso libro de texto.

—Petunia, la orden para la mesa cuatro está lista —le dijo la trabajadora a la otra.

—Rosemary, por vigésima vez, te dije que estoy estudiando para mi examen de zoología —replicó Petunia.

—Estoy ocupada con las mesas dos y siete —dijo Rosemary—. ¡Tu tarea puede esperar un minuto!

Bree sabía que las meseras debían ser hermanas. Hablaban entre sí exactamente como lo hacían Bree y sus hermanas. Miró el menú, y su sospecha se confirmó. En letras negras y grandes, se leía:

LA CAFETERÍA DE LOS CUENTOS DE HADAS
ESTABLECIMIENTO FAMILIAR

Cuando Bree decidió ir a dar un paseo después de la escuela y se encontró con la cafetería, obviamente tuvo que visitarla. El lugar estaba lleno de chucherías y arte caricaturesco de los cuentos de hadas, pero aún tenía la vibra clásica de 1950, completa con una rocola.

—Entonces es una Hamburguesa de Ogro jugosa, una Ensalada de Frijoles con salsa *ranch*, un Sándwich Cenicienta con Pan Blancanieves, tres Patatas rizadas Encantador al estilo Goblin, la Entrada de la Rueca para comenzar y el Pastel de la Casita de Jengibre de postre —dijo Rosemary repitiendo el pedido ante la familia de la mesa siete—. ¿Eso es todo?

Bree nunca antes había oído hablar de aquel lugar, y para su no asombro, le resultó muy acogedor. Deseaba aún estar en contacto con Alex y Conner para poder contarles acerca de la cafetería.

—Petunia, ¿en serio? —dijo Rosemary cuando descubrió que su hermana no se había movido del mostrador—. ¡La comida de la mesa cuatro se enfría! ¡Con razón te echaron del hospital veterinario!

—¡Cómo te atreves! —replicó Petunia—. ¡Sabes perfectamente bien que renuncié para volver a estudiar!

Una mujer mayor salió de la parte trasera de la cantina.

—¡Chicas, dejen de discutir! —ordenó—. Yo le llevaré la comida a la mesa cuatro —la mujer era autoritaria, pero había cierta resignación en su enojo, así que Bree asumió que ella debía ser su madre.

La madre entregó el pedido en la mesa. En su camino de regreso, Bree le llamó la atención. Ambas se atrajeron mutuamente de inmediato, como si se hubieran conocido en otra vida.

—¿Estás disfrutando tu Batido Medianoche? —preguntó la mujer.

—Está delicioso, gracias —respondió Bree.

—¿Puedo ofrecerte unas Patatas rizadas Encantador o Tres Cerditos Envueltos? La casa invita —dijo ella.

—No, gracias. Nunca antes he visto este lugar. ¿Es nuevo?

—El mes entrante las chicas y yo celebraremos nuestro segundo año en el negocio —informó la mujer—. Nunca creí que sería dueña de un restaurante a esta altura de la vida, pero nos ha mantenido entretenidas.

Era muy fácil hablar con la mujer. Había pasado un tiempo desde que Bree estuvo interesada en una conversación.

—¿Por qué eligieron el tema de los cuentos de hadas? —preguntó Bree.

—Queríamos algo que nos recordara a nuestro hogar. Los cuentos de hadas tienen un lugar especial en nuestro corazón.

Bree sin dudas podía sentirse identificada.

—Conozco el sentimiento.

La mujer tomó asiento en el lugar vacío frente a la chica.

—Me llamo Iris, ¿y tú?

—Bree Campbell —le estrechó la mano a Iris—. Un placer conocerte.

—Disculpa que me entrometa, pero ¿qué estás leyendo? —preguntó la mujer, y señaló la carta.

—Es una carta que encontré, que le escribieron a mi abuela hace mucho tiempo —respondió Bree.

—Oh —dijo Iris—. ¿Y es importante para ti?

—Algo así. He estado pensando mucho acerca de la familia últimamente, y responde algunas de las preguntas que han estado dando vueltas en mi cabeza.

—Toda familia debe tener algunos buenos misterios —comentó Iris—. ¿Puedo verla?

Bree deslizó la carta sobre la mesa. Iris se colocó sus gafas de lectura y la leyó.

—Hermosa caligrafía —dijo—. Sin dudas ya no le enseñan a nadie a escribir así —el nombre del remitente pareció intrigar a Iris tanto como había intrigado a Bree—. ¿Cornelia Grimm es prima de tu abuela?

—Creo que sí —respondió Bree—. Por desgracia, mi abuela no está viva para confirmarlo.

—Grimm es un apellido poco usual, ¿verdad? ¿Está relacionada de algún modo a los hermanos Grimm, por casualidad?

—De hecho, eso es exactamente lo que estoy intentando averiguar —explicó Bree—. Si aún está viva, quiero encontrar a esta mujer, Cornelia, y preguntárselo, pero mis padres nunca me permitirán hacerlo. Las cosas se tornaron algo alocadas la última vez que fui de viaje.

Aquello le resultó bastante curioso a Iris.

—Pareces muy interesada en la posibilidad de que estén relacionados. ¿Acaso una relación con los hermanos Grimm significaría más para ti que solo el derecho a fanfarronear? —preguntó la mujer.

Bree no sabía cómo explicárselo sin sonar como una completa lunática.

—Significaría… Significaría… —dijo, luchando por hallar las palabras correctas—. Supongo que sentiría que tengo un poquito de magia en alguna parte de mi interior. Me haría sentir como si formara parte de algo más

importante que yo misma… como si estuviera destinada a cosas más grandiosas de las que soy consciente.

—Espero que te sientas de ese modo más allá de cualquier asociación —dijo Iris.

—Es más que una asociación —añadió Bree—. Aclararía las cosas, me ayudaría a comprender a dónde pertenezco y me daría un propósito. Sé que suena como una locura, pero me preocupo constantemente de que si no lo averiguo, me torturará para siempre. Y vivir con ese miedo ha comenzado a cambiarme. Estoy menos interesada en la escuela, ignoro a mis amigos y soy más mala con mis hermanitas de lo que he sido antes. Es como si no pudiera disfrutar nada hasta que lo descubra.

No podía creer que acababa de soltar tanta información delante de un extraño. Había estado tan comprimido en su interior, que había salido a la luz en cuanto comenzó a hablar al respecto.

—Lo siento —rio Bree—. Sueno como una típica adolescente: tantos sentimientos y tan poco tiempo.

Iris la comprendía más de lo que Bree sabía. Aquello era más que solo una cuestión de ADN: Bree estaba en un sendero delicado de autodescubrimiento.

—No querrás pasarte la vida en busca de trascendencia —le aconsejó Iris —. Solo te guiará a los errores. Aquellos errores te harán dura y amargada. Comenzarás a resentir a las personas que han encontrado la felicidad. Darás miseria, esperando que eso destruya la tuya, pero no lo hará. Si tienes la oportunidad de validar algo en tu interior, entonces hazte un favor y toma esa oportunidad. No querrás vivir con una parte de tu corazón faltante: te convertirá en un monstruo. Es mejor ser el héroe de tu propia historia que convertirte en el villano de la historia de alguien más.

—Entonces ¿crees que debería hallar a esta mujer, Cornelia? —preguntó Bree.

—Si te traerá tranquilidad, te recomiendo que lo hagas —respondió Iris —. Aun si no obtienes las respuestas que estás buscando, nunca te envenenará el arrepentimiento.

Bree la comprendía y concordaba con ella, pero al ser una adolescente, lo que podía hacer estaba limitado.

—Pero vive en Connecticut —dijo Bree—. Es imposible que llegue allí sola.

Iris alzó una ceja traviesa.

—¿En qué parte de Connecticut?

—En Willow Grove —respondió Bree—. ¿Has oído hablar de él?

Iris miró el sello postal en el sobre.

—Qué coincidencia —comentó—. Los bollos azucarados que llamamos Pan Blancanieves provienen de una fábrica en Connecticut. No está en Willow Grove, pero el código postal luce bastante familiar.

Iris le guiñó un ojo a Bree, pero ella no comprendía a dónde iba su punto.

—El camión de las entregas llegará el próximo viernes —dijo Iris—. Siempre somos su última parada de la semana antes de regresar a la fábrica. El encargado de la entrega es agradable, pero se distrae con mucha facilidad. Le gusta mucho mi hija Petunia.

Bree no podía creerlo. ¿Acaso Iris estaba implicando lo que creía?

—Iris, ¿estás intentando que me escabulla hasta Connecticut en un camión de repartos? —preguntó Bree y no pudo evitar sonreír ante la idea.

—No tengo absolutamente la menor idea de qué está hablando, señorita Campbell —dijo Iris y se puso de pie—. Pero te traeré otro Batido Medianoche mientras lo piensas.



Capítulo veintiuno

El mago y su aprendiz

Alex se preparó mientras las palabras de Colección de cuentos de hadas formaban el mundo a su alrededor. No tenía idea de a qué parte del mundo de los cuentos la llevaría el libro ni en qué embrollo podría caer, así que se preparó para lo peor.

Solo esperaba poder llevar a Peter y al Leñador de Hojalata frente al Consejo de las Hadas antes de que el ejército de villanos causara daños.

Un cielo nublado apareció sobre ella. Las colinas verdes se extendían hacia el horizonte y estaban cubiertas de piedras y rocas. Había un bosque de árboles espesos y cubiertos de moho a lo lejos. El aire era salobre y Alex podía ver el océano cerca, del otro lado de un gran acantilado.

Alex estaba sola en el área, así que por el momento se sentía a salvo, pero no tenía idea de dónde se encontraba. Conocía el paisaje de cada reino de memoria, así que estaba segura de que sabría exactamente dónde se encontraba en cuanto llegara. Sin embargo, no había nada que reconociera en el terreno y la zona era un completo misterio para ella.

Mamá Gansa y Lester también salieron del País de las Maravillas temiendo lo peor. Embistieron en la escena con los puños y las alas en alto pero se relajaron rápido cuando vieron que no había nadie con quien pelear. El nuevo entorno también los confundió y miraron la tierra con curiosidad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mamá Gansa.

—No tengo idea —dijo Alex—. Creí que había visitado cada parte del mundo de los cuentos de hadas, pero nunca antes he estado en este lugar.

Inspeccionaron el área y buscaron pistas mientras esperaban que el Leñador de Hojalata y Peter salieran del haz de luz, pero no aparecieron pistas ni sus amigos.

—Qué extraño. Me pregunto qué estará retrasándolos.

Alex se acercó a la colección de cuentos y justo cuando estaba por asomar la cabeza dentro del haz de luz, este desapareció. Un momento después, el libro ardió en llamas y ella retrocedió de un salto. En cuestión de pocos segundos, el fuego lo consumió y solo quedaron cenizas.

—¿Qué rayos acaba de suceder? —preguntó Mamá Gansa.

—Deben haber destruido el libro en el País de las Maravillas —respondió Alex—. Pero ¿por qué lo quemarían? Se suponía que el Leñador y Peter nos seguirían.

Los mellizos habían organizado su plan tan rápido, que a Alex le preocupaba que ella o su hermano se hubieran entendido mal. Pero no había nada que pudiera haberlos llevado a destruir el libro. Ambos sabían que era la forma de que Peter y el Leñador de Hojalata ingresaran al mundo de los cuentos de hadas, y que los dos personajes literarios debían convencer al Consejo de las Hadas de la existencia del ejército de su tío.

Alex miró el entorno desconocido que los rodeaba y una idea muy perturbadora apareció en su mente. El color desapareció de su rostro. Se le aflojaron las rodillas y cayó al suelo. Estaba temblando y sentía que su corazón latía en el fondo de su estómago.

—Ay, no —dijo con un grito ahogado.

—Alex, ¿qué ocurre? —preguntó Mamá Gansa—. Luces como si hubieras olvidado que dejaste a un niño en una tienda.

—¡Peter y el Leñador no se reunirán con nosotros en el mundo de los cuentos de hadas porque no estamos en el mundo de los cuentos de hadas! —exclamó Alex—. ¡Nos han engañado! ¡Nuestro tío sabía que estábamos siguiéndolo y nos engañó para que ingresemos en la historia incorrecta!

Mamá Gansa empalideció y Lester bajó tanto la cabeza que por poco tocó el suelo. No querían creerlo, pero aquello explicaba por qué ninguno reconocía el lugar donde estaban.

—¿Cómo regresamos? —preguntó Mamá Gansa.

—No podemos —dijo Alex—. ¡El libro funciona como la entrada y la salida de cada historia! ¡Estamos atrapados sin él!

—Pero Conner y los otros deben haber visto que destruyeron el libro —replicó Mamá Gansa—. ¡Sabrán que nos han abandonado!

—Quizás —dijo Alex—. ¡A menos que algo también les haya ocurrido a ellos! ¡Por lo que sabemos, podrían estar atrapados en otra historia!

Alex rompió en llanto. No podía creer que su viaje hubiera tomado un giro tan miserable. Habían sido tan cuidadosos hasta ese momento y ahora

estaban atrapados, tal vez para siempre.

Mamá Gansa decidió que Alex ya había entrado en pánico lo suficiente por las dos. Respiró hondo e intentó ser optimista jugando al abogado del diablo.

—No hay modo de saber qué le ocurrió a tu hermano —dijo—. Pero es muy posible que haya llegado al País de Nunca Jamás a salvo y que estemos preocupándonos por nada. Y si lo hizo, cuando llegue al mundo de los cuentos de hadas con los demás, no tardarán en notar que algo nos sucedió a nosotras. Aun si él no lo hace, no tengo duda alguna de que alguien nos encontrará. Puede llevar tiempo, y quizás interrumpa nuestros planes, pero te prometo que no estaremos atrapadas aquí para siempre.

Mamá Gansa extrajo un pañuelo de su bolsillo y secó las lágrimas de Alex. La chica le dedicó una sonrisita y asintió.

—Tienes razón —dijo sorbiéndose la nariz—. Esto no es por tiempo indefinido, es solo un retraso.

—Esa es mi chica —asintió Mamá Gansa—. Dado que estamos aquí, ¿por qué no averiguamos dónde es aquí? Sin dudas espero que haya una taberna en alguna parte de esta historia: necesitaré un trago.

Mamá Gansa ayudó a Alex a ponerse de pie y juntas se adentraron en el terreno, buscando evidencia que les indicara en qué historia estaban varadas.

Caminaron por un bosque que se extendía por kilómetros. Los árboles eran antiguos y crecían hacia el cielo. Sus raíces eran enormes y habían desequilibrado el suelo completamente, lo que hacía que fuera difícil avanzar. Por desgracia, el bosque estaba vacío y no les ofreció nada que las tranquilizara.

—Caminar no está ayudándonos en nada —dijo Mamá Gansa—. Lester, veamos si podemos hallar algo desde el cielo. Alex, continúa investigando el bosque. Enseguida regresamos.

Montó el lomo de Lester y ambos volaron por encima de los árboles y desaparecieron en el cielo nublado.

Alex tomó asiento sobre la raíz de un árbol mientras esperaba. Sentía que estaba ingresando en otra espiral de desesperación, e intentó resistirse. Amargarse por la situación no resolvería nada, pero mantener el optimismo era un gran desafío. Afortunadamente, su vacilación fue interrumpida por un sonido que provenía del bosque: eran pasos que se dirigían directo hacia ella.

«¿Mamá Gansa?», preguntó Alex. «¿Eres tú?».

Los pasos continuaron, pero no había rastros de Mamá Gansa ni de Lester. El sonido resonaba entre los árboles, así que Alex no podía saber de qué

dirección provenían, pero sin dudas estaban acercándose más. Se puso de pie y miró a su alrededor, esperando que el dueño de las pisadas pudiera ayudarla a precisar su ubicación.

Alex subió a un montículo empinado y chocó contra un hombre que corría en dirección opuesta a ella. Ambos cayeron de la roca y aterrizaron uno sobre otro en una zanja poco profunda. Alex gritó y los dos se pusieron de pie de inmediato.

El hombre era alto y musculoso. Llevaba puesta una camisa roja, un chaleco de cuero color café y el yelmo de un caballero. Cargaba un escudo y una espada de madera.

—Discúlpeme, señorita —le dijo y se quitó el yelmo para mirarla a los ojos—. ¿Está herida?

Alex no estaba segura: él era tan atractivo que quedó completamente entumecida. El hombre solo tenía uno o dos años más que ella. Su cabello era corto y rubio, y Alex se perdió de inmediato en sus ojos azules.

—Señorita, ¿está herida? —preguntó de nuevo.

—Naestoybien —balbuceó Alex; fue lo único que logró pronunciar.

—Oh, no habla inglés… ¡NO TEMA, VENGO EN PAZ! —gritó haciendo gestos exagerados.

—No hablar inglés no me hace sorda —replicó Alex en tono juguetón. Su propia réplica le sorprendió: acababa de conocer al hombre y ¡ya estaba coqueteando con él!

—Bonita y astuta, ya veo —dijo él, sonriendo.

Alex comenzó a sonrojarse justo cuando un rugido estrepitoso provino del bosque. Aparentemente, el hombre había estado huyendo de una criatura que acababa de alcanzarlo. Alex estaba aliviada: con suerte, el hombre creería que se había sonrojado porque estaba asustada.

—Discúlpame un momento —dijo él y colocó de nuevo el yelmo sobre su cabeza.

Salió de la zanja y Alex lo siguió. Un inmenso oso negro estaba de pie apenas a pocos metros de ellos. Alzó sus garras y mostró los dientes. El animal rugió de nuevo y el sonido fue tan fuerte que Alex y el hombre por poco caen de nuevo dentro de la zanja.

—Yo me ocuparé de esto, no te preocupes —afirmó el hombre.

Alex no estaba en absoluto preocupada. Podía convertir al oso en un caniche inofensivo solo con chasquear los dedos de ser necesario. El oso los atacó y el hombre bloqueó sus garras con el escudo. Alex tomó asiento junto a un árbol y observó la batalla: era mucho más entretenido que usar magia.

—¡Recuerda que siempre debes estar un paso delante de tu enemigo! —dijo una voz etérea que resonó entre los árboles. Alex miró el bosque, pero no vio a quién pertenecía o de dónde venía. ¿Quizás era un espíritu?

El hombre parecía seguir el consejo de la voz. Utilizó la cabeza del oso como una tabla de apoyo y saltó en el aire. Sujetó una rama y subió al árbol.

—¡Dije un paso DELANTE, no ARRIBA! —aclaró la voz misteriosa.

El oso trepó el árbol, persiguiéndolo. Quebró las ramas mientras avanzaba, lo que hacía que al hombre le resultara imposible descender.

—¡Cuando estés en problemas, utiliza tu entorno como herramienta!

El hombre escaló hasta la cima del árbol y el oso lo siguió. El árbol se dobló debido al peso de ambos. El hombre esperó hasta que el oso estuviera justo detrás de él y luego bajó de un salto. El árbol lanzó al oso hacia el bosque como una catapulta, y el animal cayó en el suelo a pocos metros de distancia.

Alex aplaudió para el hombre y él le hizo una reverencia breve. El oso estaba enfurecido y respiraba agitado a través de sus orificios nasales ensanchados. Se puso de pie y lo atacó de nuevo.

—¡Usa la furia de tu enemigo en su contra! ¡Búrlate de él hasta que esté ciego de ira!

El hombre zigzagueó entre los árboles y pateó tierra en los ojos del oso mientras lo perseguía. El animal quedó enceguecido y llevó las garras hacia los ojos para quitarse la tierra. El hombre corrió hacia él, a punto de golpearlo con su espada de madera.

—¡Nunca te dejes engañar por heridas falsas!

De pronto, el oso abrió los ojos, embistió al hombre y lo hizo volar por el bosque. El muchacho aterrizó junto al árbol donde Alex estaba sentada.

—¿Eres un caballero o algo así? —preguntó ella.

—Algo así —respondió el hombre luego de incorporarse.

—No creo que puedas ganar esta pelea con una espada de madera —dijo Alex con una sonrisa atrevida—. ¿Necesitas ayuda?

—Claro que no —replicó él, ofendido de que ella siquiera le preguntara —. Ese oso está exactamente donde lo quiero. Esta no es la primera bestia que he asesinado.

El oso corría directo hacia ellos, dispuesto a matar.

—Pero podría ser la última —dijo Alex.

El hombre apuntó su espada de madera hacia el oso, pero bien podría haber sido un mondadientes: el animal corría tan rápido que nada lo detendría.

—Y lo más importante, nunca involucres a personas inocentes en tu duelo…

La voz misteriosa fue misteriosamente interrumpida. Justo cuando el oso estaba a punto de saltar sobre el hombre y Alex, unas cadenas de metal sujetaron al animal y lo introdujeron en una gran jaula que apareció por arte de magia detrás de él.

El hombre se quitó su yelmo y observó la situación, asombrado.

—¿También estás viendo esto o me golpeé la cabeza?

Alex estaba tan sorprendida como él: su magia no estaba atrapando al oso. Ese encantamiento provenía de alguien más. Una ráfaga de viento surgió sobre ellos y alzaron la vista hacia el cielo. Mamá Gansa y Lester descendieron y aterrizaron en el bosque junto al oso enjaulado.

—¿Te dejo sola cinco minutos y por poco mueres en las garras de un oso? —comentó Mamá Gansa.

—Podría haberlo manejado de haber estado preocupada —dijo Alex.

Mamá Gansa desmontó a Lester. El hombre se puso de pie con rapidez y miró a la anciana y al ave gigante. No todos los días veía a una persona volando en el lomo de un ganso colosal.

—Lester y yo no vimos nada desde el cielo, solo más árboles… Oye, ¿quién es el galán? —preguntó Mamá Gansa cuando notó la presencia del muchacho.

—No nos hemos presentado formalmente —explicó Alex y volteó hacia él—. Soy Alex. Ellos son mis amigos, Mamá Gansa y Lester.

—Un placer, bonito —dijo Mamá Gansa y le guiñó un ojo al hombre.

—Lo mismo digo —respondió él con una sonrisa agradable—. Me llamo Arturo, y el oso que acaba de encadenar es en verdad mi amigo, Merlín.

Alex y Mamá Gansa no estaban seguras de haber oído correctamente y se miraron para confirmarlo.

—¿Acabas de decir Merlín? —preguntaron al unísono.

¡ZAS! Un remolino de tierra y hojas rodeó al oso enjaulado y la bestia desapareció. Un anciano con una larga barba plateada y cejas abundantes del mismo color apareció en el lugar de la bestia. Usaba gafas, una túnica azul y un sombrero puntiagudo a juego. Miró sus propios brazos y piernas, atónito.

—Señora, ¡ese encantamiento fue brillante! —exclamó Merlín y aplaudió a Mamá Gansa—. ¡Nunca antes he visto a alguien encantar algo con tanta facilidad!

Mamá Gansa hizo ojitos.

—Bueno, cuando has estado encantando cosas durante tanto tiempo como yo, obtienes mucha práctica —rio.

Merlín se quitó el sombrero, lo que dejó expuesta su calva, y le hizo una reverencia.

—Es un gran placer conocerla —dijo él y besó la mano de la mujer—. ¡Es una diosa de la hechicería!

Mamá Gansa se ruborizó ante el cumplido, incluso más de lo que se había sonrojado Alex antes. Lester puso los ojos en blanco y apartó la vista.

Alex no podía creer lo que veía y oía. ¿Acaso los personajes legendarios de El rey Arturo realmente estaban de pie frente a ella? Tenía que aclararlo antes de que fueran más lejos.

—Esperen un minuto —dijo Alex—. ¿Ustedes son Arturo y Merlín… de Camelot?

—¡Shhhh! —la calló Merlín, y cubrió con rapidez las orejas de Arturo—. ¡El chico aún no sabe eso! ¡Harás que se entere! Me resulta difícil mantenerlo centrado en las clases de combate… Espera un segundo, ¿cómo sabes acerca de Camelot?

Alex y Mamá Gansa quedaron en silencio: no sabían qué decirle. Merlín era un hechicero, después de todo; quizás podría comprender la verdad si ellas se la contaban. Arturo miró a Alex y a Mamá Gansa con una sonrisa curiosa.

—¿Puedes predecir el futuro como Merlín? —preguntó él.

—¿Disculpa? —dijo Mamá Gansa.

—Merlín me está entrenando para ser el próximo rey de Inglaterra —explicó Arturo—. Dice que está seguro de que seré el rey en el futuro porque lo ha visto en una profecía. Aunque nunca he conocido a nadie más que lo crea.

—Pues, él tiene razón —dijo Alex y recibió una mirada fulminante del hechicero—. ¡Lo siento, Merlín! No era mi intención que se enterara.

Los ojos de Arturo se iluminaron.

—Entonces es verdad —dijo—. ¡Realmente seré rey! ¡Ustedes también deben ser hechiceras!

—Técnicamente, soy un hada —replicó Alex—. Y Mamá Gansa es, bueno, no estoy segura de cómo llamarla.

—Experimentada —añadió Mamá Gansa—. Nunca me han agradado las etiquetas: y no quiero pinchar tu burbuja, Artie, pero no podemos predecir el futuro. Las personas simplemente son muy cultas de dónde venimos.

—Somos prácticamente de mundos distintos —comentó Alex con una risa nerviosa.

—¿De Avalon? —preguntó Merlín.

—No, literalmente venimos de un mundo distinto —respondió Mamá Gansa.

—¡Ah, de Francia! —dijo Merlín y asintió confiado.

Alex y Mamá Gansa suspiraron: quizás Merlín no lo entendería después de todo.

—Venimos de una dimensión diferente —explicó Alex, intentándolo una última vez—. Sé que es difícil de creer, pero estamos atrapadas en este mundo hasta que alguien descubra dónde estamos y nos rescate.

Merlín y Arturo compartían la misma expresión fascinada: la clase de expresión que Alex esperaba de las personas cuando comprendían algo.

—¿Y qué dimensión sería esa? —preguntó Merlín.

—Esperen, ¿me creen? ¿No piensan que sueno completamente loca? —preguntó ella.

—No suenas desquiciada en absoluto —replicó Arturo—. Merlín siempre ha dicho que el universo es mucho más complejo de lo que creemos, y tú lo compruebas. ¿Cómo se llama su dimensión?

—Pues, en realidad, son dos —explicó Alex—. Está el Otromundo y el mundo de los cuentos de hadas. Supongo que venimos de ambos, pero probablemente debería dejar de hablar antes de que sea demasiado tarde. Es una historia larga y complicada.

Alex se preocupó por nada: el hechicero y su aprendiz parecían muy entusiasmados por lo que ella les contaba. Conocer a Alex y a Mamá Gansa era lo más emocionante que les había ocurrido en un tiempo.

—Ambas deben venir a tomar el té, y no aceptaré un no como respuesta —dijo Merlín—. Queremos escuchar todo acerca de su mundo, o mundos, y que nos cuenten cómo llegaron al nuestro.

Alex y Mamá Gansa no tenían motivos para rechazar la invitación. Estar varadas significaba que tenían disponibilidad, y nunca antes habían tomado el té con un hechicero. Merlín le ofreció un brazo a Mamá Gansa y ella enlazó el suyo con el de él. Arturo repitió el gesto con Alex y los hombres escoltaron a las mujeres (y a Lester) por el bosque hacia el hogar de Merlín.



Merlín vivía en una cabaña modesta pocos kilómetros más adentro del bosque. Cuando Alex y Mamá Gansa cruzaron la puerta de entrada, no pudieron discernir en qué parte de la casa se encontraban: cada superficie y

mueble estaban cubiertos. Había pociones, plantas, calderos, velas y miles de libros apilados hasta el techo.

Era todo lo que uno esperaría encontrar en el hogar de un hechicero, pero también había pilas de bocetos de máquinas y artilugios muy familiares. Alex reconoció una hiladora Jenny, una máquina de coser, una máquina de escribir y un tocadiscos. Hubiera jurado que incluso vio un dibujo similar a un teléfono móvil en la colección de Merlín, pero no quería parecer chismosa. Evidentemente, aquellos eran objetos que Merlín había visto en sus visiones del futuro.

—Merlín, eres un acumulador —comentó Mamá Gansa.

—Disculpen el desorden —dijo él—. Han pasado algunos siglos desde que he tenido invitados.

Merlín chasqueó los dedos. Una escoba, un trapeador y una cubeta que estaban apoyados en una esquina cobraron vida y comenzaron a limpiar la cabaña a su alrededor. El hechicero liberó un espacio engullido por los libros y apareció una mesa enterrada debajo de ellos. Tomaron asiento, y Arturo les sirvió a todos una taza de té. Preparó una cubeta de vegetales para Lester que esperaba afuera: el ganso gigante era demasiado grande para entrar en la cabaña.

—Ahora, cuéntennos acerca del Otromundo y del mundo de los cuentos de hadas, y no escatimen en detalles —dijo Merlín.

Al principio, Alex y Mamá Gansa dieron explicaciones muy vagas. Les contaron todo acerca del mundo de los cuentos de hadas y de cómo la fallecida Hada Madrina había descubierto el Otromundo. Mamá Gansa les contó cómo ella y las demás hadas habían divulgado las historias de su hogar por el Otromundo para darles a los niños algo en qué creer. Alex explicó cómo ella y su hermano descubrieron el mundo de los cuentos de hadas por accidente al viajar a través del libro de su abuela.

Sin embargo, explicar cómo habían ingresado al mundo de El rey Arturo era difícil sin dar detalles, y las especificaciones comenzaron a aparecer por accidente. Alex les contó cómo ella y su hermano habían derrotado a la Hechicera y a la Grande Armée el año anterior y cómo habían formado la Asamblea del Felices por Siempre Jamás. Les dijo que recientemente habían descubierto que un criminal llamado el Hombre Enmascarado era en realidad su tío secreto y les explicaron cómo había robado la Poción Portal del Palacio de las Hadas.

Alex les contó que ella había sido el Hada Madrina hasta que el Consejo de las Hadas la había destituido cuando se negaron a creer que su tío era una

amenaza para los reinos. Mamá Gansa los puso al tanto de sus viajes mientras siguieron a Lloyd de historia en historia, intentando evitar que reclutara un ejército de soldados literarios, solo para terminar varadas allí.

Merlín y Arturo eran una gran audiencia. Alex y Mamá Gansa hablaron durante horas y horas sin interrupciones. Los ojos de Arturo estaban clavados en Alex como si ella le hubiera lanzado un hechizo. Estaba fascinado por cada palabra que ella decía.

—Es extraordinario, absolutamente extraordinario —dijo Merlín y acarició su barba plateada—. Pensar que este mundo existe en otros como una fábula. Avala mi teoría de que todos somos tan solo personajes en los libros de la biblioteca de Dios. O quizás alguien más dijo eso y estoy olvidando quién fue. La mejor parte de predecir el futuro es que yo siempre lo diré primero.

Mamá Gansa miró las cosas que Merlín había coleccionado a lo largo de los siglos. Un boceto enmarcado en la pared llamó su atención.

—Merlín, ¿eso es un boceto de una máquina voladora? —preguntó ella.

Merlín había olvidado que el bosquejo estaba allí y abandonó la mesa para verlo mejor.

—Eso parece —dijo—. ¿Le resulta familiar?

—Un amigo mío diseñó una igual a esa en el siglo XV —respondió Mamá Gansa—. Vivía en Italia y se llamaba Leonardo Da Vinci. ¿Lo viste en una visión?

—Señora, apenas puedo recordar los nombres de las personas que viven en este siglo —dijo Merlín—. No puede esperar que recuerde los nombres de los habitantes del siglo XV.

Mamá Gansa rio como una colegiala. Alex nunca había visto que alguien entretuviera tanto a la mujer. Merlín tomó asiento de nuevo, pero corrió la silla mucho más cerca de Mamá Gansa que antes.

—Quizás este mundo es solo el pasado de su mundo —dijo él—. Vayamos siglo por siglo. Dame los nombres de tus amigos y yo te diré los nombres de las personas que he visto en mis visiones. ¡Será muy divertido!

—¡Ah, Merlín, conocí a tantas personas que podríamos estar jugando a ese juego durante días! —rio Mamá Gansa.

—¡Maravilloso! Nos mantendrá entretenidos mientras esperamos a que alguien las rescate —dijo él.

Observar a Mamá Gansa y a Merlín dando un paseo en el tiempo hizo que Arturo y Alex se sintieran un estorbo.

—¿Te gustaría ir a caminar? —le susurró Arturo.

—Claro —respondió ella con una sonrisa.

Arturo y Alex salieron de la cabaña de Merlín y pasearon por una parte del bosque que ella no había visto. Era un área mucho más agradable, con árboles más jóvenes y suelo mucho más suave. El sol se había puesto mientras estaban en la cabaña, y la luna era la única fuente de luz. De no haber estado pensando en tantas otras cosas, Alex habría creído que era romántico.

—Me alegra saber un poco más de ti, sabes, dado que ya sabes todo acerca de mí —rio Arturo—. Sus mundos suenan increíbles. No puedo creer cuánto has logrado hacer siendo tan joven. Es muy inspirador.

—Tengo amigos maravillosos que me han ayudado —dijo Alex—. Tú también eres muy inspirador, y algo así como una leyenda.

—¿Lo soy? —rio Arturo—. Cuéntame más.

—Oh, no, ¡lo hice de nuevo! —dijo ella—. Será mejor que tengas cuidado cerca de mí, o arruinaré tu destino.

—Ah, lo haré —respondió Arturo y se encogió de hombros como si no le importara, pero no fue convincente—. Si hay algo que no me interesa oír en absoluto es acerca de mi futuro. Quiero que me sorprenda por completo. Saber que seré rey de Inglaterra ya es suficiente… Pero ¿estás segura de que sucede?

—Sí, te conviertes en rey —dijo ella—. Pero eso es lo único que te diré, así que ¡no me preguntes más! Además, ya sabías eso.

—Así es —respondió Arturo—. Pero… nunca nadie ha dicho que seré un buen rey. Sería un alivio saber que no enloquezco o que no soy un villano antes del final.

Alex suspiró, pero con una sonrisa. Sabía que Arturo estaba intentando extraer información de ella solo para bromear, pero los dos podían jugar ese juego.

—Eres un buen rey, no te preocupes —dijo ella y después miró con tristeza el suelo—. Al menos lo eres después de recuperarte del… incidente.

—¿Qué incidente? —preguntó Arturo.

Alex movió la cabeza de lado a lado de modo sombrío.

—Bueno, si Merlín no te lo ha dicho, probablemente yo no deba hacerlo.

—Ah, claro, el incidente —asintió él, fingiendo saber—. El viejo Merlín me ha contado al respecto muchas veces.

—Bien —dijo Alex—. Entonces sabes todo acerca de las sanguijuelas.

Arturo tragó con dificultad.

—Sí… Así es —respondió él, nervioso.

—Afortunadamente, para ese entonces te han capturado los sajones y te han arrancado las piernas —prosiguió Alex—. Así que no hay demasiadas heridas causadas por las sanguijuelas.

Arturo sintió un nudo en la garganta.

—Es la definición de suerte —dijo él.

—Es una lástima que pierdas ambos brazos en batalla antes de que te capturen —prosiguió Alex—. Pero no por nada eres conocido como Arturo, el Desmembrado.

—¿Arturo, el Desmembrado?

—Ah sí —dijo Alex—. Un rey inferior hubiera permitido que el título lo denigrara, pero tú aún logras infundir miedo en todos tus enemigos. Aunque eso podría ser debido a tu futura esposa, la reina Girtha. Por supuesto, Merlín te ha contado acerca de ella…

—Naturalmente —dijo Arturo—. Es aquella mujer desagradable, ¿verdad? Es tan espantosa que las personas temen mirarla. Ahora, recuérdame, ¿cuántos hijos terribles tenemos?

—Solo uno —respondió Alex—. Y ¿quién hubiera esperado que tú morirías durante el parto?

—¿Yo muero durante el parto? —preguntó Arturo con un temblor en la voz—. ¿Cómo es posible?

—¿No es obvio? —preguntó Alex—. Por esa razón le dicen a tu esposa Girtha, la de manos fuertes. ¿Nunca antes habías hecho esa conexión?

—Ah, es cierto. Una vez hice esa conexión, pero lo había olvidado.

—No te culpo —comentó Alex—. Yo también lo hubiera borrado de mi mente.

Arturo dejó de caminar un momento mientras reflexionaba al respecto de la conversación.

—Espera un segundo: si no tengo extremidades cuando me convierto en rey, ¿cómo logro extraer eso? —preguntó y señaló algo que estaba entre los árboles de adelante.

Alex volteó para ver a qué se refería y vio un claro cubierto de césped más adelante en el bosque. En medio del claro había una pila de rocas cubiertas de hiedra, y una piedra grande en el centro había sido apuñalada por una espada brillante.

Alex cubrió su boca.

—¡Es la espada en la piedra! —dijo con un grito ahogado.

A Arturo le resultaba muy entretenido el entusiasmo de la chica.

—Creí que te gustaría verla.

—Sabías que había estado diciendo mentiras todo este tiempo, ¿cierto? —preguntó Alex.

—Desde las sanguijuelas —respondió Arturo con una sonrisa culposa—. Pero no me malinterpretes, fuiste muy convincente.

Alex golpeó el hombro del muchacho en broma e ingresó al claro. Caminó alrededor de la espada en la piedra y admiró su magnificencia. Prácticamente podía sentir el esplendor que emanaba. Tenía la empuñadura azul y la hoja plateada brillante. Había una placa cuadrada sobre la roca que decía:

AQUEL QUE REMUEVA LA ESPADA DE
ESTA PIEDRA
SERÁ CORONADO COMO EL VERDADERO
REY DE INGLATERRA

—¿Quieres intentarlo? —preguntó Arturo.

—¿Qué? ¿Quieres que yo intente extraer la espada de la piedra? —replicó ella, señalándose a sí misma.

—¿Por qué no? Hay personas que viajan de todo el mundo para intentarlo —dijo Arturo—. Quién sabe, quizás tu destino es ser el próximo rey de Inglaterra.

—Lo dudo, pero si te place, lo intentaré —dijo ella.

Alex se paró sobre las rocas detrás de la espada y envolvió la empuñadura con las manos. Cuando se conectó con uno de los objetos más importantes en la historia mitológica, sintió que una oleada de energía recorría su cuerpo. Dobló los codos y aseguró su amarre, preparándose para darle un jalón fuerte a la espada.

—¡BUU! —gritó Arturo a apenas unos centímetros de su oído.

—¡AHHHHHH! —exclamó Alex—. ¿Cuál es tu problema? ¡Podría haber tenido un infarto!

Arturo rio tanto que cayó al suelo. Alzó la vista hacia el rostro enfurecido de Alex y solo rio aún más.

—Lo siento, ¡no pude evitarlo! —dijo entre risas—. ¡Deberías haber visto tu expresión!

Alex estaba furiosa. Quería extraer la espada de la piedra y hacer que Arturo, el Desmembrado fuera una realidad. Sin embargo, con cada segundo que pasaba, el susto desaparecía y le daba lugar al humor. Alex reprimió las risas que crecían en su interior, pero cuando salieron a la luz, no había manera

de volver atrás. Se aferró el estómago y rio hasta que las lágrimas llenaron sus ojos. Se sentía tan bien… No podía recordar la última vez que había reído tanto o que había llorado de alegría.

—¿Me perdonas? —preguntó Arturo.

—Supongo que me lo merezco —respondió ella—. Deberías ser el próximo en intentar sacarla. Quizás esta noche es cuando se supone que te conviertes en rey.

La sonrisa de Arturo desapareció y él movió la cabeza de lado a lado.

—Sé que no cederá. Sucederá cuando esté listo para ser rey, pero aún no lo estoy. Lo sentiré dentro antes de siquiera tocar la espada.

Por primera vez desde la llegada de Alex, el único y futuro rey parecía un poco triste.

—Arturo, ¿qué ocurre? —preguntó ella—. ¿Tienes miedo de nunca estar listo?

Al principio, él le restó importancia encogiéndose de hombros, pero Alex lo miró con tanta compasión que sintió que ella quizás lo comprendería. Ella era la primera persona que él había conocido que lo hacía querer confesar sus sentimientos en lugar de reprimirlos.

—Supongo que solo me preocupa que decepcionaré a las personas —admitió Arturo—. Merlín dice que seré un rey legendario… Solo quisiera tener la confianza suficiente para estar de acuerdo con él. Y ahora que sé que la leyenda de mi reino se extiende hasta otras dimensiones, parece imposible que alguna vez esté a la altura de aquellas expectativas, o peor…

—¿De las expectativas que tú mismo tienes? —dijo Alex terminando su oración.

Arturo hizo silencio y asintió.

—¿A ti también te pasa?

—Mi legado no está escrito en las estrellas como el tuyo, pero cuando me convertí en Hada Madrina por poco me ahogo en las expectativas que los demás pusieron sobre mí —explicó Alex—. Quería creer en mí misma tanto como el resto del mundo lo hacía, así que me presioné tanto que cada vez que cometía un simple error, me decepcionaba terriblemente. Sentía que decepcionaría al mundo si alguna vez quedaba expuesta como…

—Un humano —dijo Arturo, terminando la oración esa vez.

—Sí —prosiguió Alex—. Mi mayor temor era decepcionar a alguien, y después de un momento de debilidad, terminé decepcionando a todo el mundo de los cuentos de hadas. Pasé de ser la persona más querida en la Asamblea del Felices por Siempre Jamás, a la más temida y odiada. Pero en lugar de

luchar contra el mundo que me había descartado, elegí continuar salvándolo. Así que quizás la grandeza no se trata de ser inmortal, o glorioso o popular: se trata de elegir pelear por el bien mayor del mundo, aun cuando el mundo te ha dado la espalda.

Arturo miró a Alex a los ojos como nunca nadie lo había hecho. Compartían una unión especial, un entendimiento y una visión de la vida distinta a cualquiera con quien hubieran conectado antes, y posiblemente diferente a cualquiera con quien podrían conectar alguna vez.

—No sé qué fuerzas te trajeron a este mundo, pero estoy muy agradecido de que así fuera —dijo Arturo.

—Yo también —concordó Alex—. Es agradable saber que no estoy tan sola como creía.

—Hagamos un pacto. Ambos continuaremos llevando vidas de grandeza verdadera, sin importar cómo nos recuerden al final.

—Trato hecho.

Estrecharon la mano e intercambiaron sonrisas cálidas. La energía que Alex sentía de la espada en la piedra no era nada en comparación al roce de la mano de Arturo. Permanecieron tomados de la mano unos instantes y se separaron justo antes de que su apretón pudiera convertirse en algo más.

—Deberíamos regresar a la cabaña de Merlín antes de que se haga demasiado tarde —dijo Arturo.

Rompieron el contacto visual y ambos colocaron las manos en los bolsillos. Alex sintió algo extraño dentro del suyo: un papel del que se había olvidado por completo. Lo extrajo de su vestido y lo desdobló. Todo su rostro se encendió con entusiasmo.

—Cielo santo —dijo Alex—. ¡Esta es una página de El maravilloso mago de Oz!

—¿No es una de las historias en las que viajaron? —preguntó Arturo.

—Sí, mi hermano y yo guardamos las páginas sueltas que cayeron antes de que ingresáramos al libro. ¡Creo que podemos utilizar esta página para regresar a Oz y después para volver a casa!

—¿No necesitas la Poción Portal para hacerlo?

—Sé la receta; puedo prepararla —respondió Alex—. Y si mi hermano tiene las otras páginas, ¡eso significa que él también puede regresar a Oz! ¡Tengo que contarle a Mamá Gansa!

Arturo y Alex corrieron entusiasmados de regreso a través del bosque hacia la cabaña de Merlín para contarles la buena noticia a él y a Mamá

Gansa. Cuando llegaron, ambos adultos habían bebido tres cuartos de una gran botella de cerveza y ella hablaba de los siglos pasados.

—Con el emperador Constantino tuve una aventura, pero solo una cita con Alejandro, el Grande, sin dudas —dijo Mamá Gansa con hipo—. Acerca de Gengis Kan el mundo está equivocado: el mayor incordio del mundo es Carlomagno, el muy tarado.

—No sé por qué estás rimando, pero es indudablemente divertido —respondió Merlín, también con hipo.

Se sobresaltaron cuando Alex y Arturo atravesaron la puerta a toda velocidad.

—Mamá Gansa, ¡tengo una noticia maravillosa! —exclamó Alex y le mostró el papel que había hallado en su bolsillo—. ¡Es una página de El maravilloso mago de Oz! ¡Podemos usarla para regresar a Oz y luego para volver al mundo de los cuentos de hadas!

Mamá Gansa estaba tan entusiasmada que entró en un ataque de hipo histérico y no podía hablar.

—¿No necesitarían la Poción Portal para hacerlo? —preguntó Merlín.

—Sí, pero podemos prepararla aquí —respondió Alex—. Los ingredientes son muy sencillos. Necesitamos una rama del árbol más antiguo del bosque, una pluma del mejor faisán del cielo, un candado y una llave derretidos que pertenecieron a un verdadero amor, dos semanas de luz de luna y una pizca de magia.

Mamá Gansa tenía una idea. Apuntó con el dedo y abrió la boca para compartirla con ellos, pero solo salió hipo. En lugar de explicarse, decidió simplemente hacerlo ella misma. Se puso de pie y salió de la cabaña. Oyeron que Lester graznaba fuerte afuera y Mamá Gansa regresó con un puñado de sus plumas blancas.

—Si tienes que escoger una pluma, no hay mejor faisán que Lester, sin duda… ¡HIC! —dijo Mamá Gansa.

Alex eligió una pluma particularmente larga.

—¡Genial! Tenemos uno, ¡faltan cuatro!

—¡Sin dudas parece posible de hacer! —comentó Merlín—. Arturo, como parte de tu entrenamiento, insisto en que ayudes a esta joven a recolectar los ingredientes que necesita para la poción. Mientras tanto, yo entretendré a Mamá Gansa.

—Será un honor —dijo Arturo—. Me gustaría pasar la mayor cantidad de tiempo posible contigo antes de que te marches.

Le guiñó un ojo y ella sonrió de oreja a oreja.

—Lo mismo digo.

Estaba tan entusiasmada por el descubrimiento de la página, que no se había dado cuenta hasta ese instante de que su tiempo juntos era limitado… Y le sorprendió mucho cuán triste la ponía. Alex pasó el día entero preocupándose y pensando cómo escaparía del mundo de El rey Arturo. Nunca imaginó que terminaría el día con el futuro rey en persona, o que él quizás sería alguien por quien valdría la pena quedarse.



Capítulo veintidós

Los hombres alegres del bosque de Sherwood

Cuando lanzaron a Conner, el Leñador de Hojalata y Peter dentro del libro, las palabras de la historia no tardaron mucho en formar un mundo a su alrededor. Una palabra se extendió debajo de los pies de Conner. Antes de que tuviera tiempo de leerla, el mundo se hizo líquido, y Conner se hundió en un gran cuerpo de agua.

Una enérgica fuerza lo empujó más y más profundo en el agua. Estaba tan confundido que no sabía hacia dónde estaba la superficie o si siquiera había una superficie que hallar. Estiró los brazos y las piernas lo máximo que pudo para encontrar algo de qué sujetarse… pero estaba solo en aquel mundo subacuático. Conner estaba ahogándose en el océano de un mundo literario.

Justo cuando el chico temía que el fin estuviera cerca, sintió que una mano dura sujetaba la parte trasera de su camisa y lo alzaba. Lo siguiente que supo fue que estaba recostado sobre un suelo de madera. Rodó sobre su espalda y vio al Leñador de Hojalata y a Peter mirándolo desde arriba.

—Conner, ¿estás bien? —preguntó el Leñador—. Aterrizaste en el arroyo y estabas muy conmocionado.

—Temía haber aterrizado en el océano de Moby Dick o de El Robinson suizo —dijo él.

—Ni siquiera es tan profundo —comentó Peter—. Debes ser un nadador terrible.

Conner se incorporó y miró a su alrededor. Él y sus amigos se encontraban en un puente angosto sobre un arroyo poco profundo. Estaban en

medio de un bosque de árboles delgados y altos, pero no había nada que fuera lo suficientemente distintivo para que él reconociera de qué bosque se trataba.

—¿Este lugar te resulta familiar? —preguntó el Leñador.

—No —respondió Conner—. Rápido, ¡necesitamos hallar el libro! ¡Tiene que estar por aquí en alguna parte!

Se separaron y buscaron por el bosque.

—¡Conner! ¡Lo encontré! —exclamó Peter. Señaló un libro verde que flotaba por el arroyo.

—¡Atrapen ese libro! —gritó Conner.

Se zambulló en el arroyo y nadó hacia él. Peter voló sobre el agua e intentó sujetarlo, pero la corriente del río tomó velocidad y lo balanceó por las aguas. Justo cuando ambos se acercaron más al objeto, el libro estalló en llamas, a pesar de estar empapado y rodeado de agua. Ardió hasta convertirse en cenizas que el arroyo llevó lejos.

Conner sintió que le habían dado un puñetazo en el estómago. Su tío debía haberlo destruido en el País de las Maravillas. ¡Estaban atrapados!

—¿Qué sucedió? —preguntó el Leñador de Hojalata. Observaba todo desde la orilla, donde estaba seco.

—El libro se ha ido —respondió Conner y movió la cabeza de lado a lado —. Estamos atascados aquí. Y eso significa que mi hermana y Mamá Gansa quizás también se encuentren varadas en donde sea que estén. Nunca llegaremos a los reinos a tiempo para advertirles; ¡nunca tendrán tiempo de prepararse para el ejército que se avecina!

Conner salió a gatas del arroyo, se sentó en el suelo y cubrió su rostro con las manos. El Leñador de Hojalata inclinó la cabeza y colocó una mano sobre el lugar donde debería estar su corazón.

—¡No se preocupen, muchachos! —dijo Peter—. ¡Los Niños Perdidos vendrán por nosotros!

—¡Están en una dimensión diferente, Peter! —replicó Conner—. ¿Cómo esperas que nos rescaten?

—¿Cómo esperas que nos rescaten? —se burló el chico.

—¡Esto es grave, Peter! —gritó Conner—. ¡Quizás quedaremos atrapados aquí para siempre!

—Quizás quedaremos atrapados aquí… Espera, ¿para siempre? —preguntó Peter. La gravedad de la situación lo golpeó y aterrizó en el suelo—. Entonces ¿quizás no volveré a ver el País de Nunca Jamás o a los Niños Perdidos?

—Me temo que así sea —suspiró Conner.

Peter tomó asiento en el suelo con las piernas extendidas frente a él. Estaba boquiabierto y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Debe haber algo que podamos hacer —dijo el Leñador de Hojalata.

—Supongo que lo mejor es descubrir dónde estamos —respondió Conner —. Con suerte, quizás encontraremos a alguien que nos ayude.

Se adentraron más en el bosque pero no hallaron nada durante kilómetros. Peter voló hacia el cielo para tener una vista mejor y distinguió una gran estructura de piedra a lo lejos. Supusieron que era su mejor opción por el momento y se dirigieron hacia allí. Por el camino, vieron un gran trozo de pergamino clavado en un árbol. Decía:

SE BUSCA VIVO O MUERTO
AL LADRÓN, VÁNDALO Y BANDIDO
ROBIN DE LOXLEY
POR ORDEN DEL *SHERIFF* DE NOTTINGHAM
SE OFRECE RECOMPENSA POR SU
CAPTURA

Conner leyó el cartel algunas veces para asegurarse de que no estaba imaginándolo. De todos los lugares en los que podrían estar varados, supuso que podría haberles tocado algo mucho peor.

—Chicos, estamos en Robin Hood —afirmó Conner.

El Leñador de Hojalata y Peter estaban entusiasmados de oírlo, pero sus sonrisas desaparecieron con rapidez.

—¿Quién? —preguntó el Leñador.

—¿Es el hermano de Caperucita Roja? —indagó Peter.

—No, ¡pero son buenas noticias! —dijo Conner—. Robin Hood es un héroe. Si hay alguien que puede ayudarnos en este mundo, ¡ese será él! ¡Debemos hallarlo!

El Leñador de Hojalata y Peter miraron el cartel con sospecha.

—Si es un héroe, ¿por qué lo busca el *sheriff* de bla y bla? —preguntó el Leñador.

—El *sheriff* de Nottingham es el malo en esta historia —explicó Conner —. Robin Hood les roba a los ricos para darles a los pobres: él es el tipo que queremos encontrar.

—Yo digo que capturemos a Robin Hood y que lo entreguemos a cambio de la recompensa —propuso Peter—. Sin dudas, ser ricos nos ayudaría mucho

más que un criminal.

—Creo que el niño tiene un punto —dijo el Leñador.

De inmediato, el Leñador de Hojalata y Peter comenzaron a hacer planes para capturar al bandido. Ignoraron a Conner, que movió la cabeza de un lado a otro frenéticamente ante la idea.

—¡Chicos! —dijo Conner—. ¡No secuestraremos o mataremos a Robin Hood!

¡FIIU! Una flecha apareció de la nada y clavó a Conner a un árbol. El chico gritó de agonía, pero se detuvo cuando notó que la flecha atravesaba su manga y no su brazo. ¡FIIU! Dos flechas clavaron ambos lados de los pantalones de Peter en el árbol junto a Conner. ¡FIIU!

—¡INDIOS! —gritó Peter.

—¡No hay indios en el bosque de Sherwood! —replicó Conner—. Además, ¡el término correcto es nativos americanos!

¡FIIU! Una flecha golpeó la espalda del Leñador de Hojalata, pero se rompió ante el impacto. ¡FIIU! Un grupo de flechas atacaron al Leñador. ¡FIIU! Solo rebotaron contra su cuerpo de metal. ¡FIIU! El Leñador de Hojalata tomó su hacha y rebanó las flechas que volaban hacia él en el aire.

—¡EL CABALLERO ES IMPENETRABLE! —exclamó una voz desde alguna parte de las copas de los árboles—. HOMBRES ALEGRES, ¡ATAQUEN!

Antes de que se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, cuatro hombres y cinco caballos se dirigieron hacia ellos por el bosque. Los hombres saltaron de sus corceles y rodearon a Conner, Peter y el Leñador de Hojalata con sus armas en alto.

Uno de los hombres era enorme, medía al menos dos metros de alto, y sujetaba una vara larga. Un hombre bastante llamativo, que vestía prendas hechas de seda roja y un gran sombrero de plumas, sujetaba una espada en cada mano. Un cura bajo y rechoncho estaba entre los hombres y sostenía un crucifijo y una Biblia a modo de espada y escudo. También había un músico delgado que tampoco tenía armas, sino que tocaba de forma amenazante una mandolina mientras fulminaba a los chicos con la mirada.

—Vaya, miren qué tenemos aquí —dijo el hombre grandote con voz grave.

—El *sheriff* debe estar desesperado si solo envía a un caballero y dos niños al bosque —añadió el hombre vestido de seda y luego echó su cabello hacia atrás.

Conner por poco no reconoció a los hombres que los rodeaban. Estaban mucho más curtidos y eran más agresivos de lo que esperaba.

—¡PIRATAS! —gritó Peter.

—¡Tampoco hay piratas en este lugar! —replicó Conner—. Son los hombres alegres del bosque de Sherwood: ¡trabajan con Robin Hood!

—Parece que nos encontraron antes de que nosotros podamos hallarlos a ellos —dijo el Leñador de Hojalata; desconfiaba completamente de los hombres a su alrededor—. ¿Cuál es Robin Hood?

—¿OYERON ESO, HOMBRES? ¡EL CABALLERO HA PEDIDO UNA AUDIENCIA CONMIGO! —gritó la voz desde las copas de los árboles.

De pronto, un hombre cayó de los árboles y aterrizó de pie. Era alto y apuesto; tenía una barba pelirroja y una sonrisa deslumbrante. Vestía prendas color verde oscuro, un sombrero con una pluma y botas altas. Sujetaba un arco en una mano y llevaba un carcaj de flechas en la espalda.

—¡Robin Hood! —dijo Conner entusiasmado—. Estábamos hablando acerca de ti…

—Y PLANEANDO MI ARRESTO, O ESO ESCUCHÉ —dijo Robin Hood—. PERO NO HABRÁ VICTORIA PARA TI HOY, CABALLERO. ¡NO ERES RIVAL PARA EL GRAN ROBIN HOOD Y SUS HOMBRES ALEGRES!

Robin Hood rara vez hacía contacto visual al hablar, y se expresaba como si tuviera una gran audiencia a su alrededor todo el tiempo. Conner estaba muy decepcionado; el legendario príncipe de los ladrones no era el héroe compasivo que él creía que era en su infancia, sino un narcisista engreído que se alababa en tercera persona.

—¡Un momento! —dijo Conner—. Primero que nada, no es necesario que grites: estamos justo aquí. Segundo, todo es un gran malentendido…

—¡NO HABLES, NIÑO CÓMPLICE! —ordenó Robin Hood—. DEBERÍA DARTE VERGÜENZA PERMITIR QUE EL *SHERIFF* DE NOTTINGHAM USE TU INOCENCIA COMO UN ESTRATAGEMA PARA COMETER ESTA OFENSA. MI LUCHA ES CON EL CABALLERO DE PIE ANTE MÍ, A QUIEN EL *SHERIFF* HA ENVIADO PARA QUE ME CAPTURE Y POTENCIALMENTE ME MATE.

Robin Hood fulminó con la mirada al Leñador de Hojalata. El Leñador miró hacia atrás para asegurarse de que el hombre no se refería a otra persona.

—¿Yo? —preguntó en voz baja—. Pero no soy un caballero.

—¡NO MIENTAS, CABALLERO! —le advirtió Robin Hood—. ¡SOLO UN HOMBRE QUE TRABAJA PARA EL *SHERIFF* LLEVA PUESTA

UNA ARMADURA COMO LA TUYA! ¡NO PUEDES ENGAÑARME! ¡NO INSULTES TU INTELIGENCIA PONIENDO A PRUEBA LA MÍA!

—Oh, pero no llevo puesta una armadura —replicó el Leñador—. Verás, de donde vengo, hay una bruja que hechizó mi hacha…

—NO LLENES MI CABEZA CON CUENTOS DE HECHICERÍA —ordenó Robin Hood—. ¡DEBES REGRESAR CON EL *SHERIFF* Y DECIRLE QUE ROBIN HOOD SE SIENTE OFENDIDO POR ESTE INTENTO DE CAPTURA! ¡VE AHORA Y TE PERDONARÉ LA VIDA!

Los hombres alegres dieron vítores y el músico tocó un acorde en su mandolina. El Leñador de Hojalata mantuvo la calma y miró a los hombres, confundido.

—¡EL CABALLERO NO SE MUEVE! —dijo Robin Hood.

—Lo siento, pero ¿a dónde se supone que debo ir? —preguntó el leñador —. Te dije que no soy un caballero: no tengo idea de dónde encontrar al *sheriff*.

Robin Hood lo miró y acarició su propia barba. Era evidente que no se trataba de un caballero, pero Robin era demasiado engreído para creer que estaba equivocado, así que tenía que pensar en otra razón por la cual el Leñador de Hojalata ponía resistencia.

—EL CABALLERO ESTÁ TAN ABRUMADO POR MI PRESENCIA QUE ESTÁ CONFUNDIDO —les anunció Robin Hood a sus hombres alegres—. PEQUEÑO JUAN, WILL SCARLET: ¡SUJÉTENLOS! LLEVAREMOS AL CABALLERO Y A LOS NIÑOS A NUESTRO CAMPAMENTO HASTA QUE RECUPEREN EL CONTROL DE SUS SENTIDOS.

Los hombres alegres bajaron a Conner y a Peter del árbol y sujetaron sus manos y las del Leñador de Hojalata. Robin Hood y los hombres alegres montaron sus caballos y se adentraron más en lo profundo del bosque, llevando a sus cautivos detrás de ellos.

—Vaya héroe —dijo Peter en voz baja.

—Este hombre es un lunático —comentó el Leñador.

—Tenían razón, chicos —asintió Conner—. Sin dudas deberíamos haberlo capturado y entregado a cambio de dinero.

—ALAN-A-DALE, MI FIEL JUGLAR —le dijo Robin al músico—. TOCA UNA MELODÍA ALEGRE ACERCA DE MI CORAJE Y MI GLORIA PARA PASAR EL TIEMPO MIENTRAS REGRESAMOS A CASA.

El músico tocó una canción con su mandolina y cantó al ritmo de la música.

Robin de Loxley, Robin de Loxley,
el hombre que Inglaterra más ha de adorar,
sin dudas disfruta liderar la disputa,
y a Nottingham salvar.
El sheriff es odiado, pero Robin adorado,
su corazón es puro y leal.
Las damas sonrientes quieren darle descendientes,
y adoran a su grupo sin igual.
El sheriff se asusta mientras Robin se prepara,
para el gobierno del príncipe John derrocar.
Si quieres libertad, y un reino mejor algún día,
¡entonces entona esta alegre melodía!
Robin de Loxley, Robin de Loxley,
no tiene comparación.
Robin de Loxley, Robin de Loxley,
¡de Inglaterra es el campeón!

Los hombres alegres cantaron la canción una y otra vez mientras Robin Hood oficiaba de director de orquesta, lo cual irritaba a Conner, Peter y el Leñador de Hojalata a más no poder. Para el anochecer, habían llegado al campamento, que consistía en media docena de tiendas alrededor de una pequeña fogata. Los hombres alegres llevaron a los cautivos dentro de una carpa y los amarraron a un poste.

El canto continuó afuera después de que los hombres alegres se reunieron alrededor del fuego, obligando a Conner, Peter y el Leñador de Hojalata a soportar muchas más horas de letras horrorosas que alababan a un hombre terrible.

—Esto me volverá loco… ¡Y vivo en una isla desierta en el espacio exterior con niños! ¡Tengo una paciencia infinita! —dijo Peter y empujó a Conner como si él pudiera hacer algo para resolver el asunto.

—¡No sé por qué me empujas, niño hoja! —replicó Conner y le devolvió el empujón.

—¡Porque no estaríamos aquí si tú y tu hermana no hubieran perdido el control de su tío! —exclamó Peter.

—¡Quizás si tu amiga no tuviera el cerebro del tamaño de una pixie, no la habría secuestrado! —replicó Conner.

Con cada comentario, se empujaban mutuamente un poco más fuerte.

—¡Caballeros, continúen discutiendo! —dijo el Leñador.

—¿Por qué? —preguntó Conner.

—Porque cuanto más fuerte se empujan, más se sueltan las cuerdas que sujetan mis manos —respondió él.

Conner y Peter compartieron una mirada entusiasmada y se turnaron para golpearse mutuamente lo más fuerte posible. Estaban tan desesperados por alejarse de los hombres alegres, que no notaron cuánto lastimaban sus hombros. Después de unos minutos, el Leñador de Hojalata logró liberar sus manos de las cuerdas y desató a los chicos.

—Conner, algo sobresale de tu bolsillo —comentó Peter.

Conner tanteó su pantalón y sintió que un trozo de papel salía de su bolsillo trasero. Empujar a Peter una y otra vez debía haber hecho que saliera de su lugar. Desdobló el papel y sus ojos se abrieron al doble de su tamaño cuando descubrió lo que era.

—Chicos, ¡es una página de El maravilloso mago de Oz! —exclamó—. ¡Podemos utilizarla para regresar a Oz y luego para volver al mundo de los cuentos de hadas!

—¿No necesitamos una poción para hacerlo? —preguntó el Leñador.

—¡Haremos la poción! ¡Sé la receta de memoria! —afirmó entusiasmado.

Conner resplandecía de alegría. Cuando había guardado la página dentro de su bolsillo en la cueva, nunca imaginó que más tarde funcionaría como salvavidas. Y aun mejor: Conner recordaba que su hermana también tenía una. Sabía que era cuestión de tiempo antes de que Alex la hallara y la utilizara para escapar de donde fuera que estuviera, si es que ya no lo había hecho.

Su festejo fue interrumpido abruptamente cuando oyeron un sonido atemorizante que provenía del exterior. No era otra canción, sino que eran caballos… ¡cientos de ellos!

Conner, Peter y el Leñador de Hojalata se asomaron de la tienda y vieron que una tropa de soldados emergía del bosque de Sherwood y rodeaba el campamento de los hombres alegres. Su llegada fue tan repentina que Robin

Hood y sus hombres no tuvieron tiempo de tomar sus armas. Un hombre de mediana edad con barba oscura guiaba a los soldados y llevaba una estrella brillante sobre su armadura.

—Oh, oh —dijo Conner.

—¿Quién es ese? —preguntó Peter.

—MIREN, HOMBRES: EL *SHERIFF* DE NOTTINGHAM HA VENIDO A VISITARNOS —dijo Robin Hood, respondiendo la pregunta—. ¿A QUÉ LE DEBEMOS ESTE DESHONOR?

—Robin de Loxley —indicó el *sheriff*—, tú y tus hombres están bajo arresto por robo, vandalismo y por huir de la ley. Vendrán con nosotros a Nottingham, donde esperarán su juicio. Cualquier intento de escape resultará en la muerte.

El *sheriff* les hizo una señal con la cabeza a sus soldados. Los arqueros dieron un paso al frente y apuntaron sus arcos hacia Robin Hood y los hombres alegres. Parecía imposible escapar.

—Esto es terrible —susurró Conner.

—¿Por qué? El hombre es una pesadilla —replicó Peter.

—No, ¡es terrible para nosotros! —aclaró Conner—. El *sheriff* nos encontrará y nos llevará a Nottingham con ellos.

—Pero nos capturaron, no estamos asociados a ellos —dijo el Leñador de Hojalata.

—No importa —insistió Conner—. Sé que el *sheriff* parece más tolerable que Robin Hood, pero realmente es un mal tipo. ¡Nos llevará al castillo y nos torturará por diversión!

Peter y el Leñador de Hojalata intercambiaron una mirada nerviosa. Conner caminó de un lado a otro de la tienda, pensando en alguna manera de huir. Lo único que había en la tienda era una manta andrajosa y una sábana blanca desordenada en el suelo.

—Entonces ¿qué haremos? —preguntó Peter.

—Tengo una idea —respondió Conner—. Es una locura, pero quizás funcionará. Solo síganme la corriente sin importar qué diga.

Afuera, la situación estaba tornándose más tensa. Robin Hood abandonó la fogata y se acercó al *sheriff* de Nottingham.

—ES MUY INTELIGENTE, *SHERIFF* —dijo Robin Hood—. ¡PLANEÓ QUE YO CAPTURARA A UNO DE SUS CABALLEROS PRIMERO PARA PODER SEGUIRLO HASTA NUESTRO CAMPAMENTO! ¡BUENA JUGADA!

—Imbécil —replicó el *sheriff*—. Los encontramos porque tu voz se oye a kilómetros de distancia.

Todos los hombres alegres se desanimaron: sabían que el volumen de su líder los metería en problemas en algún momento.

—¿SABE QUÉ MÁS SE OYE A KILÓMETROS DE DISTANCIA POR EL BOSQUE, *SHERIFF*? —preguntó Robin Hood—. ¡MI AMOR POR NOTTINGHAM! ASÍ QUE LLÉVEME, GOLPÉEME, TORTÚREME Y MÁTEME AL FINAL. PODRÁ DEJAR MI CUERPO INERTE, PERO NUNCA DESTRUIRÁ MI…

—¡Espíritu! —gritó el Pequeño Juan.

—¡SÍ, ESO ERA LO QUE IBA A DECIR!

—¡No, señor! Mire, ¡hay algo fantasmal acercándose! —explicó Will Scarlet.

Los hombres alegres y los soldados de Nottingham voltearon hacia el centro del campamento. Conner había cubierto su cuerpo con la manta andrajosa. Avanzaba encorvado y renqueaba hacia ellos con los brazos extendidos como un zombi.

—¿Quién es? —preguntó el *sheriff*—. Identifíquese de inmediato o haré que atraviesen su corazón con una flecha.

Conner tragó con dificultad: esperaba que su plan funcionara.

—¡No temo a las flechas porque no puedo morir! —dijo en una voz macabra—. ¡Soy Connermondo, el temido hechicero de Sherwood!

—¿HECHICERO? —Robin Hood rio—. ES SOLO UN NIÑO QUE HALLAMOS EN EL BOSQUE.

—¡SILENCIO! —le gritó Conner a Robin Hood—. ¡Estás ciego por la arrogancia y mi disfraz mortal te engañó! ¡Vengo ante ustedes ahora para ofrecerles al *sheriff* y a sus hombres una advertencia! ¡Abandonen mi bosque de inmediato, o soltaré a mi ejército de muertos sobre ustedes!

El *sheriff* y sus soldados rieron a carcajadas. Conner no engañaba a nadie.

—Este niño debe aprender lo que les ocurre a las personas que nos amenazan —dijo el *sheriff*—. ¡Dispárenle!

—¡Ahora! —susurró Conner.

Mientras los soldados apuntaban sus flechas hacia él, el Leñador de Hojalata salió corriendo de la tienda, pero ¡sin cabeza! Los hombres alegres y los soldados gritaron ante la vista aterradora: hasta donde sabían, era un hombre decapitado que volvía de la muerte. El Leñador corrió hacia los soldados, y muchos de ellos se retiraron hacia el bosque.

—¡Peter, es tu turno! —susurró Conner.

Peter salió con rapidez de la tienda envuelto en la sábana blanca. Voló sobre el campamento y gimió en agonía como un espíritu torturado. Los hombres alegres se abrazaron y gritaron: el cura dijo una plegaria y alzó el crucifijo hacia el espíritu flotador.

—¡Este bosque ha sido conquistado por la magia negra! —gritó el *sheriff* —. Olviden a Robin de Loxley y sus hombres alegres: ¡debemos regresar a Nottingham de inmediato!

El *sheriff* agitó las riendas de su caballo y se retiró por el bosque. Los pocos soldados restantes lo siguieron: muchos se quitaron la armadura para correr más rápido mientras se apresuraban a partir.

Cuando el bosque estuvo libre de soldados, Conner se quitó la manta andrajosa de encima, Peter dejó a un lado la sábana y el Leñador de Hojalata tomó su cabeza de la tienda y la colocó de nuevo en su cuerpo, como si fuera la tapa de una botella. Comenzaron a reír a carcajadas e intercambiaron choques de palmas.

—¡¿Vieron la expresión que tenían?! —preguntó Conner.

—¡Los espantamos! —dijo Peter.

—Nunca se me hubiera ocurrido quitarme la cabeza —añadió el Leñador —. ¡Buena idea, Conner!

Los hombres alegres temblaban y aún estaban abrazados. Robin Hood se acercó a Conner y a sus amigos, a pesar de que sus hombres le suplicaban que se mantuviera alejado. Los miró a los ojos e hizo una reverencia.

—¡OH, GRAN HECHICERO DEL BOSQUE DE SHERWOOD! —dijo Robin Hood—. ¡HAS SALVADO A MIS HOMBRES ALEGRES Y A MÍ DE LA HORCA! ¡ESTAMOS ETERNAMENTE AGRADECIDOS Y PASAREMOS EL RESTO DE NUESTROS DÍAS COMO TUS HUMILDES SIRVIENTES!

Los hombres alegres siguieron su ejemplo y también hicieron una reverencia. El Leñador de Hojalata y Peter sonrieron y empujaron suavemente a Conner hacia adelante. Al principio, el chico pensó en contarles a Robin y a sus hombres la verdad acerca de quién era y de cómo él y sus amigos habían llegado al bosque de Sherwood. Pero al pensarlo mejor, temió que la verdad les hiciera estallar la cabeza; su situación actual parecía mucho más favorable.

—Por nada, Robin de Loxley —respondió Conner—. Te tomaré la palabra.

—¡HAREMOS CUALQUIER COSA POR TI, HECHICERO, LO QUE QUIERAS! —aseguró Robin Hood.

—Pues, en ese caso… —dijo Conner—, ¡está absolutamente prohibido que canten! Y no tienes que llamarme hechicero: ya está pasado de moda. Soy Conner Bailey, él es el Leñador de Hojalata y él es Peter Pan.

Robin Hood le besó los pies. De no haber sido un imbécil fanfarrón, la situación hubiera sido un poco incómoda, pero disfrutaron verlo actuar con tanta humildad.

—CONNER DE BAILEY, LEÑADOR DE HOJALATA Y PETER DE PAN —dijo Robin—. PERMÍTANME PRESENTARLES FORMALMENTE A LA BANDA DE LOS HOMBRES ALEGRES QUE ESTÁ DETRÁS DE MÍ: EL PEQUEÑO JUAN, WILL SCARLET, EL FRAILE TUCK Y MI JUGLAR, ALAN-A-DALE.

Cada uno de los hombres alegres se enderezó cuando mencionaron su nombre y después retomó la reverencia.

—¡SUS PEDIDOS SON ÓRDENES! —declaró Robin Hood.

—Fantástico —dijo Conner, y frotó las manos—. Mañana a primera hora, les daré una lista de artículos que necesito que me ayuden a recolectar.

—¡CONSIDÉRELO HECHO! —respondió él.

Conner había tenido razón todo el tiempo: Robin Hood resultaría de gran ayuda.



Capítulo veintitrés

Consejo perdido

Roja solo había estado con los Niños Perdidos durante unos pocos días, pero se había acostumbrado a la idea de ser una madre. En cuanto los demás la dejaron en el País de Nunca Jamás, los Niños Perdidos le construyeron una enorme casa subterránea. Como Peter ordenó, obedecieron cada orden que ella daba y cumplían todos sus pedidos. Roja pasaba los días recostada en una silla reclinable que ellos habían construido con hojas de palmeras y saboreaba bebidas de coco que le servían día y noche.

Todos los Niños Perdidos esperaban recibir a cambio una buena historia antes de ir a dormir cada noche, la cual Roja les daba con alegría. A ella le sorprendía por qué tantas madres se quejaban: la maternidad le resultaba muy disfrutable.

—¿Puedo traerte otra bebida de coco, madre? —preguntó Tootles.

—No, gracias, Tobías —respondió Roja—. Estoy bastante hidratada.

—¿Quieres que te abanique, madre? —preguntó Slightly.

—Qué dulce, Salvador, gracias, pero estoy perfectamente fresca.

—Mami, ¿puedo prepararte algún bocadillo? —preguntó Curly.

—No tengo hambre, pero te lo agradezco, César.

—¿Tu silla es lo suficientemente cómoda? —preguntó Nibs.

—Es un placer, Nathaniel.

—¿Quieres que te hagamos masajes en los pies de nuevo, mamá? —preguntaron los gemelos Perdidos.

—Gracias, mis queridos Jeffreys, pero por ahora están bien.

Roja se tomó un momento para observar con orgullo a sus hijos temporales. Nunca había esperado que los niños salvajes que había conocido

el primer día en Nunca Jamás resultaran ser caballeros perfectos. Lo único que habían necesitado eran nombres nuevos y alguien a quien servir.

—Niños, han sido maravillosos con su madre hoy —dijo Roja—. Así que, antes de ir a la cama, ¡me gustaría contarles otro cuento!

Los Niños Perdidos festejaron y tomaron asiento entusiasmados en el suelo alrededor de Roja. Todos la miraban con sonrisas enormes, a las cuales en su mayoría les faltaban dientes de leche. Roja acaparaba todo el déficit de atención de los niños.

—¿Qué historia nos contarás esta noche, madre? —preguntó Tootles.

—Una que es muy especial para mí —respondió Roja—. Se llama «La hermosa y brillante Caperucita Azul».

Solo oír el título hizo que los Niños Perdidos aplaudieran entusiasmados.

—¿Es un buen cuento, mamá? —preguntó Slightly.

—Es el mejor cuento que escucharán jamás —afirmó Roja con seguridad.

—¿Caperucita Azul termina como Cenicienta, Blancanieves, la Bella Durmiente y Rapunzel? —preguntó Curly—. Solo quiero saber antes de encariñarme con ella.

—Esas historias fueron muy tristes —comentó Nibs, y movió la cabeza de lado a lado—. No puedo creer que la pobre Cenicienta se resbaló mientras corría por las escaleras a medianoche, o que Blancanieves se atragantó con la manzana envenenada, o que cuando la Bella Durmiente despertó descubrió que la rueca le había causado una infección de estafilococo.

—Pobres, pobres princesas —sollozaron los gemelos.

—Bueno, se supone que esas historias nos enseñan lecciones valiosas —dijo Roja—. Nunca corran en las escaleras, siempre mastiquen su comida y vean a un médico si pinchan su piel con un metal oxidado.

—¿Hay una lección en la historia de «La hermosa y brillante Caperucita Azul»? —preguntó Slightly.

—Tendrán que esperar y descubrirlo —bromeó ella.

Los Niños Perdidos estaban con el alma en vilo. Roja carraspeó y comenzó la historia.

—Había una vez, una hermosa y brillante niña llamada Roja; disculpen, Caperucita Azul. Un día, estaba viajando por el bosque para llevarle a su abuelita una canasta con provisiones. La pobre mujer tenía un resfriado terrible, así que la compasiva Azulita quería visitarla y levantarle el ánimo. Pero en el camino, ¡la detuvo un lobo gigante y feroz!

Los Niños Perdidos dieron un grito ahogado y se abrazaron. Los gemelos incluso se cubrieron los ojos.

—Afortunadamente, Azulita era tan hermosa que el lobo no pudo soportar comerla —prosiguió Roja—. Pero el animal intentó engañarla para que le dijera dónde vivía su abuela y así poder hallar a la anciana ¡y devorarla! Por suerte, Roja… disculpen, Azulita era tan brillante como bella y le dio al lobo indicaciones para llegar a otra cabaña en el bosque. El lobo dejó a Azulita y se dirigió hacia esa cabaña, ¡solo para descubrir que ella lo había guiado hacia el hogar de los cazadores!

Los Niños Perdidos aullaron y rieron ante el infortunio del lobo.

—Los cazadores mataron al lobo y Azulita disfrutó de la tarde con su abuela —concluyó Roja—. Los demás aldeanos estaban tan impresionados con la inteligencia y la valentía de Azulita, ¡que la eligieron como monarca de su propio reino! Y vivieron felices para siempre.

El final de la historia recibió una ronda de aplausos cálidos.

—¿De verdad eligieron a Azulita como reina? —preguntó Curly—. ¿Solo por engañar al lobo?

—Quizás lo estoy parafraseando, pero así fue —dijo Roja.

—¿Qué ocurrió con ella después de convertirse en reina? —preguntó Slightly—. ¿Contrajo matrimonio o tuvo hijos?

—Qué curioso que lo preguntes —dijo Roja—. Azulita conoció a un príncipe muy especial a quien amaba mucho, y se suponía que se casarían. Por desgracia, la boda no salió de acuerdo al plan.

—¿Qué sucedió? —preguntó Tootles—. ¿El lobo regresó de entre los muertos?

—Peor —respondió Roja—. Una cabra horrible y asquerosa le robó el príncipe a Azulita.

—¡Ay, no! —exclamó Nibs—. ¿Por qué Azulita no detuvo a la cabra?

—No había nada que yo… Disculpen, que ella pudiera hacer —explicó Roja—. El príncipe temía que si no se marchaba con la cabra, la criatura lastimaría a Azulita. Se sacrificó por ella.

Slightly suspiró e hizo ojitos.

—Qué romántico.

—Entonces, supongo que él no era su verdadero amor —comentó Tootles —. Es mejor descubrir que una relación no está destinada a funcionar antes de la boda, en vez de después de años de matrimonio.

—Es verdad —dijo Nibs.

—La cabra le hizo un favor a Azulita —añadió Curly.

—Muy cierto —dijeron los gemelos.

Todos los Niños Perdidos asintieron en acuerdo. Roja estaba muy confundida porque no podía estar más en desacuerdo con ellos; quizás había olvidado contar algo.

—Por supuesto que el príncipe era el verdadero amor de Azulita —replicó —. Después de años de buscar el amor en los lugares equivocados, ella sentía que por fin había hallado la pieza que le faltaba. Estaba ansiosa por pasar el resto de su vida con él. No pasa un día sin que ella esté horas pensando en cuánto lo extraña y deseando que hubiera podido hacer algo para detener a la cabra. ¡Azulita llora cada vez que piensa en el príncipe!

Roja rompió en llanto y limpió su nariz en la manga de Tootles. Los Niños Perdidos la miraron con sospecha y después compartieron una sonrisa. Era bastante evidente por qué la historia significaba tanto para ella.

—Permíteme preguntarte esto —dijo Tootles—. Si Azulita hubiera sido secuestrada en lugar del príncipe, ¿qué habría hecho él? ¿Se habría quedado sentado llorando mientras contaba la historia?

Roja nunca había pensado al respecto.

—No lo sé —respondió—. El príncipe probablemente habría luchado contra la cabra hasta la muerte. Habría preferido morir luchando por ella que vivir otro día sin estar a su lado.

—Entonces ¿por qué Azulita no peleó contra la cabra? —preguntó Slightly—. ¿Acaso el príncipe la amaba más a ella que ella a él?

Roja negó con la cabeza.

—No, se amaban de la misma manera —explicó ella—. Si hubieran estado en la boda, lo comprenderían. Azulita les rogó a los invitados que la ayudaran, pero nadie lo hizo.

—Es muy interesante lo que acabas de decir —dijo Curly—. Nadie la ayudó. ¿Entiendes la importancia de eso?

—Curly tiene razón —comentó Nibs—. Me parece que Azulita solo está tan acostumbrada a que las personas hagan cosas por ella, que espera que los demás resuelvan todos sus problemas. Como dijiste, ¡le entregaron un reino! Ni siquiera tuvo que hacer campaña ni nada parecido.

—Si Azulita realmente amara al príncipe, iría a buscar a la cabra en persona —prosiguió Tootles—. ¡No esperaría la ayuda, el permiso ni la aprobación de nadie! Ella también pelearía contra la cabra hasta la muerte porque preferiría morir que vivir sin él.

Roja quería decirles a los Niños Perdidos que estaban equivocados, pero no se le ocurría ni una razón que explicara el por qué. ¡Los Niños Perdidos estaban completamente en lo cierto! Solo Roja sabía lo que era vivir con el

corazón roto de Roja; no podía esperar que los otros la ayudaran. Ella era la única que podía aliviar su propio dolor… ¡y ya no viviría más con aquel sufrimiento!

La joven reina se puso de pie y miró a sus hijos temporarios con ojos muy decididos.

—Niños, empaquen sus cosas —ordenó Roja—. ¡Iremos a cazar cabras!

Los Niños Perdidos reunieron rápido sus variadas armas artesanales, y Roja tomó el libro titulado Peter Pan que se suponía que debía vigilar y lo abrió. Un haz de luz brillante brotó de él e iluminó toda la casa subterránea.

Roja asomó la cabeza a través de la luz y miró dentro de Oz. Vio a Jack y a Ricitos de Oro durmiendo en el suelo del castillo de la Bruja Malvada del Oeste. Blubo estaba acurrucado junto a ellos y la copia de El maravilloso mago de Oz yacía junto a él.

—Rápido y en silencio, niños —les ordenó Roja a los Niños Perdidos—. Iremos a Oz, después al mundo de los cuentos de hadas y ¡luego rescataremos a su padre temporario!

Uno por uno, ingresaron con cuidado en el haz de luz y entraron al castillo de la bruja. Roja tomó el libro de El maravilloso mago de Oz en silencio, lo llevó al otro extremo de la sala del trono de la bruja y lo abrió. Roja y los Niños Perdidos viajaron a través de la próxima luz y llegaron a la cueva que estaba en el mundo de los cuentos.

Encontraron a Hagetta sentada afuera de la entrada de la cueva junto a una fogata que había creado.

—Roja, ¿qué haces de regreso? —le preguntó Hagetta—. ¿Quiénes son estos niños?

—Hagetta, ellos son mis hijos temporarios —dijo Roja—. ¿Por casualidad sabes dónde vive la bruja Morina?

—Creo que tiene una casa en el Bosque de los Enanos, cerca de la frontera con el Reino del Rincón, aunque nunca he ido allí —respondió Hagetta—. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Porque los niños y yo iremos a recuperar a Charlie! —exclamó Roja.

Antes de que Hagetta pudiera interceder, Roja llevó a los Niños Perdidos a un área con césped donde Avena, Avenita y Hebilla Rebelde pastaban. Ayudó a los gemelos a montar a Avenita y después subió al lomo de Avena con Tootles. Nibs, Curly y Slightly montaron a Hebilla Rebelde.

—Roja, no puedes enfrentarte a Morina —dijo Hagetta mientras corría detrás de ellos—. ¡Es una de las brujas más poderosas del mundo! ¡No tendrás oportunidad contra ella!

—¡No puede ser peor que un pirata! —replicó Tootles.

—¡Sí, podemos lidiar con ella! —añadió Slightly.

—¡Tenemos que rescatar al verdadero amor de nuestra madre! —dijo Curly.

—¡A la casa de la bruja! —gritó Nibs.

—¡Ataquen! —dijeron los gemelos.

—Hagetta, debo hacerlo —explicó Roja—. ¡No puedo permanecer sentada sin hacer nada mientras una lunática con cuernos y un caldero tiene cautivo al amor de mi vida! Además, si los papeles estuvieran invertidos, Charlie haría lo mismo por mí.

Roja tomó las riendas de Avena y guio el camino.

—Ah, y una cosa más —le dijo Roja a Hagetta—. Si ves a Ricitos antes de que yo regrese, dile que hemos tomado prestados sus caballos.

No había nada que Hagetta pudiera hacer para detenerlos: debía permanecer en la cueva y cuidar el libro. Roja y los Niños Perdidos viajaron hacia el bosque que estaba delante y desaparecieron en la noche.

«Oh, cielos», dijo Hagetta. «Esto no terminará bien».



Capítulo veinticuatro

La Dama del Lago

Arturo y Alex despertaron a la mañana siguiente antes del amanecer. Encontrar una rama del árbol más antiguo en el bosque sería desafiante y no querían perder ni un segundo de luz diurna. Se dirigieron directo al bosque y buscaron durante horas, viajando mucho más allá de las partes del bosque que Arturo conocía.

—Deberíamos marcar los candidatos a medida que los hallamos —propuso Alex.

Señaló un árbol particularmente antiguo y lo marcó con magia con miles de luces resplandecientes.

—Pero ¿cómo sabremos cuál es el más antiguo? —preguntó Arturo—. ¿Hay algún hechizo que puedas utilizar para determinar la edad de cada árbol?

—No que yo sepa —dijo Alex—. Planeaba cortarlos a la mitad y contar los anillos.

Buscaron por el bosque y marcaron los árboles más viejos hasta bien entrada la tarde. En cierto momento, ingresaron a un prado hermoso y hallaron a Merlín y a Mamá Gansa haciendo un picnic. Miraban el cielo y se turnaban para darles a las nubes forma de objetos y animales con magia para que el otro adivinara: un Pictionary para hechiceros.

—Es un conejo… ¡o una ardilla! —sugería Mamá Gansa—. No, ¡parece un pato! Espera, ya sé que es, ¡es Lester!

—¡Correcto! ¡Tienes talento natural para esto, querida! —dijo Merlín.

Lester estaba sentado junto a ellos y se ofendió bastante al ver la gran nube esponjosa que se suponía que lucía como él. Alex notaba que estaba harto de las travesuras de Merlín y Mamá Gansa.

—Lester, ¿te gustaría ayudarnos a Arturo y a mí a encontrar el árbol más antiguo del bosque? —preguntó Alex.

—¡Squaaa! —respondió el ganso, y asintió agradecido.

Merlín y Mamá Gansa se incorporaron al ver que Alex y Arturo se habían sumado a ellos en el prado.

—No nos miren a nosotros —dijo Merlín—. Quizás somos los seres más antiguos del bosque, pero ¡no pueden tener ninguna de nuestras ramas!

—¡Bien dicho, Merl! —Mamá Gansa rio y chocó su taza con la del hechicero.

Alex no pudo evitar reír también: no por Merlín, sino por Mamá Gansa. Nunca antes había visto a la mujer divertirse tanto como cuando estaba con el hechicero. Sabía que sería difícil para ella despedirse de Merlín cuando llegara el momento de regresar a casa, pero Mamá Gansa no sería la única que dejaría a alguien especial atrás.

Alex y Arturo continuaron su búsqueda con Lester bamboleándose detrás de ellos.

—Merlín extrañará a Mamá Gansa —comentó Arturo—. Creo que nunca antes lo he visto tan feliz.

—Lo mismo digo de Mamá Gansa —afirmó Alex—. Ha estado bastante triste últimamente; es agradable oírla reír para variar.

—Quizás sea lo mejor que ambas partan pronto —dijo Arturo—. ¿Te imaginas las travesuras que harían si se quedaran aquí?

—Temo pensar al respecto —respondió Alex.

—Aunque apuesto que Merlín espera que Mamá Gansa se mantenga en contacto —dijo Arturo e hizo un mohín—. Merlín estaría muy triste si nunca más oye de ella.

Alex lo miró de reojo: era evidente que ya no estaban hablando de sus mayores.

—Estoy segura de que a Mamá Gansa le encantaría mantenerse en contacto con Merlín —dijo Alex—. Pero Mamá Gansa también sabe que Merlín tiene un destino que vivir y no querría distraerlo de eso.

—Ah, sí —respondió Arturo—. Aquel asunto del destino tiende a interponerse en medio de todo. En ese caso, es muy amable de parte de Mamá Gansa.

Alex permaneció en silencio. Había conocido a Arturo hacía un día y ya era difícil pensar en cómo sería llevar una vida sin él. Intentó culpar la dependencia repentina propia de su edad: ¿qué chica de casi quince años no estaría embelesada por un joven tan apuesto e inteligente como Arturo?

A pesar de que Alex había estado enamorada antes, había algo especial en él. Quizás en otra vida, si fueran seres del mismo mundo, podría haber algo más que una amistad para explorar. Pero ella era muy consciente de su situación y de lo que la esperaba en casa, así que Alex no permitió que la idea la molestara.

Arturo también permaneció muy callado. Ella se preguntó si estaba pensando lo mismo. Él rompió el silencio para jugar otra ronda de su juego favorito: molestar a Alex.

—¿Alrededor de cuántos años tengo cuando me coronan rey? —preguntó.

—Arturo, te dije que ya no te contaré más nada —respondió Alex—. Algunas cosas están hechas para descubrirse con el tiempo.

—¿Y si yo digo una edad y tú me dices si estoy cerca? —sugirió él—. ¿Veinte?

—Eres incansable —dijo ella y lo fulminó con la mirada.

—¿Veinticinco? —insistió Arturo.

Alex rio ante su perseverancia, pero aquello solo lo alentó.

—¿Treinta? —preguntó él—. Ah, vamos, ¡por favor no me digas que es después de los cuarenta!

—Para ser honesta, Arturo, no lo sé. Hay muchas versiones de tu historia, y no estoy completamente segura de en cuál estoy.

Aquel prospecto le resultó muy intrigante al joven.

—¿Versiones, dices? Entonces ¿hay más de un Arturo? ¿Ahora mismo podría haber otros Arturos caminando por otros bosques? ¿Arturos que son más valientes, fuertes y galantes que yo?

—Imposible —dijo Alex con una sonrisa—. Quizás hay otras versiones de tu historia, pero solo hay un Arturo como tú.

El muchacho se sintió muy conmovido por sus palabras.

—¿Crees que también hay otras versiones de ti? —le preguntó él.

—Ah, sí, pero no andan caminando por otras historias —respondió ella—. Hay muchas versiones más allá de la Alex que ves a tu lado.

—Interesante. ¿Podrías mostrármelas?

—No quiero que pienses mal de mí.

—Vamos, tú sabes mucho sobre mí. Dime qué es lo peor que hayas hecho. Prometo que no te juzgaré.

Alex estaba reticente a contarle nada, pero si él iba a continuar siendo insistente, lo mejor sería contarle historias acerca de su propia vida en vez de darle detalles de la del futuro rey.

—Hubo un período en el que cada vez que estaba abrumada o molesta, hacía que sucedieran cosas por accidente.

—Ahora sí estamos llegando a alguna parte —dijo Arturo—. Por favor, continúa.

—La primera vez que vi el rostro del Hombre Enmascarado estaba convencida de que era mi padre —explicó Alex—. Nadie me creyó, pero sabía lo que había visto. Pasé meses agonizando y pensando en cómo era posible… ¿Cómo es que mi padre regresó de la muerte y se convirtió en semejante monstruo? Las preguntas me torturaban y destruían mi tolerancia. Dado que mis poderes se alimentan de mi corazón, mis sentimientos tomaban el control de mi cuerpo cada vez que me enfurecía o que estaba triste: no tenía control sobre lo que decía o hacía.

—Y ¿qué sucedió? —preguntó Arturo.

—Una vez, mi hermano y yo estábamos persiguiendo soldados de la Grande Armée —dijo Alex—. Cuando estaban a punto de escapar, hice que un muro de ladrillos apareciera frente a ellos. Los soldados chocaron contra él y se quebraron la nariz.

—Entonces a veces funciona a tu favor —comentó Arturo.

—Rara vez —dijo Alex—. Solía montar un unicornio llamado Cornelius. Me llevaba por todos los reinos hacia las personas que necesitaban un hada. Cuando buscábamos al Hombre Enmascarado yo estaba tan desesperada que intenté usar a Cornelius para rastrearlo. Sin embargo, los unicornios son criaturas mágicas y no pueden usarse para fines egoístas. Así que cuando no funcionó, me frustré mucho y unas enredaderas brotaron del suelo y lo amarraron. Me tuvo miedo durante semanas, pero después de un tiempo volvió a la normalidad, aunque he intentado mantenerme lejos de él desde entonces.

A pesar de su culpa evidente, Arturo le restó importancia.

—Eso es cosa de niños —dijo él—. Sé que tienes una historia mejor en tu interior.

—Una vez alcé una taberna por encima de las nubes y la dejé caer —respondió ella.

—¡Estás bromeando! ¿Había alguien dentro?

—Sí, ¡yo! —relató Alex—. Sin mencionar a mi hermano, a todos nuestros amigos cercanos y alrededor de cien brujas. Por suerte, recobré la consciencia a tiempo para salvarnos a todos antes de estrellarnos contra el suelo.

—¿Algo más? —preguntó Arturo.

Alex temía ahuyentarlo con sus historias, pero el muchacho permaneció a su lado, cautivado con cada palabra.

—De hecho, sí. Quizás omití algunos detalles cuando te conté de la vez en que el Consejo de las Hadas me destituyó como Hada Madrina. Tal vez los ataqué accidentalmente con rayos y después desaparecí en un muro de llamas.

Arturo emitió un sonido que era mitad risa y mitad grito ahogado.

—¡Alex Bailey! —la reprendió, pero con una sonrisa burlona—. Nota para mí mismo: nunca hacerte enojar. Sin embargo, estoy seguro de que el consejo se lo merecía. ¿Has tenido algún otro episodio desde entonces?

Alex pensó al respecto y se alegró mucho al darse cuenta de que no había tenido ninguno.

—No desde que descubrí que el Hombre Enmascarado era mi tío —respondió ella—. Luce idéntico a mi papá; cualquiera hubiera llegado a la misma conclusión. Supongo que saber que no estaba loca como creía el resto del mundo me hizo reconectar con mis sentimientos.

—Pero dijiste que estabas segura de lo que viste —replicó Arturo.

—¡Y así era! Créeme.

—Entonces ¿por qué permitiste que lo que otros pensaban te afectara tanto? —preguntó él.

Alex nunca había visto toda la experiencia en perspectiva. Ella y su hermano habían atravesado innumerables situaciones estresantes en las que las personas solían no creerles. Entonces ¿por qué aquella situación en particular le molestaba tanto?

—Supongo que es una pregunta ancestral, ¿no? —dijo Alex—. ¿Por qué permitimos que el mundo dicte nuestras verdades?

—Squaaa… —graznó Lester, como si dijera ¡Dímelo a mí!

—Bueno, solo tengo dos semanas más contigo después de que recolectemos los ingredientes de la poción —dijo Arturo—. Pero espero ver tantas versiones de Alex como pueda.

Ella apretó los labios para evitar que dibujaran una sonrisa, pero Arturo vio su intención detrás del esfuerzo por reprimirla. Era encantador incluso cuando no era su intención serlo.

—Resistirse solo me tienta a hacerte sonreír más —le advirtió él.

Después de un rato descubrieron un gran lago oculto en lo profundo del bosque. El agua era más limpia y clara que la de cualquier otro lago que Alex hubiera visto jamás. Había una pequeña isla en medio del agua y no había nada en ella, salvo un árbol decrépito, que sin dudas era el árbol más antiguo con el que se habían topado en todo el día.

—¡Es ese! —dijo Alex—. ¡Ese debe ser el árbol más antiguo del bosque!

—¿Cómo llegaremos hasta él? —preguntó Arturo.

Alex volteó para mirar a Lester y una sonrisa necesaria apareció en el rostro de la chica.

—Lester, ¿podrías transportarnos hasta la isla?

El ganso miró la isla y suspiró. No quería mojar sus plumas, pero dado que Alex lo había rescatado de pasar una tarde escuchando las mismas historias una y otra vez, le debía una. Caminó bamboleándose hasta el agua y probó la temperatura con sus patas palmeadas, lo que hizo que el agua calma dibujara intensos círculos concéntricos.

El ganso tomó asiento en el agua, pero vio algo que lo hizo saltar de regreso a la tierra.

—¡SQUAAA! —graznó, asustado—. ¡SQUAAA!

Lester temblaba, y señaló el agua con su pico.

Un géiser de agua brotó del lago como una fuente en cámara lenta, retorciéndose y saltando en el aire hasta que tomó la forma de una mujer. Como un latido, cada pocos segundos una onda comenzaba en el pecho de la silueta y viajaba por todo su cuerpo.

—¡No se permiten pájaros en mis aguas! —exclamó la mujer de agua—. ¡Shú! ¡Ve a defecar a otro lugar!

Lester se ocultó detrás de Alex y Arturo, que miraban a la mujer con asombro. La dama se sorprendió al verlos, pero parecía contenta por la compañía.

—Oh, hola —dijo—. Espero no haberlos asustado. Me esfuerzo mucho por mantener mi lago impecable y debo ahuyentar a las aves antes de que arruinen mi agua. No me di cuenta de que era una mascota.

Lester fulminó a la mujer con la mirada: ¿a quién llamaba mascota?

—¿Qué…? Disculpa, ¿quién eres? —preguntó Arturo.

—Yo sé quién es —dijo Alex—. Arturo, ¡es la Dama del Lago!

La Dama del Lago se alegró mucho de que la reconocieran.

—¡Esa soy yo! —anunció, feliz—. Han pasado años desde que he tenido humanos de visita. Mi lago está tan alejado que muy pocas personas saben que existe. ¿Qué los trae por aquí hoy?

La Dama del Lago parecía bastante amable. Ni Alex ni Arturo sintieron la necesidad de ocultar sus intenciones.

—Estamos buscando por el bosque un ingrediente que necesitamos para una poción —explicó Arturo.

—¿Por casualidad sabes cuán antiguo es aquel árbol viejo que está en tu isla? —preguntó Alex.

—Ha estado allí durante siglos —respondió la Dama del Lago—. Bien podría ser el árbol más antiguo del bosque.

Alex y Arturo compartieron una sonrisa y se alegraron.

—Hermosa dama, ¿nos permitiría amablemente llevarnos una parte de él? —preguntó Arturo.

—Ah, por supuesto —respondió ella—. Para serles honesta, es bastante desagradable a la vista. Siéntanse libres de llevarse cuanto quieran de él.

—¡Muchísimas gracias! —dijo Alex—. Lo apreciamos mucho.

Alex, Arturo y Lester se acercaron al agua. La Dama del Lago alzó una mano para detenerlos.

—Ustedes dos pueden cruzar mis aguas, pero el ave, no —afirmó. Movió una mano, y una hilera de rocas brotó del agua y creó un puente hacia la isla.

—No hay problema —dijo Alex—. Lester, quédate aquí.

El ganso observó mientras Alex y Arturo saltaban sobre las rocas hacia la isla. Arturo extrajo una daga del interior de su bota y cortó una rama pequeña.

—Regresemos ahora a la casa de Merlín y comencemos con la poción —dijo él.

—¿Disculpa? ¿Acabas de decir Merlín? —preguntó la Dama del Lago.

—Sí, es un hechicero —respondió Arturo—. ¿Lo conoces?

—Claro que sí. Pero ¿cómo lo conocen ustedes?

—Es mi amigo y mi mentor —explicó Arturo.

Fue como si hubiera dicho algo que la ofendió. De pronto, el puente de rocas se hundió en el lago. Un muro de agua se alzó en el aire alrededor de la isla y atrapó a Alex y a Arturo en ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alex.

—¡Los amigos de Merlín no son mis amigos! —exclamó la Dama del Lago. Su voz ya no tenía un tono alegre, sino uno desdeñoso.

El muro de agua alrededor de la isla comenzó a cerrarse sobre Alex y Arturo. La chica intentó utilizar magia para detenerlo, pero cada vez que alzaba una mano, un chorro de agua la obligaba a bajarla.

—¡Oye, ave! ¡Ve a buscar a Merlín! Dile que la Dama del Lago requiere su presencia, y que si ignora mi pedido esta vez, sus amigos morirán ahogados —ordenó la Dama del Lago.

Lester no perdió ni un minuto. Voló hacia el cielo y fue a buscar ayuda mientras graznaba.

—Querida Dama, no sé qué disputa tiene con Merlín, pero nosotros no estamos involucrados —dijo Arturo—. ¡Por favor, déjenos ir!

La Dama del Lago lo ignoró. Su atención estaba fija en su propio reflejo sobre el agua. Manipulaba el elemento, moldeando su cuerpo, quitando o añadiendo agua en ciertos lugares y dándose una forma más atractiva. Su cabello creció un poco, su cintura se achicó y sus caderas se hicieron más pronunciadas. Canturreaba en voz baja mientras hacía los ajustes, como si estuviera preparándose para una cita.

Pocos minutos después, Lester regresó con Merlín y Mamá Gansa sobre el lomo. Los pasajeros descendieron del ave y se acercaron a la orilla del lago con rapidez.

—¡Merlín, ayúdanos! —suplicó Arturo.

—Nimue, ¿qué significa esto? —le preguntó el hechicero a la Dama del Lago.

—Hola, Merlín —respondió ella—. ¡Ha pasado mucho tiempo desde que te vi!

—¡Libera a nuestros aprendices de inmediato!

—¿Así tratas a todas las amantes que no has visto en doscientos años? —preguntó la Dama del Lago.

—Hemos hablado de esto mil veces, Nimue —replicó Merlín—. ¡Nunca estuvimos juntos y nunca lo estaremos!

—¿Cómo puedes decir eso después del mes romántico que pasamos juntos en la cueva de la playa? —insistió la Dama del Lago—. ¡¿O acaso lo has olvidado?!

—No lo he hecho —respondió Merlín—. ¡Has inundado tu cerebro y has perdido la cordura, Nimue! ¡Tú me encerraste en esa cueva!

—Pero cuando te liberé, ¡prometiste encontrarte conmigo en este lago! —replicó ella—. ¡Te he esperado aquí durante cientos de años!

—¡Mentí para salir de la cueva! ¡Te lanzaste sobre mí tantas veces, que es un milagro que no me haya arrugado por tu agua hasta la muerte!

El pulso de la Dama del Lago latía tan rápido, que todo su cuerpo ondeaba fuera de control.

—¡Hora de dejar el pasado atrás, H2O! —dijo Mamá Gansa—. Suelta a esos niños, o nosotros…

De pronto, la Dama del Lago incrementó cuatro veces su tamaño, y al hacerlo, vació la mitad del lago.

—¿O QUÉ? —preguntó.

El agua se cernió más y más cerca de Alex y Arturo en la isla: estaban quedándose sin tierra. En pocos minutos quedarían completamente sumergidos. Era evidente que las exigencias de Merlín y Mamá Gansa no estaban llevándolos a ninguna parte.

—Tranquilicémonos y lleguemos a un acuerdo —propuso Merlín—. Llévame a mí a cambio de los niños.

—Oh, Merl, ¡no puedes permitir que este charco gigante te lleve! —dijo Mamá Gansa.

—Está bien, he lidiado con personajes húmedos antes —aseguró él—. Entonces ¿qué piensas, Nimue? ¿Liberarás a nuestros aprendices a cambio de llevarme?

La Dama del Lago lo consideró. Su cuerpo que ondulaba a toda velocidad se calmó, y ella redujo su tamaño.

—Puedo vivir con eso —respondió.

El muro de agua que rodeaba la isla desapareció y las piedras resurgieron. Merlín cruzó hasta la isla, pero antes de que Alex y Arturo tuvieran tiempo de regresar a la orilla, el muro de agua regresó y atrapó a los tres en la isla.

—¡Nimue! ¡Teníamos un trato! —gritó Merlín.

—Lo sé, ¡pero mentí! —rio la Dama del Lago—. ¿No es maravillosamente irónico?

Merlín, Arturo y Alex intercambiaron miradas de horror. No sabían cómo saldrían de aquella situación.

—¡Oye! ¡Lunática del Lago! Te lo advierto por última vez: libera a mis amigos ¡o iré por ti! —exclamó Mamá Gansa.

La Dama del Lago se rio de ella con pena.

—¿Y qué harás, abuelita? —preguntó—. ¿Gimnasia del geriátrico?

Mamá Gansa entrecerró los ojos, boquiabierta, y sus mejillas se tiñeron de rojo. Lester cubrió sus propios ojos con sus alas: sabía que lo que venía no sería bonito.

—¡Dime abuelita una vez más si te atreves! —dijo ella.

—¡ABUELITA! ¡ABUELITA! ¡ABUELITA! —canturreó la Dama del Lago.

Mamá Gansa había tenido suficiente. Hizo sonar su cuello y se remangó. Era hora de tomar el asunto en sus propias manos.

—¡Eso es todo, hermana! —dijo—. ¡Me has empujado al límite de mi paciencia!

Mamá Gansa corrió dentro del lago y comenzó a patear el agua. La Dama del Lago solo rio ante sus intentos de dañarla. Envió grandes olas hacia ella,

cada una más fuerte que la otra, y sumergió a Mamá Gansa en las profundidades, bajo la superficie.

—¡Mamá Gansa! —gritó Alex.

—¡Suéltala, estanque miserable! —ordenó Merlín.

—Lo siento, Merlín, pero ¡a tu amiga se la lleva la corriente! —dijo la Dama del Lago.

Justo cuando pensaban que Mamá Gansa nunca saldría a la superficie, toda el agua del lago comenzó a girar gradualmente en el sentido de las agujas del reloj. El flujo aumentó y llamó la atención de la Dama del Lago, pero no pudo retomar el control del elemento. El agua giraba alrededor de la isla más y más rápido. Pronto, se movía a tan alta velocidad que la Dama del Lago no pudo mantener su forma humana y se disipó en el resto del agua.

El lago giratorio se alzó en el aire, formando un pequeño huracán. Era una tormenta poderosa, y Merlín, Arturo y Alex se aferraron al árbol de la isla con todas sus fuerzas para evitar que el viento los hiciera volar. Vieron a Mamá Gansa de pie en el fondo del lago, manipulando la tormenta en el aire como si fuera un lazo de rodeo líquido y gigante.

—¡HORA DE EVAPORARSE, BRUJA MOJADA! —gritó Mamá Gansa.

Soltó el agua y cada gota del lago voló hacia el cielo y se convirtió en lluvia; cubrió el bosque que los rodeaba y se extendía por kilómetros. El lago ahora no era nada más que un agujero amplio y vacío en el bosque.

Merlín, Arturo y Alex estaban atónitos: todavía sujetaban el árbol de la isla a pesar de que la tormenta había desaparecido. Mamá Gansa limpió sus manos y las colocó sobre sus caderas. La expresión perpleja de los tres le resultaba muy entretenida.

—No sé ustedes, pero se me ha abierto bastante el apetito —dijo—. Vayamos a comer.



Después de haber comido, Merlín le prestó a Alex un pequeño caldero para que pudiera comenzar a preparar la Poción Portal. Ella lo llenó de agua y lo puso en la chimenea para que hirviera. Cortó la rama del árbol en partecitas diminutas y las añadió al caldero junto a la pluma de Lester.

—Lo único que necesitamos es un candado y una llave derretidos de un ser amado —dijo Alex.

Arturo cruzó el pasillo de la cabaña de Merlín. Alex oyó dos golpes metálicos fuertes y el muchacho regresó con un candado y una llave.

—¿De dónde los sacaste? —preguntó Alex.

—Solo los corté de la puerta de la habitación de Merlín —respondió él—. Es como un padre para mí, así que debería funcionar.

Alex colocó los objetos en un caldero separado y después lo llevó al fuego junto al otro. Cuando el candado y la llave se derritieron, ella vertió rápidamente la mezcla sobre los otros ingredientes antes de que se solidificara de nuevo.

—Ahora lo único que hace falta es dos semanas de luz de luna —dijo Alex.

—Conozco el lugar perfecto —afirmó Arturo.

Después de la puesta de sol, Arturo acompañó a Alex hasta una colina muy alta cubierta de césped que estaba algo adentrada en el bosque. Podían ver el bosque entero desde la colina y tenían una vista perfecta de la luna y las estrellas. Colocaron el caldero en el suelo y se recostaron uno a cada lado de él mientras la poción se embebía en la luz de la luna.

—Es muy interesante —dijo Alex—. La luna y las estrellas lucen exactamente igual aquí que en el mundo de los cuentos de hadas y en el Otromundo.

—¿Podrías llevarme a tu mundo algún día? —preguntó Arturo—. Me encantaría conocer el Otromundo y el mundo de los cuentos de hadas.

—No estoy segura de que sea una buena idea —respondió Alex, bromeando—. Eres muy popular allí. Sería muy fácil que husmearas y descubrieras todo acerca de tu destino.

Arturo permaneció en silencio; parecía un poco triste. Algo lo perturbaba.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella—. ¿Dije algo que te molestó?

—Claro que no, es solo que no he sido muy honesto contigo —respondió él—. Sé la respuesta a todas las preguntas con las que te molesto. Merlín cree que mantiene la boca bien cerrada, pero lo único que necesita es un poco de cerveza en su sistema para que pueda obtener cualquier respuesta que quiera de él. Sé cuántos años tengo cuando me coronan y sé que seré un gran rey. También sé acerca de Camelot, de la Mesa Redonda y de Ginebra.

—Entonces ¿por qué has estado molestándome tanto? —preguntó Alex.

—Porque eres terriblemente bonita cuando intentas ocultar información —respondió él—. ¿Ya te lo han dicho alguna vez?

—No puedo decir que sí. Gracias… Me alegra que yo te resulte tan divertida.

—Me diviertes y me asombras. Hay tantas cosas que me haces sentir…

Arturo dejó de hablar. Alex sabía que debían cambiar el tema de conversación. Si continuaban siendo más honestos con el otro, solo harían que su eventual despedida fuera mucho más dolorosa.

—¿Puedo hacerte una pregunta como alguien cuyo destino aún no está escrito? —dijo Alex.

—Claro —respondió Arturo.

—Si conoces todos los desafíos, todo el dolor y el sufrimiento que soportarás en el futuro, ¿por qué permaneces en el camino que el destino ha creado para ti? ¿Por qué no te aventuras a salir de él e intentar crear una vida que será más disfrutable para ti mismo?

Arturo no tuvo que pensarlo demasiado. La respuesta estaba grabada en su corazón.

—Me gustaría pensar que la elección recae bajo nuestro pacto de grandeza verdadera —dijo él—. Creo que las personas de Inglaterra merecen un gran rey. Y si mi destino es ser ese hombre, uno cuyo legado inspirará a los reinos presentes y futuros aquí e incluso más allá de los reinos de este mundo, entonces vale la pena cada sacrificio.

Alex estaba tan conmovida e impresionada por su respuesta que sintió escalofríos en todo el cuerpo.

—Creí que sabía todo sobre ti, Arturo, pero continúas sorprendiéndome —confesó ella.

Él volteó su cabeza hacia Alex y ambos se miraron a los ojos.

—Además, ¿quién sabe realmente lo que depara el futuro? —dijo Arturo —. Como aprendí ayer, uno nunca sabe cuándo puede aparecer alguien y cambiar tu mundo para siempre.

Mientras miraba los ojos azules de Arturo, Alex sintió que su mente de a poco perdía el control de su cuerpo… Pero esa vez, quien tomó el mando fue su corazón. Se inclinó hacia delante y besó a Arturo con más pasión de la que jamás había besado a nadie. A ella le sorprendió tanto como a él.

—Me gusta esta versión tuya.

—A mí también —concordó Alex—. Es nueva.

Había miles de razones por las que ella no debería haberlo hecho, aunque nada parecía peor que no volver a hacerlo. Pero Arturo le devolvió el beso antes de que ella tuviera la oportunidad de pensarlo. Se recostaron bajo las estrellas, besándose hasta que ya no hubo más luz de luna para que la poción absorbiera.



Capítulo veinticinco

La Bruja de Papplenick

Conner debería haber sabido que no podía confiar en los hombres alegres. La mañana siguiente a que habían ahuyentado al *sheriff* de Nottingham, les asignó al Pequeño Juan y a Will Scarlet que hallaran dos de los ingredientes que necesitaba para la Poción Portal. Pocas horas después, los dos regresaron exactamente con las cosas opuestas a las que Conner pidió.

El Pequeño Juan arrastró un árbol recién cortado hasta el campamento y se lo presentó con orgullo a Conner. El árbol rebosaba de vida y estaba cubierto de brillantes hojas verdes.

—Creí que querrías elegir la rama, así que traje el árbol entero —dijo el Pequeño Juan.

Poco después lo siguió Will Scarlet con un faisán enjaulado. El ave era tan vieja que las únicas plumas que le quedaban eran grises. El ave jadeaba con tanta dificultad que cada respiro tenía potencial para ser el último.

—Lo encontré sentado en el bosque —relató Will Scarlet—. Ni siquiera se resistió cuando lo enjaulé.

Conner suspiró y frotó sus ojos.

—Chicos, gracias —dijo—. Pero mezclaron mis indicaciones. Dije que necesitaba una rama del árbol más antiguo del bosque y una pluma del mejor faisán.

El Pequeño Juan y Will Scarlet se señalaron mutuamente como si el otro tuviera la culpa.

—Eso creí que dijiste, pero ¡él me dijo que necesitabas el faisán más antiguo! —afirmó Will Scarlet.

—No, ¡tú me dijiste que necesitaba el mejor árbol del bosque! —replicó el Pequeño Juan.

—¡Claro que no!

—¡Tú dijiste lo mismo!

Conner se interpuso entre ellos justo cuando estaban intentando tomar sus armas.

—¡Dejen de discutir! —exclamó—. Ambos necesitan intentarlo de nuevo. Enviaré al Leñador de Hojalata y a Peter con ustedes esta vez para que no se confundan.

El Leñador y Peter siguieron al Pequeño Juan y a Will Scarlet de nuevo hacia el bosque. Pasaron junto a Robin Hood, quien por fin regresaba de un recado al que Conner lo había enviado la noche anterior.

—¡HE REGRESADO! —anunció.

—¿Conseguiste el candado y la llave de *Lady* Marian? —preguntó Conner.

Robin Hood desmontó su caballo con una sonrisa triunfante, pero su rostro se entristeció.

—NO —respondió—. TE HE FALLADO, HECHICERO. PASÉ TODA LA NOCHE AFUERA DEL CASTILLO JUNTO A LA VENTANA DE *LADY* MARIAN. ANUNCIÉ MI PRESENCIA Y LLAMÉ SU NOMBRE, PERO NUNCA ABRIÓ LA VENTANA.

—Maldición —dijo Conner—. ¿Alguien más en este campamento tiene novia?

Alan-a-Dale y el fraile Tuck eran los únicos hombres alegres que quedaban en el campamento. No eran candidatos prometedores.

—Olvídenlo —añadió Conner—. Robin, ¿puedes regresar al castillo esta noche e intentar cortejarla?

—LO QUE SEA POR TI, HECHICERO —respondió Robin Hood—. PERO TEMO QUE TAL VEZ NO FUNCIONARÁ. SIENTO QUE *LADY* MARIAN Y YO NOS ESTAMOS DISTANCIANDO. POR LO TANTO, AÚN SI OBTENGO EL CANDADO Y LA LLAVE QUE LE PERTENECE A ELLA, QUIZÁS NO SEAN DIGNOS DE TU POCIÓN.

Conner golpeó su frente con la palma de la mano: no podía creer su suerte. Si quería regresar a casa, tendría que resolver antes que nada los problemas de pareja de Robin Hood.

—Robin, tengamos una charla —propuso Conner.

—¿QUÉ ES UNA CHARLA, GRAN HECHICERO? —preguntó Robin Hood.

—Es una conversación: sentémonos a conversar.

Conner tomó asiento junto al fuego y Robin hizo lo mismo frente a él.

—Permíteme que te haga una pregunta —dijo Conner—. Cuando hablas con *Lady* Marian, ¿SIEMPRE HABLAS ASÍ?

Robin lo miró con extrañeza.

—NO HAY NECESIDAD DE GRITAR, HECHICERO. ¡MI AUDICIÓN ES IMPECABLE! TENGO EL OÍDO DE UN ZORRO.

Conner puso los ojos en blanco. Nunca había conocido a alguien que estuviera tan en las nubes en toda su vida: Robin Hood hacía que Roja pareciera un erudito de Rodas.

—Robin, no sé cómo decirlo de otro modo, pero tienes una dificultad con el volumen. Es probable que *Lady* Marian necesite un descanso de ti para que sus tímpanos sanen. Esta noche cuando la llames, quiero que le hables como si fuera un bebé.

—¿UN BEBÉ, DICES? —preguntó Robin Hood. Conner cubrió su boca con un dedo.

—Mucho más bajo que eso —susurró Conner—. Imagina que Marian es una niña pequeña y delicada con oídos sensibles.

Robin Hood no comprendía cuál era el punto de hacerlo, pero cumpliría con cualquier pedido del hechicero.

—Próxima pregunta —dijo Conner—. ¿De qué hablan *Lady* Marian y tú cuando están juntos?

—¡DE LA CAÍDA DEL PRÍNCIPE JOHN Y DE LA RESTAURACIÓN DE NOTTINGHAM! —respondió él.

—Esta noche, quiero que empieces la conversación con un simple: ¿Cómo estás? —indicó Conner—. Pregúntale cómo estuvo su día. Dile cumplidos acerca de su vestimenta. Pregúntale si se cortó el cabello.

—PERO EL CABELLO DE MARIAN SIEMPRE ESTÁ CUBIERTO POR UN VELO —replicó Robin Hood.

—No importa —dijo Conner—. A las chicas les gusta sentirse especiales. No siempre quieren oír hablar de sus batallas o sus saqueos o lo que sea que hacen los hombres alegres. Quieren saber cuáles son sus sentimientos, en especial, cómo ellas los hacen sentir.

—¡MARIAN ME HACE SENTIR COMO EL HOMBRE MÁS AFORTUNADO DE NOTTINGHAM! —respondió Robin Hood.

—¡Exacto! Asegúrate de decirle eso.

Era evidente por la expresión de Robin Hood que nunca antes había barajado ser considerado.

—GRACIAS, OH, HECHICERO —dijo y le dio una palmada fuerte en la espalda a Conner—. ERES MUY SABIO CON LAS MUJERES. ¿HAY

UNA HECHICERA EN TU VIDA?

—Quizás tenga un hierro en mi fuego —sonrió Conner.

—HECHICERO, NO DEBES DEJAR EL HIERRO EN EL FUEGO DURANTE DEMASIADO TIEMPO, PUEDE QUEMARTE CUANDO REGRESES A BUSCARLO —replicó Robin.

Conner no sabía si era otro comentario despistado o una metáfora profunda. De cualquier modo, Robin Hood tenía razón.

El fraile Tuck tocó el hombro de Conner.

—Hechicero, disculpe la interrupción, pero ¿puedo preguntarle algo?

—Sí, ¿padre Tuck? —preguntó Conner.

—Fraile —lo corrigió el hombre—. Hice una lista de los objetos que necesita para su poción. Si los otros regresan con los artículos correctos, lo único que necesitaría es luz de luna y un toque de magia, como dijo. ¿Eso es algo que necesitará que recolectemos o planeaba proveerlo usted?

—Ah, sí, olvidé esa parte —dijo Conner. Olvidó que su hermana no estaba allí para terminar la poción con magia—. Fraile, si el hechicero estuviera cansado, ¿habría alguien más en Nottingham que pudiera proveer algo de magia?

—Normalmente, Hechicero, no está en mi naturaleza involucrarme con la brujería —respondió Tuck. Miró a su alrededor en el bosque para asegurarse de que no hubiera otros frailes escuchando—. Sin embargo, hay una mujer horrible que vive en el castillo, y creo que ha bailado con el diablo, si me entiende. Se llama Maudlin, la conocen en todo Nottingham como la Bruja de Papplenick y trabaja para el *sheriff*.

Alan-a-Dale tocó un tono dramático con la mandolina que sobresaltó a Conner.

El futuro predice,
y a sus enemigos maldice,
y con infernales pociones,
cura lesiones.

—Genial —dijo Conner con sarcasmo—. ¿Y alguien tendría que escabullirse en el castillo para llegar a ella?

—Supondría que sí —respondió Tuck.

Conner no sabía por qué estaba sorprendido. No era una verdadera búsqueda del tesoro Bailey a menos que el miedo de ser capturados, torturados o asesinados fuera una posibilidad. Conner sabía que él mismo debería buscarla: no se arriesgaría a que uno de los hombres alegres lo arruinaran.

—Robin, estás de suerte —comentó Conner—. Tendrás un compañero de viaje esta noche. Iré al castillo contigo.

Más tarde ese día, cuando el sol comenzó a ponerse, Conner y Robin Hood viajaron hacia el castillo de Nottingham. Vestían capas oscuras para camuflarse en la noche y avanzaban de árbol en árbol en caso de que los soldados del *sheriff* estuvieran merodeando por el bosque. El castillo de Nottingham era una inmensa fortaleza medieval construida con piedras de gran tamaño.

La mayoría de las ventanas eran muy angostas: apenas había espacio para que cupiera un brazo. Robin Hood llevó a Conner hasta una ventana vidriada más grande y se detuvo debajo de ella.

—¡AMOR DE MI VIDA, SOY YO, ROBIN HOOD!

Lady Marian apareció en la ventana. Era bonita y lucía un velo violeta sobre su cabeza. Bajó la vista hacia el suelo y, cuando vio a Robin Hood, se ocultó rápidamente detrás de la ventana; era evidente que intentaba evitar al hombre. Por desgracia, Robin la vio y se le rompió el corazón.

—VES, HECHICERO, ES COMO TE DIJE —suspiró Robin Hood—. SU CARIÑO HACIA MÍ HA ABANDONADO SU CORAZÓN.

—Eso es porque la saludaste como si hubiera una estampida corriendo detrás de ella —replicó Conner—. Intenta hacer lo que hablamos: ¡imagina que es un bebé!

Robin Hood miró la ventana y lo intentó de nuevo.

—Adorable dama, por favor abre la ventana para que pueda ver tus hermosos ojos —dijo Robin Hood.

Sonaba como una persona completamente distinta con un tono más calmo. *Lady* Marian asomó la cabeza sobre el alféizar con los ojos muy abiertos: ¿ese era Robin Hood? Abrió la ventana y miró hacia abajo para asegurarse.

—¿Robin de Loxley? —preguntó ella.

—Mi querida Marian, ¡luces tan hermosa esta noche! —respondió Robin Hood—. ¿Ese velo es nuevo?

—¡Sí, lo es! —asintió Marian. Le sorprendía que él lo hubiera notado.

—Debo decir que no existe otra joven en toda la tierra que luzca más divina que tú esta noche —añadió Robin Hood.

Se quitó el sombrero y le dedicó una pequeña reverencia. *Lady* Marian se sonrojó y cubrió su boca para ocultar una sonrisa.

—Oh, Robin —rio—. ¿Siquiera puedes ver mi velo desde allí abajo?

—¿Me permitirás entrar en tu habitación para que pueda verlo más de cerca? —preguntó Robin Hood.

—¡Bien hecho! —susurró Conner y le hizo un gesto de pulgares arriba.

Marian dejó caer una cuerda hecha de sábanas amarradas. Robin Hood la utilizó para trepar por el lateral del castillo y tomó asiento en el alféizar. Compartieron un beso y Robin ingresó al cuarto de Marian.

—¡Buen trabajo! —exclamó Conner hacia la ventana—. ¡No olvides el candado y la llave!

Estaba tan aliviado… Se preguntó si podría tener futuro como consejero matrimonial. Su alivio desapareció rápido cuando se dio cuenta de que todavía debía hallar su propio modo de ingresar al castillo para encontrar a la Bruja de Papplenick.

Conner corrió alrededor de la fortaleza, pero no logró ver una puerta ni una ventana que tuviera el tamaño suficiente para poder ingresar. Después de un rato, encontró la puerta principal del castillo y la sacudió para ver si podía abrirla a la fuerza, pero era sólida como una roca. Justo cuando comenzaba a alejarse de ella, la puerta empezó a levantarse. Cuatro soldados aparecieron detrás de ella y salieron del castillo.

Sin tiempo para ocultarse y con muy pocos lugares a los que ir, Conner presionó su cuerpo lo más llano que pudo contra el lateral del castillo y cerró los ojos. Rezaba poder camuflarse con el muro como un camaleón por arte de magia. Por suerte, los yelmos de los soldados eran tan grandes que tenían la visión obstruida. Los cuatro pasaron junto a Conner sin verlo. Cuando desaparecieron de vista, el chico se escurrió por debajo de la puerta e ingresó al castillo.

El lugar estaba bastante vacío y los pasos de cualquier soldado que se acercaba hacían tanto ruido que Conner los oía venir mucho antes de verlos. El interior del castillo lucía exactamente como el exterior. No era nada más que pasillos largos de muros de piedra y ventanas pequeñas.

«Veamos, si fuera una bruja residente, ¿dónde estaría?», se preguntó Conner en un susurro. «En el ático o en el sótano: allí es donde las brujas siempre se ocultan en estas historias».

Encontró una escalera y bajó por ella a toda prisa. Lo llevó a una gran puerta metálica con picas en ella. Oyó un latigazo y luego a un hombre gritar.

«Nop, sin dudas ese es el calabozo», dijo y volteó con rapidez.

Buscó por el castillo un modo de ingresar a las torres, suponiendo que la bruja debía vivir en una de ellas. Encontró una escalera en espiral y subió por ella más y más alto, mareándose mientras los peldaños se retorcían hacia arriba. En la cima de la escalera encontró otra puerta, pero esta estaba entreabierta.

Conner espió dentro y vio una pequeña habitación circular: sin dudas había llegado a la cima de la torre. El cuarto estaba lleno de estantes y mesas cubiertas de objetos extraños. Había frascos con plantas, líquidos y animales pequeños. Había jaulas con animales más grandes, botellas de pociones y calderos. Sin dudas era la habitación de una bruja.

Conner ingresó con cuidado.

—¿Disculpe, señora Papplenick? ¿Maudlin?

Encontró a la bruja sentada en una silla en medio de la habitación. Tenía cabello gris y delgado, piel pálida muy arrugada y vestía una túnica negra andrajosa. Tenía los ojos cerrados y estaba quieta como una roca. De hecho, ni siquiera parecía estar respirando.

—Por favor, no estés muerta —dijo Conner.

Justo cuando se acercó más a ella para comprobar su pulso, alguien más subió corriendo las escaleras detrás de él y llamó a la puerta haciendo mucho ruido. Conner se ocultó a toda velocidad detrás de una mesa con pociones.

—¿Maudlin? ¿Estás decente? —preguntó un hombre en la puerta.

La bruja resopló y cobró vida.

—Sí, *sheriff* —dijo ella tosiendo—. Puede entrar.

El *sheriff* de Nottingham ingresó a la torre y cerró la puerta de un golpe. Era un hombre alto y majestuoso, pero una vez que estuvo a solas con la bruja, se encorvó y rompió en un llanto histérico como un niño.

—No tengo una buena noche, Maudlin —sollozó el *sheriff*.

—Ya, ya, *sheriff* —dijo la mujer y se puso de pie para abrazarlo—. Siéntate y cuéntale a la tía Maud lo que ocurrió.

Sentó al *sheriff* en su silla y acarició el cabello del hombre como si fuera el de una muñeca. Conner no podía creer lo que veía: estaba tan avergonzado solo de observar al *sheriff* que buscó con la mirada una salida de la torre.

—¡Solo quiero que M-M-Marian me ame! —lloró el *sheriff*—. ¡Sin importar lo que haga, ella siempre me o-o-odiará! Le he dado un lindo hogar, le compro vestidos bonitos y velos, y ella aún me trata como si fuera su captor.

—Calma, calma, *sheriff* —dijo Maudlin—. Marian solo necesita tiempo para cambiar de opinión, eso es todo. Te lo dije, a las mujeres les gusta

hacerse las difíciles.

—Creo que no está interesada en mí —sollozó el *sheriff*—. Acabo de llamar a su puerta para decirle buenas noches, ¡y ni siquiera la abrió para mirarme! ¡Temo que Marian ame a alguien más!

—Entonces es una tonta, si me lo preguntas —replicó Maudlin—. ¿Quién podría ser más apuesto, más valiente o más poderoso que nuestro *sheriff* de Nottingham? No hay un soltero más apropiado en kilómetros, y si ella no puede verlo, entonces no te merece. ¿Quién más podría proteger a Nottingham mejor que nuestro *sheriff*? Nadie. ¿Quién más podría llevar a cabo la visión que tiene el príncipe John para nuestro reino? Nadie. ¿Quién más que nuestro *sheriff* podría mantener a raya a aquel ladrón desagradable, Robin Hood? ¡Nadie! Cualquier chica sería afortunada de que siquiera la mires.

Los cumplidos de la mujer debían haber funcionado, porque las lágrimas del *sheriff* dejaron de caer y su ceño fruncido se convirtió en una sonrisa deslumbrante.

—Supongo que tienes razón —dijo él—. Gracias, tía Maud.

—Faltaba más, cariño —respondió la bruja.

—Solo desearía no tener que esforzarme tanto —comentó el *sheriff*—. ¡Me dan náuseas y un dolor de cabeza terrible solo de pensar al respecto! ¡No he podido dormir durante días!

—Deja que la tía Maud se encargue de eso por ti —dijo la mujer.

La bruja buscó entre sus pertenencias y colocó un vaso de agua sobre la mesa que estaba junto al *sheriff*. Tomó una raíz de un frasco, un trozo de corteza de otro y una hierba del siguiente. Trituró cada ingrediente y los mezcló en el agua.

—Raíz de alka para calmar tu estómago, corteza de árbol aspirina para aliviar el dolor de cabeza y hierba de San Juan para ayudarte a dormir —dijo Maudlin.

Le entregó el vaso al *sheriff* y él bebió la mezcla de un solo trago.

Conner pensó que era un brebaje bastante inofensivo para provenir de semejante bruja famosa. Miró con más atención el interior de la torre y notó que los artículos no eran en absoluto peligrosos. No había nada que no pudiera conseguir en una tienda del Otromundo. Los animales pequeños no eran sacrificios para pociones futuras: eran mascotas.

«No hay nada mágico en la Bruja de Papplenick», susurró en voz baja para sí mismo. «Ni siquiera es una bruja: ¡es una boticaria!».

—Ya me siento mucho mejor —dijo el *sheriff*.

—Ahora, vayamos a tu habitación y yo te arroparé —propuso Maudlin—. Tendrás una buena noche de sueño y regresarás conmigo mañana si necesitas algo más.

—Lo haré —afirmó el *sheriff*—. Gracias, tía Maud.

Maudlin acompañó al *sheriff* fuera de la torre y por las escaleras hacia su habitación.

Conner estaba extremadamente desanimado. Por suerte, la magia era el último ingrediente requerido por la Poción Portal. Tendría dos semanas para hallar a alguien más que pudiera proveerla mientras los demás ingredientes fermentaban en la poción. Sin embargo, si tomaba a Maudlin como parámetro, sería difícil encontrar a alguien con habilidades mágicas en el mundo de Robin Hood. A Conner se le revolvió el estómago al pensarlo y tomó un poco de raíz de alka al salir de la torre.

Bajó las escaleras rápido y en silencio y encontró la puerta del castillo. Esperó que los soldados regresaran de sus patrullas asignadas mientras presionaba su cuerpo contra la pared como antes, y luego salió de la fortaleza.

Encontró la ventana de *Lady* Marian y lanzó una roca hacia ella. Robin Hood asomó la cabeza.

—¡Apresúrate! —dijo Conner—. Tenemos que regresar al campamento.

—Adiós, amor mío —se despidió Robin en voz baja… al menos para él. Besó a Marian y luego descendió por la cuerda de sábanas hacia el suelo; *Lady* Marian lo saludó con la mano mientras él y Conner corrían hacia el bosque.

—¿Cómo te fue? —preguntó Conner.

—FUE UN GRAN ÉXITO, HECHICERO —respondió Robin Hood, retomando su tono habitual. Abrió la mano y le mostró a Conner un pequeño candado y una llave que había obtenido de *Lady* Marian—. ESTO DEBERÍA FUNCIONAR AHORA QUE NUESTRO AFECTO HA SIDO RESTAURADO.

—¡Eso es genial! —dijo Conner.

—¿EXTRAJISTE LA MAGIA DE LA MALVADA BRUJA DE PAPPLENICK? —preguntó.

Conner suspiró y movió la cabeza de lado a lado.

—Maudlin no funcionará —explicó Conner—. Tendré que pensar en otra alternativa.

Robin Hood y Conner viajaron por el bosque hasta regresar al campamento. Encontraron al Leñador de Hojalata, a Peter y a los hombres alegres esperando junto a la fogata.

—Conner, el Pequeño Juan regresó con una rama del árbol más antiguo del bosque —informó con alegría el Leñador de Hojalata.

—Y yo volé al cielo y le quité una pluma al mejor faisán que pude hallar —añadió Peter.

—¡Eso es maravilloso! —dijo Conner—. Y Robin acaba de conseguir un candado y una llave de *Lady* Marian. Tenemos suficientes ingredientes para comenzar la poción.

Tomó prestado un cuenco y una sartén de los hombres alegres y se dispuso a trabajar. Hirvió agua en la olla y añadió la rama del árbol y la pluma. Después de haber derretido el candado y la llave en la sartén, vertió la mezcla en el cuenco junto al resto de la poción.

El Pequeño Juan trepó a la cima de un árbol cercano y Peter voló y le llevó la poción. Juntos, acomodaron la poción en el árbol para que tuviera la mejor vista de la luna y absorbiera su luz.

—Lo bajaremos en dos semanas —dijo Peter.

—¿Conseguiste la magia que necesitabas? —preguntó el Leñador.

—No —respondió Conner con tristeza—. La medicina moderna se consideraba magia en siglos anteriores, pero no nos sirve. Nuestra tarea es hallar a alguien con habilidades mágicas reales, como mi hermana.

—Qué lástima que ya no me queda polvo de hadas —suspiró Peter.

—Aguarda un momento —dijo el Leñador de Hojalata—. ¿Por qué no puedes hacerlo tú, Conner?

Peter se encogió de hombros: a él también le parecía lógico. Conner ya estaba negando con la cabeza antes de pensarlo bien, como si le hubieran pedido que hiciera malabares con cuchillos.

—No hago magia —dijo Conner.

—Pero tu hermana puede hacerlo —replicó Peter—. ¿Por qué tú no?

—Supongo que podría, pero no lo hago —explicó Conner—. La magia es muy complicada. Hay muchas capas en ella y nunca lo he hecho antes… Al menos no sin mi hermana.

—Pero ¿podrías si quisieras hacerlo? —preguntó el Leñador de Hojalata.

—Sí, es decir, no… No lo sé —respondió Conner.

Él suponía que era una posibilidad, dado su ADN, pero no podía prometer nada. Siempre había considerado que la magia era como la matemática: una habilidad que solo Alex había heredado.

—Solo tenemos dos semanas antes de que la poción esté lista, amigo —dijo Peter.

—Deberías pensarlo en caso de que no podamos encontrar a nadie más —añadió el Leñador de Hojalata—. Si no encontramos a alguien, estaremos atrapados con los hombres alegres para siempre.

Cuanto más lo pensaba Conner, más aumentaba la presión que sentía. No estaba asustado necesariamente de la magia; nunca era bueno en ninguna situación cuando algo dependía solo de él.



Capítulo veintiséis

El sótano

Roja y los Niños Perdidos siguieron las indicaciones de Hagetta y viajaron a través del Bosque de los Enanos hacia el Reino del Rincón. Los Niños Perdidos nunca habían estado en un lugar tan perturbador. Estaban constantemente en alerta mientras se adentraban más en lo profundo del bosque misterioso y espeso. Roja, por otra parte, nunca miró dos veces el entorno inquietante. Su mente estaba fija en una única cosa: salvar a Rani.

Se hacía tarde y la noche era siempre más oscura en el Bosque de los Enanos. Siguieron el río que viajaba hacia el sur. Descubrieron una casa del otro lado con un techo alto de paja y un molino de agua que giraba mientras el río lo atravesaba. Solo verla le dio escalofríos a Roja, y supo que habían llegado.

—Llegamos, niños —anunció Roja—. Esa es la casa de la cabra. Avena, quiero que lleves a Avenita y Hebilla Rebelde a un lugar seguro. Silbaré cunado los necesite: y si nos oyes gritar, ve a buscar ayuda.

Roja ayudó a los Niños Perdidos a desmontar de los caballos y Avena llevó a su familia lejos de vista entre los árboles. Roja y los Niños Perdidos se agazaparon detrás de los arbustos y observaron la casa.

—¿Nuestro papá temporario está allí dentro? —preguntó Tootles.

—Espero que sí —dijo Roja.

—¿Qué haremos, mamá? —preguntó Slightly.

—¿Deberíamos solo entrar y llevárnoslo? —propuso Nibs.

—¿Atacar? —preguntaron los gemelos perdidos.

Antes de que ella pudiera responder, las puertas del sótano que estaban en un lateral de la casa se abrieron.

Morina asomó su cabeza desde debajo de la casa y miró hacia el bosque. Roja y los Niños Perdidos se echaron cuerpo a tierra y la observaron a través de los arbustos. Temían que ella los hubiera oído, pero la bruja no buscaba nada en particular; observó el bosque en todas direcciones. Una vez que Morina decidió que el lugar estaba vacío, regresó bajo tierra.

—¡Esa es la cabra! —susurró Roja.

—¿Crees que nos vio? —preguntó Tootles.

De pronto, un ruido fuerte provino desde debajo de la casa mientras arrastraban algo por los escalones. Morina reapareció jalando un ataúd de madera desde el sótano. Lo arrastró hasta la orilla del río y luego regresó al sótano. Pocos minutos después, arrastró otro ataúd fuera y lo ubicó junto al primero.

Morina empujó ambos féretros dentro del agua y estos flotaron río abajo. La bruja caminó hacia el molino de agua y jaló fuerte de él, empujándolo contra la corriente del río. Despacio pero seguro, el río comenzó a fluir mágicamente en dirección opuesta y envió a los ataúdes río arriba en el Bosque de los Enanos.

La bruja esperó a que los féretros flotaran lejos de la vista, y luego giró el molino de agua en dirección opuesta. Pocos segundos después, el río comenzó a correr de nuevo hacia el sur. Morina regresó bajo tierra y ellos oyeron que cerró las puertas del sótano con cerrojos y cadenas.

—¡Entonces ella es quien está detrás de los cadáveres del Arroyo del Muerto! —susurró Roja.

—¿El Arroyo del Muerto? —preguntó Curly y tragó saliva, asustado.

—Te contaré al respecto cuando superes tus pesadillas, César —dijo Roja.

Morina volvió a salir de la casa, pero esa vez, por la puerta principal. Vestía un largo abrigo negro de plumas y llevaba un bolso pequeño. Caminó hacia el río, donde un bote no muy grande estaba amarrado, y subió a bordo. La bruja soltó el bote de la tierra y este mágicamente navegó por el río hacia el Reino del Rincón.

Roja esperó hasta que Morina hubiera desaparecido de vista antes de ponerse de pie.

—Estamos de suerte, niños —afirmó Roja—. Parece que la cabra ha abandonado el establo. Escabullámonos dentro de la casa y encontremos a su padre temporario.

El río no era muy profundo, así que Roja hizo que los Niños Perdidos se zambulleran y la llevaran a través del agua para no mojar su vestido. Cuando llegaron del otro lado, intentaron ingresar a la casa a través de las puertas del sótano, pero estas no cedían. Rodearon la casa hacia la puerta principal, pero también estaba cerrada.

—Oh, cielos —dijo Roja—. Charlie, ¿estás ahí dentro?

Llamó a la puerta pero no hubo respuesta. Los Niños Perdidos intercambiaron una sonrisa.

—¡Hora de un Curly lanzamiento! —dijo Tootles.

—¿Qué es un Curly lanzamiento? —preguntó Roja.

—¡Te lo mostraremos! —anunció Nibs.

Los Niños Perdidos sujetaron cada una de las extremidades de Curly y lo alzaron del suelo. Lo balancearon en el aire, golpearon su cuerpo regordete contra la puerta y la derribaron.

—Ay —se quejó Curly desde el suelo de la casa.

—Buen chico, César —dijo Roja—. ¡Mamá está muy orgullosa!

Roja entró primero y saltó a Curly al avanzar. Miraron la habitación de la casa de Morina a la que ingresaron y contemplaron los estantes llenos de líquidos coloridos. Era distinto a cualquier otro lugar que jamás habían visto. Por desgracia, no había rastros de Rani en ninguna parte.

—¿Qué clase de lugar es este? —preguntó Tootles.

—Me recuerda a un hospital —comentó Nibs.

—Para ser un lugar tan sofisticado, el jugo tiene un sabor horrible —dijo Slightly.

Roja y los demás niños voltearon rápido hacia Slightly y vieron que bebía a tragos una botella que contenía una poción rosada.

—¡Salvador, no bebas eso! —le advirtió Roja, pero ya era demasiado tarde. Slightly se transformó en un bebé ante sus ojos. Alzó la vista hacia los demás y comenzó a llorar.

—¡Increíble! —dijeron los Niños Perdidos al unísono.

—Nadie toque nada más —ordenó Roja—. Tobías, cuida a tu nuevo hermanito bebé; espero que Alex pueda transformarlo de nuevo cuando ella y Conner regresen.

Tootles alzó a Slightly y lo acunó hasta que dejó de llorar.

Los Niños Perdidos hallaron una borla en la pared y jalaron de ella. Unas cortinas del muro se separaron y el Espejo de la Verdad apareció. Roja y los niños miraron sus reflejos, pero nada cambió. Su verdad exterior era tan real como la interior.

Roja buscó por la habitación, pero no había rastros de Rani por ninguna parte.

—¡Madre, por aquí! —dijo Nibs—. ¡Es una puerta!

Guio a Roja hasta la puerta que estaba en la pared trasera cubierta de doce candados y cerraduras. Supuso que Rani probablemente estaría del otro lado.

—Oh, ¿Césaaaar? —canturreó Roja.

Antes de que se diera cuenta, los demás Niños Perdidos y su madre temporaria alzaron a Curly en el aire de nuevo.

—Balanceémoslo con mucha fuerza esta vez —indicó Roja—. Hay muchas cerraduras que romper. A la cuenta de tres. Uno… Dos… ¡Tres!

Después de un par de balanceos agresivos para ganar impulso, lo soltaron, y Curly atravesó la puerta. Había una escalera detrás de ella y el niño rodó por los peldaños hasta el sótano.

—Ay —volvió a quejarse Curly.

—¿Hay alguien allí abajo, César? —preguntó Roja.

Él nunca respondió. Roja y los Niños Perdidos bajaron la escalera para ir a buscarlo. Lo que vieron en el sótano les daría pesadillas durante muchos años.

Curly estaba de pie, mirando la sala en estado de *shock*. Había veinticuatro camas en el sótano: doce contra una pared y doce contra la otra. Las últimas cuatro estaban vacías, pero veinte de ellas estaban llenas de niños dormidos. Cada niño resplandecía, pero la luz lentamente caía de sus cuerpos a botellas de pociones al pie de las camas.

Cuanto más atrás estaba la cama, más grande parecía el niño. Los últimos ni siquiera parecían infantes ya, sino pequeños ancianos. Tenían el rostro arrugado y el cabello gris.

—¡Estos deben ser los niños desaparecidos! —exclamó Roja con un grito ahogado.

—¿Qué les sucede? —preguntó Tootles.

Roja notó que las paredes estaban delineadas con ataúdes vacíos. Cubrió su boca y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Morina está drenando su juventud y belleza para hacer pociones! —dijo Roja—. ¡Es un monstruo!

Roja y los Niños Perdidos miraron a los niños malditos con incredulidad. Querían liberarlos de aquel encantamiento que drenaba su fuerza vital, pero no sabían cómo hacerlo. Tenían demasiado miedo de tocar a cualquiera de ellos.

—¿Por qué hay camas vacías? —preguntó Nibs.

—Porque murieron —dijo una voz que no pertenecía ni a Roja ni a los Niños Perdidos.

Todos miraron por el sótano para ver de dónde venía. Apoyado en una esquina de la habitación había un espejo alto con marco plateado y, para el horror de Roja, Rani estaba de pie dentro de él.

—¡Charlie! —gritó Roja y corrió hacia el objeto. Colocó ambas manos sobre el vidrio y Rani puso sus manos palmeadas contra las de ella.

—¿Nuestro papá es una rana gigante? —preguntó Nibs—. ¡Hurra, nuestro papá es una rana!

—Roja, ¿quiénes son estos niños? —preguntó Rani—. ¿Y por qué me llaman papá?

—Son los Niños Perdidos del País de Nunca Jamás. Los he adoptado por ahora… es una larga historia —dijo Roja—. Charlie, ¿qué estás haciendo dentro de un espejo?

—Morina me puso aquí para que tuviera que vigilar a los niños —respondió Rani con tristeza.

—¿Y cómo te sacamos de allí? —preguntó Roja.

Rani movió la cabeza de lado a lado.

—Los espejos mágicos son irreversibles, cariño —explicó él—. Estoy atrapado aquí al igual que el amante de la Reina Malvada, pero dado que el hechizo de los deseos ya no existe, probablemente estaré aquí dentro… para siempre.

Roja cayó de rodillas y negó con la cabeza. Creyó que su corazón se había roto antes, pero ahora se había hecho añicos de tal manera que quizás nunca sanaría de nuevo.

—No… —susurró ella—. No, no, no…

Rani se puso sensible al verla.

—Lo siento tanto, amor mío —lloró él—. Debes llevarte a estos niños y marcharte antes de que Morina regrese.

—No puedo abandonarte… —lloró Roja.

—No hay nada que podamos hacer —sollozó Rani—. Morina quería separarnos, y me temo que lo ha hecho de manera definitiva. La bruja ha ganado.



Capítulo veintisiete

Las hermanas Grimm

Hasta donde la señora Campbell sabía, Bree pasaría el fin de semana en la casa de su amiga Stacey. A pesar de que Bree y Stacey no habían sido amigas desde el sexto curso, la señora Campbell estaba tan entusiasmada de que su hija socializara de nuevo que no hizo muchas preguntas. No sabía que, después de solo una semana de libertad de su castigo, Bree ya estaba planeando otra gran excursión.

Naturalmente, pensó en llamar a Cornelia Grimm primero, pero su número de teléfono no aparecía en ninguno de los directorios telefónicos que Bree halló.

No tenía más opción que ir a la calle Mystic Lane 1729, en Willow Grove, Connecticut, y rogar que Cornelia aún estuviera viviendo allí.

El jueves después de la escuela Bree planeó todo el viaje en su computadora. Estaba tan agradecida por la tecnología: no sabía cómo habían logrado fugarse los niños antes de la existencia de Internet. Encontró la dirección de la fábrica de panificados a la que le compraba La cafetería de los cuentos de hadas. Willow Grove solo estaba a un autobús de distancia, y la casa de Cornelia a aproximadamente una hora de caminata desde el centro del pueblo.

La mañana del viernes, Bree empacó su mochila con refrigerios y un cambio extra de ropa. En cuanto la campana de la escuela sonó, corrió hasta La cafetería de los cuentos de hadas y esperó detrás del basurero que estaba en la parte trasera de la cantina. Tal como Iris había dicho, el camión de reparto de Panificados de Sam en Nueva Inglaterra llegó esa tarde.

El repartidor era joven y regordete y vestía un uniforme blanco con una corbata de moño roja. Levantó la puerta trasera del camión y cargó un carro con cajas de pan. Bajó el carro del camión por una rampa e ingresó a la cafetería.

Una vez dentro, se tomó su tiempo. Bree se asomó por la ventana y lo vio coqueteando con Petunia. Supuso que esa era su oportunidad de escabullirse dentro del camión de reparto. Encontró un lugar pequeño detrás de una pila de cajas dañadas y se ocultó allí.

El repartidor regresó veinte minutos después y cerró el camión, inconsciente de su pasajera adicional. Encendió el motor, se alejó de la cafetería y se dirigió de regreso a la fábrica. Bree iba de camino a Connecticut sin saber cómo regresaría.

Al camión le llevó dos días llegar al estado del noreste. El repartidor se detuvo ocasionalmente para comer y descansar, pero estaba muy decidido a regresar en buen tiempo. Bree incluso oyó que le mentía a un despachador acerca del horario de llegada estimativo.

La peor parte del viaje de Bree fue subir y bajar a escondidas del camión para buscar un baño. Esperaba hasta que el repartidor estuviera dormido en el asiento trasero o comiendo en un restaurante. Cada vez que salía del camión le aterraba que desapareciera cuando regresara.

A pesar de ser un modo estresante y apretujado de viajar, Bree aún estaba entusiasmada. No había sentido tanta adrenalina desde que había viajado por Europa con Conner. Solo deseaba que él estuviera allí con ella para hacerle compañía.

Finalmente, la mañana del domingo, el camión se detuvo en la fábrica de Panificados de Sam en Nueva Inglaterra. En cuanto el camión aparcó, Bree alzó la puerta trasera desde el interior y salió disparada.

—¡Gracias por el viaje! —dijo ella mientras pasaba junto al repartidor.

—¡Oye! ¿Cuánto tiempo has estado allí? —gritó él—. ¡Regresa aquí!

Era demasiado lento para perseguirla, y Bree corrió hacia la siguiente parada de autobús. Esperó solo unos minutos hasta que llegó el siguiente. El autobús ingresó a la pequeña y tranquila ciudad de Willow Grove y la dejó en el centro.

Extrajo de la mochila un mapa que había impreso y lo siguió hasta salir un poco de la ciudad, en dirección a la casa de Cornelia. La campiña de Connecticut era un lugar hermoso para dar un paseo. Había colinas sinuosas con árboles verdes por todas partes a su alrededor y se extendían hasta el horizonte.

Después de un rato, Bree encontró la calle Mystic Lane. Era amplia y residencial, con casas grandes en terrenos espaciosos. Todas las construcciones eran elegantes, pero viejas. Algunas parecían haber estado allí desde antes de la conformación de Estados Unidos.

«1723…1725…1727…», Bree leía la numeración mientras pasaba delante de ellas. «¡Lo que nos lleva a 1729!».

La casa tenía un cerco de setos alrededor del patio, lo que hacía que fuera mucho más privada que los demás hogares en la calle. Bree atravesó una pequeña puerta y entró al jardín delantero. Era una casa de dos pisos de gran tamaño con ventanas grandes y un porche amplio. La casa estaba pintada de amarillo y el porche delantero estaba cubierto de ornamentos. Había caireles coloridos que hacían ruido con el viento, gnomos de jardín, fuentes para aves y estatuas de hadas desperdigadas por los canteros florales.

Era muy acogedora, y Bree se sintió muy cómoda allí… extrañamente cómoda.

«Debe ser esta», se dijo a sí misma.

Bree extrajo la fotografía antigua de su abuela y Cornelia. La alzó hacia la casa y suspiró, aliviada: encajaba perfectamente, como una antigua pieza en un rompecabezas nuevo. Habían reparado la casa con el transcurso de los años, pero Bree sin dudas estaba en el lugar correcto.

Subió los escalones del porche y llamó a la puerta. Su corazón latía desbocado. Rogaba no haber viajado tan lejos en vano.

Una mujer de mediana edad con cabello rojo puntiagudo atendió la puerta. Llevaba puesto un suéter color café y aretes colgantes en forma de gota color rubí.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó ella.

—Hola, me llamo Bree Campbell. Me preguntaba si una mujer llamada Cornelia Grimm aún vive en esta dirección.

—¿Por qué lo preguntas?

—Creo que somos primas —respondió Bree—. Esperaba que ella pudiera responder algunas preguntas que tengo acerca de nuestra familia. Lamento presentarme de este modo, pero no sabía de qué otra forma contactarme. He hecho un viaje muy largo para llegar aquí.

—Sí. Cornelia está aquí —dijo la mujer—. Pasa, la buscaré. Yo soy Wanda.

Estrecharon las manos y Wanda acompañó a Bree dentro. Se alegró mucho al saber que Cornelia aún vivía: su viaje no había sido un desperdicio.

La casa tenía un empapelado floreado y molduras blancas. Había grandes jarrones con flores en cada superficie disponible. Las paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas y no había ni un solo marco idéntico a otro. Cada imagen mostraba a una mujer diferente o un grupo de mujeres que habían vivido en la casa a lo largo de las décadas. Bree reconoció de inmediato a una de ellas.

—Esa es mi abuela —dijo Bree. Le mostró a Wanda la fotografía de Cornelia junto a su abuela.

Wanda le sonrió.

—Oh, eres la nieta de Anneliese —respondió ella—. Cornelia estará encantada de que hayas venido de visita. Sígueme, está en la sala de estar.

Ingresaron a una habitación llena de muebles grandes y confortables. Bree contó al menos seis gatos, pero asumió que probablemente había más en otras partes de la casa. Otra mujer de mediana edad estaba sentada en el sofá leyendo un libro. Era regordeta y tenía cabello oscuro que estaba encaneciendo en las sienes.

—Frenda, ella es Bree Campbell —presentó Wanda—. Bree, ella es mi prima Frenda: la hija de Cornelia.

—Hola —saludó Frenda, sorprendida por la compañía.

—¿Cómo estás? —dijo Bree y le estrechó la mano.

—Tía Cornelia, tienes una visita —informó Wanda—. Ella es Bree Campbell; es la nieta de Anneliese.

Cornelia Grimm estaba sentada al fondo de la sala. Se encontraba frente a un caballete, pintando un paisaje de algún tipo. Volteó hacia las chicas y Bree la reconoció de inmediato; ahora era muy vieja, pero aún lucía similar a la fotografía de su abuela. Tenía el cabello blanco largo hasta la cintura. Llevaba gafas con marco rojo y una elegante bufanda de seda envuelta en el cuello.

Cornelia estaba feliz de conocer a Bree. Tomó su bastón y se puso de pie para saludarla.

—Hola, niña —dijo con una sonrisa dulce—. Qué sorpresa más agradable. Justo esta mañana estaba pensando en tu abuela.

—Me alegra tanto por fin conocerla —respondió Bree—. Es la prima de mi abuela, ¿verdad?

—Sí —afirmó Cornelia—. Éramos muy cercanas en la juventud, pero por desgracia perdimos contacto con el transcurso de los años. ¿Ella está bien?

—De hecho, falleció hace unos años —le informó Bree con tristeza.

—Oh, lamento oír eso —dijo Cornelia con un suspiro—. Bueno, está en un lugar mejor ahora. ¿Qué te trae a la casa?

Bree vaciló; no estaba segura de cómo explicarle.

—Encontré una carta que le escribió a mi abuela con esta dirección. Tengo muchas preguntas acerca de nuestra familia, y dado que ella ya no está con nosotros, esperaba que usted pudiera responderlas. Habría llamado, pero no aparecen sus datos en ninguna parte.

—Odio a los vendedores puerta a puerta —explicó—. Estaremos felices de responder las preguntas que tengas. Tomemos asiento —dijo Cornelia, y se ubicó junto a Frenda en el sofá. Bree y Wanda ocuparon sillas frente a ellas. Las mujeres eran todas oídos y Bree notaba que estaban entusiasmadas por oír qué preguntas tenía. No todos los días aparecía una joven en su puerta en busca de su ayuda.

—Supongo que debería empezar con la pregunta que más ocupa mi mente —dijo Bree—. Grimm no es un apellido común, así que me preguntaba si nuestra familia está relacionada con los hermanos Grimm.

—De hecho, así es —respondió Cornelia—. Wilhelm Grimm era el tátara tátara tátara tatarabuelo de Anneliese y mío.

Una vez más, el alma de Bree se alegró tanto que podría haber levitado en el aire. Esa era la respuesta que esperaba recibir: todo tenía sentido ahora.

—Es increíble —dijo Bree, aliviada—. ¿Usted también viene de Alemania?

—Mis abuelos se mudaron a Estados Unidos cuando eran jóvenes, pero tu abuela fue la primera de su familia en hacerlo —explicó Cornelia—. Antes de conocer a tu abuelo, vino a vivir con nosotras en esta casa.

—Lo supuse por las cartas —asintió Bree—. Vi todas las fotos de mujeres en el pasillo. ¿Esta casa era una especie de hermandad?

—Algo así —dijo Cornelia—. La casa primero le perteneció a mi madre y a sus hermanas. Muchos de nuestros parientes han vivido aquí a lo largo de los años, y una gran mayoría de ellos eran mujeres. Estoy segura de que nuestros vecinos han creído alguna que otra vez que éramos un aquelarre.

Cornelia, Frenda y Wanda compartieron una risa, pero Bree no se unió a ellas. En cambio las miró, nerviosa.

—¿Son brujas? —peguntó Bree con total seriedad.

La sala se sumió en un profundo silencio. Las mujeres compartieron una mirada que le generó un sentimiento incómodo a Bree. Sin dudas había un secreto entre ellas.

—Lo siento, espero que no haber sido grosera —dijo Bree—. Sean lo que sean, no es de mi incumbencia. Recientemente, aprendí mucho sobre los

hermanos Grimm, más de lo que la mayoría de las personas creería. Sé que la familia Grimm tiene aptitudes que otras familias no poseen.

—¿Te refieres a la magia en la sangre de nuestra familia? —preguntó Cornelia.

De pronto, el vello de los brazos de Bree se erizó.

—Sí —respondió—. ¿Sabes al respecto?

Las tres mujeres asintieron.

—Es una historia que ha pasado de generación en generación en nuestra familia —dijo Frenda—. Los hermanos Grimm no escribieron las historias que publicaron, sino que unas hadas de otro mundo se las dieron. A comienzos del siglo XIX, la Grande Armée escuchó hablar de ese mundo e intentó conquistarlo. Así que un hada transfirió magia de su sangre a la de Wilhelm Grimm para que él pudiera ayudar a las hadas a atrapar al ejército que los atacaría. Esa magia aún corre por las venas de nuestra familia hasta el día de hoy.

—No es suficiente magia para hacer un hechizo o un encantamiento —explicó Wanda—. Pero sabemos que está en alguna parte de nuestro interior, y que nos separa de todos los demás en el mundo.

Bree las miró completamente atónita. Creyó que ella era la única persona del Otromundo que conocía la historia.

—Me intriga saber cómo conocías el secreto familiar antes de que supieras que eras parte de la familia —dijo Cornelia, riendo—. Después de que tu abuela dejó esta casa, estaba muy convencida de que no se lo contaría a sus futuros hijos… La magia siempre la asustó. Supongo que cambió de opinión, pero omitió algunos detalles en su explicación.

—No —replicó Bree—. Ella nunca dijo ni una palabra al respecto; lo descubrí totalmente por mi cuenta. Es una larga historia, pero el año pasado fui al mundo de los cuentos de hadas.

Las mujeres dieron un grito ahogado y se sentaron al borde de sus asientos. Eso cambiaba todo, incluso para ellas. Bree era la primera persona que habían conocido que viajó al mundo de los cuentos de hadas.

—¿Cruzaste del otro lado? —preguntó Wanda.

—Pero ¿cómo? —indagó Frenda.

Bree les contó a sus parientes acerca de su viaje a Alemania con la escuela y sobre las aventuras que vivió con Conner y Emmerich. Les relató cómo habían viajado al mundo de los cuentos de hadas a través de un portal que estaba dentro del castillo de Neuschwanstein. Les explicó que cuando regresó al Otromundo, recordó que Mamá Gansa había manipulado el portal para que

atrapara dentro a cualquier persona que no tuviera sangre mágica durante doscientos años. Poseer magia en las venas era la única explicación que justificaba cómo Emmerich y Bree habían viajado a través del portal con tanta facilidad… Lo cual llevó a que Bree creyera que ella y Emmerich eran descendientes de Wilhelm Grimm.

Era una respuesta interminable, pero las mujeres estaban absolutamente cautivadas.

—¿Cómo está relacionado tu amigo Conner con la magia? —preguntó Cornelia.

—Él y su hermana melliza son los nietos del Hada Madrina —respondió Bree.

—Fascinante —comentó Frenda.

—¡Dímelo a mí! Fueron los primeros niños nacidos de ambos mundos, y su nacimiento de algún modo conectó a los dos. Aparentemente, el tiempo en el mundo de los cuentos de hadas solía avanzar mucho más lento, pero ahora los mundos están en sincronía.

—¿Cuántos años tienen? —preguntó Cornelia.

—Creo que están a punto de cumplir quince —dijo Bree—. ¿Por qué lo preguntas?

Ninguna respondió. Saber la edad de los mellizos hizo que Cornelia, Frenda y Wanda se sumieran en una reflexión profunda.

—Siento que hay algo que no están contándome —dijo Bree.

De pronto, las tres mujeres se pusieron de pie.

—Creo que deberíamos mostrarle a Bree la casa de huéspedes —dijo Cornelia—. Será más fácil explicarle acerca de la hermandad allí.

—¿La hermandad? —preguntó Bree.

—Síguenos, cariño —pidió Wanda.

Las mujeres acompañaron a Bree por la casa y salieron al patio trasero. El jardín detrás de la casa estaba tan decorado como el delantero. Había una gran casa de huéspedes al fondo de la propiedad. Parecía que había habido un granero allí antes de que lo remodelaran.

Atravesaron la puerta y Cornelia encendió las luces. La casa de huéspedes era una habitación enorme con techo alto. Había una larga mesa de acero en el centro de la sala y una hilera de escritorios en la parte de atrás, equipados con computadoras, impresoras y escáneres de radiofrecuencias. Había una pared delineada con una fila de gabinetes y muchas gavetas y armarios integrados. Un mapamundi gigante ocupaba otra pared, y cientos de ubicaciones estaban marcadas con tachuelas coloridas.

Bree miró la habitación con ojos abiertos de par en par y llenos de curiosidad.

—¿Qué es este lugar? ¿Su laboratorio secreto? —preguntó ella—. ¿Son agentes secretas o algo así?

—Nos autodenominamos las hermanas Grimm —respondió Cornelia—. Nuestra hermandad fue fundada en 1852 por mi tátara tátara tatarabuela, María Grimm. Durante casi dos siglos, las mujeres de nuestra familia han monitoreado fenómenos mágicos que ocurren en este mundo.

—¿Qué fenómenos mágicos? —preguntó Bree—. ¿Se refieren a las hadas que divulgan historias?

—Eso y mucho más —afirmó Frenda.

—Durante mucho tiempo, nuestra familia creyó que éramos las únicas personas del planeta que habían estado expuestas a la magia y que sabían acerca del mundo de los cuentos de hadas —explicó Cornelia—. Sin embargo, estábamos equivocadas. Cuando María Grimm investigó más la historia, descubrió que el pasado de nuestro mundo está plagado de casos donde los dos mundos se han cruzado. Las hadas que divulgan historias son solo una de esas instancias.

—Pero la abuela de Conner fue la primera y única persona capaz de crear portales entre los mundos —replicó Bree.

—Según nuestros archivos y nuestra investigación, eso no es cierto —dijo Cornelia.

Wanda desplegó un gran telón de gasa. Era una línea de tiempo que se remontaba a miles y miles de años y que abarcaba cada era de la historia conocida.

—Sabemos que el Hada Madrina llegó a este mundo por primera vez en los Años Oscuros, durante la Edad Media —explicó Wanda y señaló la mitad de la línea de tiempo—. Sin embargo, hay evidencia de un cruce entre ambos mundos mucho antes de que ella apareciera en este.

—La mayoría de las civilizaciones antiguas fueron influenciadas por criaturas que hoy son consideradas míticas —prosiguió Frenda—. Aquellas personas les rendían homenaje a esos seres en su arte, sus historias, y a veces incluso los veneraban. A pesar de la presencia evidente de esas criaturas, los historiadores han etiquetado su existencia como mitológica; simplemente porque no cumplen con los estándares biológicos de los animales de hoy.

—La antigua Asia estuvo extremadamente influenciada por dragones, Europa está plagada de leyendas acerca de hadas y trolls que viven en sus bosques; los vikingos afirman haber visto sirenas mientras navegaban a través

de los océanos, y eso es solo por mencionar algunos ejemplos —explicó Wanda—. Irónicamente, todas esas criaturas existieron en el mundo de los cuentos de hadas en algún momento.

—Es más que una mera coincidencia, ¿no crees? —dijo Cornelia.

—Entonces ¿dicen que hace miles de años esas criaturas se deslizaron por las grietas del mundo de los cuentos de hadas y terminaron en nuestro mundo? —preguntó Bree.

—Precisamente —respondió Cornelia—. Pero no terminó allí. Mostrémosle a Bree los restos.

Llevaron a Bree hacia las gavetas y los armarios incorporados a la pared. Wanda abrió la gaveta más grande, la última de la hilera, y Bree gritó. Adentro, estaba el esqueleto de una sirena.

—Este lo encontraron en una playa mexicana en 1938 —dijo Wanda—. Y estos, en Irlanda en 1899.

Abrió la gaveta que estaba sobre la anterior y le mostró a Bree cuatro bandejas de metal que tenían pegados con cinta los esqueletos pequeños de unas hadas.

—Por suerte, cada vez que aparecen restos, la mayoría de la gente cree que son falsos —comentó Wanda.

—Entonces ¿cómo están llegando estas cosas a nuestro mundo? —preguntó Bree.

—Durante la investigación de María Grimm, ella determinó que, alrededor de una vez por mes, en alguna parte del mundo, se abre una puerta de entrada al mundo de los cuentos de hadas —respondió Cornelia—. Solo dura pocos segundos. A veces, hay personas y criaturas que la atraviesan, y otras veces, no.

—Desde que María descubrió eso, cada vez que una puerta se abre, las hermanas Grimm deben estar presentes para asegurarse de que nadie sufra daño —dijo Frenda—. Si alguien o algo ingresa a nuestro mundo, nosotras lo retenemos hasta que aparezca la próxima puerta, y hacemos nuestro mayor esfuerzo por devolverlo al mundo de los cuentos.

—Cada tanto, alguna criatura se escapa de nosotras —añadió Wanda—. Hay un dragón acuático inofensivo viviendo en Escocia al que la gente llama «el Monstruo del Lago Ness». Una familia de ogros peludos ha creado un hogar feliz en las montañas de América del Norte y Nepal; pero quizás los conozcas como Pie Grande o el Yeti.

—¿Cómo saben dónde aparecerán las puertas? —preguntó Bree.

—Hemos utilizado la fuerza más poderosa de nuestro mundo para predecir la ubicación de los incidentes mágicos —dijo Cornelia—. ¡La ciencia!

Frenda tomó una regla y apuntó a las tachuelas clavadas en el gran planisferio.

—Hemos marcado la ubicación de cada avistaje registrado de una puerta o de un ser mágico que ha entrado a través de una —señaló Frenda—. ¿Ves el patrón?

Bree observó el mapa, inclinando la cabeza para verlo de un modo diferente.

—Si conectas los puntos, parece que las ubicaciones crean una espiral perfecta alrededor del mundo —dijo ella.

—¡Exacto! —exclamó Wanda—. Así es cómo sabemos dónde se abrirá la próxima entrada.

—¿Y aparece una puerta nueva cada mes? —preguntó Bree.

—Sí, funciona como un reloj —dijo Cornelia—. O así lo hizo hasta hace quince años. Estábamos esperando en la ubicación de la próxima puerta, pero nunca apareció.

—¿Por qué? —preguntó Bree.

—Porque algo ocurrió hace quince años. Tal vez fue porque tus amigos Alex y Conner nacieron —respondió Cornelia—. Mostrémosle el diagrama.

Wanda apagó las luces y Frenda apuntó un control remoto al techo. Bree alzó la vista y divisó un gran diagrama que no había notado antes. Este se encendió y cobró vida. Había dos orbes pequeños, uno azul y uno verde, girando alrededor de un gran orbe amarillo. Parecían dos planetas Tierra orbitando alrededor del Sol. Sin embargo, el orbe azul giraba alrededor del Sol mucho más rápido que el verde.

—Imagina que las dos dimensiones son planetas que rotan alrededor del Sol —dijo Cornelia—. El verde es el mundo de los cuentos de hadas y el azul es nuestro mundo. Aunque se mueven a velocidades distintas en alguna parte del cosmos, cada tanto sus órbitas se cruzan y los mundos colisionan.

El orbe azul de pronto chocó contra el verde. Pocos minutos después, sucedió de nuevo. La acción se repitió hasta que Frenda pausó el diagrama con el mando.

—Creemos que el Hada Madrina nació durante el momento exacto de una colisión pasada, lo que le otorgó la habilidad de moverse entre los mundos a voluntad —dijo Wanda.

—El Hada Madrina les contó a los hermanos Grimm que el mundo de los cuentos de hadas se movía mucho más lento que el nuestro, y esa información se transmitió de generación en generación en nuestra familia desde entonces —añadió Cornelia—. Por ese motivo, las puertas solo duran segundos para nosotros, pero quizás permanecen abiertas durante horas o días en el mundo de los cuentos de hadas.

Cornelia asintió hacia Frenda y ella presionó otro botón en el control remoto. Los orbes comenzaron a moverse alrededor del Sol a la misma velocidad.

—Supusimos que algo había causado que los mundos se movieran a un paso similar cuando la puerta nunca apareció hace quince años —dijo Frenda —. Pero que los mundos estén funcionando a velocidades similares no significa que no colisionarán de nuevo y formarán otra puerta.

Los orbes verde y azul chocaron entre sí y el momento de impacto duró mucho más tiempo ahora que se movían a la misma velocidad.

—Al contrario, estamos seguras de que otra puerta aparecerá —añadió Cornelia—. Pero esta vez, permanecerá abierta durante mucho más tiempo, lo que les dará a las personas y a las criaturas de ambos mundos mucho tiempo para viajar entre ellos.

—¿Cuándo creen que sucederá? —preguntó Bree.

—Debido a que la diferencia temporal entre los mundos nunca fue completamente comprendida, no podemos hacer una estimación precisa —dijo Wanda—. Pero basándonos en la información que sí sabemos, hemos creado un diagrama que predice que sucederá dentro de los próximos seis meses.

—¿Y dónde aparecerá la puerta? —preguntó Bree.

Las mujeres intercambiaron una mirada angustiada.

—En medio de la ciudad de Nueva York —respondió Cornelia.

Sin dudas, habían hecho la investigación necesaria para avalar su teoría, pero a Bree le resultaba difícil aceptarla. ¡Un portal abierto hacia el mundo de los cuentos de hadas en medio de una de las ciudades más grandes del planeta sembraría el caos!

Connecticut le dio a Bree más información de la que jamás había soñado conseguir.

—Es mucho que digerir —dijo ella—. Discúlpenme un momento. Necesito llamar a mi amigo Emmerich y ponerlo al tanto.

Extrajo su teléfono móvil del bolsillo. Tenía una docena de llamadas perdidas de su madre; la señora Campbell debía haber descubierto que Bree

no estaba en la casa de Stacey. Bree ignoró las llamadas y marcó el número de Emmerich.

—¿Hola? —dijo Bree en el teléfono—. ¿*Fraulein* Himmelsbach? Soy Bree Campbell, la amiga de Emmerich… Sí, la estadounidense… Sí, esa misma… Lamento mucho llamar tan tarde, pero… *Fraulein* Himmelsbach, creo que tenemos mala señal porque suena como si estuviera llorando… ¿Qué sucedió…? ¿Dónde está Emmerich…? ¿Puede repetirlo por favor?

Bree se tornó tan pálida como un fantasma y tomó asiento en el suelo. Sus manos comenzaron a temblar tanto que a duras penas podía sostener el teléfono contra su oreja.

—Bree, ¿qué sucede? —preguntó Cornelia.

—Es mi amigo Emmerich… —respondió con los ojos temerosos abiertos de par en par—. ¡Lo han secuestrado!



Capítulo veintiocho

La despedida inesperada

Alex apenas durmió durante las dos semanas que estuvo atrapada en el mundo de El rey Arturo. Cada día que pasaba separada de su hermano, de sus amigos y del mundo de los cuentos de hadas, más se preocupaba por ellos. Las pocas horas que logró dormitar solo estaban plagadas de pesadillas con las mismas preocupaciones. No podía quitar de su mente la imagen de inocentes gritando y corriendo por sus vidas mientras el Jolly Roger destruía sus hogares.

Era una bendición total que tuviera a Arturo para distraerse; de otro modo, la impotencia hubiera enloquecido a Alex. De hecho, el tiempo que pasó con él pareció un sueño que duró dos semanas… Y como todos los buenos sueños, Alex no quería despertar.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más disfrutaban de la compañía del otro. Después de dos semanas, Alex se sentía más cerca de Arturo de lo que jamás se había sentido con cualquier otra persona que había conocido. Después de cada beso, de cada mirada afectuosa y sonrisa cómplice, Alex sentía la necesidad de recordarle a Arturo que partiría pronto… pero nada podía evitar el cariño que crecía entre ellos.

Había veces en las que Alex soñaba despierta con quedarse en el mundo de Arturo. ¿Y si fingía que el mundo de los cuentos de hadas y el Otromundo no existían? ¿El mundo de los cuentos podría derrotar a su tío sin ella? ¿Podría vivir con la culpa de abandonar a sus amigos y a su familia? Alex se avergonzaba siquiera de pensarlo; sabía que no era una posibilidad.

Pasaron cada noche juntos en la colina mientras la poción absorbía la luz de luna. En general, se quedaban dormidos separados, pero a la mañana despertaban en los brazos del otro. Sin embargo, la noche anterior a la partida de Alex, Arturo no fue tímido y se acomodó a su lado.

—Sabes, parto mañana —dijo Alex.

—Lo sé —respondió Arturo—. Pero fingiré que esta noche dura para siempre.

—Para siempre suena bien.

Fue la primera noche que no tuvo pesadillas. En cambio, el sueño en el que vivió durante el día, continuó durante la noche mientras dormía.

La mañana llegó mucho antes de lo que esperaba. Alex despertó y notó que Arturo no estaba recostado a su lado. Se incorporó y miró por la colina, pero no había rastros de él.

«¿Arturo?», llamó Alex, pero no hubo respuesta.

Guardó la poción y buscó en el bosque cercano, pero no podía hallarlo en ninguna parte. A Alex le resultaba muy extraño que Arturo la dejara sola en la colina. Se dirigió hacia la cabaña de Merlín con la esperanza de encontrar allí al muchacho. Mamá Gansa y Lester eran los únicos presentes en la cabaña cuando llegó.

—Buenos días —dijo Mamá Gansa—. ¿La poción está lista?

—Debería estarlo después de una pizca de magia —respondió Alex—. ¿Has visto a Arturo? No puedo encontrarlo.

—Merlín lo llevó al bosque más temprano para otra lección —dijo ella—. Pero me alegra encontrarte a solas. Tengo que decirte algo.

Mamá Gansa tomó asiento en la mesa y le hizo un gesto a Alex para que se ubicara a su lado. Fuera lo que fuera, debía ser algo serio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alex.

Mamá Gansa respiró hondo y después suspiró.

—No regresaré al mundo de los cuentos de hadas contigo —anunció—. Me quedaré en este mundo con Merlín.

Eso era lo último que Alex esperaba oír. La noticia prácticamente la golpeó.

—¿Qué? ¡Mamá Gansa, no puedes quedarte aquí!

—Debo seguir a mi corazón esta vez, niña —replicó la mujer—. Me ha llevado siglos hallar el lugar al que pertenezco. No es el Otromundo, no es el Palacio de las Hadas, no es el castillo del gigante: es aquí mismo, con Merlín.

—Creo que es una decisión muy impulsiva —insistió Alex—. Sé que te has sentido sola desde que mi abuela murió, pero no deberías mudarte a otra

dimensión para estar con alguien que acabas de conocer hace dos semanas.

Mamá Gansa rio.

—¿Sabes qué es gracioso? Esa es exactamente la respuesta que esperaba darte si tú querías quedarte aquí con Arturo. Preparé una larga lista de razones por las cuales sería una mala idea. ¡No puedes quedarte! ¡Hay personas que dependen de ti en casa! ¡Tienes toda la vida por delante! Después, me di cuenta de que ninguno de esos motivos se aplica a mí… Así que, ¿por qué no me quedaría?

—Eso no es cierto —replicó Alex—. Mi hermano y yo te necesitamos: ¡necesitamos tu ayuda para detener el ejército de nuestro tío!

—Tener a una anciana que los acompañe no ayudará —dijo Mamá Gansa —. Soy buena para decir una ocurrencia de vez en cuando, pero no puedo derrotar a tu tío y su ejército: solo tu hermano y tú pueden lograrlo. En el instante en que me necesiten, estaré allí de inmediato.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó Alex—. Me habías dicho hace poco que querías una nueva aventura: esto suena a que estás sentando cabeza.

—Merlín es mi próxima aventura —dijo ella—. Nunca he conocido a alguien que me haga sentir entusiasmada solo por despertar a la mañana. Ya no miro el mundo y me siento inútil, porque sé que soy lo más importante para él. Él ha vivido tanto como yo, ha cometido la misma cantidad de errores y aún tiene toda la dentadura original: ¡nunca encontraré a otro hombre como él! Probablemente suene como una vieja desquiciada para ti, pero un día lo entenderás. Cuando conozcas a lapersona con la que estás destinada a estar, todo cambia… Ya no sientes que estás luchando sola contra el mundo.

Todo lo que describía era exactamente cómo Alex se sentía respecto a Arturo. Quizás ella no tenía que esperar unos años para comprenderla: daría lo que fuera por tener la opción de quedarse. Por más difícil que sería vivir sin ella, podía ver en la mirada de Mamá Gansa que por fin había hallado alegría. Cualquier razón que Alex tuviera para discutirle era puramente egoísta.

—¿Y qué hay de Lester? —preguntó.

—Quiero que te lo lleves. Lo quiero como si hubiera salido de un huevo empollado por mí misma, pero lo vuelvo loco. Ya he hablado con él y está de acuerdo en que es lo mejor. Se harán bien mutuamente.

—No puedo decir que me alegre tu decisión —dijo Alex—. Pero estoy feliz por ti.

—Gracias, niña. Yo también estoy feliz. Muy feliz.

Alex tomó la mano de Mamá Gansa y sonrió. Merlín ingresó en la cabaña y le dio un beso en la mejilla a la mujer, pero estaba solo.

—¡Buenos días, damas! —dijo él.

—¿Dónde está Arturo? —preguntó Alex.

Merlín tomó asiento y suspiró intensamente.

—Arturo me ha pedido que te entregue sus mejores deseos, pero no nos acompañará esta mañana. Dijo que la despedida sería demasiado difícil.

—Oh… —dijo Alex en voz baja. Le rompió un poco el corazón saber que no tendría una despedida apropiada, pero no podía culparlo—. Pues, en ese caso, debería terminar la poción y regresar a casa.

Alex colocó la poción en medio de la mesa. Le apuntó y un destello brillante de luz brotó de la punta de su dedo e ingresó al caldero. La poción burbujeó unos instantes y se tornó azul: el mismo tono que contenía el frasco que su tío había robado. La Poción Portal por fin estaba terminada.

—Toma, pon la poción aquí —dijo Mamá Gansa y le entregó a Alex la petaca que guardaba en su sombrero—. Será algo para que me recuerdes.

Con cuidado, Alex transfirió el líquido dentro de la petaca. Colocó la página de El maravilloso mago de Oz en el suelo y vertió tres gotas de poción sobre ella. La hoja se iluminó como un reflector y un haz de luz se proyectó hacia el techo.

Alex se despidió de Merlín y Mamá Gansa con un abrazo. Era difícil dejarla ir.

—Es hora —dijo Alex—. Oz, allá voy.

Se acercó al haz de luz, pero se detuvo justo antes de dar un paso dentro de él. Estaba paralizada.

—¿Qué ocurre, Alex? —preguntó Mamá Gansa—. ¿Algo anda mal con la poción?

—No, algo anda mal conmigo —confesó ella—. No puedo irme sin decirle adiós a Arturo. ¡Debo encontrarlo!

Antes de que Mamá Gansa o Merlín pudieran responder, Alex salió corriendo de la cabaña y se dirigió al bosque. Como si su corazón fuera un imán atraído hacia el de él, corrió por el bosque sabiendo exactamente dónde encontrarlo. Entró al prado al que él la había llevado el día que se conocieron y Alex vio a Arturo sentado junto a la espada en la piedra.

Arturo estaba sorprendido de verla; esperaba que ella ya se hubiera marchado. El rostro del muchacho se iluminó cuando la vio, y ambos se miraron en silencio mientras Alex recobraba el aliento.

—Aún estás aquí —dijo Arturo.

—¿De veras creíste que me iría sin despedirme?

—Si no me despedía, esperaba que no fuera verdad —Arturo se encogió de hombros.

—Desearía que así fuera —dijo Alex—. Créeme.

Arturo se puso de pie y se paró lo más cerca que podía estar de ella sin tocarla.

—Déjame ir contigo —pidió él desesperado.

—Arturo, sabes que no puedo —replicó Alex—. Ambos tenemos destinos separados que vivir. Las personas de este país te necesitan. Yo no soy tu futuro; Inglaterra lo es.

—Si crees eso, entonces ¿por qué viniste a buscarme? —preguntó Arturo —. ¿Por qué simplemente no te marchaste y te olvidaste de mí?

—No podía irme sin ver tu rostro de nuevo.

—Porque sabes en el fondo de tu corazón que debemos estar juntos —sonrió Arturo.

—No, porque sé en mi corazón que estás destinado a ser rey y que yo solo te distraeré —replicó ella—. Si tú no te despedirás, entonces yo lo haré. No quiero que pases la vida esperando mi regreso. Estás destinado a grandes cosas, y no te alejaré de ellas.

—No creo que lo esté —dijo él en voz baja—. No valdré nada sin ti.

—Pero no estarás sin mí —insistió Alex—. Leeré cada página de tu historia y estaré contigo en cada paso del camino. Cuando saques la espada en la piedra, cuando te establezcas en Camelot, cuando crees la Mesa Redonda, cuando busques el Santo Grial… Estaré allí y sabré que lo estás haciendo todo por mí.

—Pero ¿y si estamos en tu historia? —preguntó Arturo—. Quizás todo esto es solo un capítulo de un libro acerca de ti y quizás alguien lo está leyendo ahora mismo en un mundo muy lejano y saben que estás cometiendo un error. Tú misma dijiste que hay versiones de mí: así que permite que esta versión esté contigo. Deja que otro Arturo en alguna otra parte cumpla con la leyenda.

—Pero siempre sentiré que estoy haciendo algo mal —replicó Alex—. Quizás, después de que hayas completado tu historia y de que yo haya concluido la mía, podamos tener un final feliz. Pero eso está a muchos capítulos de distancia. Adiós, Arturo: siempre atesoraré el tiempo que compartimos.

Alex volteó para alejarse, pero él sujetó su mano con rapidez.

—Sé que soy más que solo una historia para ti —insistió Arturo—. Y tengo pruebas: el candado y la llave que te di para tu poción eran de mi puerta. No hubiera funcionado a menos que yo te importara.

Alex no sabía qué decir, así que no dijo nada. Soltó la mano de Arturo y salió del claro. Mientras se alejaba, se dio cuenta de que abandonarlo era lo más difícil que jamás tendría que hacer. Era peor que derrotar a la Hechicera, luchar contra la Grande Armée y perseguir a su tío a través de dimensiones literarias: esa vez, Alex luchaba contra su propio corazón.



Los últimos días de Conner en Nottingham fueron completamente agotadores. Él y los hombres alegres, con la ayuda del Leñador de Hojalata y de Peter, buscaron en cada esquina del bosque de Sherwood a alguien con habilidades mágicas. Sus candidatos escaseaban y se parecían mucho a la Bruja de Papplenick: todos resultaron ser incomprendidos y un completo fraude.

Después de buscar durante dos largas semanas, la Poción Portal había absorbido toda la luz de luna requerida. Solo necesitaba el último ingrediente para estar completa. Ahora, todo dependía de Conner. Solo él podía activar con éxito la poción y acceder a la magia en su interior: solo deseaba saber cómo hacerlo.

El Pequeño Juan y Peter bajaron la poción de la copa de los árboles y la apoyaron en medio del campamento. Conner caminaba, nervioso, de un lado a otro frente a ella y mordía sus uñas: no tenía idea de cómo lograría hacerlo. Todos los hombres se reunieron alrededor y lo observaron mientras pensaba.

—Pues, ¿lo harás? —preguntó el Leñador de Hojalata.

—¿Acaso parece que tengo opción?

—¿Cómo lo harás? —dijo Peter.

—¡Eso es lo que estoy intentando descubrir! —replicó él.

—EL HECHICERO ESTÁ FRUSTRADO —anunció Robin Hood.

—Chicos, ¿pueden apartar la vista un segundo, por favor? —pidió Conner —. No puedo concentrarme cuando me observan.

Los hombres obedecieron al pedido, pero aún echaban vistazos por encima del hombro de vez en cuando, cuando Conner no miraba: no querían perderse nada.

Conner cerró los ojos e intentó hallar la magia en su interior, pero no sabía dónde buscar. Su hermana siempre decía que la magia estaba dentro de su corazón… pero las chicas solían referirse a sus corazones cuando hablaban

acerca de todo. Quizás la magia de Conner existía en su cabeza… ¿o tal vez en su estómago? Ese día le dolía un poco la rodilla izquierda; ¿acaso allí estaba su magia?

De todos modos, ¿cómo se suponía que debía sentirse la magia? ¿Era una sensación física o emocional? ¿Era como un parásito moviéndose en su interior o como la tristeza que lo invadía cada vez que veía a un perro morir en una película?

Todo se le daba fácil a Alex, y la magia no era la excepción. Deseaba que fuera como contar una broma o escribir una historia: esas eran las cosas en las que Conner era bueno.

«Un momento, quizás es eso», dijo él para sí mismo. «Quizás la magia es diferente para todos. Tal vez es lo que quieres que sea… Es decir, después de todo, es magia».

Conner intentó invocar su magia como invocaba su creatividad. Comenzaba en su imaginación, no en su corazón. Visualizó la magia como una idea para una historia nueva. Permitió que lo entusiasmara, lo inspirara y que fluyera a través de su cuerpo hasta que estuvo listo para expresarla.

«De acuerdo, allá vamos», dijo. «Pido disculpas en caso de que todo termine horriblemente».

Los hombres alegres, el Leñador de Hojalata y Peter se prepararon mientras Conner respiraba hondo y apuntaba la poción con el dedo…



Capítulo veintinueve

Otra luna, otra medianoche

Otra luna llena resplandecía sobre el Bosque de los Enanos y, a la medianoche, las brujas del mundo de los cuentos de hadas se reunieron en el Arroyo del Muerto, en las ruinas de su antiguo cuartel. Gargolia lideró la reunión desde la pila de escombros más alta.

—Los dioses nos han sonreído, hermanas —predicó—. Cuando nos reunimos la última vez, temíamos que hubiera una cacería de brujas, pero ya podemos apartar ese miedo. Recientemente, unas fuerzas grandiosas han descendido a través de los reinos y les han arrebatado el poder a los hombres y a las hadas. ¡Quienes nos hubieran cazado, ahora están siendo cazados!

Rataria pertenecía a un grupo pequeño que no había oído las noticias.

—¿A qué fuerzas te refieres?

Las brujas entre la multitud estaban ansiosas por compartir lo que habían atestiguado.

—Vi una flota de sssoldadosss atacando el Reino del Essste —siseó Serpentina—. Eran altosss y cuadradosss: ¡llevaban númerosss y sssímbolosss en sssuss armadurass!

—¡Una bandada de monos alados saqueó el Reino del Rincón! —añadió Tarantulena.

—¡Un ejército de hombres y mujeres con armadura amarilla atacó el Reino Encantador! —anunció Carbónica.

—Cuervos, lobos y abejas han tomado el Imperio de los Duendes —dijo Arboris—. ¡Y he oído rumores de que un barco volador tiene de rehén al Reino del Norte!

—¿No lo ven, hermanas? ¡Es el amanecer de una nueva era! —exclamó Gargolia—. Ya no tenemos nada que temer: ¡la era del hombre y las hadas terminó!

Las brujas dieron vítores, rieron, gruñeron y sisearon para festejar, pero su regocijo fue interrumpido repentinamente.

—¡Si creen eso, son unas tontas! —exclamó una voz desde el bosque.

Las brujas miraron hacia los árboles pero no veían la fuente del sonido.

—¡Miren! ¡El agua está cambiando! —Rataria señaló el arroyo.

La corriente comenzó a fluir en dirección opuesta y Morina apareció navegando en un bote que avanzaba por arte de magia. Cuando atracó la embarcación, la bruja bajó y se unió a la reunión.

Ninguna de las brujas la había visto en mucho tiempo, y se sintieron inmediatamente intimidadas por su presencia. Le abrieron paso mientras ella subía a la pila de escombros donde Gargolia estaba de pie. Una gran bolsa que contenía un cuerpo pequeño levitó fuera del bote y flotó detrás de ella mientras avanzaba: las brujas no podían decidir si el cuerpo estaba inconsciente o muerto.

—¿Por qué estás aquí, Morina? —preguntó Gargolia con una mirada feroz —. No has asistido a una reunión en años.

—Nunca me ha impresionado el liderazgo —dijo Morina—. Hablando de eso, creo que es hora de un cambio: y creo que soy la bruja indicada para el puesto.

Gargolia estaba furiosa. Las otras brujas sabían que la situación estaba a punto de ponerse fea.

—¡Cómo te atreves! —gritó Gargolia—. ¡He liderado fielmente esta congregación durante años! No permitiré que me pidan que me haga a un lado: ¡en especial alguien como tú!

—Nadie te pidió nada —replicó Morina.

Alzó una mano hacia Gargolia y de pronto la bruja quedó tiesa como una tabla. Su piel pétrea se agrietó y se quebró, hasta que Gargolia se convirtió en una pila de piedras en el suelo. Las brujas gritaron, horrorizadas. Fue el modo más rápido para que Morina acaparara la atención de las presentes y ganara su respeto.

—El enemigo de nuestro enemigo no siempre es nuestro amigo —les dijo Morina a las brujas—. Estas fuerzas que han ingresado a nuestro mundo tienen como líder al Hombre Enmascarado: el mismo hombre que todas rechazaron durante su última reunión. Ahora, él ha reclutado a un ejército imparable sin su ayuda, y no olvidará el modo en el que se deshicieron de él;

es despiadado y puede guardar rencor durante décadas. Cuando termine de limpiar los reinos de las familias reales y las hadas, lo siguiente que querrá será nuestro exterminio… y ninguna de nosotras sobrevivirá.

Las brujas intercambiaron miradas nerviosas. Lo único que temían más que Morina era lo que esta predecía.

—Entonces ¿qué podemos hacer? ¿Ocultarnos? —preguntó Carbónica.

Morina movió la cabeza de lado a lado.

—La respuesta no es acobardarnos, sino reubicarnos. ¡Estoy harta de ser una raza secundaria, obligada a vivir de sombra en sombra, mientras los demás, que nos superan en número, dictaminan y limitan nuestro estilo de vida! ¡Es hora de mudarnos a un lugar donde podamos ser la especie superior! ¡Es hora de que nuestra raza viaje al Otromundo!

—¿El Otromundo? —preguntó Rataria—. Pero es solo una leyenda.

—No, hermanas mías —dijo Morina—. El Otromundo es muy real. Acabo de regresar de él y lo vi con mis propios ojos. Hay muchos lugares para que prosperemos allí, mil millones de personas que gobernar y nadie que nos detenga.

La idea de un mundo semejante intrigó a las brujas… pero tenían sus dudas.

—¿Cómo llegaremosss al Otromundo? —preguntó Serpentina.

—Hay portales ocultos por todo el mundo que dejó la fallecida Hada Madrina —respondió Morina—. Encontré uno en el bosque del Reino del Este, por donde ingresó la Grande Armée, pero debido a la magia blanca que el Hada Madrina usó para crearlo, el portal me debilitó y me agotó; dudo de que muchas de ustedes sobrevivan si pasan por él. Pero no teman, ¡ya que una ruta más fácil está en camino! Vi en mi bola de cristal que los mundos están a punto de colisionar y, cuando lo hagan, el portal grandioso que se formará nos ofrecerá acceso fácil al Otromundo.

—Pero ¿qué hay del Hombre Enmascarado? —preguntó Arboris—. ¿No nos seguiría y conquistaría el Otromundo para sí mismo?

—Por suerte, ya he hecho planes para eso —dijo Morina.

El cuerpo flotante cayó al suelo y ella le quitó la bolsa de un jalón ágil. Era un niño durmiente que tenía cabello oscuro, piel pálida y mejillas rosadas: Emmerich Himmelsbach.

—Contemplen al hijo del Hombre Enmascarado —presumió Morina—. Años atrás, ocultaron a este niño de su padre antes de que él siquiera supiera de su existencia. Si el Hombre Enmascarado o su ejército alguna vez nos

amenazan, ¡el niño será la ventaja perfecta para mantenerlo a raya! ¡Nuestra salvación está con nosotras!

Antes de que las brujas tuvieran oportunidad de hacerle más preguntas, un frío repentino que provenía del norte invadió el aire junto a una brisa salada que venía del sur. Las tomó por sorpresa y buscaron entre los árboles algo que indicara qué lo causaba.

Las brujas observaron sorprendidas cómo una helada fuerte viajaba a través del arroyo desde el norte y congelaba el agua mientras soplaba. Desde el sur, una ola poderosa de agua oceánica turbia fluyó por el arroyo e inundó la orilla. La helada y la ola se encontraron directamente donde solía estar la taberna.

Del norte, dos enormes osos polares jalaban de un trineo por el arroyo congelado. Transportaban a una mujer alta de piel pálida lastimada por el frío. Vestía un abrigo de piel blanco largo, una corona de copos de nieve y un trozo de tela envuelto sobre sus ojos.

Del sur, cuatro aletas surgieron de la superficie del arroyo mientras un banco de tiburones nadaba por el agua. Un elaborado trineo, hecho de distintos tipos de coral, apareció detrás de los tiburones. La criatura a bordo tenía piel escamosa color turquesa y cabello de algas marinas. Tenía seis piernas y garras largas, como si la mitad inferior de la criatura fuera un crustáceo.

La legendaria Reina de las Nieves y la infame Bruja del Mar habían llegado con estilo, y las brujas estaban atónitas de verlas en persona.

Ambas recién llegadas salieron del arroyo y caminaron hacia las ruinas donde Morina estaba de pie. La Reina de las Nieves era ciega y utilizaba un largo carámbano para guiarse, sin importarle a quién golpeaba accidentalmente con él. La Bruja del Mar acariciaba un calamar que descansaba en sus brazos y fulminaba con la mirada a las otras mujeres presentes en el arroyo.

Quizás Morina había intimidado a las otras brujas, pero estaban aterrorizadas de encontrarse en la presencia de la Reina de las Nieves y de la Bruja del Mar. Hacían reverencias mientras ambas pasaban: incluso Morina hizo un gesto superficial con la cabeza.

—Sus Excelencias, ¿qué las trae al bosque esta noche? —preguntó Morina con cierto temblor en la voz.

—No eres la primera bruja en ver el Otromundo como un hogar potencial, Morina —gruñó la Reina de las Nieves con su voz áspera—. Ha sido un proyecto apasionante que la Bruja del Mar y yo tenemos desde hace cientos

de años… Pero a pesar de la inminente aparición del próximo portal, cruzarlo no será tan fácil como crees.

—Subestimas al Otromundo —siseó la Bruja del Mar—. Es un mundo sin magia, pero uno que posee tecnología más allá de tu comprensión. La usarán en nuestra contra en cuanto intentemos reclamar su hogar como propio.

A Morina no le agradaba que la desacreditaran en público.

—¿Han abandonado su aislamiento solo para demostrar que estoy equivocada, o hay un modo de que podamos derrocar las defensas del Otromundo? —preguntó en un tono odioso que puso nerviosas a las demás brujas.

Los rostros de la Reina de las Nieves y de la Bruja del Mar mostraron unas sonrisas maliciosas.

—Debemos crear un arma —dijo la Reina de las Nieves.

—Algo contra lo que el Otromundo no tenga oportunidad —siseó la Bruja del Mar.

—¿Qué clase de arma? —preguntó Morina.

—No qué, sino quién —replicó la Reina de las Nieves—. Años atrás, la Bruja del Mar y yo por poco tuvimos éxito en crearla. Maldijimos a un hada muy poderosa conocida como Ezmia, la primera aprendiz de la fallecida Hada Madrina. La maldición perturbó sus emociones e hizo que su dolor se intensificara mil veces más que cualquier otro sentimiento que tuviera. Torturada por un corazón roto, y abrumada por la desesperación, con el tiempo se convirtió en la Hechicera y sembró el caos en los reinos.

—Introdujimos la idea de conquistar ambos mundos en su cabeza, y ella pasó la mayor parte de su vida intentando lograrlo —siseó la Bruja del Mar —. Sin embargo, fue derrotada por un hada llamada Alex Bailey, la nieta de la fallecida Hada Madrina. Curiosamente, Alex es hija de ambos mundos, y por lo tanto tiene el potencial de ser mucho más poderosa de lo que la Hechicera fue alguna vez. Así que la Reina de las Nieves y yo tenemos la mira puesta en ella.

—Le lanzamos la misma maldición a Alex —prosiguió la Reina de las Nieves—. Observamos cómo el hechizo se apoderaba de ella al igual que lo había hecho con la Hechicera. Mientras la joven hada buscaba por los reinos al Hombre Enmascarado, la furia la consumió y perdió el control de sus poderes. Descubrimos que teníamos razón: ella era mucho más poderosa que Ezmia, quizás más poderosa que cualquier hada que haya vivido antes. Pero aquel poder conlleva una gran fuerza, y la maldición se desvaneció después de un tiempo.

—Si ella es demasiado poderosa para la maldición, entonces ¿cómo se supone que utilizaremos a la chica para vencer al Otromundo? —preguntó Morina.

La Reina de las Nieves y la Bruja del Mar apartaron la vista de Morina y voltearon hacia todas las brujas de la reunión.

—Cuantas más brujas participen, más poderosa es la maldición —explicó la Bruja del Mar—. ¡Si combinamos nuestra magia, podremos lanzarle una maldición tan poderosa a Alex Bailey que ella nunca se recuperará!

—Juntas, podemos transformar a la joven hada en la mejor arma —añadió la Reina de las Nieves—. ¡Ella destruirá las defensas de su antiguo hogar, y el Otromundo será nuestro!



Capítulo treinta

Un mundo en juego

Las palabras de la página suelta giraron en el aire y crearon el mundo de El maravilloso mago de Oz alrededor de Alex y Lester. Vio volar a lo lejos las palabras Ciudad Esmeralda, y antes de que la ciudad estuviera siquiera formada, Alex montó el lomo de Lester y ambos volaron hacia el oeste, rogando todo el camino que sus amigos aún estuvieran en el castillo de la Bruja Malvada.

Las palabras continuaron construyendo el País de los Winkies debajo de ellos mientras se dirigían hacia la fortaleza de la Bruja Malvada del Oeste. Alex y Lester volaron en círculo sobre el castillo mientras la construcción aparecía desde el suelo. Aterrizaron en el balcón que estaba fuera de la sala del trono y Alex abrió rápido las puertas vidriadas con un destello brillante.

—¿Ricitos de Oro? ¿Jack? ¿Blubo? —llamó Alex, pero lo único que oyó fue el eco de su propia voz.

La sala del trono estaba completamente desierta. La ansiedad de la chica aumentó, y temió lo peor. ¿Y si su tío había regresado a través de las historias y había separado a sus amigos también? Quizás nunca los encontrarían. Y sin un libro a través del cual viajar a casa, Alex podría quedar atrapada en Oz durante mucho tiempo.

Una brisa suave sopló desde la habitación vacía a sus espaldas. Ella volteó y vio que un trozo de papel dorado y brillante apareció de la nada. El papel aterrizó en el suelo, y un haz de luz resplandeciente salió de él. Siete siluetas de distintas formas y tamaños salieron de la luz.

Las siluetas vibraban como la estática en una televisión rota. Al igual que las palabras de una historia a la que acabaran de ingresar, las figuras cobraron lentamente color y textura, hasta que Alex reconoció una.

—¡CONNER! —gritó ella.

—¡ALEX! —exclamó él.

Los mellizos estaban felices de verse. Alex atravesó corriendo la sala del trono y saltó a los brazos de su hermano. Compartieron un abrazo inmenso hasta que Conner ya no pudo sostenerla más.

—¡Temía no volver a verte jamás! —dijo Alex. Reconoció a las otras siluetas cuando tomaron solidez—. ¡Señor Hojalata! ¡Peter! ¡Me alegra tanto que estén bien! Esperen… ¿quiénes son ellos?

Conner estaba igual de sorprendido al ver que los hombres alegres habían viajado detrás de él al castillo.

—Chicos, ¿qué están haciendo aquí? —preguntó él.

—¡NO PODÍAMOS PERMITIR QUE NUESTRO HECHICERO VIAJARA A UN MUNDO EXTRAÑO SIN NUESTRA PROTECCIÓN! —respondió Robin Hood—. ¡LOS HOMBRES ALEGRES PERMANECERÁN A SU LADO HASTA EL FINAL!

—Como sea —suspiró Conner; no tenía paciencia para discutir—. Alex, permíteme que te presente a Robin Hood y a los hombres alegres del bosque de Sherwood.

Alex no podía creer que los bandidos históricos estuvieran de pie frente a ella. Estaba un poco deslumbrada, como si ellos fueran celebridades.

—¿El famoso Robin Hood? —preguntó ella—. Es un gran placer conocerte. ¡He leído todo acerca de ti!

—¡EL PLACER ES TODO MÍO, *MILADY*! —respondió Robin, y besó la mano de Alex—. ¡CUALQUIER HERMANA DEL HECHICERO ES HERMANA MÍA!

—Grita mucho —le susurró Alex a su mellizo—. ¿Por qué te llama hechicero?

—Es una larga historia, pero los convencí de que era un hechicero —dijo Conner.

—No son los únicos a los que convenció —añadió el Leñador de Hojalata con una sonrisa amplia—. ¡Deberías estar muy orgullosa de tu hermano, Alex! ¡Él solo activó la Poción Portal!

—¿Lo hiciste? —dijo Alex con una sonrisa entusiasmada—. Conner, ¡eso es increíble! ¡Siempre te he dicho que había magia en algún lugar de tu interior!

—No fue para tanto —Conner se encogió de hombros con timidez—. La parte más difícil fue descubrir cómo canalizarla.

Peter voló en el aire animadamente.

—¡Deberías haberlo visto, Alex! Primero, Conner le apuntó a la poción y ¡BUM! ¡Una chispa brotó de su dedo! Después, ¡la poción hizo como FIUUUU! ¡Listos cuando lo indiques, capitán! Luego, ¡la vertimos sobre la página y fue como un BAM! ¡Que se haga la luz!

Alex estaba tan orgullosa de su hermano, que por poco le explotó el pecho.

—En cuanto encontré la página, supe que tú hallarías la tuya y también crearías la poción.

—Las mentes grandiosas piensan igual —dijo Conner—. Bueno, pasé dos semanas en Nottingham… ¿A dónde los envió a ustedes el idiota de nuestro tío?

—¡Nos llevó dentro de El rey Arturo! —respondió Alex—. Conner, ¡conocí a Merlín y a Arturo! ¡Ellos me ayudaron a crear la Poción Portal!

—¡Imposible! —exclamó Conner, pero después de su viaje no sabía por qué estaba tan sorprendido—. ¿Dónde está Mamá Gansa?

Era imposible para Alex darle la noticia de un modo amable, así que fue directa y la dijo sin rodeos.

—Ha decidido quedarse con Merlín. Había algo entre ellos.

Conner miró a Alex y a Lester, incrédulo. El ganso asintió, confirmándole la noticia.

—Vaya, no me lo esperaba. Entonces ¿se ha ido para siempre?

—Puedo darte todos los detalles más tarde —replicó Alex—. Pero ahora mismo necesitamos hallar a Ricitos de Oro y a Jack: creo que ya no están en el castillo.

—Alex, hemos estado ausentes durante dos semanas —señaló él—. Apuesto a que han regresado al mundo de los cuentos de hadas. Encontremos el libro.

Buscaron por la sala, y Conner halló la copia de El maravilloso mago de Oz apoyada cuidadosamente en el trono.

—Deben haberlo dejado aquí en caso de que regresáramos —dijo Conner —. Nuestro tío lo hubiera destruido, como hizo con los libros a los que nos envió.

—Solo hay un modo de averiguarlo —afirmó Alex.

Los mellizos abrieron el libro juntos, y un poderoso haz de luz brotó de él. Los demás se reunieron a su alrededor.

—Tengan cuidado, chicos —les advirtió Conner—. No hay modo de saber qué nos podría estar esperando del otro lado.

Uno a uno, los mellizos, los hombres alegres, Lester, el Leñador de Hojalata y Peter ingresaron en el haz de luz. Mientras viajaban de regreso al mundo de los cuentos de hadas, Oz desapareció palabra por palabra, descripción por descripción. El castillo de la bruja se deshizo y apareció una cueva: la misma cueva donde habían comenzado su viaje.

Oyeron varias voces antes de ver a alguien. A medida que la cueva aparecía, los mellizos vieron que estaba mucho más llena que cuando la habían dejado.

Jack y Ricitos de Oro se encontraban sentados juntos en un lado de la cueva y Blubo estaba posado en el hombro de Jack. Los Niños Perdidos jugaban con rocas en la parte trasera, mientras Roja acunaba a un infante. La reina lucía terrible, y tenía la mirada perdida en el espacio.

Era tarde, y los mellizos notaron fogatas afuera de la entrada. Vieron soldados del Reino del Norte y del Reino Encantador sentados alrededor del fuego. *Sir* Grant y *Sir* Lampton estaban entre ellos. Cada rostro era más largo que el siguiente, y todos estaban muy golpeados.

Hagetta curaba a los soldados, incendiando sus heridas con las llamas de su fuego curativo.

La cueva estaba llena de tanta desesperación, que podrían cortarla con un cuchillo. Todos parecían haber pasado por sus propias versiones del infierno.

Finalmente, los mellizos y los demás aparecieron ante los ojos de las personas en la cueva: habían regresado oficialmente de Oz. Todos estaban eufóricos de verlos, como si hubieran vuelto de la muerte. Sus amigos y los soldados se pusieron de pie y corrieron a saludarlos.

—¡Alex! ¡Conner! ¡Gracias al cielo están vivos! —dijo Ricitos de Oro y abrazó a los mellizos. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no era debido a sus hormonas: estaba honestamente aliviada.

En cuanto vieron a los soldados, la reacción inmediata de los hombres alegres fue tomar sus armas.

—No se preocupen, chicos —dijo Conner—. En esta cueva somos todos amigos.

—¡PETER! —los Niños Perdidos festejaron y saltaron de alegría al verlo. Peter voló a través de la cueva y les permitió a los chicos que lo aplastaran ceremoniosamente.

—Esperen un segundo, ¿dónde está Slightly? —preguntó Peter.

Los Niños Perdidos señalaron al bebé que estaba en brazos de Roja y lo pusieron al tanto acerca de lo que había sucedido. Caperucita fue la única que

no saludó a los mellizos. Permaneció sentada y continuó con la vista perdida: era como si estuviera en trance.

—¿Qué le ocurrió a Roja? —preguntó Conner.

—Intentó rescatar a Rani de Morina y descubrió que la bruja lo había atrapado en un espejo mágico —respondió Ricitos de Oro.

Los mellizos dieron un grito ahogado y cubrieron sus bocas.

—Por desgracia, esa es la menor de nuestras preocupaciones —añadió Jack—. Su tío y el ejército han llegado.

—Eso es lo que temíamos —dijo Conner.

—Jack, cuéntanos todo lo que sepas —pidió Alex.

Jack les contó a los Bailey cómo él y Ricitos de Oro habían regresado al mundo de los cuentos de hadas después de esperarlos una semana en el castillo. Más o menos en ese tiempo, su tío ingresó al mundo y comenzó a atacar los reinos. Por lo que sabían, el ejército se dividió y cada reino fue atacado al mismo tiempo.

—Nunca lo vimos venir —rememoró *Sir* Grant—. Un barco enorme descendió de las nubes en medio de la noche y abrió fuego contra el palacio. Apenas quedó algo después de que los cañones se detuvieron. Los piratas secuestraron al Rey Chandler y a la Reina Blancanieves.

—Un ejército de hombres y mujeres con armadura amarilla irrumpió en el Reino Encantador —informó *Sir* Lampton.

—Winkies —dijo el Leñador de Hojalata, asustado.

—Solo las estrellas saben lo que hicieron con la familia real —prosiguió Lampton—. Mis hombres y yo a duras penas logramos salir con vida del reino. Encontramos a *Sir* Grant y a sus soldados en el Bosque de los Enanos, y Jack nos halló allí. Desde entonces, hemos estado ocultándonos en esta cueva.

Los mellizos respiraban hondo para evitar sentir náuseas.

—¿Qué hay de los demás reinos? —preguntó Conner.

—Suponemos que les ocurrió lo mismo, pero no hemos establecido contacto con ellos —respondió Jack.

—¿Y las hadas? —preguntó Alex.

—Nadie ha oído hablar de ellas tampoco, pero es posible que las hayan atacado primero —dijo Ricitos de Oro—. Lo primero que su tío hizo cuando llegó fue liberar a los condenados en la Prisión de Pinocho: todos los soldados de la Grande Armée y los criminales que los ayudaron están una vez más bajo su mando.

Alex y Conner intercambiaron una mirada horrorizada: su peor pesadilla se habían hecho realidad.

—Necesitamos llegar al Reino de las Hadas y encontrar al consejo —indicó Alex—. Conner y yo iremos de inmediato. Ustedes deben permanecer en la cueva hasta que nos reportemos.

—No pueden irse —replicó Lampton—. El ejército del Hombre Enmascarado está en todas partes. Incluso en los cielos. Es imposible que lleguen sin que los detecten, incluso si vuelan en esa ave.

Los mellizos miraron a Lester, y el ganso tragó con dificultad.

—No viajaremos por tierra ni por aire —dijo Alex—. Nos transportaré allí con magia.

—¿Estás segura? —preguntó Conner—. La última vez que sugeriste eso, tenías dudas.

—No tenemos otra opción —respondió ella—. Vamos, no perdamos más tiempo.

Los mellizos se abrazaron, y Alex contó hasta tres. Desaparecieron de la cueva con un destello brillante. Alex había logrado viajar con su hermano a algún lugar en el exterior, pero no estaba segura de dónde era exactamente. El aire estaba lleno de humo y el suelo, cubierto de escombros.

—¡Conner, mira! —Alex dio un grito ahogado y señaló a lo lejos—. ¡Es el Palacio de las Hadas!

El Palacio de las Hadas estaba prácticamente irreconocible. Su resplandor distintivo se había desvanecido, y la mayor parte de él había sido reducido a escombros. Los jardines habían sido destruidos también, y estaban cubiertos por una capa de cenizas y polvo. La estatua que habían erigido en memoria de su abuela yacía destrozada en el suelo.

A Alex y Conner se les llenaron los ojos de lágrimas al ver el paisaje. No había rastros de vida en ninguna parte… Esperaban que las hadas hubieran huido a tiempo para salvarse. Pero si el consejo había estado dentro del palacio durante el ataque, no era probable.

—El Salón de los Sueños… La habitación de la abuela… Todo se ha ido —lloró Alex.

—Veamos si podemos hallar algo o a alguien dentro —dijo Conner.

Caminaron por la tierra polvorienta e ingresaron en silencio a las ruinas del palacio. Todo estaba tan dañado, que ya no podían distinguir nada. La única habitación que pudieron identificar fue el gran salón, y solo debido a su tamaño.

En cuanto Conner y Alex ingresaron, vieron siete figuras y los mellizos se ocultaron rápido detrás de una columna caída. El aire aún estaba neblinoso por el ataque y no podían ver quién o qué eran las figuras.

—Alex, creo que no se mueven —dijo Conner.

—Tienes razón: no son personas, son estatuas —afirmó ella—. Qué extraño, antes no había estatuas en el gran salón.

Los mellizos se adentraron en la sala para verlas mejor. Las estatuas lucían asustadas y estaban en posiciones incómodas, como si intentaran huir de algo. Cuanto más miraban aquellos rostros horrorizados, más familiares les resultaban.

—Oh, Dios mío —dijo Conner—. Alex, no son estatuas: ¡son los miembros del consejo! ¡Los han convertido en piedra!

Emerelda, Amarello, Cielene, Tangerina, Rosette, Violetta y Coral eran difíciles de identificar ahora que todos tenían la piel del mismo color, pero Conner tenía razón. Era demasiado que soportar para Alex. La chica corrió hacia un lateral de la sala y vomitó.

—¿Qué pudo causar esto? —preguntó.

—No lo sé —respondió Conner, y frotó la espalda de su hermana.

—¿Alex? ¿Conner? —dijo una vocecita en alguna parte del palacio.

Los mellizos vieron que algo pequeño flotaba cerca del alféizar de la ventana que estaba en el otro extremo del salón, y se aliviaron al ver que solo era Trix. El hada estaba cubierta de polvo y tenía las alas dañadas, lo que le dificultaba volar.

—Trix, ¡me alegra tanto verte! —dijo Alex.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó Conner.

—Un barco volador atacó el palacio —respondió ella.

—¿Qué convirtió en piedra al consejo? —indagó Alex.

—¡Un monstruo horrible! —exclamó Trix, y tembló al pensar en ello.

—¿Qué clase de monstruo? —preguntó Conner.

—No lo vi. Estaba tan asustada que cerré los ojos y me oculté, pero Noodle y Merkle no tuvieron tanta suerte.

Trix señaló el alféizar y los mellizos vieron que las amigas del hada también se habían convertido en piedra. Al igual que el consejo, lucían aterradas y estaban en la misma posición que tenían mientras intentaban huir.

—Trix, ¿qué sucedió con el monstruo? —preguntó Conner.

—Se marchó con el barco pirata —sollozó ella.

—¿Y qué sucedió con todas las demás hadas? —añadió Alex.

—Algunas se ocultaron en el bosque, pero no estoy segura de qué ocurrió con las otras —explicó ella.

—Trix, quiero que tú también te ocultes en el bosque —indicó Alex—. Sal de aquí: encuentra un lugar a salvo donde quedarte hasta que sea seguro salir de nuevo. Pensaremos en algo.

Trix asintió y partió volando lo más rápido que le permitían sus alas.

—Conner, creo que nuestro tío ha reclutado criaturas que están más allá de los reinos de la literatura —comentó Alex mientras miraba las estatuas a su alrededor—. Esto luce como algo salido de la mitología. No sé cómo lo detendremos.

Alex tomó asiento en el alféizar mientras Conner caminaba de un lado a otro frente a ella. Pasaron una hora en completo silencio mientras pensaban maneras de salvar al mundo de los cuentos de hadas. De pronto, Conner se detuvo en seco y alzó la vista hacia la única torre del palacio que permanecía en pie.

—La torre sur sobrevivió al ataque —dijo en voz baja.

De inmediato, sus ojos se iluminaron y Alex supo que una idea tomaba forma en la cabeza de su hermano.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—Sé cómo podemos detenerlo —respondió él con entusiasmo.

—¿Cómo?

—Formando nuestro propio ejército —dijo Conner—. Vamos, ¡sígueme!

Antes de que pudiera hacerle más preguntas, Conner corrió a través del palacio destrozado y encontró las escaleras que llevaban a la torre sur. Subió los peldaños a toda velocidad, y Alex lo siguió. Ingresaron a una sala circular en la cima de la torre. Estaba cubierta de polvo y telarañas, y un arco vacío se erguía en medio de la habitación.

Conner palpó las paredes con las manos, buscando algo con el tacto.

—¿Cómo se supone que formaremos un ejército? —preguntó Alex.

—Exactamente del mismo modo en que lo hizo nuestro tío —dijo él—. Viajaremos dentro de las historias y reclutaremos personajes que puedan ayudarnos: ¡y sé exactamente a cuáles les preguntaremos! ¿Aún tienes la Poción Portal?

Alex tomó la petaca que había guardado en su vestido.

—Sí, pero…

—¡Genial! —exclamó Conner—. Primero, tenemos que hacer una parada en el Otromundo. Solo necesito encontrar… ¡Oh, aquí está!

Jaló de una palanca que estaba a un costado de la pared y una cortina azul apareció por arte de magia en el arco. Alex podía ver un mundo de luz detrás de él: el mundo que veía cada vez que ella viajaba entre el mundo de los cuentos y el Otromundo.

—¡Sí! —dijo Conner—. ¡Este portal aún funciona! ¡Vamos!

—Estoy confundida… ¿por qué tenemos que viajar al Otromundo? —preguntó Alex.

—Porque allí están las historias que necesitamos.

—¿A qué historias te refieres?

Conner hizo una pausa justo antes de atravesar la cortina.

—A las mías.

Agradecimientos

Muchas gracias a Rob Weisbach, Alla Plotkin, Rachel Karten, Derek Kroeger, Glenn Rigberg, Lorrie Bartlett, Meredith Wechter, Joanne Wiles, Meredith Fine, Christian Hodell, Marcus Colen, Jerry Maybrook, Joseph Roberto y Heather Manzutto. A todos en Little, Brown, en especial a Alvina Ling, Bethany Strout, Melanie Chang, Nikki Garcia, Megan Tingley y Andrew Smith.

A todos mis amigos y mi familia: Will, Ashley, Pam, Jamie, Fortune, June, Jen, Melissa, Babs, Char, Charles, Dot, y Bridgette, Romy y Stephen, Rick y Gale, Frank y Jo, Roberto, Gloria, Jannel, Kelly, Jenny, McCoy, Maureen, Kevin, Tracey, Lexi, Lita, Paris… ¡la lista continúa! ¡No podría haberlo logrado sin su apoyo!

Me gustaría agradecerle especialmente al increíble Brandon Dorman por darle vida a mis historias. Cuatro libros después, tu arte continúa maravillándome.

También, a la principal inspiración detrás de Mamá Gansa, mi querida amiga Polly Bergen. Gracias por compartir tus historias y tu humor, y por haber dejado un impacto tan grande en mí.

Te extrañaré muchísimo.